

Luis Marcelino Gómez

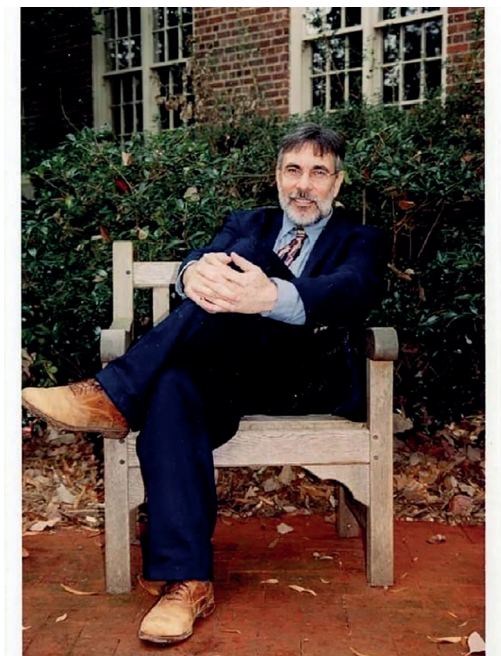
# SOLO CON EL FUEGO



BETANIA



SOLO CON EL FUEGO



Luis Marcelino Gómez  
Campus de la Universidad de Carolina del Norte  
Chapel Hill  
Foto de Malgorzata Hans Lee

Luis Marcelino Gómez

# SOLO CON EL FUEGO

Novela

editorial **BETANIA**  
Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

Portada: *La reina de Saba visita al rey Salomón* (Fragmento), de Lucas de Heere.

© Luis Marcelino Gómez, 2024.

Editorial BETANIA  
Apartado de Correos 50.767  
Madrid 28080. España.

E-mail: [editorialbetania@gmail.com](mailto:editorialbetania@gmail.com)  
Blog EBETANIA: <https://ebetania.wordpress.com>  
Facebook: Editorial Betania

I.S.B.N.: 978-84-8017-467-1.  
Depósito Legal: M-13993-2024.

Imprime SAFEKAT.  
Impreso en España — Printed in Spain

*A la memoria de Reinaldo Arenas*





*[...] es mi Voluntad que también se conserven y anden juntos con la suçession destes Reynos seys cuernos de Unicornio [...].*

*Yo, Don Phelippe por la graçia de Dios  
Madrid, a siete días del mes de março  
de mil y quinientos y noventa y quatro años*

*[...] que en la Ciudad no hay carne, jabón, velas ni sal.*

*Súplica al señor Conde de Molpox  
Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro de Holguín  
Diciembre de 1764*

*Memory is the seamstress, and a  
capricious one at that. Memory runs her needle  
in and out, up and down, hither and thither.*

*Virginia Woolf  
October 1928*



# *PRIMER FRAGMENTO*



Te despertó el timbre del teléfono que nunca sonó. Te incorporas. Enciendes la vela en la palmatoria y se proyecta tu sombra. Sombra que se desprende de ti con vida propia. Luego de colocarte las gafas, adviertes que el marco de la ventana es de chocolate. Empiezas a creer que estás en hipnagogia, pero como tienes hambre te levantas y te pones a morderlo, a saborearlo.

Te das gusto con el chocolate cuando percibes un ruido sobre el tráiler. Es tal, que agarras la palmatoria y vas hasta el portal a columbrar el cielo. Un ejército de yeguas y caballos trota a ras del techo. A la luz de la vela contemplas sus vientres y sus cascos. Y notas que las bestias mean al unísono.

—¡Raro de cojones! —dices, Florentino Cascajo.

Y sientes la fetidez de la meada que entripa los rincones de Little Farm, ese suburbio de Miami donde inexistes desde que te abandonara María Salomónica.

Regresas al tráiler. Escuchas un chasquido. Y otro. Y observas cómo se rajan los cristales de las ventanas. Y hasta el espejo se rompe. En mil esquirlas veo descomponerse tu cuerpo. Tu tiempo y tu espacio hechos astillas.

Lo único que no se hace añicos es la palmatoria, ese artefacto de barro castellano regalo de Soledad, en Madrid, ni la llama que me proyecta. Yo aquí y allí, sombra persistente que no se deshace.

Mientras piensas que es necesario empezar de nuevo, que tendrás que sumarte en otro espejo, vuelves al cuarto. Es una selva. Zeus mío, dices. Y en el instante que examinas la floresta en la que se ha transformado, te percatas de que son el tronco y las ramas de la guásima. Han quebrantado el techo y las paredes.

Sin soltar la palmatoria, sales de nuevo para averiguar el porqué del desplome del árbol. Bordeas el *Florida room* hasta el patio. Es el efecto de la desbebida caballar, razones, que por fortuna ha terminado. Y miras el tronco de la guásima inclinado sobre el techo del tráiler. Forma una especie de gruta.

Desde el suelo se desprende un cálido olor amoniacal.

Una densa niebla cubre los troncos de los cambures, de las heliconias, del papiro, de los helechos arborescentes. Es cuando se te aparece. Lo ves como no lo imaginabas. Palmatoria en mano lo sigues. Obedeces a una seña que te hace.

De pronto, te envuelve un torbellino de palabras, como si fueran hojas secas amontonadas en un remolino en el que viajas. Le haces preguntas que responde con gestos de sus manos. Sí, es él, te dices convencido. Y tras su rastro descendes en el parque Calixto García de la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro.

—Te he reconocido por los largos silencios frente a las heliconias. Porque me sembrarás clavelones donde andaré como Bestial. Y porque en el jardín de tu tráiler, aunque no es el de las Hespérides, crearás en mi honor eso de la Plaza Consuhistorial.

Te dijo y lanzó una carcajada.

Estábamos en el parque que fuera Plaza de Armas y, mucho antes, Plaza Mayor y Plaza de Isabel II de la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro, donde nacieron ambos. Sabías que te encontrabas allí, mas no distinguías con nitidez, pues la neblina borraba los contornos. Te sentiste confundido, porque aún te creías detrás del tráiler, en Florida, a una distancia de más de cuatrocientas millas.

Él te señaló un antiguo edificio al otro lado de la rúa.

—Es la Periquera —dice para que recuerdes lo que no has olvidado.

—Sí —ratificas—. Debían llamarla por uno al menos de sus otros nombres: Casa Fuerte, o Casa del Manco Rondán, pero no así.

Hizo un gesto de marcharse. Colocas la palmatoria en el piso y le hablas.

—No te vayas, por favor. Te necesito, coño.

—No me llamo Coño, sino Reinaldo. No puedo estar aquí. Es tu sueño.

Y a ti, Florentino, te pareció que sus palabras seguían el rumbo de los gorriones que comenzaban a desgañifarse entre las hojas de los laureles del parque.

—Te ruego que me acompañes —le reiteras.

Mas no esperas su respuesta. Tomas la palmatoria y atraviesas la rúa de Nuestra Señora del Rosario para dirigirte a la Periquera. Reinaldo te sigue. Penetran por el zaguán. Continúan por el patio central. Suben hasta la segunda planta y escogen el balcón central que da al parque de donde han venido. Allí se detuvieron para abarcar la antigua Plaza de Armas, por lo que levantas la palmatoria cuya luz se proyecta sobre los laureles y los bancos. La neblina comenzaba a disiparse. Con gran alboroto los gorrones se desprendían de los árboles.

Reinaldo te susurra algo en el oído. Tú asientes y colocas la palmatoria en el suelo. Entonces abren la portañuela y le mean la cabeza a cuanto hijo de puta andaba por la ciudad. Y lo hicieron incommensurables veces.

—¿Y qué si ahora los ciscamos? —te propuso Reinaldo.

—Es que necesitaríamos tanta mierda que habría que importarla. Además, tenemos otros asuntos más relevantes —afirmas y te agachas para avivar la vela.

Y fui sombra, aún más, de gigante, como otra persona que los acompañara.

En la penumbra, Florentino le insistió a Reinaldo que se quedara.

Como única respuesta el otro balbuceó los nombres de cuanto lugar había en el pueblo, que eran los que conocía Florentino más los que él, por llevarle seis años, nueve meses y diez días, visitara antes.

—Seis más nueve, quince; más diez, veinticinco —sumó Florentino los números sin saber por qué.

—Qué casualidad, hoy es veinticinco de julio y tú concibes este cuento desde ayer —dije en el balcón—. Un cuento que se convertirá en novela.

—¿Y esa voz? —interrogó Reinaldo, quien a la luz de la palmatoria se fijó en los labios de Florentino que no se habían movido.

Los seis años, nueve meses y diez días habían sido decisivos para ellos, pues en enero de 1959, Florentino solo tenía ocho. Mas Reinaldo era ya un adolescente.

Florentino hizo hincapié para que el otro permaneciera con él.

—Perdóname. Si se me apoltrona una idea en la silla turca soy así de obstinado. Es que soy estable. Y no, como Crisanto.

—¿Cómo quién?

—Como Crisanto Corobero. Un amigo. Aunque no sé si lo fue.

—¿Lo fue, o no?

—Mira, Arenas.

—Llámame Reinaldo.

—Bueno, Reinaldo —dijo entre feliz y asombrado—, se mostraba como tal. Y hasta prometió llevarme a Venezuela, su país. Y planificaba travesías en las que iríamos juntos por tierra o por aire. Menos por mar, viajaríamos por todos los medios. Si supieras lo que íbamos a hacer en el Estado Apure. El Apure de sus antepasados. En el San Fernando de Apure que anduvieron los pasos de su madre, que vieron sus ojos de niño. Partiríamos desde Miami, decía Crisanto. Subiríamos por el mapa de la Florida. Atravesaríamos Alabama, Mississippi, Luisiana. Y si la música de Storyville nos dejaba, por Texas hasta Brownsville. Y ya casi estamos en México. Y yo, Reinaldo, que soy un soñador, que me dan el comienzo del camino y ya voy en ruta, me veía entre los aztecas, los chichimecas, los mayas, los olmecas, los toltecas, los zapotecas... Y hasta en Ciudad de México, adonde no he ido por falta de dinero. Qué voy a ir si fíjate, Reinaldo, que a veces no tengo ni para comprar leche; menos voy a tener para andar por donde andaría. Y no nos vamos a Michoacán ni al lago Pátzcuaro. Y Crisanto seguía con sus planes desde mi tráiler en Little Farm.

—Pues careces de picaresca —afirmó Reinaldo—. ¿Tendré que buscarme un toro de piedra, para que te pongas a oír? Te demoras demasiado en la descripción de ese viaje jamás realizado. Apúrate en terminar. Quiero salir lo antes posible de aquí.

—También Crisanto estaba apurado por llegar a Maracay. En el inicio, Maiquetía y Caracas, en pos de las huellas de Camille Pissarro. Con certeza, el Estado Aragua. Desde allí será más fácil, decía, conoceremos más tierras que Simón Bolívar.



Pero, Reinaldo, Crisanto no había organizado ni viaje ni nada. Y no veré selvas ni el nacimiento de los Andes ni sentiré un frío que jode en Mérida. Tampoco veré la iglesia de piedra que hizo Juan Félix Sánchez ayudado por Epifania Gil, su mujer, y nativos de la zona. Eso sí, aseveraba, de nuevo tras el rastro de Pissarro, andaremos los llanos del Estado Guárico. Y a través de los de Apure, por donde aún cabalga doña Bárbara. Y por sus paisajes que no son de Rómulo Gallegos. Reinaldo, y de tan embullado, ya me veía en el Kerepakupai vená. ¿Te imaginas? Y me alegro del recibimiento que, según Corobero, me harán los pemones. Y disfruto con esa felicidad que da el haber regresado del infierno, como llama Crisanto al período en que tuve que separarme de María Salomónica. No el de la esperanza del reencuentro, sino al otro. Y de golpe, Reinaldo, siento que he hallado donde permanecer si no puedo regresar a mi ciudad, la Muy Ilustre, y le digo: si he de morirme, Corobero, que sea aquí en Canaima. Y él: de qué hablas, pana. Es de la emoción, respondo. Arrecho, me expresa él. Y me da gusto, Reinaldo, que Crisanto sea capaz de hacer tanto para que recupere mi alegría perdida por la desolación que me causara María Salomónica. Aún te falta montar en el teleférico y que andes por Coro y entre los yanomamis del Estado Amazonas; vas a cagarte, Florentino Cascajo.

—Porque Crisanto, Reinaldo, es con el único que me he comunicado desde que salí de Mbansa Bana. El primer visitante de mi soledad.

Y le narra el instante en el que Crisanto le reveló que el autor de *Celestino antes del alba* era de la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro.

—¿Pero no te leíste nada mío en Madrid?

—Sí, una novela: *Arturo, la estrella más brillante*. Pero no recuerdo que estuviera allí tu biografía. Tal vez se la habían arrancado. En realidad, tuve conciencia de que eras de la Muy Ilustre Ciudad con Crisanto. Gracias a él se inauguró la Plaza Consuhistorial Reinaldo Arenas.

—Consistorial, Florentino.

—Insisto, Consuhistorial. En mi patio, que se moja como los demás, entre heliconias. Y me puso tan feliz, Reinaldo, saber que el venezolano también te había descubierto. No imaginas

su reacción al detallarle cómo vinimos a parar a Miami. Y hay mucho más, pero temo cansarte.

—Pues no temas. Sé que lo que necesitas es hablar.

—Hablar, sí. Hablar sin límites —intervine.

—¿Eres ventrílocuo? —interpeló Reinaldo a Florentino sin obtener respuesta.

—También planificamos matricularnos junto con tía Vicaria en una escuela de pintura de Miami Beach, en Lincoln Road —contó Florentino—, a la que nunca fuimos. Corobero se pasaba horas en los planes. Y me llamaba por teléfono. Y yo le dejaba mensajes especiales en su buzón de voz para que se riera. Y la gente: Florentino, te has vuelto loco. Hasta que Crisanto montó en cólera sin que yo supiera por qué. Y de nada le sirvieron mis mensajes. En eso me enteré de que Lepanto era el brandi que prefería. Y compré una botella. Y creé un trago en su honor.

## CARACAS

Sobre unos trozos de hielo poner:

—una pizca de sal

—un trozo de Apio-España

—una cucharadita de miel

—azúcar refino a gusto

—una rebanada de remolacha hervida

—medio plátano manzano o cambur, como dicen en Venezuela

—el zumo de un limón

—jugo de dos naranjas grandes

—un trocito de corteza de limón

—un trocito de corteza de naranja

—una onza de Lepanto

—Lo mezclé en una batidora y lo vertí en una copa grande que había comprado para la ocasión en un mercado de pulgas. Crisanto, aún montado en cólera, se lo bebió, pero seguía con aquella furia que lo alejaba de mí. Sin embargo, iba a buscarlo a Miami Beach, a ponerle chistes en la puerta. Él se reía sin decir por qué estaba enojado. Y yo le dejaba más chistes en su

buzón de voz. Y adonde quiera que fuera, algún recuerdo. Lo que pudiera gustarle: piedras, cuarzos, fósiles, tazones, bromeliáceas.

—Ya te lo dije una vez, careces de picaresca, Florentino.

—Era por mi soledad, Reinaldo. Deseaba, necesitaba, un amigo. Que eso ayuda al alma. Coño, Crisanto, le decía, tú lo sabes. Y él furibundo, de tal modo que no quiso acompañarme en un viaje que, por obligación, hice a Tallahassee. Y de regreso, olvidado de sus rencores, me fui a su apartamento de Miami Beach a llenarlo de obsequios como si yo fuera el cuarto Rey Mago. Pero continuaba indignado, como si me hubiera robado los restos de Bolívar para venderlos en un pulguero. Hasta que se ríe como antes. Y le entrego por segunda vez la llave del tráiler que, en su enfado, me había devuelto. Y me siento feliz, si bien desconocía el motivo de su furia. De todas maneras, le digo: mira, Corobero, estoy lleno de imperfecciones como todo ser humano. Así que, si hubiera algo que te disgustara, dímelo en confianza, que soy tu hermano. Bueno, Reinaldo, que por ahí van los tiros. Antes, hubiera actuado distinto. No obstante, tras años de soledad, soledad de la que no había podido desvestirme; soledad que se me pegó a la piel como una mugre; una soledad desesperanzada que me inclinaba al suicidio. Una sol...

—Ni una soledad más, Florentino. Por favor.

—Es que deseo echar a correr las aguas de mis ríos, Reinaldo. Y que inmerso en los míos anden las aguas de la otra alma. Y eso, creía yo, me había pasado con el maracayero, quien al fin volvió a ser el de antes de la cólera, quien me llamaba y me dejaba los más hermosos mensajes que hubiera imaginado. Aquel Crisanto que durante el huracán Andrew me obligó a salir del tráiler so pena de sacarme atado. Y todo marchaba bien, tan bien que parecía que nunca más se enojaría. Corobero decía que esos cambios de ánimo eran cuestión de su signo. Pero yo pensaba que obedecían a su personalidad trastornada por los avatares de su niñez. Cae a la sazón, Reinaldo, la gota que vierte el vaso. Crisanto me muestra un billete venezolano. Y dice que quien aparece en él es el General en jefe José Antonio Páez, su antepasado, cuatro veces presidente de Venezuela. Y como no estoy acostumbrado a ese tipo de amigos cuyos tatarabuelos salgan en papel moneda, le digo que también tengo una tatarabuela viuda en un billete.

Así que lo mejor que podemos hacer es casarlos para obtener muchos bolívares, que falta que nos hacían. Y Crisanto monta en cólera de nuevo. Se olvida de las promesas y uno a uno, por una jarana, borra de un manotazo los sueños que ya en mí eran realidad. Y me arroja los regalos que le había dado. Y me quedo desconcertado, perplejo. Con el terror cotidiano de morirme. Un pánico de partir en soledad, de soledad. De ahí que buscara a un amigo que no me dejase, que fuera capaz de conversar de día o de noche. Por eso, Reinaldo Arenas, te escogí. Porque tú no te irás. ¿Verdad?

Y la vela que arde.

Y la llama que alumbra.

Y esta sombra que tiembla.

—El viaje por Estados Unidos, según Crisanto, lo haríamos en otra ocasión —narró Florentino—, que íbamos a detenernos solo del Río Grande hacia abajo. Ya allí, se enojó. Creí que era porque le había expresado interés por visitar New Orleans. En la frontera confundieron sus fragores. Y apenas le comenté lo de su mal dormir a un policía, me dijo: no exageres, compadre. Y tuve que jurarle que era la mera verdad. Pero el mexicano no me creyó. Pues eso parece el resurgir del Paricutín, opinó. No me creyó, Reinaldo, hasta que Crisanto cerró los ojos frente a él y del primer ronquido lo despidió como a unos diez metros de donde se incorporó confundido. Y en la confusión, metí el pie en el acelerador del Wrangler. Así, gracias a sus resuellos, cruzamos la frontera. Sin detenernos, seguimos hasta Monterrey, adonde llegamos de noche. Recuerdo como si allí el cielo anduviera por el suelo, o como si fuera un cristal roto cuyos múltiples fragmentos irradiaran luz. Reclinada en la oscuridad vimos la Sierra Madre Oriental. La ciudad estaba vacía, solo algunas almas vagaban por sus calles. Una de ellas nos dijo que el pueblo estaba en la ópera a la que era muy aficionado. Lo dimos como cierto ya que, en el camino que hicimos por el Estado de Nuevo León, no dejamos de oír *L'amour est un oiseau rebelle* por la Callas.

—Para ser fiel a la historia ponla como Violeta —consideró Crisanto, conocedor de tanto pormenor operístico.

—Para los efectos de lo que sucederá, me decidí por Bizet —le dije, e hice que Florentino colocara la palmatoria en el piso del Wrangler.

María Anna Cecilia Sofía Kalogeropoulos repitió la habanera siete veces. Y siete veces aplaudió Corobero. La voz de María llenaba las sombras. Florentino se fijaba en uno u otro detalle bañado por los focos. Iba al timón, pues Crisanto no tiene licencia de conducir ni le gusta hacerlo. Como era el único que aplaudía y llevaba algún rato silencioso, lo imaginó dormido. Mira, dijo Corobero, de sopetón. Y Florentino miró. Y se avivó la vela en la palmatoria. Crisanto se había ataviado con un vestido que remedaba el de Alicia Alonso en el papel de Carmen. En los labios tenía mucha pintura que, al aplicársela, por los baches del camino se le había esparcido por nariz y mejillas. En los párpados, un maquillaje claro que resaltaba lo cobrizo de su piel. Se había colocado una peluca rubia con una larga trenza y mordía el tallo de un clavel de plástico rojo. Calzaba botas, que era lo único masculino en su cuerpo. Así vio a Crisanto que es tan robusto y viril. Alucinante, atinó a decir sin controlar la risa. Y con él pintarrajeado, que semejaba un personaje del culto a María Lionza, atravesamos San Luis de Potosí. Con Crisanto dormido, Florentino Cascajo reflexionaba en cómo tratarlo. Hacía, y haría, de tripas corazón por conservarlo, pues creo, le afirmó a Reinaldo, en la perdurabilidad de las relaciones. ¿Cuántas veces se lo habría expresado? Por eso le decía: ¿qué importancia tiene, Corobero, un sí o un no? ¿Acaso no existe la comunicación para arreglar las diferencias? Nada es inmortal, era su respuesta.

El amanecer nos sorprendió y la tanta belleza no nos permitía avanzar. En el camino, Florentino se perdió por los derriscos de la imaginación. Crisanto iría por su séptimo sueño y no queríamos despertarlo. Y eran tales sus ronquidos que no había mosquito que se nos acercara. Cuando creíamos andar por Guanajuato, vimos a una monja en carreras y a un campesino que la seguía. Florentino detuvo el motor. Y me avivé. Y Crisanto contuvo su fragor. La religiosa era de facciones nobles. Lo que más destacaba de su atuendo eran las amplias mangas y una cruz

en el pecho que debía verse desde las alturas del Cerro Agustinos. Portaba una pluma en la mano. En medio de la confusión, Florentino llamó al hombre, al que ella gritaba necio, quien tenía uno de los rostros más cándidos que habrían de recordar en los días de su vida. Su cara era una colección de arrugas. Sonreía con picardía. Mechones largos, aún negros, resbalaban por debajo de su rústico sombrero. Un bigote oscuro y lacio se le desparramaba por encima del labio superior. Sus cejas eran anchas. Sus ropas blancas contrastaban con las dalias amarillas que sostenía en una mano. Cascajo le dio los buenos días.

—Me llamo Benito Enamorado Caballero. ¿Qué se le ofrece al paisano?

—El tratamiento, Reinaldo, me hizo sentir en casa. Le pregunté dónde estábamos y si le sucedía algo en que pudiera servirle.

—Anda usted por Guanajuato. Por este camino llegará a Michoacán —explicó, y apuntando a la mujer—: me enamoré de esta no solo por la figura, también por lo bonito que habla. Nos juntamos y quisimos tener unos escuincles. Bueno, en realidad, ella consentía con lo que más deseábamos los dos. Para no cansarlo, nomás le cuento que lo intentamos a toda hora y en innumerables lugares y posiciones. A ella le gustaba, que bien caliente que es la pobrecita. Decía que lo aceptaba por el bien de los chilpayates que en definitiva no tuvimos. Hasta que se le ocurrió clamar al cielo y de ahí meterse en un convento que al igual que las iglesias nos crecen como las malas yerbas. Imagino que esté al corriente de esa leyenda del indio y de las rosas. Fue mi perdición. Como platica tan bonito se empeñaron en enseñarle a leer. Y no sé qué me le hicieron que acabó en monja. Y así me paso la vida, en el cuidado de estas dalias que son sus preferidas. Pero desde que es religiosa no me ha querido aceptar ni una. Es pecado. Pensé que era una excusa para descansar de mí, pues de tanto cogerla se quejaba de que le dolía el interior y le ardía mucho el mear. Mas desde que se ha puesto a escribir, que usted me dirá para qué carajo sirve...

—En eso, oímos la voz de la monja quien decía al campesino: «Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón...» —y siguió sin resuello hasta concluir—, «...juntáis diablo,

carne y mundo». Y aplaudí, Reinaldo, pues muy buena que me había parecido la declamadora. Enamorado y Corobero también aplaudían.

—¿Ve lo que le digo? —preguntó don Benito—. De una mujer así, ¿quién no se enamora? ¿Quiere saber más? Pues esa poesía la escribió contra mí.

Crisanto quedó extasiado. Tan absorto, tan perdido en la bruma de su ensimismamiento, que había olvidado que iba en calzoncillos y que aún conservaba maquillaje y peluca. Y se asomó a la carretera. Al verlo, la monja aterrorizada se persignó. Creyó que el fin del mundo la había cogido lejos de su convento y asediada por el anciano. Se paró en seco. Y encaramada en un montículo de rocas, exclamó:

—Detente animal feroz que antes de tú nacer nació el hijo de Dios.

—Seguro estoy, Reinaldo, que aquellos infelices lo menos que pensaron fue que quien surgía desde el asiento trasero era una criatura. La monja echó a correr no sin antes, con ojos azorados, santiguarse delante de Crisanto al que gritó:

—*Crux Sacra Sit Mihi Lux*

*Vade Retro Satana*

*Ipsa Venena Bibas*

Tras ella, pretendiendo alcanzarla, al anciano se le colorearon de gris las greñas y el bigote. Sus mejillas se volvieron pálidas. O eso fue lo que pareció a la luz de la palmatoria. A su paso, dejaba un rastro amarillo y maloliente por el que se podía discernir que no eran pétalos de las dalias favoritas de la religiosa.

Un aura tiñosa, cuyas alas reflejaban la luminosidad de la vela, se paseaba cautelosa entre las nubes. Al punto, surgieron otras. Y un mar de aves nos sobrevoló.

—En esta ciudad hay multitud de aves —dijo Reinaldo—. Pájaros, pajarracos, pajaritos, pajarotes, pájaras, pajaricas, pajaritas, pajarotas. Las tenemos en todo el territorio nacional. Este es el país de los pájaros. Si hasta Cristóbal Colón, en el primer párrafo escrito sobre la Isla, en tierras hoy nuestras, tuvo que decirlo: «Aves muchas y paxaritos que cantaban muy

dulcemente». En fin, una volatería inagotable. Determinismo biológico. O nuestro histórico destino.

Y vemos tocororos, rebullones, gavilanes, cotorras, cateyes, alcaravanes, tojosas, monteritas, azulejos, mariposas, cernícalos, guaraguaos, bijiritas, palomas rabiches, sinsontes, totíes, colibríes, codornices, guacaicas, carpinteros, jilgueros, golondrinas, zorzaes, garzas, aves fénix. Y hasta gallinas que se desplazan pegadas a su nidal repleto de huevos.

Formando colas, un gentío seguido por perros y gatos enjutos se eleva por encima de la Periquera. Hay riñas entre animales y villanos por los huevos de gallina que andan por los cielos, hasta que aparecen las autoridades.

—¡Cojones! Es lo último —exclama Reinaldo—. Los huevos se acaban sin llegar al pueblo repartidos entre las mujeres del partido y del Poder Popular.

—Pero si ambas son lo mismo —aclara Florentino.

Un grupo de mujeres del partido explica que los huevos serán vendidos en las diplotiendas. En CUCs, puntualiza, no en pesos cubanos.

—Este pueblo no cambia —opina Reinaldo desconcertado.

—¿Quieres ir a parte alguna? Tal vez llegarnos a Buena Vista. O darnos un paseo por la rúa Mártires, o por Coliseo, quizás por Progreso —sugirió Florentino para alejarlo del cambio de humor provocado por las usuales penurias—. Deseo que veas las casas donde viví.

—Gracias. Mas no quiero ir a sitio alguno. No disfruto como tú de esta necrópolis.

Florentino hace hincapié. Se muestra firme, persistente, tenaz, constante...

—¡Basta! —grita Reinaldo—, ¡basta de sinónimos!

—Pues pensaba poner otros —repliqué.

—¿Y tú, quién coño eres?

—Nkawama Ntu Ndinga, la sombra de quien desea ser tu amigo.

—¿Su sombra?

—Sí, preguntas mucho.

—Está cabrón ese nombre —opinó Reinaldo.



—Tiene su explicación. Pero no voy a dártela, al menos por ahora —argumenté.

—No puedo desaprovechar la ocasión de sentarme frente a la parroquia de Dolores Hidalgo —planeó Florentino tan emocionado que hasta yo me entusiasmé.

Y en los escalones del atrio, justo al lado de la placa de bronce donde Hidalgo incitó al pueblo e inició su independencia, vio cumplido su deseo. En el fulgor de la palmatoria, reparó en la entrada con su decoración exuberante de pilastras en forma de pirámides invertidas, espirales, evangelistas, vírgenes y santos, todo tan hermoso en el claroscuro. Comentó con Crisanto su monstruosa belleza, hasta que los tañidos del campanario se juntaron como coloquio de perros nocturnos.

—Hay que tener cojones —afirmó Corobero.

Y sin explicar para qué entró en la iglesia. Florentino le dio alcance en la sacristía. Le urgía proseguir, llegar al Estado de Michoacán.

—Recuerda que has dicho que el principal motivo de este viaje es Venezuela, que no podemos demorarnos mucho en el camino.

—Es que deseaba ver a San Juan de la Cruz. Un día quiero pintarlo —dijo Crisanto y vomitó mil improperios. No obstante, se detuvo en su contemplación.

Por la noche, muy cansados, ya andaban por Michoacán. Florentino colocó la palmatoria en el suelo, delante del asiento vacío a su lado. Nos escoltaba el silencio del venezolano que no había echado un pestañazo en el trayecto.

Casajo sintió que el hambre que lo mordía pareció decir fufú. Y se acordó del plato isidoriano compuesto de plátanos verdes hervidos. Ni fu ni ju, pensó. Entonces, lo escuchó.

—Tengo hambre. ¿Qué carajo esperas para detenerte y echarme algo?

Mientras juzgaba lo mal hablado que era su estómago, se decidió por hacerle caso. Si no paraba iba a morir de inanición. Así que se detuvo en un local sin nombre, donde comieron un plato hecho de maíz y acabaron de hartarse con frutas naturales. Luego salieron a la noche michoacana y viajaron hasta Morelia, donde el cielo es

rosado debido al resplandor de su cantera. Y decidieron pernoctar allí, para en la mañana visitar la catedral con sus cúpulas de azulejos blancos y azules de un barroco sobrio, según les explicaron.

—En estas iglesias crece el veneno —comenté sin que Cascajo recordara haberlo pensado.

Bajo los cielos rosados de Morelia se le ocurrió a Florentino cambiarle el nombre impuesto al continente. Estimó llamarlo Simonia.

—¿Por qué no ponerle Aztequia, Mayaia, Incaia o Mapuche —opinó Crisanto.

—Prefiero Simonia —insistió Florentino—. Esas denominaciones crearían conflictos, son más regionales. Nadie hizo tanto por la unidad de sus naciones como Bolívar.

—Cursi —intervine—, mira que eres cursi, Florentino Cascajo.

Paramos en un motel donde nos sentimos en familia. Florentino quería dormir en una hamaca y Crisanto consiguió dos. Era la parte de su personalidad que muchas veces lo confundía. Si bien rehusaba equiparlo al insólito personaje de Stevenson. Antes de acostarse, Florentino expresó otro de sus deseos.

—Me gustaría conocer el paradero final de García Holguín, fundador, a inicios del Renacimiento, de mi Muy Ilustre y Orgullosa Ciudad de San Isidoro. Según Bernal Díaz del Castillo, había logrado, al mando de un bergantín del cual era capitán, hacer prisionero el 13 de agosto de 1521 a Cuauhtémoc, el emperador azteca, que entregó a Hernán Cortés. Por cierto, el 13 de agosto, mientras los mexicanos vituperan la memoria de Hernán Cortés y en Francia celebran la fiesta de Radegonde de Poitiers, reina de los francos y Santa fundadora del *couvent de Sainte-Croix* en la *ville de tous les âges*, en la Isla maldecimos el nacimiento en 1926 de un bastardo, hijo, sin perdones, de Birán.

Notamos que Crisanto se había dormido. Y comenzaron los temores. Pero dejamos que reposara. Al día siguiente, pasadas las cinco de la tarde, partimos para el lago de Pátzcuaro. Palabra tarasca que, nos explicaron, significa «Puerta del cielo», según unos, o, según otros: «Donde están las piedras a la entrada de donde se hace la negrura».

Entre el motel y las afueras nos persiguió el comentario de los vecinos. Referían que durante la noche unos bufidos atravesaron la ciudad y habían arrasado los tejados de las casas y los azulejos de la catedral. Y Florentino aceleró el *jeep* antes de que adivinaran de dónde habían brotado los resoplidos que, como un tornado del Medio Oeste estadounidense, acabaran con más de medio pueblo.

A Pátzcuaro llegamos al atardecer. En la distancia, la isla de Janitzio luce sus árboles colmados con flores del mismo color atmosférico y pegajoso de Morelia, salvo que este es el reino de las transparencias. El rosáceo de la vegetación contrasta con el blanco de las casas de techo de barro. Lo más característico de Pátzcuaro son sus bateleros, quienes para su jornada se valen de las más grandes mariposas que existen, reales dinosaurios vivientes que utilizan como yeguas. Largos hilos de seda las mantienen amarradas. Por medio de esas riendas las guían, frenan y sujetan a los árboles durante la noche. Aunque las hay tan amaestradas que sueltan por los jardines en la confianza de que no se irán. En los amaneceres, que son muy hermosos aquí, desde la isla se percibe cómo se aprestan los pescadores. Al salir el sol, parten las mariposas con sus jinetes en bandadas que pueblan los cielos hasta localizar alguna nube donde ancoran. Entonces, se ve como descenden grandes cestas de mimbre llenas de dalias amarillas. Estos cestos, según nos describieron, cumplen una doble función: sirven de ancla a la vez que las flores son la alimentación de los lepidópteros.

Los rapaces montan sobre los insectos niños. Así, van a la escuela, hacen los mandados, juegan y andan por las calles. Y les obedecen. Para alegrarlas, les cantan «...mariposita de primavera, alma con alas que errante vas...», aunque estén en invierno.

—Es un aprendizaje constante —esclareció un anciano—. Si ambos llegan a adultos, las mariposas los obedecen como seres humanos. En la actualidad, con técnicas que aplicamos antes de que sean orugas, les enseñamos a hablar.

—¿Cómo? —le preguntaron al unísono.

—Se toman los huevos de los nidales en la copa de los árboles, se les baña en siete gotas de mezcal Gusano Rojo, legítimo de Oaxaca; siete de Ron Pope y tres de chile.

—¿Y con eso hablan? —inquirió Florentino.

—Sí. Pero el mezcal tiene que ser Gusano Rojo. Si es de cualquier otro color seguirán mudas. Ha sido un proceso largo y paciente, como todo en la vida. Mas ya tenemos a dos de ellas en la universidad. Una se especializa en antropología. La otra es muralista. Y las dos, famosas. ¡Viva México, cabrones!

Allí se despidieron. Un pescador que iba para la capital nos llevó. Viaje que hicimos por aire lo que alegró mucho a Crisanto. Según él, nos habíamos tardado en México un lapso mayor del previsto en el manuscrito original de 1992.

En vuelo hacia el Distrito Federal, lo que más les llamó la atención fueron los arrieros con sus mulos, en números siempre múltiplos de siete, así como grupos de mujeres que desde Querétaro se dirigían en peregrinación, con los estandartes de sus santos patronos, a igual destino que nosotros. A pie cruzaban montes y valles; que tal es la fe que le tienen a la virgen de Guadalupe, arguyó el pescador. Las había de todas las edades. Las más añosas no andaban, colgaban de sombreros que las trasladaban. Parecían levitar sobre el grupo, mientras las jóvenes las asían por sus trenzas. El janitciense redujo la altura para que platicaran con una de las ancianas que llevaba una provisión de sombreros. Florentino pretendió comprarle alguno. Y ella le vendió dos, no sin antes aclararle que perdían sus cualidades si había relámpagos.

Por encima de la Ciudad de México, dimos con varios charros montados en potentes caballos aztecas. Florentino apreció su belleza, mas nada dijo, pues Corobero discurría sobre la contaminación ambiental.

—Es una lástima —opinó el pescador que llevaba las riendas de la mariposa—, nuestra capital es tan hermosa.

—¿Qué sitios cree usted que debemos visitar? —indagó Crisanto.

—Todos —sugirió el hombre.

Y mermó la altura, lo que les permitió sobrevolar los edificios hasta casi rozarlos. Crisanto se quejaba de disnea y ardor en los ojos que achacaron a la polución.

—Es una de las urbes más pobladas del mundo, incluso por encima de Nueva York, Pekín o Moscú —comentó Corobero—. ¿Qué hacer para disminuir su crecimiento?

—De la forma más sana y antigua —afirmé.

—¿Cómo? —quiso saber el pescador.

—Pues hay que hacer el amor —les expliqué.

—Es lo que más hace la gente.

—Me refiero a una manera que no implique procreación.

Nos han inculcado las malas costumbres y excluyen al que hay que incluir, que cada día se inserta más. La vía que nos ha sido dada por la naturaleza, para conservar el equilibrio, es perseguida y censurada en lugar de aplaudida. Para que disminuya la sobrepoblación hay que descubrirse el siete, como sugerirá Philippus II.

—Entendí —comentó Crisanto, cerrando los ojos—. ¿Pero natural?

—Sí.

Descendimos. En un edificio frente al hotel, donde pernoctaríamos, vimos una bandera que ocupaba la fachada.

—No la hay tan grande ni en Estados Unidos —comentó Crisanto, ya abiertos los ojos.

Se toparon con un balcón y un cuarto donde colgar las hamacas. El pescador no quiso cobrarles. Pidió que para descontaminar México hiciéramos algo, bien que fuera lo que yo había dicho y él no muy bien entendido. Crisanto prometió enviar catleas a Janitzio para alimentar las mariposas. Y pensé que en la espera se les morirían de hambre. Florentino sonrió. Cuando dejó de hacerlo, el enorme lepidóptero y el pescador parecían un par de mosquitos en el cielo. Cuando sembraban niguas, una bruma les impidió precisar si la bandera en el edificio era real o pintada.

En la penumbra, esbozaron el plan del día siguiente, pues estarían dos en el Distrito Federal. Solo les asaltó la duda de la velocidad de traslación que tendrían los sombreros, si no había tormenta con descargas eléctricas.

Antes de dormirse, Florentino recordó que en su infancia había amado la música mexicana. Esa noche, soñó que Jorge Negrete, Pedro Infante y José Alfredo Jiménez, cantaban con su

madre. Y que su viejo lo hacía con Vicente Fernández. Luego, sin aviso previo y sin estar despiertos a plenitud, les llegaron visitas. La primera fue Carmina Rivero, antigua amiga de Elsa Román, la desaparecida novia veracruzana del isidoriano. Entró por el mismo balcón donde se habían apeado. Calzaba botas que le llegaban a las rodillas. Dos cananas le cruzaban el pecho.

—Bienvenidos a México —dijo y les obsequió un sarape a cada uno—. Solo escuchen o se les joderá la magia.

En ese instante, Alejandro Fernández interpretaba *Alma mía*. Andaba en cueros. En medio de la confusión quise oírsela a Caruso. Y donde estaba Alejandro apareció, por milésimas de segundos, el italiano caracterizado como el duque de Mantua. Luego, Alejandro, aún desnudo, continuó con el bolero de la Grever.

Otros llegaban por el balcón. Por allí entraron cantantes de la niñez de Florentino, bailarines, muralistas, ceramistas, arqueólogos, licenciados, escritores. Distinguieron a Ángeles Mastretta con sus sabios, profundos y grandísimos ojos. Vieron también a Amalia Mendoza. Y a Daniela Romo cuyo pelo alcanzaba la calle, donde era usado como sarape por los violinistas de una orquesta de mariachis. Allí actuó Lola Beltrán. Y Ana acompañada de Juan, los dos Gabriel. Un largo relincho precedió a Miguel Aceves Mejía. Su voz provenía de un nopal donde estaba posada un águila con una serpiente en el pico. Eran los adornos de su sombrero. Cantaba la versión picassiana que tanto les había divertido en su niñez:

—Que bonitos ojos tienes, debajo de esas orejas. Debajo de esas orejas que bonitos ojos tienes.

Lo secundaron en medio de los relinchares de su bestia. A Miguel, solo le estrecharon la mano, por ese complejo de machos que tienen, según Corobero, no solo los varones mexicanos. Así que los besos se los dieron a la yegua. A ella el alborozo le dio por patear y, en un intenso corcoveo, se meó y se cagó. Finalizada la melodía, trotó por la cabellera de Daniela Romo hasta la calle.

Entre los cantantes, vestidos con sus trajes tradicionales, danzaban bailadores folclóricos con tal fuerza que subieron los del piso de abajo. Habían presumido lo peor y se quejaban de que la meada de la bestia les había llegado a las verijas. De los

trajes, el que más le gustó a Crisanto fue el de Veracruz. Lo había expresado por señas. Un grupo formado solo por ejecutantes del guitarrón ofreció un concierto.

Acudieron otros que se les brindaron para guiarlos a los sitios más emblemáticos del Distrito Federal. Y vinieron jefes de museos que se comprometían a mostrárselos incluso a esas horas.

—Se los abriremos en la madrugada, pues dada la situación.

—Como usted mande —pensaron Crisanto y Florentino. Y rogaron porque no los confundieran, los ejecutaran y no fueran ni noticia.

—Les aconsejaría visitar —decía un arqueólogo— la Ciudad Universitaria, el Palacio Nacional, el Zócalo. La catedr...

—¡No! —gritó la sombra, es decir, yo, enfurecida, olvidado lo que Carmina había aconsejado—. Que esa maldita iglesia se construyó sobre parte del recinto ceremonial de los aztecas.

En eso, se arrimó un jinete vestido de oro que afirmó ser el verdadero jefe de los museos, que el anterior era un impostor. Llegó en un caballo azteca de crines verdes, cuerpo blanco y patas rojas. Por espuelas, traía cascabeles. Sus sonidos llenaron el cuarto.

—Vengo para platicarles que estas tierras los reciben. Los dioses que me amparan y envían me han dicho que, si ustedes así lo desean, las esculturas y los monumentos precolombinos les serán traídos hasta aquí.

Nos extrañamos de la proposición. Al irse hacia la ventana, nos percatamos de que no eran vestimentas doradas las que lo cubrían, andaba en pelotas. Lo que creímos sombrero era un tocado con mazorcas de maíz. Lo que imaginamos caballo, un águila. Y los cascabeles, una ilusión. Desde el balcón emprendió el vuelo.

Un viento de tormenta movió las cortinas. El agua cayó y limpió los rostros. Florentino colocó la palmatoria en un rincón, protegida del aire y de la humedad. Y fue hasta el balcón. Se desnudó e hincó de rodillas en el suelo.

—Poderoso Tláloc, haz que la lluvia...

Un relámpago rodó por el pretil. La luz iluminó su cuerpo suplicante. A esta descarga siguieron otras. Éramos alumbrados por una tormenta eléctrica que me multiplicaba. Recordé los sombreros que habían colocado a buen resguardo. Alguien trajo velas. Alguien, un inmenso sarape en el que Florentino se dejó envolver por Crisanto. Alguien le acomodó un sombrero de charro y ató en su pecho una Piedra del Sol. Alguien danzó a su alrededor y luego, le abrazó. Alguien habló de la Plaza de las Tres Culturas, de la Alameda Central, de la Columna de la Independencia.

—Quiero ir a Xochimilco —pensó Crisanto y Florentino lo escuchó.

Florentino se quitó el sarape y el sombrero. Y lo bañó la lluvia. La Piedra Solar se desprendió de él. Se dirigió al techo donde emitía destellos. Las gotas se escurrían por sus costados. En el suelo, circundada por un corro de hombres, una nativa yacía desnuda boca arriba con las piernas separadas. Se restregaba sus genitales con voluptuosidad. Gemía. Sus mamas eran grandes de areolas oscuras, salientes. Su vagina se abría como una flor. En medio del círculo, la mujer le hizo señas a Florentino para que se acercara. Él acudió y comenzó a frotarle sus partes. Enseguida se incorporaron y fueron hasta la hamaca, donde ella pegó su sexo húmedo, oloroso, rosado, en su boca. Y él lo aceptó con gusto. La luz en el techo lo cegaba, aunque logró ver a Crisanto, observándolo. De repente, la indígena se encaramó encima de Florentino. En el apremio cayeron al piso. Y él asió sus nalgas y eyaculó.

Florentino separó los párpados. Se había despertado en medio de la noche. En la radio local aún ponían mariachis. Se descubrió oloroso a semen, con la ropa de viaje empapada en sudor. Cercano, Crisanto comenzaba su fragor. Y el isidoriano temió su fábrica de ruidos. Pero era tal su sueño que cayó de nuevo en el sopor. Cayó, sin quererlo, en el abandono hasta oír la voz de Corobero que dormido razonaba.

—¿Seré *Handroanthus* o *Tabebuia*?

Una ingravidez molesta lo mantuvo por inercia pegado al cuerpo, y el cuerpo al sueño. Discurría sobre lo duro que sería pasar por una extirpación de párpados; que, si se los quitaran,



nada impediría que se filtrara la luz, salvo durante las noches sin luna. ¿Cómo dormiría? De nuevo una capa de agua lo cubrió. Pero se rindió. Al alvorear, un zopilote lo husmeó. Crisanto respiraba sosegado.

Una apacible claridad cae hasta el suelo. Como una ola de mariposas se adhiere a las paredes, al techo, a sus ropas.

—Es que me jode que alguien venga, haga planes con uno y los olvide. Este año, según Corobero, iríamos a cuanto museo tiene Nueva York, y al Metropolitan Opera House y al Carnegie Hall. Y hasta me hizo creer que Edmar Salado, un íntimo suyo, hijo de una amiga de la madre que lo parió, pasaría por Miami y le iba a pedir que hiciera un busto tuyo. Es que me afligió eso que dices en *El palacio de las Blanquísimas Mofetas*, que no se acordarán ni de tu cara. Y si bien sé que eso no va a ocurrir, pues apareces hasta en el *Larousse*, quería esa escultura. La colocaríamos a la orilla de alguna laguna en el campus de la Universidad Internacional de la Florida, donde enseñaste gracias a la invitación del profesor Reinaldo Sánchez.

—Las facciones de un escritor están en su obra —creyó oír Florentino, sin dilucidar si las palabras habían salido de Reinaldo o de mí.

—¿Florida y cerca de las aguas? —analizó Reinaldo y soltó una carcajada—. ¿Qué has querido decirme?, Caletre.

—Tino.

—Pues, Tino, tendrían que poner una escultura de los dos. Y en esta ocasión las carcajadas provinieron de ambos.

Al alba del segundo día se desprendió de entre los labios de Crisanto un seísmo devastador. ¿Por qué era así? ¿Por qué tendría que roncar de aquel modo desmedido? ¿Por qué me ocurría a mí? ¿Sería un castigo? Y si así fuera, ¿castigo por qué? —se cuestionaba Florentino—. Algún tratamiento habría. Alguna panacea. Le había sugerido que fuera al médico. Empero, se negaba. Estaba cansado de pedirle que bajara de peso. Que dejara de fumar. Que inquire por una llave antigua de hierro, propiedad de su antepasado el General en jefe José Antonio Páez, y la depositara debajo de su almohada. Que usara aretes de cobre.

Que antes de dormir se colocara en el ojo del culo un pistacho hervido en agua del pozo harraniano donde Jacob conociera a Raquel. Que se duchara con *acqua* gregoriana a la que hubiese añadido sal, cenizas y sangre de Cristo. Que ingiriera un trago de *aurum potabile* y rezara, en hebreo, el Shemá al irse a descansar. Que usara máscaras de tierra de Comala humedecidas con rocío de Telema. Debía buscar un componente acaso en algún escondrijo amazónico. Tal vez cubrirle pecho y espaldas con un emplaste de miel de aricas llaneras alimentadas con flores de mastranto. O darle una apócema de petiveria alliacea y moringa oleífera majadas y mezcladas con polvos ingleses de simpatía, cardamomo indio y jipepe angoleño. O agenciarse un vaso de agua lustral para rociárselo antes de acostarse. O procurarle el elixir de oro metálico puro, disuelto en cloruro de oro y éter etílico, que volvió incorpórea a Diana de Poitiers. O conseguirle de amuleto, en algún pulguero, el guardapelo antiséptico de la reina Isabel I de Inglaterra. O adquirir el famoso anillo para los calambres de Enrique VIII y colocárselo de nariguera en la ternilla de la nariz. O contactar a Morgana para que le prescribiera alguna pócima, hierba o unto que lo sanara. Quizás, darle un cocimiento con polvo de ojos de cangrejo moro, como el que había potado Guillermo de Orange para restablecerse de lo mismo. O ponerle supositorios de aceite de Aparicio de Zubia, alabado hasta por el doctor Andrés Laguna, con el que habían curado los arañazos que un gato le hiciera a Alonso Quijano. Habría de dar con algo, o el mundo acabaría un día desde su cama. Había planificado viajar a Roma, Alejandría, o incluso a Jerusalén, dondequiera que estuviese, y sustraer, fuera como fuere, unas gotas del bálsamo prodigioso de Fierabrás y dárselas, con guarapo maracayero de doña María, a ver si lo recuperaba como a Oliveros. Si como era tan amante de la lírica, hasta le planificó una terapia mística. Le había dado a beber un néctar, confeccionado con poemas de San Juan de la Cruz triturados y combinados con licor de alabastro, jarabe de acacias parisinas, ámbar gris, la corola de una catleya fragante venezolana, cascarilla de huevos de gallina fina, siete onzas de 1950 Château Lafite Rothschild y agua del Sena recogida bajo el *Pont de la Concorde*. Pero tan pronto como se bebió aquel elixir, que en honor de Juan de Yepes bautizó como *Noche oscura*

*del alma*, no roncó, sino que le dio por peerse y, aunque eran pedos cuyo olor emulaba los más delicados perfumes franceses, aquel día El Niño retornó. Pensó en el brujo que alguien le había recomendado. Sí, tendría que llamarlo para que le orientara sobre cómo suprimir sus fragores y no causar tal cantidad de estragos en los sitios por donde andábamos. ¿Habría algún propósito consciente en sus asolamientos? Se cuestionaba si no lo haría de mala fe para saciar la parte execrable de su espíritu. Como quiera, tendría que buscar, comprar o birlar alguna poción que le quitara solo los estrépitos y le dejara la amistad del venezolano. Por fortuna, el gobierno estadounidense achacaba los cambios climáticos a otras causas. Sin embargo, él, que lo tenía a su lado, bien sabía que en los últimos años eran anómalos los tornados, huracanes, tormentas invernales, terremotos o tsunamis, que no se hubieran originado en su garganta.

Septiembreaba y los animales disponían sus grutas para guarecerse del invierno. Septiembre y se marchitaba el verano. Septiembre y se esparcían las hormigas. Septiembre y los resuellos de Crisanto Corobero nos habían arrojado al espacio. Era septiembre y un tornado de polvo envolvía las hamacas que colgaban de las paredes sin techo ni piso.

Empezado el fragor que nos lanzara por los aires, Florentino había visto, y por eso lo creía, el agrietamiento del hotel y su demolición inmediata.

Aclaraba uno de los días más nefastos en la historia de México. De la ciudad se levantaba un clamor único. Entre las paredes paralelas que eran arrastradas en el vacío, ajeno a su estropicio, el venezolano dormía. Florentino, asido a la palmatoria, separado de él por unas brazadas, lo veía reposar sin enterarse de que el mundo, por su culpa, se había acabado a sus pies.

Distante, un rumor de cascos desgarró la plática entre penumbras. Ascendía por la rúa de Nuestra Señora del Rosario, llegaba al sitio entre la Casa del Manco y la Plaza Mayor, bajo el balcón donde estaban. *In crescendo*, un pútrido olor les penetró hasta los tuétanos. Hizo que se llevaran las manos a la nariz. Era hedor a excremento y a carne humana descompuesta, sentido

como dúo que colmaba el aire con pestilencia de cadáver. La caballería, con gualdrapa negra, marchaba por encima de un sirope de heces sanguinolentas que amortiguaba el estrépito de las coces. Venía con paso español. Salpicaba las paredes, las columnas, los troncos de los árboles, la ropa de los villanos. Escucharon, también, un llanto coral de procedencia animal. Y vieron corceles, el rostro protegido con pañuelos de tafetán oscuro, que lloraban al unísono. Fue Reinaldo quien señaló la vía cubierta de boñiga y de sangre. Y se miraron interrogantes sin entender qué significaba aquel desfile. A la luz de la palmatoria no barruntaron que, en dirección a ellos, se avecinaba una muchedumbre. Solo atinaban a divisar la Plaza mayor y sus alrededores, sin que la claridad alcanzara la rúa Cervantes, origen laberíntico de donde provenían hombres, carrozas y bestias.

Guiados por una hacanea cuyo jinete iba armado con cota de malla, morrión con plumado de cuervos, espada y adarga, pasó una oleada de pastores de luto, con pellico negro y corona con guirnalda de ciprés. Marchaba en silencio bajo el balcón. Enseguida, más bestias.

El llanto se hizo más fuerte. Lloro puntual, perenne, que resbalaba desde los ojos de los corceles y entripaba sus ya empapados pañuelos. Sus suspiros flotaban en el patio central adoquinado y en las habitaciones de la mansión. Sus lágrimas humedecían las rúas y se juntaban a la sangre y a las deposiciones. La pestilencia era tal que Florentino y Reinaldo huyeron a la azotea para buscar los dulces vientos isidorianos de las crónicas. Pero allí la hediondez era la misma y regresaron al balcón.

Y vislumbraron acercarse la perenne comitiva de negro, como si la noche que desaparecía se hubiera aferrado a trajes y cuerpos, arreos y carrozas. La Muy Ilustre y Orgullosa Ciudad de San Isidoro se desperezaba. La Plaza Mayor se había convertido en un lago corinto donde decenas de gorrones se bañaban alborozados. Notaron que las bestias, que atravesaban la rúa de Nuestra Señora del Rosario, iban hasta la intersección con San Miguel, para tomar rumbo norte. Desde arriba veían el lomo de los animales que pasaban y hundían sus cascos en el coágulo excrementoso, no endurecido aún gracias al continuo

aporte que segregaban sus ojos. Un redoblar de tambores nacía en algún punto. Y un heraldo anunciaba: «Los caballos llevan negro el penacho y el arnés». «¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines». «Ya viene llegando. Ya todo el mundo lo está esperando...».

De terciopelo bruno, con gorra y larga capa, abre el séquito don Alonso de Vargas con una mano en alto. En ella, una testa con un letrero: «Éste que aquí veis es don Juan de Lanuza, justicia de Aragón», de la que se derrama un río púrpura. Vestido de oscuro le sigue un noble, quien levanta un cartel que reza: «Ésta es la justicia que manda a hacer el Rey nuestro señor a este caballero traidor convocador del reino». Firmado: El Homicida Prudente. A ambos sucede, aún compungido, Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, Gran Duque de Alba. Perseo quinientista, alza sus dos manos. En una sostiene la cabeza de Lamoral, conde de Egmont, caballero de la Orden del Toisón de Oro, y en la otra, la de Felipe de Montmorency, conde de Horn.

A corta distancia avanza una dama senil de mirada vaga y vestimenta sucia. Lleva una cinta de luto en el pecho y un letrero en caracteres dorados: «Dinastía de los Halcones». Arrastra un ataúd al que no permite que nadie se acerque. A ratos lo abre, saca una calavera y exclama:

—Este que veis aquí me enamoró con su pico. El más fermoso del mundo.

Tras carcajearse, se sienta en el suelo donde se desnuda.

—¡Quiero hacer pipí! —grita, se incorpora, abre sus piernas y con gran regocijo mea parada. Y de la fuerza que pone en el empeño salpica las gafas de Florentino en el mirador de la Casa del Manco Rondán.

—También hizo pupú —advierde Reinaldo.

Y ambos vieron a un par de vasallos guardar en una urna las heces de la anciana.

—¡Abuela! —vocifera alguien en la distancia—. Debéis marchar.

Ella se niega. Y responde:

—¡Callad, gilipollas, sin perdonos. Respetadme, que soy la abuela del muerto.

Y el alguien, a lo lejos, le replica.

—Yo, quien os habla, soy el muerto.

La anciana se santigua y comienza a caminar no sin antes arrebatar la urna a los palaciegos y comer su contenido. Detrás marchan carrozas con la corte vestida de prieto.

El origen del lagrimear de los corceles se esclareció cuatro siglos después en el castillo de Windsor, por casualidad, el día en que se quemara, gracias a un comentario hecho a la reina por un gibareño, a la sazón, según *himself*, de ser el único *British writer* que escribía en español —expliqué—. Comentario repetido por uno de los infantes de la familia a la prensa londinense en diciembre de 1992 y que dice: *The horses were not crying because of the royal dead. They were weeping because of their fucking load*. Que para la prensa hispana el súbdito inglés de los tigres tristes tradujo como: «No lloraban por el real muerto, si no por el sinnúmero de cintas, lazos, penachos, arneses y otros menesteres que su mariconeril linaje en tan solemne hora les impuso».

Era septiembre, mes de las hormigas. Mes de hormigas locas, rabudas, culonas, bravas, enanas, guerreras, gigantes, güijeras, meleras, negras, leonas, chicanas, fantasmas. Era septiembre y millares de hormigas poblaban los rincones. Hormigas que subían y bajaban por las paredes equidistantes de donde aún pendían las hamacas. Nubes de hormigas que andaban por Florentino, por sus muslos, sus manos, su cara, sus ojos, sus orejas. Picaban, cercenaban, hincaban. Se le metían dentro de la boca, le andaban por la nariz.

Cascajo examinó al venezolano. Ni una hormiga vagaba por su rostro ni por sus párpados. Hubo un momento en que se estiró y bostezó para caer de nuevo en un sopor. Florentino recelaba de que algo peor acaeciera si Corobero acometía tan solo un precario fragor. Pero no se atrevió a espabilarlo por temor a quebrar su taumaturgia. Y vio con nitidez el Distrito Federal cubierto de hormigas. Hormigas sobre cada superficie, excepto las de Crisanto.

Inmerso en el hormiguero, Florentino percibió que se le acercaba una como divinidad. Que no podía ser terrenal, pensó,

la figura que se mecía en un columpio de dalias amarillas. Vestía atuendos de lino natural y, sobre los hombros, un llamativo rebozo azafranado. Usaba un collar de plata de los Álamos, del que colgaba una alhaja de piedra de solimán en medio de la cual sobresalía un bajorrelieve de San Saturnino, también de plata de igual origen, que perteneciera a Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas, delicado regalo, según supieron más tarde, de Maximiliano de Habsburgo-Lorena, emperador de México, quien lo había heredado. Protegía su rostro con una máscara de jade. Una canción alentaba sus aéreos andares. A su paso, las hormigas se apartaban. Justo encima de Crisanto, la mujer lo inspeccionó. De inmediato, desvió su mirar a las alturas. Y suplicó:

—Aplaca, Señor, tu ira,  
tu justicia y tu rigor.  
Dulce Jesús de mi vida:  
misericordia, Señor.

Crisanto entreabrió un ojo. En su sopor observó a la mujer. Muy entusiasmado, con un ademán indicó sus pechos y exclamó enardecido.

—Qué tetas. Qué pezones, como duraznos pintones —y siguió dormido con una erección que las hormigas eludían.

Por detrás de la como divinidad, se acercaban unos charros tan corpulentos que más bien parecían mosqueteros de los tercios viejos de Carlos V. Integraban varios mariachis con guitarra, guitarrón, trompeta y violines. Había también una orquesta de violas, violoncelos, bajos y un piano en el lomo de siete caballos. Interpretaban la melodía que escoltaba el paso de la mujer, quien revoloteó hasta el isidoriano. Las hormigas se petrificaron. Y cayeron. Entonces, se dirigió a Florentino.

—¿Y cómo está tu madre?

—Hace unos meses hablé por teléfono con mi padre. Me dijo que están bien, a pesar de todo.

—¿Les hablas con frecuencia?

—Me gustaría, no obstante, resulta una proeza comunicarse con la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro. Marca usted un número larguísimo. Y escucha una grabación que le informa: «Todas las líneas están ocupadas, trate de llamar más tarde». Y usted, señora, tiene que oír la grabación unas siete mil

veces para que al fin salga una operadora estadounidense, le atienda, y trate de que una de la Ilustre Ciudad le dé línea. Pero de nuevo todas están ocupadas. La yanqui vuelve y dice que ella está *sorry*, que lo intente *again*. Y *again and again* uno repite el ciclo para que las operadoras de la Muy Ilustre salgan. Salgan y, con un deje entre grosero y despectivo, las mujeres del partido del Ministerio de las Incomunicaciones, cercanas las cuatro de la madrugada, afirmen que hacen el intento. Y en el intento se suman los minutos más exasperantes en la historia de la telefonía. Y a las cuatro y media de la madrugada:

—Lo sentimos mucho, el teléfono está ocupado.

—Y uno sabe que no lo está, porque ha sido el cumpleaños de tu padre y les has avisado desde hace siete meses. Y como ellos no tienen teléfono se han trasladado a otra casa. Han planeado la comunicación para darse ese regalo necesario de la conversación familiar. Además, está la hora en que la mujer del partido te dice, con indiferencia: está ocupado, inténtelo de nuevo. Dos oraciones que martillean en las sienes, mi señora, y sumen a uno en la nulidad de la impotencia irascible.

—¡Oh, Quetzalcóatl! —exclamó la de la máscara con un temblor en su jade.

—Señora, es que uno sabe que se trata de una burla. Pero se persiste. Y de nuevo:

—Todas las líneas están ocupadas. Trate de llamar más tarde

—Y por fin ajado, soñoliento, inerte, sin beber, sin comer, sin cagarte en la madre que las parió para evitar represalias a los tuyos en la Isla, renace la esperanza. Luego de varios días, en el instante que te dicen que han obtenido una línea y que el teléfono que deseas da timbre, piensas que al fin lograste de nuevo la comunicación. Y olvidas los rencores. Sonríes, pues la operadora isidoriana te dice: espere, le comunico. Un teléfono suena y aquel sonido te parece el andante del concierto veintiuno Elvira Madigan. Y en el deleite, esperas que algún familiar descuelgue el auricular. Alguien, desconocido, contesta. Indagas. Te afirma que es un error, que es la estación de policía. Y crees que has enloquecido. Y desistes de hablar con tu familia. Juras que no lo harás más, para evitar sucumbir de un infarto y que ellos allá perezcan de la pena.



—Oh, Quetzalcóatl.

—Un mes después, resuelto, roto, en medio de la soledad en que *cogito, ergo sum*, lo intento de nuevo. Y escucho la voz de mi hermana.

—Oh, Quetzalcóatl.

—Me dice cómo están y llama a mis padres que han pernoctado en el mismo sitio, porque me conocen, porque saben que insistiría. Toman el teléfono. Y un oigo queda suspendido en el aire. Y es la voz de la operadora de San Isidoro quien habla.

—Lo sentimos, se ha cortado.

—Oh, Quetzalcóatl —dice la de la máscara de jade que llora lágrimas verdes.

En medio del llanto, Crisanto hace por despertarse. Aún medio dormido apunta hacia las hormigas.

—Verga. ¿De dónde sacaste esa alfombra?

—Lo mejor que haces es no moverte —responde Florentino—, no vaya a ser que provoques el derrumbe de estas dos únicas paredes que, si no nos matamos por la caída, nos comerán esas hormigas a las que llamas alfombra. Despierta.

Como un bólido, reaparece la monja perseguida por el anciano, quien al pasar se dirige a nosotros:

—Se lo había dicho a Juana Inés: no me gusta como sopla el viento; no me gusta como se mueven las hojas de los árboles; no me gusta la tolvanera ni esa sensación de presagio que perdura por donde esos dos van pasando.

Y la monja otra vez latínó al venezolano:

—*Ab hoste maligno, libera nos, Domine.*

Corobero se estira. Se sienta con deseos de lanzarse. Y Florentino le vocea hasta que la boca se le llena de hormigas. Tose. Y el toser acaba por despertarlo.

Acercaron las mecedoras al balcón desde donde aún percibían el redoblar de los tambores. El tufo a purulencia se acrecentaba y no permitía a los áulicos quitarse del rostro sus pañuelos de holán. Desde la palmatoria crecía yo también.

Reinaldo y Florentino comentan el paso de escuadras que se acercaban. Cada una llevaba el nombre bordado en oro. Primero la «Escuadra de los decapitados», guiada por el cuerpo sin cabeza

de don Juan de Lanuza, justicia de Aragón, cuya testa abriera el desfile, así como también los cuerpos del Conde de Egmont y de Horn. A continuación, la «Escuadra de los envenenados», encabezada por el príncipe Carlos, quien mostraba un libro: *Los grandes viajes del rey Don Felipe*. Endeble, corcovado, patizambo, mordisqueaba, con obvio desagrado, los pezones de varias cortesanas que le hacían pasar por delante. El heredero pateaba el suelo y vociferaba con voz aguda y desagradable:

—¡Quiero la gobernación del Reino de Aragón y de los Países Bajos!

Frente a la Periquera, en un arrebató, manda buscar agua, leña y lumbre. Se quita los borceguíes, ordena que los hiervan y obliga al zapatero real a comérselos.

—Este sí que es una loca regia —afirmó Reinaldo—. Y feo de solemnidad, porque más feo que ese bicho, lo dudo.

Y volvieron a reparar en la rúa.

En la misma escuadra marchaba Isabel de Valois, aún sin hijos, quien decía.

—*Je suis la plus heureuse femme du monde*.

Por solo unos segundos, don Juan de Escobedo va también con este grupo.

—Debí estar aquí —explica a los villanos que contemplan desde las aceras.

Sin dilación, lo ven rectificar y adentrarse en la siguiente «Escuadra de los asesinados».

—Aquí van muchos de los acusados de traicionar a Philippus quienes, como se hizo habitual, morían en prisión, o fuera de ella, en muy raras circunstancias —agregó Escobedo.

Y ven desfilar a Fernando de Gurrea y Aragón, duque de Villahermosa, junto a Luis Ximénez de Urrea, conde de Aranda. Y, entre ambos, a Floris van Montmorency, barón de Montigny.

Un cerrado aplauso, proveniente de las víctimas de la inquisición, a quienes quemaban en una pira colosal en la Plaza, voló por los cielos levantinos. Desamarradas las manos, durante un periquete, participaban en la gran ovación hasta que volvían a atarlos para que ardieran serenos, según declaró un religioso:

—Hemos montado esta coreografía de tal modo que siempre arda alguien.

—Muchos en la Isla llevan en su alma a un inquisidor —comentó Reinaldo.

—No es solo en la Isla, Reinaldo. Es algo muy del alma universal —afirmó Florentino.

Captó, entonces, su atención una embarazada que ardía en una pira. Cuando cuestionó al sacerdote, este le dijo que la habían condenado porque convulsionaba. Un día se dirá que esta mujer era epiléptica, le replicó Florentino. ¡Qué epilepsia ni qué hostias! Añadió el sacerdote. Bruja. Y de aquellarre.

La mayoría de los que conducían a la hoguera llevaba corozas rubras y sambenitos negros con llamaradas y diantres.

—Mientras arden —decía el religioso— alcemos los ojos y comprendamos cuán loable es que exista un Dios en las alturas. Porque nada hay como ser bueno al Padre y servirle. Tenemos que quemar más de esta variedad, para evidenciar que cumplimos sus metas, que haremos del mundo un paraíso. ¡Aleluya! Caiga su maná como miel.

—¡Como mierda, querrás decir, hijo de la grandísima puta! —bramó Florentino y se percató de que estaban a punto de quemar a un nativo que decía nombrarse Hatuey. A su lado, un afectuoso sacerdote trataba de que aceptara a Dios.

—¿Quieres una confesión? Aún lograrías salvarte, hijo amado.

Hatuey, el robusto cuerpo atado y colocado encima de una pira, pidió al religioso que se le acercara.

El clérigo lo hizo. Clavó los ojos en el respirar del dominicano. En sus inspiraciones profundas. Y al instante de estar frente a su rostro, con ansias de besarlo en la boca —como narrara en sus memorias íntimas—, vio salir un arcabuzazo de entre sus labios. Un inmenso gargajo que se le incrustó en la cara. El fraile, que imaginaba otro fluido, sintió unos enormes deseos de bajarle al indígena aquello que cubría lo que él más deseaba. Pero ya sus compañeros le prendían fuego.

En ese trance, notaron que se acercaba otra escuadra formada por las cónyuges de Philippus, una detrás de otra, según las había desposado. Primero, doña María Manuela de Portugal, boteriana, manos delante del vientre; ojos con expresión acongojada; llena de lazos: en la testuz, en el pecho, en las faldas, en la cola;

múltiples le ataban cada uno de los dedos de su diestra con la que saludaba. Hombruna, envejecida, cianótica, le seguía *Bloody Mary* Tudor de Inglaterra. Adornaba su cabeza una flor, rojo coágulo, que resumía algas plasmáticas. A cada paso que daba se agachaba y en la convexidad de su palma recogía sangre de la rúa. Con garbo viril se la llevaba a la boca. Restos bermejos escapaban por sus comisuras y caían por su barbilla, los brocados del traje y por sus joyas. Más adelante, joyel al pecho, desfilaba por segunda vez Isabel de Valois, la flor de París. Alta, morena por la ascendencia italiana de los Médici, era la admiración de los isidorianos. Un piar que descendía desde las nubes hizo mirar a la joven reina, quien vio a los pájaros remanentes de la ciudad arrancarse y extender sus plumas como una alfombra a su paso. Llevaba de sus manos a las Infantas Catalina Micaela e Isabel Clara Eugenia.

—La predilecta del rey. Hasta se llegó a hablar de unas incestuosas relaciones con él —intervine.

—Lo que recoge la historia es que él la violó luego de que intentara sodomizar al príncipe Carlos y este se negara —aclaró Reinaldo.

La aparición de un poeta en la rúa de Nuestra Señora del Rosario les hizo relegar el presunto incesto.

—«Rosa de Francia entre los encinares» —recitaba.

Era Pierre de Ronsard, *prince des poètes et poète des princes*, se refería a la Valois, a quien flanqueaban *Madame* de Clertmont y *Madame de Montpensier*, sus damas de compañía a las que se había agregado *mademoiselle* Adelaida del Mármol, poetisa de la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro, ataviada con ropajes de luto cedidos por Eugenia María de Montijo, condesa de Teba.

Y en el asombro ante la presencia de Adelaida vieron aparecer a Ana de Austria, la paridora de duelos.

—Nacida en España; casada por poderes en Praga. *A posteriori*, en el Alcázar de Toledo. Sobrina materna del rey y su prima tercera por línea paterna —les expliqué. Y añadí—: madre de Felipe III, el débil heredero. Con ella estaría el monarca por diez años, al cabo de los cuales se le moriría de gripe.

—¡Basta de datos!, Nkawama Ntu Ndinga, nos aturdes —me gritó Reinaldo—. Te soporto por acompañar a Florentino.

Eres peor que Ánito —me dijo y calló.

Y yo proseguí.

—Con Ana de Austria, en la ignorancia de que aquellas fueran las pompas por su padre, iban los infantes Fernando, Carlos, Lorenzo, Diego y María. No estaban compungidos, pese a los vestidos con que los habían ataviado y a las pesadas flores de pana fúnebre, incrustadas con turmalinas brunas de Madagascar, que les obligaron a llevar.

—Dicen que en vida de doña Ana de Austria, la corte siempre celebraba —comentó Reinaldo.

—Mas nunca se supo si nacimiento o velorio —añadí.

Habían desfilado las viudas de terciopelo negro, color también de sus joyas y maquillajes, donde solo resaltaba la flor de *Bloody Mary*. En la preparación de la marcha, en más de una se dudó dónde irían, por lo que se constituyó la escuadra que habían avistado.

Detrás de quienes cuaduplicaron la viudez del monarca, marchaba Isabel I de Inglaterra vestida de velludo rojo, tinte también de sus joyas. A su derecha, iba el Almirante Gaspar de Coligny. A su izquierda, Sir Francis Drake. Los dos ataviados con ropajes de tonos carnalescos. A veces se secreteaban y reían. Sus risotadas, bajo el balcón de la Casa del Manco, rompían el lúgubre silencio y enfurecían a Philippus.

—Le jodí, sin perdones, veinticuatro barcos en plena bahía de Cádiz. Se los hundí bien hundidos. Y eso que él se pavoneaba de armar La Felicísima Armada —contaba Francis Drake entre carcajadas—. Más de un año le retrasé sus planes al quijarudo.

—«Tengo el corazón de un rey, más aún, de un rey de Inglaterra». Soy cojonúa, sin perdones. Y ningún pendejo de mierda, sin perdones, osará invadir los confines de mi reino sin que con la ayuda de mi Drake, y de Mandrake, le parta el culo, sin perdones —agregó Isabel I.

El sol había subido y calentaba las rúas. Florentino colocó la palmatoria en una esquina sombreada de tal manera que pudiera hacer de las mías. La pestilencia se hacía intolerable.

—Como leche hervirán la sangre y la mierda —comentó Reinaldo—. Deja que sea mediodía.

Y miran los carruajes de oro puro cargados de nobles, cardenales y embajadores. Destacaba Rui Gomes da Silva, amigo de infancia de Philippus. Su favorito.

Y vieron a don Víctor Nicolás Pérez, duque de Santana, hermano de Antonio Pérez. A don Florentino Gomes, padre del príncipe, también leal al rey, con su hijo Luis Enrique, en brazos y, en los hombros de este, a Clodoveo Marco, el primogénito, nonato, quien huiría cuando llegaron los helechos a la Isla. Y a don Luis de Requesón, marqués de Cuajadas, título que les sonaba peculiar. Y a don Manuel, rey de Portugal, junto con el infante Luis de Portugal, duque de Beja, junto a Violante Gomes, así como a António, hijo de ambos, prior de Crato, héroe de Alcazarquivir, aspirante al trono de Portugal a la muerte de *dom Sebastião I, sobrinho de Philippus, por graça de Deus Rei de Portugal e dos Algarves, d'Além Mar em África, senhor da Guiné e da conquista, navegação e comércio da Etiópia, Arábia, Pérsia, e da Índia, barão de larilas, panascas, bichas e paneleiros*.

En el atardecer previo a los resuellos de Crisanto, los peces voladores se treparon sobre los hipopótamos que, entonces, cambiaron de color. Las criaturas más profundas de lagos y mares nadaron por la superficie y se dejaban pescar con las manos. El comportamiento más excéntrico fue, sin duda, el de los vencejos. Una a una se arrancaban las plumas con sus picos. Ya desnudos, se suicidaban con la cabeza metida en la cloaca.

¿Cómo cojones no lo había sospechado durante la noche precedente? Con certeza, el cansancio no se lo había permitido. Florentino rememoraba el vaticinio escapado a sus sentidos: el insólito silencio antes del mediodía. Desde que anduvieran por la ciudad, no había oído ni el piar de un ave. El ascensorista, incluso, se había quejado porque sus pájaros parecían preocupados y ninguno había cantado. Y el auriga, al que habían pedido una cuadriga para recorrer temprano el Distrito Federal, les había platicado que las bestias estaban raras, pues se habían negado a comer y le había costado mucho ponerles los arreos.

Florentino recordó. De regreso al hotel vieron piaras de cerdos huir desesperadas y, en su persecución, hombres que se

disponían a apresarlos. Y había nidos de ajolotes que se devoraban unos a los otros; y charales que atacaban a jóvenes chapulines; y mexcalpiques, cuando enfurecidos, que se despedazaban a sí mismos. Y observaron ratones apresurados que no hacían caso a gato alguno; y cucarachas idiotizadas; y chachalacas enmudecidas.

Enseguida que Florentino lo expuso, la dama del jade dijo haber visto acociles, lagartijas y serpientes, dejar sus escondrijos y atravesar las calles. Que durante la noche las estrellas se habían acercado y había relámpagos inacabables. La prensa, por su parte, describía que en el parque zoológico de Chapultepec los animales quisieron romper las jaulas. Los cacomixtles, enfurecidos, destruían los nopales. Varios elefantes se habían encaramado en los árboles de donde habían espantado a las guacamayas que, desde entonces, hacían más escándalo que una orgía de chachalacas alucinadas.

Había vacas perplejas en medio de la calle. Una, defecaba hacía setenta y dos horas en el lugar donde se aparecía la virgen. Los ciudadanos la llamaban Nuestra Señora Mugiente de las cagadas. Suponían que María había cobrado vida con tarros. Y como la creían santa, las plastas salieron, a partir de ese día, para la Piazza San Pietro, donde fueron bendecidas por el Papa. Luego, el Vaticano hizo que alcanzaran los más distantes puntos del planeta. El problema de la bosta se convirtió no solo en un dilema nacional, como esclarecieron los diarios, sino universal. Desde la primera tarde, los Caballeros de Colón y las más puras beatas inauguraron un punto de venta de estiércol fresco que, en adelante, se ofreció en el mundo entero como pan sacralizado. La madre Teresa de Calcuta, según palabras textuales, lo había encontrado desabrido. No obstante, *Sua Santità*, por medio de una bula, había decretado que se usara como hostia. E indicó, con amenaza de excomunión, que mantuvieran en secreto el que provenía del culo de la virgen. Y la res se vio venerada, de la noche a la mañana, hasta que Corobero empezara sus fragores y vaca y deyecciones desaparecieran entre escombros.

—¿Cómo —se cuestionó Florentino— no predije lo que sucedería?

Sus cálculos habían fallado. Y lo que era increíble: nadie sabía la razón. Nadie, excepto él. En sus manos estaba el acabar con quien causaba tan grandes estragos. Sin embargo, Crisanto había venido para llenarlo de poesía. Y sin ella, él no podía vivir.

Continuaban inmersos entre aquel tropel de gentes con borgoñotas, calzas, jubones, gorgueras, brocados, capirotes y joyeles. De pronto, comenzaron a brotarles moscas por narices, boca, oídos, lagrimales. Apretaban los labios, pero se les hacían grandes buches y tenían que separarlos. Las moscas, de diversos tamaños y colores, se desparramaban en todas direcciones.

—Alguna debería convertirse en ave rapaz —opinó Reinaldo—. Nadie creería lo de la pestilencia a carroña sin ellas.

Y vieron como las moscas, que salían por los orificios de Florentino, crecían en pleno vuelo y se transfiguraban en auras tiñosas que se posaban en balcones, tejados, frontones, cumbreras y árboles alrededor del parque Calixto García.

Quedaron un rato ensimismados. Reinaldo se quejó de sed y Florentino llamó a un barman del Hotel América en una de las esquinas frente al parque.

—Don Fernando Cáceres, su dueño, es mi tío. Llamo a mi padre —explicó Florentino ante la mirada inquisitiva de Reinaldo.

El hombre respondió a lo lejos. Luego se les aproximó. Mientras hablaba, tosía las moscas que espantaba con las manos y movimientos bruscos de la cabeza.

—Así es imposible hablar, hijo.

—Este es mi padre —dijo Florentino a Reinaldo—. Considéralo también el tuyo.

—Te lo agradezco, pero bastante tengo con el que me tocó.

—Él es amigo de mis amigos.

—Creo que lo sublimizas.

El barman carraspeó para romper los hilos de la interlocución.

—¿Qué quisieran beber? —les preguntó, a la vez que se arreglaba unas ramitas de lavanda encima de la oreja que compartió con ellos.



—Señor, ¿cómo voy a aceptarle esta rama si aquí, en este inmundo pueblo, no se da la lavanda ni hay quien pueda importarla? —arguyó Reinaldo.

—No le estropees la licencia poética al narrador —le regañó el hombre, quien retomó el motivo por el cual estaba allí—. Por favor, acaben de decidir qué trago desean.

—Pues un coñac español —dijo Arenas.

—¿Un coñac para cada uno?

—Sí —fue la respuesta a dúo.

—¿Cuál prefieren? Tenemos Carlos I, Felipe II, y hasta el Lepanto, embotellados.

—Un Felipe II sobre las rocas —solicitó Reinaldo.

—Otro Felipe II, pero debajo de las piedras —indicó Florentino.

—En copas flamencas —pidieron al unísono.

—Al regreso traeré a tu madre, está loca por darte un abrazo —agregó el barman.

Y el padre se retiró camino del Hotel América en la confluencia de las rúas San Miguel y San Pablo.

Tengo que llamar a un brujo. Tienes que llamar a un brujo. Tengo que buscar algún remedio. Él, Florentino Cascajo, tiene que hacer algo. Tenemos. Ya está bueno, pienso, piensas, piensa, pensamos. Que la magia se fuera a la mierda, que la poesía se fuera a la mierda, pero no permitiría que aquel fragor acabara con todo, incluido él. Necesitaba buscar una fórmula que acallara los ronquidos de Corobero sin llevarle el encantamiento, que no terminara con su vida. Es verdad que en ocasiones quiso matarlo, como aquella vez que deseó criar zopilotes en su apartamento de Miami Beach. Florentino no descansó hasta cazar el más hermoso de los zopilotes que volara por los cielos floridanos. Corobero lo agradeció con una botella de beaujolais. Y con beaujolais escribió, muy inspirado, una *Oda al Zopilote*. Y compuso una *Sonata para un zopilote*. Y *Las cuatro estaciones del zopilote*. Y a los tres días, sin beaujolais, tuvo el isidoriano que componer la *Pavana para un zopilote difunto*, dado que el zopilote no trasvolaría más. Pues enfurecido, tras haberle torcido el pescuezo siete veces, Crisanto lo había arrojado al océano,

porque no quería saber de él. Todo para que, desaparecida el ave en las profundidades, se arrodillara y martianamente clamara: oh, mar, devuélveme mi zopilote.

—Ya te conocía de tanto Tino mencionarte —dijo Olguina a Reinaldo.

—Hasta fuimos a Vista Alegre para buscar a tu madre —afirmó el padre, quien les entregó las copas de Flandes.

Y en extremo pulcra, vestida de almidonado lino blanco, apareció Oneida Fuentes.

—Rainy —fue lo único que escucharon ante el abrazo de ambos, mientras Arenas daba su copa a Cascajo.

—¿Por qué no han traído a mis hermanas? —preguntó Florentino, quien, antes de beber un sorbo de Felipe II, colocó la copa de Reinaldo en el suelo.

—Hijo, no te imaginas la mar de gente que se ha concentrado en las rúas. Es que van a vender blúmeres, ajustadores y calzoncillos en La Luz de Yara. Ya sabes la indigencia que nos azota —respondió Olguina.

México. Las autoridades reunieron los osos hormigueros de la nación decididos a terminar con el género de insectos himenópteros.

—Ni con todos los osos hormigueros del mundo los exterminarán —juzgó Florentino.

—No se respira aire —agregó la dama del jade—, solo huevos, larvas, pupas, obreras, zánganos, reinas. Pero a mí me respetan.

—Por el tabaco —opinó Crisanto.

—Pues yo creo que debe ser por el humo —comentó Florentino.

—Es por la piedra de solimán y el San Saturnino —aclaró la dama del jade y se llevó la mano izquierda a la alhaja.

Momento en que Crisanto interrumpió para anunciar que había hablado con la tía Vicaria.

—La invité para ver qué podría hacer.

—¿A ver qué? ¿Cómo la vas a invitar si el sueño es mío? Además, ¿qué sabe ella de curar los ronquidos?

—Ella lo que quiere es curarnos de las hormigas.

El cielo se colmó de músicos que componían canciones para atraer, según Corobero, los favores de la dama. Pero ninguno hacía algo para liberarnos de las hormigas. De improviso, Crisanto señaló un punto luminoso que se acercaba.

—Creo que es tía Vicaria.

Y vieron una mácula morada, diminuta. Después, un círculo encima de una línea. A continuación, Vicaria. Traía una cesta cargada con pétalos de violetas que empezó a verter.

—Pétalos sobre México. Pétalos sobre las montañas de hormigas —decía Vicaria. Y al lado de las hamacas, agregó— es alma de DDT, para engañarlas. —Entonces—, ¿cuánto hace que salieron del hotel?

—Segundos, señora, segundos —respondió la dama del jade—. Aunque todo lo trágico nos parece eterno.

—Veo tan flacos a mis viejos, Reinaldo, como si los hubieran vaciado.

Un quebrantamiento de maderas, en la primera planta de la Casa del Manco, los interrumpió.

Y vieron rostros de antiguos conocidos, amigos, curiosos, viejos amantes, vecinos, cizañeros, fariseos, sicofantes, chismosos, cederistas, militantes de la juventud y mujeres del partido junto a miembros reconocibles de la policía secreta. Mas lograron espantar a los infames y juntarse solo con los entrañables que, más tarde, también se retiraron.

Entonces, Reinaldo y Florentino se fijaron en una dama que desfilaba con un ojo tapado por un encaje de seda que nada restaba a su belleza.

—«Más quiero antes el culo de Antonio Pérez que al Rey» —repetía.

—Es la intrigante doña Ana Hurtado de Mendoza de la Puerca y de Silva y Álvarez de Toledo, duquesa de Pastrana y princesa de éboli, la mujer más poderosa de la corte. Compartió su cama con Philippus. No en balde se le llamó la mujer fatal del siglo XVI. De las tres amantes reconocidas del Austria, es la más afamada. De gran linaje, era bisnieta del cardenal Mendoza, a quien llamaban el tercer rey. Hija del conde de Mérito y de

Catalina de Silva. Basado en los estragos que causó, hoy se nombra, con un cambio de la última vocal, un maligno virus de África, el Ébola —susurré, mientras Florentino veía salir de la mansión del Manco a sus padres y a Oneida Fuentes tomados de las manos.

Detrás de la atractiva doña Ana venían las escuadras de la Santa Liga. Conformaban pelotones con cuatro mil quinientos caballos ligeros. Multitud de hombres arrastraban una nave, con sus cañones, sobre ruedas de carretas.

—Es la Marquesa. Fíjate quien va en la proa —exhortó Florentino y observó la enhiesta figura, con casco y plumas, de don Juan de Austria—. El Homicida Prudente lo mantiene a raya, porque su sangre no es cien por ciento monárquica.

Un estornudo en la Marquesa les hizo retornar al paseo. Había sido Sebastiano Veniero, quien iba acompañado por el vicealmirante Marco Antonio Colonna, el Pontificio.

—¡Salud! —le había dicho Reinaldo.

Mientras el veneciano le daba las gracias, otra figura en la proa, que asía una espada, les ocupó la atención. Era de frente amplia, hermoso semblante, labios llenos casi escondidos entre el mostacho y la barba, mirada ingeniosa. Don Juan de Austria y el Pontificio lo regañaban.

—Con esas calenturas no podéis desfilar, don Miguel —le reclamaba autoritario don Juan de Austria.

Sudoroso, el hombre se negaba a la orden.

—¡Esto es una insubordinación! Reposad —le gritó colérico el Pontificio.

—A tomar por culo —le oyeron articular con júbilo. Y le vieron llevarse la mano derecha del bigote a la barba y a la protuberante bragueta de armar—. No hay razón para el reposo «en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros». Aquí he de continuar por Dios y por Rey Naldo, aunque no soy de arena ni de cascajo, sino de mármol, como Adelaida —y dio una ojeada al balcón de la Casa del Manco, sonrió e hizo un guiño a Florentino—. Por fin a alguien se le ocurrió traerme a Las Indias.

El soldado atinó a decir algunas palabras más que no entendieron por haber sido cortadas por un comentario mío:

—Me parece que no había considerado trabajar con este personaje en tal suceso.

—Deberías callarte y no verter aquí tus opiniones —arguyó, enojado, Reinaldo.

—¡A la tercera va la vencida! —concluyó el personaje cuyo actuar habían interrumpido las anteriores reflexiones—. ¡Por fin en Las Indias!

La estridencia de los gorriones del parque junto a los chirriares de las ruedas de la carreta hacían casi imposible el entenderse.

—¡Qué maten a esos pajarracos de mierda! —ordenó el veneciano y, de inmediato, una descarga de arcabuces y mosquetes mató a los gorriones que el pueblo presuroso y agradecido guardó en cartuchos.

—¿Crees que a esta fecha consigas aquí algún tipo de envase? —interrogó Florentino.

—Pues que estimen los cartuchos otra licencia poética —opinó Arenas.

—No jodan, que esto es asunto mío —argüí. E imaginé que dos arcabuzazos impactaban en el soldado a quien lesionaron en el pecho y en la mano izquierda. A la vez que se salpicaba de rojo su gorguera, declaró que aquellas heridas serían su orgullo.

Y en medio de la sorpresa por la acción tomada, vieron subir a cubierta, en la punta de una lanza, la cabeza sangrante de Ali Pasha, el turco.

—No estamos vencidos, aunque hayamos perdido —rimaban aún los labios de la testa cercenada.

Entre los dedos del lesionado y el cacho mutilado de Ali, zumbaba un gran mosquero. Para evitarlo, el soldado introdujo su mano herida entre las ropas. La cabeza del turco, por más que pestañeaba, no lograba que los insectos dejaran de penetrarle por la nuca abierta para salirseles por la boca y la nariz.

Florentino alegó que como médico socorrería al herido, pues había hecho el Juramento Hipocrático. Reinaldo se opuso por temor a que deseara quedarse en la Marquesa.

Comienzan el descenso. Avistan un poste muy elevado del suelo. Rodea su parte superior un bastidor de madera, de

cuatro lados, atado por lianas al tronco central. En cada arista está sentado un hombre. Al ritmo de una música, interpretada con flauta y tambor por un quinto miembro situado en el punto prominente del mástil, los danzarines se descuelgan. Equidistantes unos de los otros, asidos por la cintura con una soga, se deslizan de cabeza. Visten con plumas de variadas aves en las que predomina el tono rojo. Usan también un tocado que constituye un penacho. Según bajan, la cuerda se extiende, circula alrededor del eje. Al llegar el suelo se incorporan.

—Son los voladores —explicó la dama—. Fueron parte de un rito, o un rito en sí. Al descender imitan los gestos y cantos de las aves. Esos hombres-pájaros significan las direcciones del mundo. Completadas las trece vueltas concluye la danza. Si lo multiplicáramos por cuatro tendríamos cincuenta y dos, que eran los años del calendario de sus antepasados. Los más famosos son los de aquí, de Papantla.

Florentino salta a la punta del poste donde está el músico. El resto alcanzó la tierra junto con los voladores.

—Lo felicito —le dijo y apretó el asa de la palmatoria, cuya llama se duplicó en sus pupilas.

El nativo esbozó un gesto de desconfianza.

—¿Cómo te llamas?

—Serafin.

—¿Eres el jefe?

—El jefe es Matías Moreno.

—¿Son de por aquí?

—Sí, de aquí mismo.

—¿Qué haces? —demandó Corobero desde el suelo junto a la dama.

—Un texto para estos corajudos. ¡Hay que tener cojones! —respondió Florentino.

—¿Cojones para qué?

—Para lanzarse.

—Bueno, en realidad —opinó la dama del jade en medio de una fumarada—, en el arte siempre hay que tener cojones.

Florentino garabateó un poema en la mente. Crisanto y la señora del jade lo contemplaban desde abajo junto al gentío congregado.

—Mi poema se nombra: *Toca Serafín la flauta en alto*.  
Se lo dedico: A Matías Moreno y a sus voladores de Veracruz:

Al ritmo de la música  
descienden los hombres-pájaros...

Los mariachis se acercan y se escucha la canción dedicada a la dama del jade. Hay mujeres aztecas, huastecas, mayas, mixtecas, olmecas, teotihuacanas, toltecas, totonacas, zapotecas. Mujeres de todas las culturas que pueblan México. Crisanto sube por el poste como un araguato. Sube. Y le aúlla a Florentino.

—¿No sientes vergüenza de que hagan poesía con su danza y tú intentes destruirla?

Abajo, la dama del jade dirige un coro que le grita cursi a Florentino.

—Quería hacer algo mejor. Fue por la transcripción desde la idea a la palabra. El poema fluía, pero al decirlo se perdió.

—Si persistes con tanto encadenamiento de ideas nos faltará prosa para enseñarte Venezuela —aconsejó Crisanto—. Por favor, no sigas por estos cielos.

—Ay, Crisanto Corobero, ¿y qué hacer si me encantan?

Seguía a la galera, Juan Andrea Doria.

—Según Pío V, más corsario que cristiano —murmuró Reinaldo.

Y vieron aparecer al Duque de las Cebollas y al Marqués del Ajo; campesinos que, por revender sus cosechas, gracias a las escaseces isleñas, habían pasado a ser miembros de la nobleza. Entre ellos reconocieron a Sir Ricardo Pérez de Potrerillo de Gibara, sobrino de Antonio Pérez. Y también identificaron al Duque de Medina Sidonia, al Duque de Alba, al de Mediodía, al de Tarde y al de Noche. Y en el bochorno, marchó la Maja Desnuda que Florentino se apresuró a mirar para cerciorarse si era evidente lo que se le veía.

—No sabía que...

—No es posible dejar escapar un coño ducal, Reinaldo.

—¿Quieres decirme que en vez de a bacalao huele a caviar?

Detrás siguieron algunos condecorados con la Orden de la Malta Hatuey y soldados, caballeros y aventureros españoles,

italianos, alemanes y suizos. Marchaban también otros hombres de armas, clérigos, lacayos, palafreneros, cocineros, tutores, ayos, juglares, enanos; todos quejosos de la abundancia de moscas, del tufo a mierda real y de que se les pegaban los zapatos en las rúas.

—Ya cansa tanta relación de gente. Danos un respiro —exigió Reinaldo—. Por cierto, a la malta de la orden le corresponde ser Goya, para que armonice más con el desfile.

—No lo creas —le expresé—. El heroico cacique Hatuey fue quemado vivo en la hoguera en 1512. El aprendiz del taller de Luzán murió, como quien dice, en el siglo pasado.

Florentino recordó algo que le narrara su abuela Cruz Fidelina. A fines del siglo XIX, su bisabuelo materno se marchó a México junto a su familia. La abuela, niña, había partido en una carraca desde el floreciente puerto de la Villa Blanca de Gibara. Contaba que para entrar en la embarcación había tenido que utilizar una escalera. A mi bisabuelo, don José Cáceres Pérez, canario de Tenerife, los mambises le pedían dinero. En el caso de que se acercaran a su finca, mandaba a decirles que no estaba y se escondía en un hueco entre mayales. Hasta que se fue con su fortuna.

—¡Florentino!

—Hasta que vino con toda la fortuna a México. Anduvo por Veracruz y por Yucatán. Pero no le gustaron estas tierras. ¿Es verdad? De eso, Crisanto, hace más de un siglo. Abuela se acordaba. Mi bisabuelo regresó a Cuba y metió los doblones de oro en botijas, sin decir a nadie donde estaban, ni siquiera a mi bisabuela Teresa Sánchez. Aquella judía enorme en su retrato del estudio de Gibara.

—Florentino, despierta —le pidió Crisanto.

*Post Card Correspondence here name and address here place stamp here.* Here, como si fuera el vocablo más significativo para indicar que es aquí donde está. Pero allá, no *here*, está su bisabuela Teresa en el daguerrotipo. Allí AZO AZO AZO. Y aquí, de pie en ese estudio de la Villa Blanca, donde también se retrataron un día sus abuelos, cuya diferencia estriba en que el vestido de su abuela permite ver la punta de sus zapatos y los



de su bisabuela, no. La época medida por la moda. Igual piso de mosaicos con arabescos; el mismo diseño de jardín con columnas y palmas. Y el fotógrafo anónimo con sentido de la estética. Allí, perdida a finales del siglo XIX, está su bisabuela: obesa, bella, serena. Hay arte en el acomodo de su cabeza, en la manera en que mira, en el modo en que descansan sus manos. Su bisabuela: falda oscura hasta el suelo, blusa blanca bordada de encajes, cadena y aretes de oro. La bisabuela con rostro de griega, de turca, de judía. Su pelo abierto al medio y recogido atrás.

—Era inmensa —describe la tía Vicaria.

Anduvieron por México. Pero regresaron a la Isla. El bisabuelo Cáceres guardó su secreto, como su oro. Hasta que sufrió un accidente cerebrovascular y no hablara más, solo antes de su muerte.

—Ven, Tere, ven, Tere. Ven.

Teresa lo acarició. Se puso atenta a una frase que no concluyó. Y el enigma se marchó con él.

La bisabuela Teresa se sentaba en su comadrita al lado de la enorme ventana de madera. Vagaba en el humo de sus tabacos en viajes silentes que nadie interrumpía para respetar su ensueño. Sus ojillos se perdían en el jardín, volaban en pos de sus añoranzas. Por encima de las plantas, tras la muerte de mi bisabuelo que la dejara sola a cargo de los hijos, oteaba al través de los barrotes.

—Debí llamarme Soledad —repetía y, frente a la puerta por donde viera marcharse al compañero, se soltaba el cabello para después hacerse una trenza que daba vueltas, como una corona, a su cabeza.

Su bisabuela Soledad sentada hasta el atardecer frente al jardín. Se balanceaba entre la humareda de un tabaco interminable, como su pena. Teresa Soledad entre las pétreas y los galanes de noche. Soledad Teresa entre las pestañas de los muertos. Soledad entre las ipomeas, las anacahuítas, las resedas y el mamoncillo, cuyas ramas rozaban el techo por la noche y llenaba a los adolescentes de temor, porque les hacía creer que la casa estaba habitada por fantasmas, vírgenes, duendes, hombres sin rostro, luces, perros que nadie vio, pero que sintió o presintió. Niña Vicaria, sentada en los escalones de madera cerca de los pies

de su abuela, olía el espíritu de sus tabacos. Vicaria escondida detrás de los pilotes que sustentaban la casa. La tía niña que, montada en su escoba de palma real, hacía sus primeras piruetas, como un pichón que aprende a volar. La tía Vicaria entre los espectros de los ahorcados de la familia, que la saludaban y le confesaban lo arrepentidos que estaban y el cansancio que les daba permanecer colgados.

—¿Vicaria sabe todos esos cuentos? —cuestionó Crisanto.

—Sí que se los sabe —afirmó Florentino, dormido y aferrado a la palmatoria—, ¿por qué puerto perdido de México arribarían mis bisabuelos?

—Florentino, por favor. Así no vamos a llegar a Venezuela. Florentino, Florentino —repetía Crisanto. Y trataba de sacarlo de aquel ensimismamiento desde el que hablaba como en un trance—. ¡Florentino!

—Vine a estas tierras desde otra que creí «la más hermosa que ojos [h]ayan visto». Allá me arraigué con mi Teresa hasta que a sus habitantes no sé quién les metió en el cuerpo la idea de la independencia. Le decía a mi Teresa que si emigramos una primera vez, lo hacemos siempre. Este espíritu trashumante, atávico en mí, pasará como herencia a mis hijos y a los hijos de mis hijos. Y renacerá en mi bisnieto Florentino Cascajo.

—Nkawama Ntu Ndinga, que tenemos que seguir el viaje. Haz algo, por favor. Despierta a Florentino —pidió Crisanto—. Lleva como un eón habla que te habla. ¿Qué comiste hoy?

—Hormigas.

Y Crisanto Corobero lloró al deducir que el hilo de la novela se perdería.

La dama del jade hacía rato que no hablaba. De repente, rasgó su prudencia y desde el suelo platicó a Florentino.

—La única conclusión que he sacado de todo esto es que, si a tu bisabuelo le hubiera dado por asentarse aquí, hoy serías mexicano.

Volvieron al balcón debajo del que transitaba un maratón de carrozas con reyes, príncipes y su séquito de pajes y camareros, provenientes de toda Europa. Pronto, en pleno

mediodía se desbarrancó la noche. La llama se reanimó y me fortalecí. De luto marcharon animales alumbrados con antorchas cuyos maderos recordaban las lanzas de *La rendición de Breda*. Vieron gatos, ovejas, perros, vacas, toros, gallos, gallinas chinas y cisnes, todos negros. Reinaldo permaneció sosegado hasta que con igual colorido distinguió leones, guacamayos y camellos.

—Es obra de los muy cabrones pintores reales —opinó, e interrumpió su comentario al ver el paso de una comparsa de Mbansa Bana cuyos miembros llevaban, encima de la mollera, nidales de las más variadas especies de aves.

—Detrás de la comparsa iba una carroza adonde saltaban los pájaros que, sin demora, se ponían a bailar conducidos por María Salomónica, quien, al compás de tambores batá, danzaba *El pájaro de fuego uterino*, versión yoruba sobre Stravinski hecha en el Instituto de Matemática, Cibernética y Computación de la Academia de Ciencias de Cuba, corregida y aumentada en los predios ontarianos de Markham, en Senisterra —comenté. Pero hice que los toques se alejaran al percatarme de que Florentino se había llenado de saudades.

Mujeres con vestidos folclóricos habían venido de todos los estados mexicanos. Traían sus productos en capachos de mimbre. Desde el suelo brindaban su mercancía a Florentino, quien, al alumbrarlas, las cubría de una pátina dorada como en una pintura del Renacimiento.

—¿Quieres de nuestro chocolate? —y sin obtener respuesta alguna, le ofrecieron aguacates, tomates, cacahuates, elotes. Por último, una, de muy hermosas formas le propuso:

—¿Quieres mi papaya?

—Lo que quiero es un amigo incondicional —fue la respuesta de Florentino.

Sobresalía una ataviada de blanco cuyo vestido tenía encajes, un delantal negro con flores coloradas y, en los cabellos, cintas verdes con claveles rojos y blancos.

—Bailo un son jarocho de mi Veracruz. Se lo dedico junto a mi chocolate —dijo, y suspendió los vuelos de su falda.

Crisanto la miró con fijeza hasta que pestañeó. Y, sin que Florentino pudiera atajarlo, roncó, desencadenando tal lluvia de

cieno que cubrió vestidos, sombreros, charros, caballada. Fue, entonces, que descendieron del poste de los voladores. Abajo, los mariachis y la dama del jade se les juntaron para huir del lodo que envolvería la ciudad.

—¡Qué vergüenza, Crisanto Corobero! Qué vergüenza la que me haces pasar —se quejó Florentino y ratificó que debía curarlo.

Florentino pensó en las temporadas pasadas al lado de Crisanto. Ciclos de altas y bajas donde había vencido la amistad. Pero cada día le era más difícil. Y temió por la vida del venezolano, de que descubrieran que era el causante del estropicio.

—A Yucatán —ordenó en un esfuerzo por reanimarlo. Y huir.

Pretendían llegar hasta Cabo Catoche y, desde allí, ver el lejano panorama de la más grande de las Antillas. Cansados de andar enlodados por los aires salieron a caballo. Partieron después de haber ido hasta el Fuerte de San Juan de Ulúa, donde se bañaron y comieron junto al resto de la comitiva. Marcharon con la promesa de que se detendrían solo en Yucatán. Así cruzaron Tabasco y Campeche. Lo que más le dolía a Florentino era pasar por los sitios y ni siquiera ver sus ruinas. Sin embargo, nada exigía para evitar que, encolerizado, el otro descuidara su compromiso. Era aquella característica de Crisanto una de las que él más aborrecía, la inconstancia. Y le perdonaba bravuconerías y que renunciara a los planes en medio del camino. Se lo criticarían, mas comprendía que los amigos no se compran y que Crisanto, en sus buenos momentos, le hacía enterrar su frustración. Luego juzgaba que araba en el mar. Pero estaba su flanco divino. Sol que alumbraba los rincones de su pernicioso soledad. Por otro lado, Florentino tenía conciencia de que el venezolano era un artista. Era tan corta la existencia para vivir lleno de rencores. Estaba dispuesto a aguantárselo todo, menos la incomunicación. Era del conocimiento de Crisanto lo que él había padecido por María Salomónica. Que durante los últimos cinco años no había colocado un fonema al lado de otro ni revisado lo ya escrito. Tal era la desidia en que lo sumiera su desamor. Entendía que necesitaba superar ese estado, si bien había algo en su cuerpo que lo impedía. Eso lo sabía Corobero, que él huía de los otros, que

se había arrojado a su erial para rumiar su depresión de bestia por una traición que no imaginó.

María Salomónica había llegado a Senisterra y se olvidó de él, de la palabra empeñada, de sus sacrificios, de las necesidades en los inviernos madrileños por reunir dinero para que ella no sufriera hambres ni fríos, como él. Todo para que le fuera infiel y lo hundiera en aquel desamparo sin límites, aquel insulto a su sensibilidad. No. Florentino estaba agotado. Nadie más se serviría de su lealtad, juró, de su hombría de bien. ¿Sería posible que alguien le fuera incondicional? Alguien con quien compartir penas y triunfos. Tan intenso había sido su afecto por María Salomónica, que eclipsaba al de la historia de Masuccio Salernitano, opinaba Crisanto, a lo que él respondía, que ni con ese amor olímpico había logrado nada. Dispuesto estaba a ser un Heracles por tal de conquistar otro cariño, aunque no deseaba tanto gasto de energía, como el derrochado tras la olvidadiza ingeniera que desapareciera al modo de Persina. Porque él tenía otra imagen de una relación. Tampoco le apetecía volverse a cargar de exasperación, aquella ira que se le salía por cada poro y se interponía entre él y el mundo. No quería que le sucediera lo que con la habanera. Aquel apego que había cuidado con esmero. Antes de viajar a los Estados Unidos, Florentino la había llamado desde Madrid. Y allá, inconsciente, yacía ella. En una longitud a la que no podía aplicar ninguna de las leyes de la física. Para aumentarla le interpuso a Terry, uno de sus amantes, en la barrera infranqueable del teléfono. Y él, abismado en los celos de la desesperanza, se quebraba los huesos de la angustia. Ese dolor inconcebible, inconsolable, inconmensurable. Él, que no imaginaba que sus huesos no fueran a soñar unidos a los de María, estaba más solo que nunca. ¿Qué no hubiera hecho por recuperarla? Hasta el asesinato de Terry planificó sin importarle las consecuencias. Y aquel crimen que no cometió le impregnó de culpa su alma de matón tierno.

A duras penas venció el espanto. Y volvió a su destino. Se prometió no tocar en aquella puerta. Y se aisló con tapias que nadie era capaz de derribar. Entonces, llegó Corobero con su canto de turpiales. Y Florentino regresó del infierno hasta que los ronquidos de mulo renovaran su vida.

Debía existir algún nigromante o taumaturgo, un brujo, un bilonguero, algún mago de Egipto. Algo humano, animal o vegetal; alguna materia o cocimiento que remediara la destrucción que dejaba su paso. Había considerado encontrar a Lydia Cabrera, mas había partido de Miami. La única esperanza era hallarla en cielos venezolanos. ¿Y qué de un remedio africano recetado por Fernando Ortiz? Pero ¿y si se terminaba la magia? ¿Y qué si él no pudiera narrar lo acaecido en los tiempos del que sí, que da, aunque se usaran condones? ¿Necesitaba decapitarlo? ¿Odiarlo por los estragos de los cuales no tenía culpa alguna? ¿O soportarlo porque le había traído la poesía? Sí, era eso lo que lo ataba a Crisanto. Tendría que acostumbrarse a aquellos ronquidos apocalípticos. Ellos habían sido también portadores del encanto. ¿No andaba en este viaje tan anhelado gracias a Corobero? Si él lo abandonaba, ¿no acabaría la metáfora? ¿No sería él la otredad que no se había descubierto, que pervivía latente en algún recóndito lugar de su organismo y se le venía desde adentro? ¿No sería él, yo? Pensó Florentino. ¿No será el reflejo de mí mismo? ¿Al destruirlo no me destruiría? ¿Qué hacer, pues? ¿Despertarlo?

Una pestilencia de fosa desbordada se arrastró hasta ellos. La dama se colocó un pañuelo en la nariz, gesto que imitaron los mariachis quienes callaron su eterna melodía. Los caballos relincharon, por lo que con uno de los sarapes les fabricaron tapabocas.

—Aún nos queda Simonia Central. Si allá te detienes lo que aquí, nadie te leerá. Por favor, Nkawama Ntu Ndinga, no expliques el origen del hedor —pidió Florentino.

En varios lanchones habían llegado a Cabo Catoche al atardecer. Durante la travesía los siguieron multitud de delfines. Florentino había expresado en voz alta su deseo de que alguno fuera rosado, pero uno de los mariachis le explicó que estaban en el Golfo de México y no en el Amazonas. La pestilencia fue pasajera. En su lugar, un aire de mariposas, arrastrado desde el Caribe, hacía tremer la llama e impregnaba el ambiente.

—No huelo el océano —comentó la dama del jade.

—Es por el perfume de esas flores —aseguró Florentino, quien alzo la palmatoria e iba a explicar algo más, pero fue interrumpido por el venezolano.

—Y el mar no es azul.

—Aquí es tan azul como en cualquier parte —aclaró uno de los charros.

—Es que se ha llenado de mariposas blancas —explicó Florentino.

El agua apenas se adivinaba. Los charros se acercaron a la orilla para recolectarlas. Las recogían y colocaban en el cabello, los hombros, las manos y a los pies de la dama. Ella fue la primera en revelar que en cada pétalo aparecía una frase dirigida a Florentino Cascajo.

Leídos unos cuantos, la dama del jade quiso informarse con exactitud de dónde provenían. Para averiguarlo, pidió un caballo.

Florentino quería centrarse en ella. No obstante, solo podía orientar su interés en una acción. Y tenía varias. Además de prestar atención a la dama, era su responsabilidad cuidar de la llama y de que Crisanto permaneciera despierto.

La señora del jade, ya sobre el caballo que le habían traído con prontitud, oteó la distancia y dijo:

—Veo una Isla que flota de Oeste a Este. Mogotes llenos de palmas. Vegas de tabaco. Y militares de verde olivo, como Atlantes de Tula, que vigilan.

Florentino quiso hablar, expresar lo que en su opinión la dama contemplaba. Pero ella ordenó no ser interrumpida. Pidió otra bestia que colocaron encima de la anterior. Y reanudó su reseña:

—Veo una ciudad en ruinas frente a un tajamar. Más militares que marchan por sus calles. Y cuerpos famélicos en dilatadas colas.

Se quejó de no descubrir lo que buscaba. Repitió el pedido. Y colocaron otro animal encima de los dos anteriores.

—Veo una bahía abierta y una península de arenas blancas. En la playa hay muchos güeros. Y los mismos militares escondidos entre uvas caletas. ¡Otro caballo!

Y otro fue puesto sobre los primeros.

—Veo ciudades coloniales con calles de adoquines. Más militares. Y cuerpos caquécticos que también hacen filas. ¡Otro!

Cumplida la orden, la dama se estrujó los ojos para mejorar su visibilidad.

—Los mismos soldados, la misma gente escuálida —dijo airada. Y en su iracundia pidió la sexta bestia.

Los mariachis intentaron entonar su canción, pero callaron por orden de la mujer, quien adujo temer que los animales se espantaran e iteró no querer que se le interrumpiera. Así que esperaban la descripción que ella hacía de aquella Isla del Caribe. Un corcel le fue traído y la dama con igual destreza trepó hasta la cumbre.

—Veo mucha miseria. Y un tumulto que en neumáticos se echa a la mar.

Florentino fue a hacer un comentario, pero se abstuvo al notar, aterrado, que a la luz de la llama Crisanto pareció que iba a dormirse. La mujer prosiguió.

—Hay una cordillera, valles, bosques. Las montañas se hallan en el Sur, donde la gente está esmirriada y habla por señas. Muchos de los habitantes van encadenados. Los conducen a lugares donde otros trabajan. Escucho, trasmitada por amplificadores, una voz que ordena. No parece humana, sino equina —las bestias relincharon. Y la dama se excusó—: con perdón de los caballos. Al norte, las personas se ven igual de esqueléticas. La mayoría anda desnuda, en bicicleta, a la vez que una flotilla de Mercedes Benz, con cristales ahumados, transita por las carreteras. Delante, y detrás, a gran velocidad, van *jeeps* y soldados con armas que apuntan a los transeúntes. A veces se detienen y una multitud, contenida por militares membrudos, rodea a un vejestorio barbudo que viste de olivo —dijo y exigió—: tráiganme a Nonoalco.

Y Nonoalco fue situado en la cúspide. Ya montada en el séptimo caballo, la dama le acarició amorosamente la blanca ternilla que resaltaba en su tono alazán, exhaló varias bocanadas de humo y solicitó unos prismáticos para explicar lo que veía, dijo, pues tal porción de la Isla era la más al levante.

Para colocarse mejor los prismáticos, la mexicana se quitó la máscara de jade. Ante su hermosura nos arrodillamos con respeto. Incluso Crisanto se espabiló junto a la llama. Los mariachis afinaron sus instrumentos como si fueran a cantar. Pero ella les exigió silencio. En lo alto, semejaba hablar sobre una pirámide desde donde describió una villa, en las laderas de una colina, que nacía en el mar.



—Parece un pueblo a orillas del Mediterráneo.

—Con certeza es la Villa Blanca de Gibara —intervino Florentino. Pero la mexicana, tan absorta en su apreciación, solo atinó a empequeñecer los ojos para mejorar su visión a través de los gemelos.

—Más allá de ese lugar, que Florentino dice que es Gibara, veo una playa donde una anciana desnuda, frente a las aguas, reza al lado de un hombre de parecida edad, desnudo también. Él tiene el pelo en extremo canoso y un gran bigote.

—Ese es mi viejo —aseguró Florentino—. La playa es Los Bajos.

—Lo que más asombra es la fina hermosura de la señora —especificó la dama.

—¿No serán Adán y Eva en su vejez? —se atrevió a cuestionar uno de los charros que calló al recibir una mirada reprobatoria de la dama. Con hesitación, no obstante, retomó la palabra—. ¿No dicen que esa Isla es el paraíso?

—Veo que los ancianos claman, se acercan a las olas y se arrodillan sobre una alfombra blanca —afirmó la dama que prosiguió su escrutinio.

—Claman por mí. Lo blanco es la arena —dijo Florentino.

—No —refutó la mexicana—. Están sobre una alfombra de pétalos. Se arrodillan, escriben en ellos y los echan al mar —concluyó en la cima de los siete caballos desde el Cabo Catoche en Quintana Roo.

La dama entabló un diálogo con la pareja de ancianos.

—Es usted muy bella —dijo la mexicana.

—A lo mejor lo fui.

—Señora, es usted una de las damas más delicadas que encontré a lo largo de mi carrera. ¿Nunca se le ocurrió hacer cine?

—En absoluto. Si bien, en una ocasión, unos productores de Hollywood hablaron con mis padres. Pero estaba enamorada de este hombre a quien amo y quien me ama.

—Pero si una es así, como usted, otra es la ventura que nos aguarda.

—Creo que era bonita, porque todo el mundo a mi alrededor lo repetía. Terminé por aceptarlo sin que cambiara mi forma de ser. Es que tengo otras hermanas a quienes considero más agraciadas.

—No me explico cómo se puede encerrar una, con tanto atributo físico, en una casa a parirle a un macho.

—He sido bendecida con mis hijos y con el amor de este hombre sin el cual no viviría. Pero infeliz por circunstancias ajenas a mi voluntad, como la prisión política de mi esposo, la estancia de mi hijo en África y su separación actual. Es muy grande su ausencia —concluyó la anciana y se echó a llorar.

—No llore así.

—Es que hace muchos años que no lo abrazamos, señora. Lo peor es que si se entrega da hasta las vísceras. Y en caso de que alguien le sea infiel se nos hunde.

—Soy feliz, Mami —gritó Florentino sin poder aguantarse—. Lo soy, porque al fin soy libre. Y escribo lo que me venga en ganas, aunque me busque más enemigos que amigos. ¿Están bien?

—Te echamos mucho de menos y estamos desesperados por verte. Quisiéramos ayudarte. Bien sabemos lo inútil que eres en las tareas domésticas y cuánto te descuidas cuando escribes. Así que como hogaño lo haces el día íntegro, imaginamos que tu casa será un corral de puercos, hijo. Perdón.

—¿Desea usted algo especial para él? ¿Ropas, discos, películas? —preguntó la mexicana.

—Si se me pone a ver alguna película de esas de Libertad Lamarque y Arturo de Córdova, se nos suicida. Por favor, tragedias, no —pidió la madre de Florentino y añadió—: regáله libros.

—Sus palabras serán órdenes, señora Y a ustedes: ¿qué les envío?

—Nada necesitamos. Y muchas gracias, señora. Estamos en el período especial de la comunidad primitiva —intervino el anciano—. Nuestro regente nos ha dicho que, como la Isla es tropical, la convertiremos en una gran playa de nudismo. Por eso nos ha conocido como Dios nos trajo al mundo. Así que ropas no nos mande. Menos aún, comida. Los que hemos sobrevivido nos atenemos a un programa: cada dos semanas nos permiten usar la boca por unos minutos. A casi todos nos han operado y nos han vaciado desde el esófago hasta el final, donde no poseemos más que una cicatriz. Es un gran adelanto de la ingeniería biológica

de esta nación. No imagina usted lo que economizamos. No malgastamos días enteros en colas ni en preocuparnos de qué vamos a cocinar, o lo que era peor: qué íbamos a comer. No padecemos de dolores de barriga ni de diarreas, como Felipe II. Además, ahorramos un papel, ya desaparecido, que a mediados del siglo pasado llamaban sanitario. Y donde antes teníamos la mala palabra, lucimos una boca que en días festivos tenemos que llevar pintada de rojo. En las asentaderas, por imposición, usamos colorete. Sobre una nalga nos obligan a tatuarnos una hoz y, en la otra, un martillo. Viera usted, en los que todavía las tienen grandes, cómo se les mueven. Es de lo más folclórico y, a la vez, higiénico. Disfrutamos mucho, pues poseemos una técnica tan avanzada, que hemos logrado lo que el resto de los países nos envidian: retroceder varias centurias. Estamos, creo, a inicios del siglo XVIII. Esto nos da un gran conocimiento de la historia. Nos hace más cultos. No tiene idea de lo felices que nos sentimos sin la preocupación por los eternos apagones. Nos realizan, también, una operación que nombran de agrandamiento pulmonar, la cual nos permite alimentarnos de aire. Y, mire usted, hemos venido con ello a resolver el problema del transporte público: respiramos bien profundo y podemos trasladarnos como las aves. Así que, con unos simples movimientos de manos, brazos, piernas y pies, andamos como en sueños. Hay reglas, eso sí, surgidas de los accidentes. Los hombres deben andar boca arriba. Es que al principio muchos perdieron sus vergüenzas, los que más exuberantes las tenían, en unos trances que nos moríamos de risa. Perdóneme, me he excedido en el hablar. Se acerca la guardia pretoriana.

Ante la abrupta interrupción, la dama, muy disgustada, continuó:

—Unos soldados se dirigen donde el hombre y le cierran la cremallera correspondiente a la boca, aducen que era por haberse excedido tres segundos del horario permitido. También, una turba de vecinos enardecidos va hasta la madre, la ata, le introducen los pétalos por la boca y la obligan a tragárselos. Le dicen: has hablado más de la cuenta, no te lo vamos a admitir; peor aún que hayas mandado mensajes a un desertor. Es mi hijo, aduce ella, a lo que los villanos responden: es un traidor. Esperen,

—nos previene—, en un descuido el marido escapó, corrió donde la esposa e intentó desatarla. Pero los militares se abalanzaron sobre él y lo amarraron al lado de ella. Y ahora los golpean a los dos. ¿Cómo es posible?

—Le zumba el *ook* —opinó un grupo de autoridades mayas desde el templo de los ofertorios en Tulum—. Pocos se pronuncian al respecto. Es lo que nos pasa a nosotros, que todavía no hemos tenido cojones para criticarlo. Y creo que no tenga que pedir perdón por mis nativos *e'el keepo'ob*.

Mientras la dama descendía de los siete caballos, llovía sobre México. Corobero se había dormido en el suelo. Florentino, que amparaba la palmatoria, advirtió que no roncaba, mas arrojaba unos silbidos con los que arreciaba el aguacero, aunque no causaban el estropicio de sus fragores. Y el isidoriano se sintió tranquilo, bien que lo despertó por temer a lo peor y para despedirse de la hermosa mexicana, quien se disponía a regresar al Distrito Federal. Cuando Crisanto abrió los ojos, escampó y un poniente aloque coloreó las aguas del océano, los rostros y las ropas. Los músicos entonaban la famosa melodía. Florentino, agradecido, los despidió. La Doña encendió un puro. Al alejarse, distinguieron la voz del propio Agustín Lara que interpretaba la canción. Y envuelta en espirales de humo, vieron a María bonita marcharse entre las nubes.

Un andar de caballos estremecía las rúas, hacía trepidar los adoquines y los cimientos de los edificios, tremer la llama en la palmatoria. Una carroza descomunal que los seguía engendraba clamores: «La más grande y perfecta que esta Muy Honorable, Muy Ilustre y Muy Orgullosa Ciudad de San Isidoro haya visto», describían los periódicos locales en la crónica del día siguiente. «Más grande que un trasatlántico» y «solo comparable al armatoste de Noé», afirmaría el artículo de Moisés Anazco Leyva, quien juzgaba que el arca tenía dimensiones liliputienses al lado de aquella mole.

—¡Imponente! ¡Impresionante! ¡Colosal! —exclamaron varios.

Expresiones dichas en un destape de nariz que volvían a cubrirse. Eran las opiniones de un nutrido grupo de villanos.

Fue Reinaldo quien develó lo que representaba.

—Dejó pequeñitas las levantadas con esculturas de mármoles de Carrara por los Sánchez, los Infante, los Maldonado y los Menchero en el viejo cementerio de nuestra ciudad.

La tartana según los diarios isidorianos era una *summa*. Medía doscientos dieciséis metros de largo y ciento sesenta y uno de ancho.

—Matemáticas hechas por unos arquitectos oriundos de un punto equidistante entre Perronales y Buena Vista, de quienes mi abuelo Nicolás —detalló Florentino— había sido íntimo, y quien al mencionarlos los nombraba maese Bautista y maese Herrerita. Abuelo afirmaba que ambos le habían referido lo arduo que les fue llevar a cabo el proyecto, ya que el monarca, quien supervisó la obra, cambiaba los planos cada vez que cagaba. Y en esto invertía la mayor parte de su jornada. Según los maeses, el carromato, que empujaban para que cupiera por las angostas rúas, posee seis mil ciento catorce estructuras repartidas entre claustros, patios, zaguanes, refectorios, celdas, escaleras, oratorios, torres con sus cruces, órganos, estatuas, aljibes, fuentes, puertas, pinturas y sus dos mil seiscientas setenta y tres ventanas, de las cuales ciento once dan al exterior. Lo más interesante de esto, contaba Herrerita, es que cada una de las ventanas es diferente de las otras.

Iluminados por la lumbre oscilante de la vela, leyeron un rótulo en el mausoleo:

*D. O. OPERI ASPICIAT*

*PHILIPPUS II HISPANIARUM A FUNDAMENTO EREXIT*

—Dios Omnipotente ampare esta ilusión, Felipe II la sacó de su propio espíritu —tradujo para ellos—. Dentro del gran panteón rodante va el sepulcro con el muerto —añadió.

—Muerto como cualquiera, mi Rey. Que ni las riquezas, ni los restos de santos, que le habían traído desde los más recónditos parajes, le evitaron morir y apestar —hice decir a Florentino.

—Apestar siempre —hice decir a Reinaldo.

—Ahí va con su prognatismo y el labio inferior caído, herencia de una princesa polaca. Su insaciable erotismo. Su enclenquez atávica, tanto física como mental, que lo hizo

dubitativo y tan austero que sería mejor hablar de cicatería. Y, para colmo, una tendencia a la melancolía —resaltó Florentino.

—Tú con tus teorías.

—Trato de ser unicista, Reinaldo, porque para mí, Philippus era un enfermo. También está ese eremítico vivir que le persiguió durante sus últimos días.

—¿No tratas de justificarlo al verlo como un paciente?

—Habría que meterse en la historia psiquiátrica de la casa de los Trastámara.

—Trastámara suena como a trastornado —comentó Reinaldo.

—¡Vayan a tomar por culo!, sin perdonos —gritó el aludido desde la distancia.

Como estaban en la península de Yucatán, Crisanto propuso pernoctar dentro de una pirámide. Florentino dudó, pues debería velar su sueño a la par que cuidar de que no se apagara la llama en la palmatoria. Si Corobero roncaba habría derrumbes y quedarían atrapados. Al final se acostaron en el suelo. A esas alturas del viaje, el isidoriano creía que tal alianza concluiría con su soledad.

Crisanto fue el primero en dormirse. Florentino lo vigiló. Discurría sobre la cercanía de la frontera fluvial de Belice. Una lluvia tenue, mansa, imponía afuera su ritmo acompasado. Y su cadencia le indujo el sueño.

Al amanecer tuvo la certeza de que el venezolano había reposado. ¿Estaría allí el secreto de su cura? Aspiró una bocanada con olor a tierra húmeda que trajo el aire fresco de octubre. Aún llovía. La precipitación le impidió salir. Imaginó que, de persistir, la inundación causaría estragos más allá de la frontera con Belice y se dificultaría la continuación del viaje. Cuánto sentía irse de México. Cuánto le dolía dejar atrás aquellas tierras que habían acogido a sus antepasados. Crisanto descansaba sin siquiera emitir un susurro. Y así les pasó octubre y les llegó noviembre y se les despeñó diciembre. El fin del año se acercaba. Y en enero sería el cumpleaños de Corobero. ¿Lo despertaría para celebrarlo?

Había llovido tal cantidad que percibía la pirámide como el arca de Noé. Deseaba que escampara, localizar un sitio donde

abastecerse de velas. Las ahorraaba al máximo, pero si aquel diluvio no concluía podrían acabárseles. Mucho había cavilado en los días transcurridos. ¿Se habría restablecido Crisanto? Por temor no lo había despertado. Así que ni modo, se dijo. Se alimentaba de peces que cogía con sus manos. Eran peces muy comprensivos, pues se le ofrecieron.

—¿Por qué no te zampas cada día a uno de nosotros? Total, sobrepoblamos estas aguas como ustedes la tierra. Somos tantos que muchos, para preservar el equilibrio, se han vuelto antropófagos. Nos procreamos como curieles. Mala costumbre que tenemos. Unos, por hacer lo que la mayoría. Que es afanoso nadar contra corriente, osadía que solo se les ocurre a los pinches salmones. Otros, pos por pendejos. Aunque hay una minoría que, de forma paulatina, cambia las leyes naturales. Cada vez se tiene menos pavor a la variedad. Lo que muchos han descubierto, gracias, bueno sea decirlo, a un tal Philippus. Ergo, pasan al otro gremio de donde no regresan. No mames, güey. Cómenos.

Acudieron en masa. Florentino sintió lástima de tal inmolación, pero determinó que solo se comería uno cada dos días, ya que también se alimentaría de los musgos que cubrían el interior de la pirámide.

La lluvia cesó al anochecer del catorce de diciembre. Florentino escudriñó el firmamento y las evaporaciones que supuso desecarían los terrenos. De improviso, vio unos puntos luminosos en el cielo. Los había de diversos colores. ¿Serían ovnis en los cuales no creía? Pronto, fueron círculos. Luego, rombos. Enseguida parecieron querubines. Sí, porque aquellos que poblaban los espacios, ya del tamaño de adolescentes, no podían ser otros entes. Aún en la duda trató de contabilizarlos. Mas desistió porque los tenía encima. ¡Pero si son ángeles! —exclamó—. No existía ángel de Anunciación, de nacimiento, de postal ni tan siquiera su ángel de la guarda, que se les igualara. Sintió un vehemente anhelo de llamar a Corobero. Pero se abstuvo. Le sonreían. Se extasió ante sus caras maquilladas con exceso y perfección. Lo que es imaginarse algo y después verlo. Opinó. Llevaban lentejuelas y prendas de lamé que reverberaban a la tenue luz de la vela. Y plumas de pavo real, estolas, zapatos de tacón de aguja. Algunos habían descendido a la pirámide. Mantenían poses de revistas.

Florentino recordó otro ángel. Era su infancia. Su madre le decía que él tenía uno propio. Antes de acostarse, en presencia de Olguina, solía arrodillarse al lado de su cama. Y rezarle: ángel de la guarda, dulce compañía, no me abandones ni de noche ni de día. A solas, charlaba con él. Se lo imaginaba niño. Y lo llamaba para que fuera su compañero de juegos. Sin embargo, nunca quiso venirse con él ni de día ni de noche. Hasta un día.

Concluía el primer año de sus estudios de medicina. Temía que no consiguiera asimilar la excesiva cantidad de materia: el texto enorme de histología de Ham, los tomos de anatomía humana de Rouvière. Había ido al comedor de Vista Alegre en Santiago de Cuba. Tras el frugal almuerzo regresaba con sus compañeros; departían sobre los laberintos del cuerpo, ya intrincados en su lengua para que, además, tuvieran que aprendérselos en latín. Dios, necesito una señal, la certeza de que voy a vencer las asignaturas, pidió.

Un viento súbito arrastró un pedazo de papel hasta sus pies. Era un *Angelus Custos. Imprimé en Suisse. 055 Copyright. Déposé Registra...* Un boquete en la vieja estampa le impidió continuar. De seguida: *K.F.Z. Printed in Switzerland*. Tendría un siglo. Infirió que era una prueba. Su *Angelus Custos*. Desde esa fecha lo había acompañado en cada examen, en cada viaje. Escondido entre las páginas de su libro francés de anatomía había estado en Angola. Y en España. Y en Estados Unidos. En Miami, gracias a los consejos de Corobero, se lo habían montado entre cristales para detener su deterioro. Lo recordó. Un bosque, donde predominaban los colores olivos, yacía detrás del guardián. A la derecha: un derrisco donde se veían abetos distantes. Un niño cargado de flores frente a un puente endeble. En su brazo derecho una cesta con pinceladas rojas y blancas entre ramas verdes. En el izquierdo, apoyado en el pecho, flores violetas y más ramas. Mi ángel, evocó Florentino: un robusto ángel tan andrógino como el niño a quien protege, a quien hace sombra con sus alas. Sus manos dispuestas a prevenir un posible desequilibrio. Y sus delicadas extremidades. Y el caer de sus vestiduras. A los tonos naturales los impregna el ocre. ¿Hay paz en el cuadro o es la esencia de lo aprendido? ¿Y si no fuera así? ¿Y por qué el niño era ambiguo? Se debatía. ¿No era esta imagen una intromisión en su vida; un



proselitismo no solicitado; la búsqueda de su sumisión a un Dios que él no había visto por mucho que lo hubiera implorado? ¿No manipulaban a uno con la infancia reflejada en la lámina? *Angelus Custos*, nunca me abandones, dijo, no obstante. E inspeccionó la pirámide cubierta de mensajeros divinos. Los había hasta sobre los nenúfares de las aguas. Suspendidos en el aire como colibríes. Aunque estos nada tenían que ver con el suyo.

—Me has despertado con tus reflexiones.

Florentino se limitó a objetar que ya era mes para que se levantara, que no lo culpara por la tardanza en alcanzar Venezuela. Que, por favor, no hablara. Y le mostró los ángeles. Crisanto estaba aún en hipnagogia.

—¿Cuánto he dormido?

Florentino abarcó los ángeles que se posaban. Los miró con detenimiento. No eran como en las estampitas. Tenían alas, sí, pero de terciopelo. Sobre el terciopelo, plumas que se les desprendían cada vez que hablaban. Imaginó ver a uno darse colorete y, de inmediato, a otro pintarse la boca con un lápiz punzó. Había sido tan fugaz que decidió descansar. Tengo que dormir, se dijo.

—¿Cómo vas a dormirte si tenemos que llegar a Venezuela? —cuestionó Crisanto con hosquedad. Y agregó—: sigues cavilando muy alto.

Había pensado en el tono acostumbrado. Absorto, analizaba la atmósfera de paz carnavalesca. Estaba feliz, si bien algo inefable le impedía discernir. En medio del sosiego trató de que Crisanto se espabilara.

—¿Es que no te has percatado de que estamos rodeados de ángeles?

En medio de la calma creyó escuchar un cañonazo. ¿Cómo era posible que Crisanto no le respetara aquel prodigio que vivía después de años alejado de cualquier manifestación celestial?

La ventosidad había lanzado al isidoriano por los suelos y casi apagado la llama en la palmatoria. Florentino reclamaba al cielo que las aguas se abrieran y se lo tragan como la ballena a Jonás. Entre risotadas comprendió lo que había intuido. Por los peldaños, encima de los nenúfares, estaban los restos de los ángeles

desplumados. Sus plañidos llenaban la pirámide. Se lamentaban, pero no por los golpes recibidos ni por la peste pavorosa.

—He perdido la peluca más cara del mercado —se quejaba uno, calvo.

—Dios mío, este era el vestido por el que estuve en tanto pulguero —decía otro.

—¡Y yo que me veo horrible sin maquillaje! —afirmaba uno delgado.

—¿Dónde estarán mis puyas? —indagaba un rubio descolorido y pelón.

—Pues, de todas formas, que nos paguen —opinaba otro más allá.

—No encuentro mis tacones con plataforma —gritaba uno que se doblaba para buscar entre las grietas de las piedras.

—¡Con lo que me costó hallar ese lamé! —gazmiaba uno musculoso con gruñidos de barítono.

—Búscalo en el lamedal —cantó otro con voz de bajo, como si entonara un aria operática, en medio de una carcajada unánime.

Se reían. Decían chistes muy ocurrentes. Perdidos sus afeites, lo primero que contrastó Florentino fueron los grandes pies y la barba que la ausencia de maquillaje hacía visible. Sin *maybelline*, sin colorete, sin peluca, sin vestido, recogían plumas, collares, aretes, pestañas, caderas, nalgas y tetas postizas. Al final, identificó a su primo Alberto, el hijo de Vicaria.

—No te hablé para que no me reconocieras. Nos invitaron a un *drag queen show* en el que nos divertíamos mucho. Hasta nos prometieron pagarnos. Pero vino un huracán en el que no creímos. Y sus ráfagas nos trajeron hasta aquí. Si no hubiera sido por el pedo de tu amigo, jamás nos habrías reconocido.

—Ver para creer —dijo el isidoriano.

Un nuevo fragor colmó el universo. Despavoridos se taparon la nariz en espera de lo peor. Mas no hubo hedor alguno. En medio del bullicio percibieron voces que los llamaban. Sintió a Corobero responder y dar órdenes para un aterrizaje. Era un helicóptero militar que los transportaría hasta la frontera. Había sido enviado por el gobierno de México. Y se abrazaron y saltaron de alegría. En medio de la euforia, Crisanto volvió a

descoserse. Con su fuerza expansiva verían partir, al poniente, a quienes habían llegado como en el *Golconde* de Magritte.

—Pese a que no se conocía la genética —intervino Florentino— la gente se preguntaría acerca de las características físicas y psicológicas de los de sangre azul. Fue la herencia la que acabó con la descendencia masculina de los Habsburgo, quienes habían extendido sus influencias por Europa, no solo por medio de la guerra, sino también por los enlaces entre las más opulentas familias. La primera esposa de Philippus era su prima hermana y la última, su sobrina. Ni sus riquezas superaron la tara. El atavismo jugó un papel más crucial que la historia. Si hasta la genética, inglesa en este caso, es la causante del comunismo en esta Isla.

—¿Qué dices?

—*Queen Victoria of England*, como parte de su herencia, cedió una enfermedad de la sangre a su descendencia. Más tarde el mal azotó el continente. Aquejó a varios bisnietos españoles de la inglesa, quienes lo creyeron una venganza de *Bloody Mary*. Y a dos, de los tres que parió la que se juntó al rey de Prusia. Sin embargo, donde el monárquico achaque se volvió sanguinario fue en Peterhof. Allí, Alejandra Fiódorovna Románova, nacida Alix de Hesse-Darmstadt y nieta de la reina londinense, le dio un hemofílico al Zar Nicolás II. A las seis semanas, Alexis asustó a Rusia y a toda Europa con un sangramiento de su ombligo, presagio de su porvenir. Su tara conmocionó la corte rusa y eso cambió los destinos del mundo, pues Alejandra cayó bajo la fascinación del falo de Rasputín. Aquella hemorragia coadyuvó a la caída de los Romanov y al éxito de una revolución que tomó su color y significado. Ya ves, Reinaldo, los estragos que una enfermedad puede acarrear. ¿Es o no Inglaterra culpable de lo que sucede en esta *long, beautiful, unhappy island*?

—La única responsabilidad es nuestra por no permanecer ingleses. Por permitir que en julio, *mense horribilis* para la Isla, de 1763, fuéramos canjeados por parte de Florida —concluyó Reinaldo para alejarse de aquella historia de la hemofilia británica, culpable indirectamente del comunismo insular.

El capitán del helicóptero les pidió que recogieran las pertenencias, si es que traían alguna. Y se marcharon. Entre ráfagas de viento seco, el paisaje se evaporaba ante sus ojos. Sobre las aguas les reveló su nombre.

—Juan Nepomuceno Carlos. Llámenme: Juan.

El capitán les explicó que todo México comentaba sus peripecias. Para tranquilidad de ellos, alguien había recuperado su *jeep* en Pátzcuaro. Los esperaba en la frontera con Belice.

Florentino sintió saudades de la temporada transcurrida en México. Experimentaba también alegría por retomar el camino. Así evitaba la cólera de Corobero. Por fortuna, los ronquidos no habían vuelto a repetirse. En medio de la nada, advirtió un área talada, cerca de la carretera, que les era indicada por Juan Nepomuceno. Allí estaba el *jeep* donde reanudarían el viaje. Ambos se percataron de que tenía una persona sentada en el timón. Al comentarlo, Juan Nepomuceno explicó que alguien los honraría, que no podían marcharse, así como así. El helicóptero descendió. Al apearse, se despidieron agradecidos y se dirigieron al todoterreno.

En el fulgor de la llama, con dificultad amparada por Florentino bajo el torbellino del helicóptero, reconocieron a la ocupante que calzaba botas y cuyas cananas aún le cruzaban el pecho.

A un chasquido de los dedos de Reinaldo se vieron sobre el sepulcro abierto del difunto. Florentino sacó un frasco de agua de violetas rusas, regalo de Vicaria, y aspergeó a Philippus, quien de inmediato se quejó.

—Es que hedéis mucho, tío, más aún con el calor y la humedad del trópico.

—Traed espliego —ordenó el rey.

—No quiero abusar de las licencias poéticas —aduje.

—Pues nardos.

—Ni si cogiéramos los terrenos sembrados de caña para los diez millones que iban, pero que no fueron, y los cosecháramos, tendríamos, comandante —le dijo Florentino.

—¡Hideputa!, sin pendejos perdones. No me confundáis con aquesa yegua loca, megalómana, egotista y mitómana.

—Oh, perdonad Bajeza, es que hay copiosas semejanzas.

—Si os equivocáis de nuevo, os haré quemar vivos.  
¡Gilipollas! ¡Sembrad nardos!

La fragancia de la colonia no amainó la fetidez. Entonces, al tañer de las campanas dieron una vuelta a la Plaza de Armas, tomaron por la rúa San Pedro y, en medio del hedor, se alejaron de la Muy Ilustre Ciudad hasta dar con el camino de Guardalavaca. Cabalgaron hasta la Capitanía Pedánea de Fray Benito, donde Florentino me pidió que hiciera descansar la caballada al tiempo que, en la parroquia de Santa Florentina del Retrete, rendía homenaje a sus bisabuelos, casados allí. De regreso, trepados de nuevo sobre el sepulcro de Philippus, se dirigieron a Bariay. Las bestias penetraron las aguas del océano. Desde allí, en la penumbra agostaña, dejaron atrás la Isla y un mar que bermejeaba el litoral.

2100 Collins Avenue. Miami Beach. Iba los miércoles. Era la única biblioteca que ese día de la semana abría hasta las ocho y media de la noche. Mucho había tenido Florentino que explicar para que el consejo de administración le aprobara el uso de la palmatoria. Allí habían creído que era un rabí. Llevaba dos años en los Estados Unidos adonde había ido a parar sin proponérselo. La desolación de Madrid, sin María Salomónica, lo hizo decidirse. Había arribado cadavérico, suicida. Vivo solo por una esperanza: encontrarse con ella. Cuatro años antes se había asilado en Barajas. Se había ilusionado con una vejez acompañada como la de sus padres. Pero ella no juzgó que él había dejado atrás familia, amigos, tumbas, carrera, plaza fija en un hospital escuela de la capital, memorias, idioma, los preludios de su carrera literaria, su país. Para ella sus penurias en una buhardilla de Lavapiés, adonde fue a parar, por reunírsele, eran acciones intrascendentes. No se imaginaba su devastación. Ella sabía que no le gustaban los Estados Unidos, que él había pisado Norteamérica por su amor. Supuso que, al ella ver su sacrificio, vendría a su lado. Mucha gente cruza la frontera desde Senisterra. Era lo habitual. Se hubieran juntado y partido a cualquier sitio. Su mundo estaba donde ella respirara. Después se daría a la literatura, pues en el estado anímico en que se hallaba no era capaz de crear. Florentino había meditado mucho sobre su

consagración a la medicina. Amaba ser médico, haber ejercido tan noble profesión. Mas comprendía que para hacer una obra no se le puede dedicar solo una parte de la vida, sino toda. Lo que jamás esperó fue la traición de María. En España se había dedicado a acrecentar ese cariño. No quiso ni visitar su barrio. Hasta que no esté conmigo, se decía, porque su universo partía desde los ojos de ella. Se había encerrado entre paredes y libros. Sin embargo, a María Salomónica ¿qué le importó su vida de vagabundo? ¿Qué, sus miedos, cuando se entrevistaba con los embajadores de los posibles países por donde ella pasaría, puesto que la Academia de Ciencias la enviaba a Rusia para su doctorado? ¿Qué le afectaron los vericuetos recorridos, el utilizar nombres en clave para que nadie conociera su verdadera identidad y así evitar que algún organismo de la seguridad, en la Isla, detectara su huida inminente? ¿Qué, haber puesto de lado su carrera literaria, para focalizarse en aquel vínculo del que, creía, dependía su equilibrio? Si hasta, con mil privaciones, pagó el viaje a La Habana de una española, quien le entregó un mensaje cifrado que mostraría en cualquier aeropuerto, para que se pusieran en contacto con él y se hiciera responsable de su deserción. ¿Había valido la pena? Le había jurado fidelidad. Y había cumplido su palabra. ¿Y qué logró? Tan pronto como María Salomónica llegó a Senisterra, olvidó que al otro lado del Atlántico estaba él, que tanto había gestionado para que ella huyera de la Isla sin que nada le ocurriera; que había vivido en ascuas los meses de separación, todos los pánicos.

De repente, Florentino nació en el invierno de 1954 en Castilla y León. Y era médico. Así le había exigido al intermediario de la mafia de los pasaportes falsos que tantas pesetas le había costado. Así lo pidió para que le fuera más fácil arrostrar las indagaciones de los oficiales de inmigración. Era Jean Nicolas. Había vivido en Charleville. Estado en Bélgica, Inglaterra, Holanda, Alemania, Suiza, Italia, Java. Se había bañado en el índico. Andado por Austria, Suecia, Dinamarca. Ido a tanto lugar sin haber ido. Y debió estudiarse la geografía y la cultura de cada uno de aquellos pueblos por cualquier interrogatorio de la policía de los aeropuertos. De oficio, mago. Mago para inventarse las historias. Mago para conseguir el documento adulterado. Mago

para que todo saliera impecable. Mago para que no lo descubrieran. ¿Qué no había hecho por su amor? Y aquella negación absoluta, brutal, de ella le destruyó la vida. La rabia no lo dejaba vivir ni concentrarse ni trabajar en paz. Una vez en Estados Unidos la había esperado con el propósito de perdonarla. Y empezar de nuevo. En las escasas cartas que ella le escribió, le prometía que iba a unírsele. Y Florentino ponía en el empeño sus energías. Ya no las hubo para vivir. Orientó su corazón al servicio de la salvación de aquel amor cuya magnitud nadie lograba entender, a veces ni él, partidario de los afectos sanos, indoloros. Él, que había crecido en un hogar mullido de cariño, no concebía este dolor que le arruinaba la existencia. Se mantenía por la palabra empeñada, por ética. No quería repartir su cuerpo, su alma, sus secretos, con otra persona que no fuera ella. Ni tan siquiera se había vuelto a ocupar de la literatura. La abulia se lo impedía. Era como si viviera una latitud que pertenecía a otro orden, con otras leyes. En su espera se obligaba a estudiar, trataba con ello de amainar la amargura que arrasaba su espíritu y le martirizaba su cotidiana no vida. Pero no escribía. ¿Cómo era posible que en esas circunstancias ella le negara la comunicación? Hundido en un pozo luchaba contra el abatimiento, combatía la depresión que había impregnado cada una de sus células, que lo había lanzado en un desierto del que no veía escapatoria.

Se preparaba para un examen de medicina, porque ella rechazaba su carrera literaria, que abrazara en La Habana, y le había dicho que la única forma de reunirse era que se dedicara a su anterior profesión. Por eso había ido a la biblioteca de Miami Beach: blanco, como un presidiario, barbudo, como un sabio o como un mendigo.

La biblioteca era una mezcla de etnias resumen del mundo. Era abril. Leía. Levantó los ojos y lo vio: corpulento, atezado, encaminarse a la mesa donde él estaba. Semejaba un constructor. A la luz de la vela le pareció un claroscuro de Rembrandt. Como lo saludó en inglés, Florentino dedujo que se trataba de un estadounidense descendiente de africanos e indios. Tenía manos hermosas de uñas limpias. Y un rostro que aparentaba nobleza. Junto a *Leaves of Grass*, que hojeaba, llevaba también *El laberinto de la Soledad*, en español. Al poco

rato, Florentino tomó la palmatoria y se levantó para marcharse. El otro le preguntó si hablaba castellano. Y partieron juntos. Florentino se dirigía a su automóvil.

—Me llamo Crisanto Corobero. Soy de Venezuela.

—Yo soy Florentino Cascajo. En Caracas tengo a una prima actriz. Para nosotros es una leyenda. Mi madre y ella han sido muy cercanas desde la niñez.

—¿Y quién es tu prima?

—Gladys Cáceres.

—Creía que era venezolana. Toda obra suya es un éxito. Ha trabajado también en la televisión. Inolvidable su papel como la hermana de Gómez. Más de un dramaturgo ha escrito obras basadas en sus posibilidades.

—Lo dices por halagarme.

—Si algún día vas a Caracas lo verás. Su último éxito fue *Los puentes rotos* de Johnny Gavlovski, monólogo que escribió para ella. Gladys pasa de un personaje a otro cerca de ocho veces. Creo que Ibrahim Guerra también le ha dedicado alguna obra. Y hasta Isaac Chocrón.

—Cuánto diera porque mi madre escuchara esto que me dices.

—¿Has estado en Venezuela?

—Aún no.

—¿Tienes tiempo?

Nunca, pensó Florentino. Pero nada dijo. Desde hacía varios años no departía con nadie que no fuera Vicaria. Sin embargo, se desvió de su sendero. Tenía muchos deseos de conversar.

Caminaron por la vía que fluía por detrás de la biblioteca. A un lado, viejos moteles ocupados por turistas. El viento juntaba vocablos en idiomas diferentes. Lenguas habladas entre seres de países a veces enemigos. Torre de Babel. Era la mezcla cosmopolita de Miami que tenía su centro en Ocean Drive.

—Creo que en South Beach se construye el París americano —opinó Crisanto— con su Barrio Latino, sus bohemios, sus pintores, sus travestidos, sus poetas, sus locos.

Al otro lado de la calle yacía la acera sombreada por cocoteros. Bancos de madera aguardaban una conversación o a un visitante. Más allá estaban las uvas caletas, la arena; el mar



entre los cuerpos de los bañistas que se rendían a su posesión. El sol comenzaba su muerte cotidiana y teatral. Se sentaron.

—¿Por qué dejaste La Habana?

—Para amar. Y escribir —dijo Florentino—. En la Isla se vive aún en la época de Felipe II con su Consejo de la Inquisición. Quería dedicarme por entero a las letras. Allá nadie es profesional de la literatura si ha estudiado una carrera como la mía: medicina. No tiene esa libertad. Yo no solo la quería, la necesitaba.

—En mi país creen que el tuyo es el paraíso.

—Porque la maquinaria propagandística del régimen ha sido su mejor arma. Los bulos no han dejado de salir de su factoría. Aún tenemos a los Joseph Goebbels, las Leni Riefenstahl, los Hans Fritzsche que te habrán llegado con otros nombres liderados por el Guía del Pueblo cubano. No te culpo. Y tú, ¿qué haces en Miami?

—La situación económica de Venezuela es mala. Por lo demás, desde que estoy aquí me he adentrado en lo que dices. Espero que me ayudes. Es tan complejo deshacerte de la ideología que has conformado.

El cielo se partía en sombras y colores. Crisanto había sido director de un museo de arte en Maracay. Era pintor, poeta. Le habló sobre los trabajos de restauración de la Capilla Sixtina. Y de una novia a quien enamoró con un poemario de Rimbaud. Poema a poema se lo había echado por debajo de la puerta. Florentino estaba eufórico. Desde sus años en Mbansa Bana no recordaba a nadie así. El aragüeño había dejado atrás una compañera que le cuidaba tres canarios: Björling, Callas y Enrico Luciano, así como sus catlejas. Su familia provenía, vivía aún, en los llanos de Apure.

—Irás a mi país. Te invito desde ahora. Pernoctaremos en casa de una tía encantadora que aún vive en San Fernando, a unos metros del río Apure. Uno de mis primos sanfernandinos es profesor de la Universidad de Caracas. Ofreció un curso de cuento venezolano en la Sorbona. Hay una tesis sobre los paisajes utilizados en *Doña Bárbara*, que son de Antonio José Torrealba Osto, a quien Gallegos conoció en el Arauca en 1927. Mi primo publicó varios tomos al respecto.

Florentino habló de su estadía en África, como internista; de su vida española, de sus estudios de literatura, cultura, historia y mitología griegas. Al oscurecer se dirigieron hasta su coche destartado. Necesitaba una nueva vela para la palmatoria. Luego se fueron a la orilla del mar, donde les amaneció alrededor del fuego.

—¿No sentís un exquisito aroma?

—Bajeza, el único que nos envuelve es malo.

—Lo que oléis es el bálsamo escurialense. Mirad. Os lo ordeno.

Por curiosidad lo obedecieron. El ocaso se lanzaba sobre el Monte Abantos. Era el décimo día de agosto. En los alrededores del monasterio el pueblo festejaba.

—Celebran la Batalla de San Quintín, cuando les di a los franceses por el culo, sin perdone —comentó Philippus con disfrute.

Descendieron hasta divisar los siete arcos triunfales y las piedras azulencas del Monasterio. En el fulgor de la llama, bajo ramas de acacias y de frondosos castaños, vieron a aldeanos y ministriles. Andaban por entre el sonar de muchas trompetas y atabales. La visión se perdía en un bosque de olmos, pinos, álamos y plátanos silvestres. Más allá, encinares, montes de fresnos, robles, hayas, cipreses.

No se trataba del armatoste de cartón piedra que habían parodiado en la Ciudad de San Isidoro. Veían el verdadero en su misterio, en su esplendor.

—Admirad mi Basílica, mi Patio de los Reyes, mis Panteones Reales, mi Sacristía, mi Jardín de los Frailes, mi sala de Maderas Preciosas, mis Salas Capitulares, mi Sala de las Batallas, mi Salón del trono, mi patio de los Evang...

—¡Basta, Philippus, ni un posesivo más! Detened esa dichosa enumeración. —exigió Reinaldo y, ante la momentánea estupefacción del rey por su pedido, susurró en los oídos de Florentino— ¡A la biblioteca!

—¡Dejad de secretarse!, bestezuelas infames. Haced que me traigan el taburete. Ni muerto puedo con esta —afirmó Philippus e indicó su miembro tumefacto de donde escurría un pus nauseabundo. Al punto, añadió—: os he escuchado. No retengáis ningún libro. Y velad esa maldita palmatoria. No la acerquéis a

manuscrito, alfombra ni tapiz alguno. Mejor será que bajéis a los Panteones. Buscad el de don Juan de Austria. Os relameréis.

—No lo olvides, Reinaldo —dijo Florentino.

—¿Han dicho «no me olvides»? Pues tendréis que llegar hasta el jardincito de la Casita del Infante, donde los mandó plantar María Josefa Amalia de Sajonia, quien cuidó de ellos. Sublimación de su amor por Fernando VII que, entre nos, no la quería. Los encontraréis entre los cipreses. Eran las flores favoritas de la reina.

—A mí lo que me gustan son los clavelones de Vista Alegre —aclaró Reinaldo.

Y sin despedirse de Philippus se bajaron del sepulcro. De seguida, miraron la fachada del edificio donde se les perdió la vista. Reinaldo, ensimismado, olió.

—Huele a bojés, a resina de pino, a piedra húmeda —dijo.

—Pues lo que es yo, hiedo a Philippus.

Estaban justo a unos metros del Real Monasterio.

—Avisto El Escorial completo. Si haces un esfuerzo con la imaginación, también lo verás.

Florentino lo hizo, aunque no vio más allá de lo que tenía frente a sus ojos. Años antes, alguien le había hablado de una teja de oro en el techo. Recordó. Y, de inmediato, Reinaldo la quiso como souvenir.

—Si la deseas he de sustraerla para ti —afirmó Florentino. Y aconsejó esperar la medianoche.

—A lo mejor esta teja fue hecha con el oro de Aguas Claras y me pertenece más que al Habsburgo.

—¿Por qué no te dejás de elucubraciones y vamos a tomarnos una sidra helada en un bodegón? —invitó Florentino—. Es horrible el calor del verano.

—Y el color —afirmó Reinaldo—. ¿Conoces alguno?

—¡Id a El Gato Tuerto —les aconsejó Philippus en la distancia.

Los escurialenses, quienes se aglomeraban por la calle de Floridablanca para ver al Austria, les indicaron la travesía. Camino del bodegón, Reinaldo recordó un refrán que conocía sobre Madrid: «nueve meses de invierno y tres de infierno». Nos ha tocado este último sin pasar por el purgatorio, comentó e hizo muecas y anduvo en un solo pie hasta el renombrado figón. Florentino colocó la palmatoria sobre una mesa. Y ordenaron sidra helada y jamón, en abundancia.

—Pertrechémonos bien. Recuerda que tenemos que esperar hasta la medianoche, para buscarte la teja —dijo Florentino.

—¿Y eso es verdad?

—La única alusión me la hizo un vasco el día que visité el monasterio. Si no existe, algo nos llevaremos. ¿Qué te parece *La virgen de la leche* de Bernard van Orley?

—No conseguiríamos exponerla ni venderla. Además, por mucho que nos sugiera su nombre, ya está en el Prado —esclareció Reinaldo con picardía—. ¿No sería preferible sustraer un dedo meñique de Carlos I que anda por la sacristía? En Amazon nos darían un potosí por él. Es más diminuto y fácil de pasar desapercibido.

—O una de esas medallas del rey que dicen *SIC.ERAT. IN.FATIS*, de mayor significado.

—Consultemos a Philippus —propuso Reinaldo.

—Nos pondríamos en evidencia —creyó Florentino y retomó la palmatoria.

De regreso al monasterio, decidieron apreciar sus vistas más exquisitas: la que da al mediodía y la que da al Oriente, nombre que les trajo aciagas memorias. Múltiples vencejos volaban rasantes a sus piedras. El escándalo de los grajos callaba el vocerío de los tábanos. Y el metálico concierto de las nueve torres hizo susurro el escarceo de las aves, murmullo sus palabras. Fue cuando tropezaron con don Cosme Proença de Médici, Gran Duque de Santa Rita de Tacajó, quien miraba hacia el techo del Real Monasterio del cual hacía un boceto.

—Es mi primo Cosmito —exclamó Florentino alborozado.

Y narró que, desde niño, Cosmito embadurnaba las paredes con betún y que esculpía una figura en cualquier trozo de madera que hallaba. Un día se enteró de que estudiaba pintura en la Escuela Nacional de Arte. Florentino, quien también amaba pintar, le escribió una carta que el otro respondió. Años después, en la Ciudad de San Isidoro, se topó con una exposición en una galería. Era de Cosme.

—Y allí estaba él —dijo—, de baja estatura, hermoso en su robustez, pelo muy crespo. Rodeado de admiradores.

Sus obras expuestas evocaban a Antonia Eiriz, al Goya de los caprichos, al renacimiento italiano, todo junto. En el momento que la galería iba a cerrar, me le acerqué. No me presenté como el pariente. Aparenté ser un desconocido impresionado por su dibujo. Y lo invité a mi casa.

Subieron por la calle Frexes hasta Maceo —explicó—, Cosme hablaba de la gran odalisca de Ingres. El color de sus carnes; la gestualidad de su figura central; la fuerte expresión de sus ojos. Y de cuánto le gustaba el joven azul de Gainsborough, de la textura de la tela, su porte, el reposo del brazo derecho cuya mano sostiene el sombrero. Su mirada. Su boca. Cercano a la Casa Consistorial la charla giró en torno a Jacques-Louis David y las excelencias de su óleo sobre Marat. Qué poema de un asesinato. Torcieron hasta el parque infantil. Florentino expresó cuánto amaba a Millet; de la melancolía que hallaba en sus obras; de la luz y el movimiento de sus espigadoras; de la magnificencia de su Ángelus. Así tomaron la Carretera de Gibara hasta Progreso. Cosme se remontaba a la Italia de Pisanello, en los inicios del Renacimiento. Doblaron a la izquierda. Atravesaron Línea. Rodeados de Meninas, llegamos.

—Cómo te demoras para contarlo. ¿Qué dirían los formalistas? —comentó Reinaldo.

—Me cago en los formalistas.

—¡Tino!

—La creación es la creación. Y punto —dijo y se secó el sudor de la frente. Y respiró profundo—. Al llegar le digo: tengo un primo pintor. Conservo una carta de él. Cosme no se dio por aludido. Estaba encantado de que alguien en el pueblo lo entendiera. Busqué el sobre que me había enviado y le pregunté: ¿conoces esta letra?

—Pensaba —Cosme interrumpió el boceto— que me enamorabas. Pero me agradó mucho saber que el arte nos unía. Ese arte que cargamos en los genes; que acarreamos como herencia.

Al atardecer, a la sombra de una colección de ángeles de diversos materiales y tamaños, se sentaron en la sala del apartamento de Crisanto en Miami Beach, en el 7334 de

Garnet Hall, a complacerse con las tonadas llaneras de Simón Díaz. Florentino colocó entre ellos la palmatoria y en la luz parpadeante de la llama hablaron de literatura, de autores cubanos, y de venezolanos: Blanco Fombona, Rómulo Gallegos, Julio Garmendia, Arturo Uslar Pietri; de los poemas de José Antonio Ramos Sucre, favorito de Corobero, y de los de Juan Sánchez Peláez, preferido por Cascajo. Y de Aquiles Nazoa, a quien, decía el maracayero, por haber muerto en 1976 había que perdonarle cierto texto para un regalo de cumpleaños en agosto de 1961. Crisanto se había interesado en Lezama Lima de quien había leído *Paradiso*. Había intentado a Alejo Carpentier.

—¿Qué leíste del helvético? —inquirió Florentino.

—Empecé *La consagración de la primavera*, pero no pude concluirlo.

—Carpentier decae en *La consagración*. Algunas de las páginas son de sus mejores, otras, aquellas donde habla de la supuesta revolución cubana son, sin embargo, las peores. Cuñas metidas a la fuerza desde París. Obligado no sé a qué nivel de conciencia, o inconsciencia, pues en su incorporación se negó a sí mismo o, más bien, refutó al que proyectaba, ya que su arte rehusó secundarlo. Es allí donde la escritura superó al autor, fue más poderosa que él. Es posible que Carpentier temiera la reacción no solo de la élite de la Isla, sino también de sus amigos, *bourgeois de gauche*, de beluga y Dom Pérignon.

—¿Lo conociste?

—Conocerlo, conocerlo, no. Estuve en el Sábado del Libro de la calle Obispo donde promocionó *La consagración*. Durante años planeé escribirle, agradecerle lo que había experimentado al leerlo. Al terminar el acto me le acerqué. Aún recuerdo su mano helada, sudorosa, que estrechó la mía como si yo fuera Gregorio Samsa. En cambio, sonreía a las cámaras, a los funcionarios que lo rodeaban. ¿Qué le iba a interesar el saludo de un simple lector quien incluso, aquel siete de julio de 1979, sustraería la cartulina con su nombre? Me decepcionó. Mas no niego su grandeza. No. Estimo *Los pasos perdidos*, *El reino de este mundo* y *El siglo de las luces*, así como su obra en general, textos extraordinarios. Pero no me has dicho qué te pareció Lezama.

—A lo mejor te caiga mal mi opinión, porque eres cubano y Lezama Lima es un mito. Pero creo, con toda honestidad, que *Paradiso* es un libraco del cual se salvan algunas páginas sublimes. El futuro se encargará de desinflarlo.

—¿Cómo vas a decir semejante barbaridad, Corobero?

—Solo te mencionaré algunos desaciertos. Te los diré según los recuerde. Igual olvide otros. Después, me dirás tu criterio —el venezolano levantó la cabeza, miró sus ángeles. Y respiró profundo. Luego habló—. Por ejemplo, sus coloquios no son creíbles, están fuera de lógica. La mayoría incluye una megalomanía de Lezama que se ve a sí mismo miembro de una corte. Sin duda, desde el inicio se sobreentiende que Cemí (*C'est moi*) quiere decir: «Soy yo» —se detuvo para sopesar el efecto de sus palabras en Florentino, quien lo contemplaba con perplejidad—. Posee epítetos a troche y moche. Escojo uno, «serpientes fálicas». Toda serpiente es un símbolo fálico. ¿O no? Tautología inútil. Hay parrafadas completas donde abunda la cacofonía, y otras sin significado alguno, que no tienen que ver con la presunta novela. Hay, además, digresiones constantes con desvío del tema central, así como descuidos, falta de rigor o de una corrección concientizada, pues sobran inmensidad de oraciones sin sentido, lo que empobrece la prosa y va en detrimento de la obra. ¿Qué decirte de las intromisiones del narrador?, algo de lo que ya hablaba Flaubert. Ese meter la cuchareta es inadmisible, de verdad, me molesta mucho. Uno espera que un escritor de su nombre no cometa esas torpezas. O la de repetir conjunciones. A veces me he puesto a detallar los «pero», los «pues», entre tanto vocablo iterado. Y me he cansado. Otra pifia son los diálogos entre Fronesis, Cemí y Foción, etc., todos hablan igual. Lezama no pudo diferenciar un personaje del otro. Los distinguimos por lo que dice el narrador de ellos, no por su modo de expresarse sea hombre o mujer, la abuela, Cemí, cualquiera de los amigos, su madre o el negro que lleva los libros en el Castillo de la Fuerza. En la obra todas las voces son una misma. Incluso, en el último capítulo conversan de la misma manera la madre, la hermana, el profesor de historia de Oppiano Licario. Eso es un fallo de este texto, así como la carencia de un recorrido lineal en el desarrollo del personaje de José Cemí, pues demora una eternidad en

la infancia, para de golpe y porrazo saltar a su juventud universitaria. Es ahí donde se estanca, aunque se complazca uno con los diálogos platónicos lezamianos. En conclusión: *Paradiso* es un texto prescindible. Un ladrillo que mensura la mediocridad intelectual y académica de aquellos que dicen que les gusta: pusilánimes que se mienten a sí mismos ya que temen que otros crean que no entienden a Lezama o que no son inteligentes. O los que se abstienen, que no repiten las sandeces que han acuñado los anteriores, pero tampoco dicen lo que perciben: que *Paradiso* no es novela, solo un conato, o mejor, un coñazo bizantino.

—Por Dios, Corobero. ¿Pero de qué hablas? Para mí, *Paradiso* es una comida opulenta, exquisita, con los mejores manjares y los más deliciosos vinos, servida en la más elegante mantelería con cubiertos de orfebre, a la vez que se escucha la armonía de la más fina música. Todo en una habitación rodeada de grandes ventanales abiertos de par en par, por donde penetra una brisa que mece claras y vaporosas cortinas y la presencia de alguien a quien se degusta antes del acto más puro y concupiscible. La luz se difunde con suavidad y el perfume del romero, de los jazmines, de las rosas, de las orquídeas del patio se mezcla a los sahumerios de sándalo y a las emanaciones de la ardiente mirra que abrazan cada uno de los óleos y las esculturas. Lezama es un bálsamo para el espíritu profundo. Una esencia para el alma instruida. El avivamiento de todos los sentidos. ¿Que no es una obra perfecta? De acuerdo. ¿Y qué creación lo es? Pero eso no disminuye el gozo de su lectura. El regocijo. A Lezama hay que aprender a leerlo. Y yo aprendí, como aprendí a leer y admirar a Alejo Carpentier.

—Sospecho que temerosos de enfrentar al caudillo, los intelectuales unieron sus voces a las de Cortázar para, de forma indirecta, defender a Lezama Lima, y de ahí la sobrevaloración de *Paradiso*. Por otro lado, el capítulo más dañino para la mojigatería, si bien entre los dos el mejor narrado, no es el famoso VIII. No. Es el siguiente, remedo de los diálogos socráticos. Lezama se sintió émulo de Sócrates. Dicho esto, te aclaro que es uno de los que más me gustó. Pero me fastidia esa sublimación de la madre cuyo discurso el narrador compara con los Evangelios. Por cierto, en la primera parte del alegato



de Rialta, una vez que Cemí llega de Upsalón, te abofetea con cuatro «pues». Verga. ¿No fue capaz, Lezama, de pulir ese texto? ¿Y qué de su Upsalón? Ja, no me jodas, Florentino. ¿Cuál era el objetivo de haber escogido ese nombre? Mira.

—Y qué tiene que ver que Lezama haya escogido un nombre que remeda la más antigua universidad de Suecia y de toda Escandinavia. ¿Por qué no? Por otro lado, esos diálogos los disfruté, sí, como los de Platón.

—Pero no me negarás que algunos de esos debates del capítulo IX rayan en lo ridículo, son de una cursilería inefable. No convencen. Son un monólogo que solo existe como diálogo en la mente lezamiana. No persuaden a nadie.

—Sea como fuere, en lo que has afirmado sobre esos capítulos sí estamos de acuerdo, Crisanto, cualquiera, por decirlo de algún modo, entiende el VIII. Un adolescente de la Secundaria Básica por curiosidad, o en busca de respuesta. Si bien no imagino a nadie del Consejo Concéntrico sumido en la lectura del IX. Y menos, entenderlo. ¿Te imaginas al Führer biranés, a su hermanastro o a alguno de sus pedestres secuaces, ponerse a analizar y, además, descifrar ese capítulo o tan siquiera uno de los párrafos de *Paradiso*? Lo de ellos es de oído, y nunca mejor dicha esta expresión. De esos oídos plantados han cosechado el terror. Son fóbicos por zafios, por palurdos. Y por inquisidores, a pesar de que se proclaman herejes. Muchos de ellos son personajes lezamianos. Bravucones alfa como Baena Albornoz. Actúan por proyección freudiana. La relación entre Fronesís y Foción, de la cual Cemí es un voyeur, es más nociva para su Hombre Nuevo y el cuerpo de su sociedad que los falos y los coitos del capítulo VIII. Ese *ménage à trois* unido a la filosofía y al homoerotismo del capítulo lo hace más dañino, como bien has señalado. Por último, lo único que añadido para concluir es que la tiranía le hizo beber a Lezama su cicuta. Cicuta que hemos bebido todos los cubanos.

Se sentaron en uno de los puentes de madera que dan a la playa. Entre los dos, Florentino colocó la palmatoria, cuya luz alumbraba su rostro como un óleo tenebrista. Crisanto habló de su orfandad a los diez años, de la muerte de la madre en el

parto de uno de sus hermanos. Me pasó lo que a Felipe II, dijo. El isidoriano lo miraba compadecido. Su infancia había sido distinta, aunque con otro mal: la prisión política de su padre. Convinieron en reencontrarse para beber un té, el predilecto de Florentino, el Earl Grey. Corobero prometió llevar cardamomo.

Florentino coloca la tetera en el fuego que alumbra la habitación.

—Perdón —dice— no repares en el desorden de la sala.

—¿Y qué importa? Está llena de energías —afirma Crisanto.

—Serán las termitas —ríe el isidoriano.

—Increíble, mi casa en Maracay tiene igual disposición. Solo necesitas una alfombra india.

Florentino nota en el venezolano una mezcla de razas. Si sonríe, piensa: así deben hacerlo los orishas. Y siente la necesidad de ser su amigo.

Silba la tetera. Crisanto advierte piezas de barro, estatuillas africanas; piedras alrededor de un leño; libros en cada esquina, por el suelo, encima de la mesa.

—*Elle est retrouvée!* —*Quoi?* —*l'Éternité* —declama Corobero.

Florentino sirve el té en sus tazas de cerámica amarilla.

—Es Twinings. Lo conocí en África —explica—. Allá teníamos solo una variedad: *English Breakfast Tea*. Me llevé una lata para Mbansa Bana que bebía en ocasiones especiales. Este, que descubrí aquí, es Earl Grey, mi favorito.

Acabado el té van al portal. Florentino aviva la llama de la palmatoria. Crisanto reorganiza la disposición de sus macetas. Y se maravilla con el sentido estético del venezolano que, más tarde, abre un pergamino donde le ha escrito varios poemas. Florentino tiene miedo de leerlos. Es muy crítico. Si no le gustan: ¿qué hacer? Quiere ser sincero. Crisanto insiste. Los lee. Y lo convencen.

Florentino recuerda unas frases de Víctor Hugo sobre la amistad que había leído en *Nuestra señora de París*: «dos almas que se tocan sin fundirse, los dos dedos de la mano». Y otras en *Juan Cristóbal*: «...el contacto de las almas, que se han tocado y

se han reconocido entre la multitud de las formas efímeras, no se borra jamás». Y recita unos versos de Walt Whitman de *Song of Myself*, que Crisanto conocía y terminan a dúo:

*I celebrate myself, and sing myself,  
And what I assume you shall assume...*

Al final, Florentino evoca sus años de soledad, que supone estar dejando atrás.

—La necesitabas —opina Crisanto—. Todo creador requiere su martirio. Ser crucificado, resucitar. «Sufrir un desarreglo de los sentidos».

—Hablas desde otro siglo.

Con Cosme, los miopes ojos de Florentino escudriñaron los parajes de Santa Rita que Olguina le describiera en su adolescencia. Las colinas donde el viento arrastraba las diversas tonalidades del verde, sus aromas, el azul campestre. Y al final del viaje, la casa de Cosme como un Louvre o un Prado: Botticelli, da Vinci, Rafael, Velázquez, El Greco, Durero. El arte flamenco, francés, inglés, germánico, español. El Renacimiento, el Barroco. Pinturas y estilos unidos en un solo espacio. El atelier: un ventanal abierto a lo bucólico. La claridad que entraba a chorros y unas manos que devolvían al lienzo el regalo de la luz. El artista: un prisma frente a la tela. Por las habitaciones andaban los faunos, las infantas, las majas, los embozados; hilanderas, tejedoras, caballeros con la mano en el pecho, una mujer de sonrisa enigmática, cerámicas egipcias, rostros de faraones. Y, además de los excelentes estudios, muchos Cosme. Aquel que continuó su formación en el Instituto de Bellas Artes de Kiev, en Ucrania.

—Este, es aquel —dijo Florentino orgulloso y colocó la palmatoria en el suelo.

Para explicarles por qué estaba allí, el artista detuvo de nuevo su boceto.

—Después de haber partido ustedes, la parada se prolongó. Yo estaba en la cola de La luz de Yara, a ver si me agenciaba algún calzoncillo y en eso me sorprendió la cabalgata. Me uní al «Pelotón de los pintores reales», que más bien era una compañía íntegra. Tras la carroza que figuraba el monasterio,

desfiló el «Pelotón de los Turcos» con gritos de ¡Al abordaje! Enseguida, la bisabuela del monarca, doña Isabel, con una escolta de mil personas vestidas de luto. Como hacía calor los villanos les prometían agua. Y se desnudaban. Pero ni agua ni nada. Y las mujeres del partido se hacían con las ropas.

—¿Y los áulicos?

—Pedían albornoces. Quienes miraban el desfile observaban un pelotón que creyeron era el de los nudistas. Más adelante, pasó otra carroza que los padres impidieron que vieran los pequeños, aterrorizó a la muchedumbre y causó profusos desmayos. Simbolizaba la Plaza Mayor de Valladolid. En el punto más alto quemaban a alguien que decía llamarse don Carlos Sesso. En uno de sus lados iba, en posición de plegaria, Fernando de Valdés y Salas, el inquisidor general. Junto a él, un grupo de obispos guiados por Melchor Cano gritaba: quemaremos a Carranza. A ellos siguió una escuadra de sarracenos con atuendos gualdos, granas, índigos y esmeraldinos, las más de las veces en un solo individuo. Iban a caballo con sus mujeres; y en las bestias, serones; y en los serones, los críos. Desde Perú, en un tálburi, marchaba el virrey don Francisco de Toledo del brazo de doña María Lionza de Venezuela. En representación del Consejo de Indias, Juan de Ovando y Godoy. Ahí los isidorianos lanzaron sus gorrones, ya tiesos como piedras, a otra carroza que reproducía la mina de Oro de Aguas Claras. En ella iban colonizadores con zurriagos. Obligaban a unos indígenas a trabajar. La escena era muy real. La prensa aclaró que a los nativos tuvieron que trasladarlos desde Simonia Central porque en la Isla habían sido, en la práctica, exterminados. Se veían muy abatidos. Seguía un carruaje con bufones, enanos y plañideras. Y en un santiamén, un espectáculo con el que los chicos se fascinaron. Eran los corsarios y piratas. A la zaga transitó otra carroza: un león armado que encarnaba los Países Bajos. Y otra, sui géneris, que no se ha visto en Pasadena, Nueva York o Río: la de las epidemias, con famélicos cuerpos danzantes. Allí iban los contagiados con tabardillo, garrotillo, viruela, hectiquez, peste. Plagas que habían azotado por siglos a la humanidad. Fue la única a la que subieron muchos pueblerinos —afirmó Cosme—. Cantaban al ritmo de tambores y cornetas chinas como en las congas orientales:

Tenemos piojos,  
ay que placer,  
cógelo con calma.  
Cundíos de escabiosis,  
ay que placer,  
sangramos de sarna.

En esa oportunidad, bajo los balcones de la Casa del Manco Rondán —prosiguió Cosme— desfilaron los pintores del célebre Habsburgo. También aquellos cuyas obras eran del gusto del monarca e, incluso, autores de piezas adquiridas *a posteriori*, como *La adoración de la Sagrada Forma* de Claudio Coello que hoy adorna el monasterio. En el grupo iba Antonio Moro que lo retrató en su arrogancia de príncipe sucesor con la espada a la cintura, muy diferente a como lo pintaría Sofonisba Anguissola, de oscuro y rosario en mano. Vale puntualizar —aclaró Cosme— que Sofonisba fue la única mujer que marchó entre los creadores. Y pasaron otros italianos, contratados a la muerte de Navarrete, en especial Pellegrino Tibaldi, discípulo de Miguel Ángel, cuyos cuadros cumplían con los decretos tridentinos requeridos por el Austria. Además de Tibaldi, de igual nacionalidad desfilaron Taddeo Zuccari, o Zuccaro, el autodidacta, y Luca Cambiaso que lo cambió todo para cumplir con las normas del Concilio de Trento. Y Sebastiano Luciani, o del Piombo, el colorista renacentista. Y me perdonan la consonancia. Y Antonio Allegri da Correggio, precursor del barroco. Y Niccolò Granello, Fabrizio Castello y Lazzaro Tavarone, que no por ser poco conocidos pueden dejar de mencionarse, pues mucho que doblaron el lomo en la Sala de Batallas del monasterio. Y Doménikos Theotokópoulos, originario de Creta, quien, procedente de Roma, se estableció en Toledo en 1576. El Greco había tenido la idea de convertirse en el artista de El Escorial. Mas sus obras desagradaron a Philippus porque eran muy místicas y no le causaban lujuria alguna.

—Cosme, estás más prolijo que Florentino. Por favor, termina —apremió Reinaldo.

—También iba su rival Hieronymus Bosch, El Bosco, —continuó imperturbable el primo— admirado por el rey, quien le compró obras para sus palacios de Madrid y de El Escorial. Entre ellas *El Jardín de las Delicias*.

—Esa orgía onírica predecesora del surrealismo y la pornografía, los eróticos Tizianos, que hablan solos, y el rechazo al Greco, nos proyectan del rey lo que hoy haría un Rorschach —opinó Florentino.

—Desfilaban otros flamencos: Gérard David, de la escuela de Brujas; y Jan Gossaert, llamado Mabuse, influenciado por el anterior —siguió Cosme sin hacer caso a la interpretación del pariente—. Y Bernard van Orley, quien pintara siete veces a Carlos V. Y Joachim Patinir, el gótico paisajista, que me encanta. Y Pieter Coecke van Aeslt, uno de los grandes de la Escuela de Amberes. Y, con un ramo de enormes girasoles nunca vistos en la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro, Anton van Dyck, miembro de la Honorabilísima Orden de los Baños Públicos, a la que pertenecen cuantiosos pájaros de clóset en nuestra noble Isla. Y Rogier van der Weyden, el pintor de las lágrimas, y Michel Coxcie, el Rafael Flamenco, con uno de sus fornidos varones a quienes los isidorianos querían, alucinados por la inanición, desmembrar. Y Paolo Cagliari, El Veronés. Y el mediocre italiano Rómulo Cincinnato. Y Navarrete, El Mudo. Y don Francisco de Goya y Lucientes, El Sordo, cuyos tapices fueron colocados en El Escorial. Hablaba de la invasión napoleónica, de cielos madrileños, de acacias, de majas, de embozados, de desnudos, de brujas y de pedos. Y Tiziano, que tan coqueto reprodujo a Philippus en sus veinticuatro años. Y circularon Tintoretto, Lucas Jordán y José de Ribera; buscaban entre ellos la causa de que *El martirio de San Mauricio* no le gustara al monarca, pese a los machos del primer plano y los desnudos en el fondo, y de que el cráneo de Mauricio era reliquia del monarca. José de Rivera reflexionó a su paso: ¿sería para no ver la cabeza desprendida del cuerpo, porque aquella imagen aludía otras que él quería olvidar? En el desfile también iban otros que retrataron a Philippus. La Ciudad de San Isidoro tuvo la ocasión de ver a Zurbarán, a Pantoja de la Cruz y a Pedro Pablo Rubens, quien fuera, además, consejero íntimo de Isabel Clara Eugenia en los Países Bajos.

Empezaban a bostezar. Susurraron que el primo lo que quería era hacer patente su erudición. Un *name dropping* que acababa con su paciencia. Florentino recordó las provisiones en

los bolsillos. Cosme, como si hubiera percibido la crítica, hizo un alto en su conversación, puso los bocetos a un lado y se sentó junto a los otros a consumir la merienda. Más tarde retomó la palabra.

—El retrato de Tiziano, fechado en 1551, hoy en el Prado, lo envió Philippus a su prometida *Bloody Mary Tudor*. Según Badoero, el embajador veneciano, en él se ve a un joven «de estatura pequeña, miembros finos, frente despejada, grandes ojos azules, cejas espesas, nariz bien proporcionada, boca grande y un labio inferior grueso que le causa alguna molestia». A lo que yo añado que luce, además, muy bien parecido. Tienen ustedes que imaginarse cómo carajo iban a trazar al hombre que sostenía el mundo por el mango. No faltó Sánchez Coello, quien pinceló una de las imágenes más difundidas del monarca: de negro, con melancólica sonrisa. Contrasta con la ecuestre de Rubens que es inexacta, pues a Philippus no le gustaba usar coraza.

—Pese a que poseía varias armaduras traídas desde Milán, entonces las más refinadas —añadió Florentino.

—En su decrepitud —siguió Cosme sin objetar— lo plasmó Pantoja de la Cruz. Asombra allí el Austria vestido de oscuro sobre los fondos rojizos del suelo y la columna. ¿Proyecciones de Pantoja? *Chi lo sa?* Los últimos de este grupo fueron Vázquez, quien nos lo muestra en su habitación de El Escorial, la pierna encima de una silla y los cortesanos alejados para no respirárselo. No dejaron de transitar, además, Lucas de Heere ni Hans Eworth, que, *of course*, lo pintaron en la corte inglesa, si bien del retrato del monarca, realizado por Heere y hoy en el Prado, se discute aún su autoría, ni Jan Cornelisz Vermeyen que lo grabó. Y Francisco Jover que, ¡joder!, nos da una imagen muy distorsionada de sus postrimerías, pues a esa hora su hedentina no la aguantaba nadie, y él lo plasma rodeado de sus familiares y súbditos, ¡sin máscaras!, con caras apacibles. Y yo: don Cosme Proença de Médici, Gran duque de Toscana y Tacajó, que lo he trazado. *Anch'io sono pittore*.

—Me parece magnífico tu remate, Cosme, y te aplaudo. Sin embargo, no has mencionado un cuadro donde Philippus monta una vaca, representación de las provincias holandesas, que se caga sobre el Duque de Anjou —opinó Reinaldo.

—Lo conozco, pero es de pintor desconocido. ¿Cómo iba a ponerlo a desfilar?

—Es que me recuerda a Casiano de Birán y su Ubre Blanca, aquella res hija de macho frisón y hembra asiática. Según los delirios del iluminado, seríamos inundados por un tsunami de leche. Mas hoy, a medio siglo de aquel desvarío, los niños cubanos no se la beben pura antes de irse a la escuela, porque se la dan en polvo. Y los mayores de siete ni eso. Y la autocracia la mendiga a Naciones Unidas. Desde su posteridad, ¿no se caga nuestra televisiva vaca sobre el Guía del Pueblo que no era duque ni la cabeza de un carajo?

Reinaldo se echó a reír secundado por Florentino. Cosme, receloso, para disimular aquejó una sed que jode.

—Ta que jode el de Tacajodo —bromeó Reinaldo.

Y los tres sintieron una sed triplicada. Sensación que dirigió sus pasos hasta la Basílica, donde la saciaron con agua bendita en las santas pilas.

—Y pensar que hubo días en los que dentro de esta mole de granito se agolparon más de cinco mil almas y se hablaron más de siete idiomas y treinta dialectos. ¿No les parece que en esta suma se le fue la mano al que lo contó? —opinó Reinaldo.

Fantasmas de ruidos provenientes del vacío llenaron la Basílica. Pasmados, escucharon un rumor que ocupaba la penumbra: *in nomini Patris et Filii et Spiritus Sancti*. La soledad se pobló de vocablos y frases en lenguas diversas, risas aisladas, jadeos, pasos, chirridos de armaduras, raspares de espadas que se desenvainaban, campanilleos, carraspeos, toses, voces de māmamela, rezos. Y cantos de grillos y chicharras; y algarabía de pájaros; y relinchares, y piafares sigilosos, y coces de lejanas caballerizas; y libidinosos quejidos de métemela toda mezclados con cantos gregorianos. *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi: dona nobis pacem*. Y huyeron espantados. Mientras oían decir a Cosme que sentía repelús, alcanzaron las afueras del monasterio.

—En El Escorial están reunidos varios estilos: el renacentista, el barroco, el pompeyano, hasta el rococó que se percibe en los palacetes del príncipe y del infante —explicó Cosme, a la vez que reconocía, y verbalizaba, un perfume que los envolvía—. Lavanda —dijo—. Es lavanda —reiteró.



Aprovechó Florentino para recordar que la vez que estuvo en el lugar había experimentado una sensación de ensimismamiento. Que se había considerado insignificante ante su inmensidad.

—Creo que respiré la soledad de Philippus —afirmó y, gustoso de compartir el monumento completo, colocó sus manos en la espalda de los otros y los empujó con suavidad—. ¿Por qué no vamos a ver el ángel en el Patio de los Evangelistas, o el león, o el águila? ¿O todas las estatuas de Juan Bautista Monegro?

Solo Reinaldo accedió. Cosme deseaba irse a Madrid.

—Es lejos —precisó Reinaldo.

—Según *Google*, solo a unos seiscientos veintiocho minutos —replicó Cosme.

—Haz lo que quieras. No me gustaría que te fueras, mas de alguna manera tienes que salir de aquí.

—Nkawama Ntu Ndinga, ¿qué hará Cosme en Madrid? —se interesó Reinaldo.

—Pues me sentaré a esperar la apertura del Museo del Prado. Seré su primer visitante. Y la del Thyssen-Bornemisza. Y la del Reina Sofía. Y...

—Y la de todos los museos que quieras —le dije, para que acabara de irse.

Y a pie, en el ocaso de agosto, Cosme se marchó. Del cielo pendían aguiluchos y cornejas. En la distancia, entre juníperos y melojos, se confundió con el aroma de los campos de lavanda hasta difuminarse.

Después del atardecer del té en tazas amarillas, Crisanto frecuentó a Florentino en Little Farm. En sus lecturas crepusculares, a la luz apacible de la vela, buscaban a Macedonio en Borges y Cortázar; a Faulkner en García Márquez; a este en Morrison y a Rulfo, Cervantes y Kafka en Arenas. Y hablaban de José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes, Roberto Arlt. Y si caían en el *Boom* no tenían cuándo acabar.

Para Florentino era la primera amistad desde que cinco años antes dejara Mbansa Bana. Crisanto le obsequió alfombras indias, inciensos, música de sitar con las que complementaban sus pláticas. Trajo piedras y cuarzos para la suerte, el éxito,

la creación. Otro día, llegó cargado de vídeos de la biblioteca pública. Eran obras del MOMA y el ballet negro de Harlem con su versión de *Giselle*. Y la *Carmen* de Carlos Saura.

—Hubiera deseado que Carmen fuera interpretada por Cristina Hoyos —opinó Florentino—. Aunque entiendo que ya no era tan joven. Por su lado, Laura del Sol hace muy buen papel. Excelente el encuentro de ambas en escena.

Y Crisanto trajo otros vídeos de los muralistas mexicanos; y de Frida Kahlo, y de Isamu Noguchi. Y el *Don Quijote* de Ludwig Minkus y Marius Petipa.

—Lo más relevante no es esta versión, Crisanto, sino que el *Quijote* la inspiró, prueba de que una obra maestra es fuente inagotable.

—Sí —aprobó Corobero, quien llevó también la versión cubana de *Carmen* con Alicia Alonso, que les gustó solo en parte. Algunos retazos.

Comentaban cada documental. Y bebían más té y más café con cardamomo. Y Lepanto sobre las rocas. Y *Caracas*.

Y con una estadounidense, que había sido amiga de Ernest Miller, planificaron un viaje a Key West, que Florentino no conocía, porque se había quedado con los deseos de visitar la casa de Hemingway en La Habana, luego de que un día, acababa de leer la biografía escrita por su hermano Leicester, a su llegada de África, fuera a Finca Vigía y de allí lo echaran, en tanto mostraban la propiedad a un grupo de turistas extranjeros.

—¿Añafiles? Sí, son añafiles —se preguntó y respondió Reinaldo.

Era medianoche. Los arpegios provenían de la alcoba de Philippus. Y hasta ella llegaron, no sin antes atravesar una columna de aldeanos curiosos, soldados, hidalgos de ejecutoria, de gotera, de cuatro costados, de solar conocido y de sangre, quienes ataviados con las armaduras de sus antepasados, asían potentes antorchas en el Patio de los Reyes. Philippus yacía junto a su séquito. A su lado, Isabel Clara Eugenia y Felipe III, el heredero. Había gran repique de tambores, campanas y las notas moriscas de los añafiles que mencionara Reinaldo. Próximo al rey, la pestilencia volvía a ser insoportable. El

Austria encanecido iniciaba aquel 13 de septiembre de 1598. Llevaba gorra de terciopelo negro con toquilla de seda, guantes de hilo prieto y calzas amarillas de punto de Flandes. Estaba tendido entre sábanas de raso dorado. Largas y pastosas gotas de pus rodaban desde un absceso abierto en la rodilla. Múltiples gusanos reptaban por su cuerpo, ropajes, almohadones y cojines empapados de heces. Un grupo de sirvientes recogía humores, excrementos y larvas en platillos orlados de oro.

—Esta visión me traslada a los excusados de mi niñez: el espíritu de las heces flotaba y se adosaba a las yaguas; la eterna mosca verde de los retretes; los gusanos serpenteaban entre los excrementos que, junto a las orines, las lluvias torrenciales arrastraban por patios, jardines y senderos del campo —comentó Reinaldo.

*Philippus II Hispaniarum* parecía incómodo.

—¡Singados, sin perdonos, acabad de traer mi banqueta de cuero para acomodar mi pierna! —ordenó.

—Majestad, que ya vos estáis horizontal —le explicó Cristóbal de Moura.

El cántico de muchos ruiseñores, de súbito despertados en sus nidos, voló desde la huerta de los frailes. Una fila de hormigas, que cargaba huevos, larvas y pupas, ascendía por cada una de las patas de la cama hasta la cabeza del monarca, le entraba en columna por un oído y le salía por el otro. Lloraba desde sus órbitas; afloraba como moco de sus orificios nasales, como baba, por sus comisuras labiales.

—No parecen molestarle —comentó Reinaldo.

—¿Qué esperáis para traerme el ataúd, cojones, sin perdonos? —exigió Philippus y dirigió una mirada a Reinaldo a quien hizo un gesto para que se le acercara.

Reinaldo lo complació, mientras espantaba las hormigas que el aliento del monarca había arrojado sobre él. Florentino no se perdía ni un vocablo.

—Decid a vuestro amigo, que los arquitectos del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial son muchos más. Que además de Juan Bautista de Toledo y de Juan de Herrera, que él ha cogido para el relajo, están Juan de Mijares, Francisco de Mora y Giovanni Battista Castello, Il Bergamasco. Y que Bautista

y Herrera no son isidorianos, como quiere él que sea toda gente notable para dar valor a su inmundo pueblo.

—Bájese de esa nube, Bajeza —interrumpió Florentino—, que aquí contamos con un excelente escritor que es un Infante, y un músico famoso que es Marqués, lugartenientes generales, doctores, pintores y...

—No sigáis, os lo exijo. Tendríais que citar un apellido plaga que ha inficionado esa dichosa Isla durante más de medio siglo.

—Qué fino —hice exclamar a Reinaldo tras el monarca usar la palabra inficionado.

—Bajeza, por desgracia la Muy Ilustre y Orgullosa Ciudad de San Isidoro posee tierras de grandes contrastes —dijo Florentino—. Lo mismo pare a un lugarteniente general Calixto García Ñíguez que a otros de cuyos nombres y apellidos tampoco quiero acordarme, con perdón del Príncipe de los ingenios.

—La relevancia de nuestra ciudad —intervino Arenas— se mide por el nombre del riachuelo que fluye por Buena Vista. Así bautizado gracias a Su Bajeza.

—¿Y qué regato es ese?

—El Arrastra mojones, Bajeza —contestó Reinaldo que no evitó la risa.

—Os vais al carajo, sin perdonos —ordenó Philippus, quien se dirigió con solemnidad a sus hijos, a los confesores, a los consejeros de Estado y a sus médicos—. Sosegaos, gilipollas. Abrid bien las orejas de vuestro entendimiento, hombres de aqueste imperio y los que no lo son. Lo que voy a deciros es vital para vosotros. ¡Oíd!

Entonces, Philippus, sin un orden específico, citó obras y actos que tenían como dígito común el número siete. Comenzó con los siete frescos de la bóveda de El Escorial y las figuras que simbolizan las siete artes liberales. Y habló de los siete brazos del candelabro y de las siete veces que los israelitas habían marchado alrededor de Jericó. Y de las siete trompetas, de cuernos de carnero, que los sacerdotes tocaron en derredor de la antigua ciudad en el valle del Jordán. Y así, sin resuello, iteró las frases con el invariable guarismo hasta que ordenó:

—¡Agua!

—Padre —le susurró Isabel Clara Eugenia— os podríamos traer alguna Perrier, que ya sabe Su Majestad cuánto nos satisfacemos con esas botellas verdes y manuales.

—El que follara con vuestra madre —bramó el rey— no es motivo para que me obliguéis a saciarme con algo francés. Prefiero una San Pellegrino, de nuestra cara Italia.

Un trotar de zancadas se escuchó ir y venir. Entre los cortesanos, se abrió paso un sirviente con siete botellas del agua mineral italiana. Una a una el monarca bebió tres. Multiplicó tres por siete en voz alta, se tomó el resto, y afirmó para sí mismo: siete, o sheva, aclaró, como diría uno de mis antepasados. Y musitó Beer Sheva, Siete Pozos. Y los concurrentes se miraron sin entender. Pero el rey, impasible, prosiguió. Contó, con sus dedos, veintiuno. Y persistió en la enumeración que tenía como centro el séptimo número. Y así dijo como desde un lejano recuerdo: los siete años que David reinó en Hebrón. Y mencionó el séptimo año entre los hebreos y las siete plagas de Egipto. Y el séptimo duque de Béjar para, de repente, detenerse en medio de sus alusiones y pedir más San Pellegrino.

Y fue el mismo ir y venir de pasos. Una tras otra el monarca bebió siete. Y se vio la efervescencia del agua brotar desde sus costillares en su paso hacia las cavidades inferiores.

La fetidez aumentó con fuerza expansiva.

—Creo que me he cagado sin perdonos —dijo y se palpó—. Falso —exclamó— ha sido un pedo, sin perdonos.

—Mejor sería que dijerais un rosario, padre Philippus.

—No hay rosarios que valgan. ¡Carajo!, sin perdonos.

—Un rosario de pedos, sin perdonos, quise decir, padre Majestad. No os sulfuréis. Solo jugaba con sus cuescos, sin perdonos —aclaró Isabel Clara Eugenia.

—Pues he de continuar para que meditéis en la importancia del siete —y, elevada su mandíbula, prosiguió sin tener en consideración las palabras de su hija:

—Los siete años del hermanico del Buscón.

—Los siete maridos de Elizabeth Taylor.

—Las siete tragedias de Sófocles.

—Los siete niveles del zigurat.

—Los siete viajes de Zheng He.

—Los siete libros de la Diana.

—Los siete infantes de Lara.

—¡Agua!

Y burbujeantes San Pellegrino pasaron desde la bandeja del sirviente a las manos del monarca. Aceptó una. Acto seguido, mencionó los siete hermanos del rey David y los siete años que en Jerusalén había que servir a los deudores, según la ley. Y perdido en el laberinto de su memoria se extendió hasta que, luego de innumerables hechos que tenían que ver con el número sagrado de los hebreos, hizo una pausa. Y apuntó hacia la garganta con sus fauces abiertas.

Siete San Pellegrino pasaron de mano en mano hasta llegar al rey que las bebió. Y mientras el agua mezclada de heces se resumía por sus puntos cardinales, con seriedad absoluta miró desde sus ojos deshidratados a sus súbditos, y dijo:

—Los siete años que tenía Miguel de Cervantes y Saavedra en la época en que sus padres se desplazaron de Alcalá de Henares a Córdoba —y nombró, uno por uno, sus siete hermanos. Y sin una transición que hiciera lógica la enumeración resaltó sucesos bíblicos, habló de las siete vacas flacas y oníricas del Faraón y, sin demora, de sus siete vacas gordas y de los siete años egipcios de abundancia, y los del hambre.

—¡Una San Pellegrino!

Y ya bebida, una nueva onda fétida hizo que recordaran sus tapabocas. Y los usaran. La deyección del monarca se desparramó entre las piernas de hijos, confesores, consejeros de Estado, médicos y ciñó a los isidorianos.

Resoluto, el soberano persistió: las siete ediciones que en vida de Cervantes se hicieron de sus Novelas Ejemplares. Entonces, compungido: los siete años que en 1582 tenía mi hijo, el príncipe Diego Félix, al morir. A estas alturas, tal vez para alejarse de mención tan dolorosa, afirmó con alegría tal que negaba su estado melancólico anterior: los siete disparos de mosquete que descojonaron, sin perdones, a Ali Pasha.

Y como si se hablara a sí mismo, olvidado de nosotros:

—Los siete años que el doctor Francisco Díaz, mi urólogo, pasó en Burgos. El 7 de noviembre de 1597, en que hizo entrada a El Escorial la Sagrada Forma.

Y prosiguió con aquella enumeración cansona en la que nos habíamos envuelto sin querer. Recuerdo que se refirió a *Le sette giornate del mondo creato* de Torquato Tasso, lo cual entendimos por los lazos que lo unían a Italia. Y a las siete partes de *À la recherche du temps perdu*, que nos sorprendió por tratarse de la obra de un escritor francés. Pero lo que nos dejó atónitos fue la alusión a los siete grupos de virus según David Baltimore. En eso le escuchamos mencionar más particularidades relacionadas con el iterado número, como los siete hermanos varones de Teresa Sánchez, que comprendimos por hallarse Ávila tan cercana.

—Más ag...

Y antes que la orden fuera concluida, el monarca tuvo en su boca la San Pellegrino, que bebió como en las ocasiones anteriores. Y, sin vacilar, continuó.

—Los siete días con sus siete noches que, sin consuelo, Gilgamesh lloró a su amigo Enkidu. Y ¡oh, qué caletre el mío! El 7 de octubre de 1571.

Sin resuello, ojos y labios secos, pareció desmayarse como en la tribuna y en su decrepitud el viejo comandante con quien lo habían comparado. Quienes lo acompañaban esperaron el desenlace. Pero con fuerza renovada, Philippus, entre sarcástico y risueño, afirmó:

—Ahí tenéis el número siete que se ha dicho que es sagrado, que es mágico, que es cabalístico, que es misterioso, que es único, que es divino. Que es sinónimo de magnífico, sensible, bienhechor, apetecible, útil. Recto. A ver, gilipollas, no os quedéis pasmaos. Descubrid el vuestro. Usadlo. Y seréis bienaventurados.

—El siete es una mentira —dijo, en yidis, Isabel Clara Eugenia.

—Para los que no tenéis próstata —murmuró Philippus.

Reinaldo sonrió con picardía. Florentino, en cambio, soltó una carcajada que hizo estremecer la llama en la palmatoria.

—Insólito —le espetó Reinaldo al rey— no mencionasteis las Siete Cabrillas.

Pero Philippus ignoró sus palabras.

—Agora que caviláis en la magnitud del número siete, he de recitaros unos versos escritos para mí por Paul Verlaine, para que veáis que ¡hasta los poetas franceses me nombran!

La gente palatina  
escuchó de su rey el  
estertor profundo  
tal pasa el huracán a través  
de una ruina.  
Después, nada; del seno  
del cadáver inmundo  
brotaron los gusanos con  
insufrible hedor  
a juntarse con los piojos...  
¡Don Felipe segundo  
estaba ya a la diestra de  
Dios Nuestro Señor!

*Philippvs D.G. Hispaniarvm Siciliae Neapolis Rex Archidvx Avstriae* calló, elevó su rostro y se llevó la mano al pecho. Buscó la impresión que los versos del galo habían causado. Pidió una última San Pellegrino que, en silencio, le fue traída. La bebió. Y se dirigió a su hijo.

—«He querido que os halléis presente a este acto para que veáis en qué paran las glorias» de los monarcas en el reino de este mundo. Sobre tules, sedas, tafetanes, encajes y en suaves calzoncillos, «a mí me vestirán dentro de muy pocas horas una mortaja y me ceñirán con un pobre cordel. Ya me cae de la cabeza la corona de rey; la muerte me la quita para dáros-la a vos». Tres «cosas os recomiendo mucho. La una que permanezcáis siempre en obediencia a la Santa Iglesia Católica». La segunda, «que hagáis justicia a vuestros vasallos». La tercera, que os cortéis el capullo, pues en días de guerra, que nunca faltan; en invierno, que aquí perdura, y en la vejez, que es irremediable, debajo de aque-se pellejo hiede muy feo. «Tiempo vendrá en que esta corona se os caiga de la cabeza como agora se me cae de la mía».

Erguida, de blanco, Isabel Clara Eugenia se llevó un pañuelo al rostro con el cual contenía sollozos y lágrimas.

El heredero, también de blanco, con espada a la cintura, colocó una rodilla en el suelo y preguntó.

—Padre Majestad, ¿se os antoja algo más?

—Sí —respondió el monarca—, mis últimos e imperiosos deseos.



—Católica Majestad, adoradísimo de mi alma toda: dígamelos. Vuestros anhelos serán órdenes. Oh, padre amantísimo. ¡Oh!

—Parad tanta mariconería, sin perdones —dijo enérgico el rey—, y os los diré.

El príncipe se recompuso, y acercó sus oídos a los agrietados labios del moribundo.

—Hijo mío, ¿sabéis qué haría por fin Alberto de Mónaco con los condones y la ropa interior de chocolate que compró en Miami Beach?

—Padre y señor mío, esa duda solo podría dilucidarla vuestra hija aquí presente.

Respuesta que provocó un llanto histérico en la aludida, y que se persignaran los religiosos con murmullos de Ave María purísima y de Dios nos coja confesados.

Sin inmutarse, el monarca prosiguió.

—Hijo mío, ¿creéis que acabará por fin la monarquía inglesa que no derroté con mi Grande y Felicísima Armada? ¿Es verdad que a la Reina Isabel le fascina la ensalada de frijoles caritas? ¿Es o no gay el más pequeño? ¿O lo es el mayor?

—Padre Majestad, no os logro responder. Pero se dice que si el río suena, agua lleva. Bien que os haría traer a vuestra presencia al Infante de Gibara.

—Callad, hijo, lo conozco. Pero vos sabéis también que el tal Infante se jacta de poseer el más trascendente criadero mundial de tigres tristes. Anda siempre con tres de ellos. Sus tres tristes tigres. Y a mí eso me causa un miedo atroz —opinó entre estertores agonizantes. Y sin espantarse las hormigas que le cubrían la gorra de terciopelo y escondían su rostro afirmó—: «Dios, que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de gobernarlos». Dadme —pidió ya más sosegado a fray Diego de Yepes— el crucifijo con el que murió mi padre, que también fuera el de mi madre.

Así, tras una imperial, sonora, prolongada y pestilente ventosidad, le comenzó una diarrea que brotaba como agua desde una tubería rota del alcantarillado. Una descomposición pululante de gusanos, gusarapos y moscas, atravesaba el hueco abierto en el bastidor de la cama para dar salida a las deyecciones. Inundaba

los cimientos del edificio y se concentraba en los panteones. Los sirvientes cambiaban ropas, y las recientes volvían a humedecerse con una transpiración fétida, de donde surgían nuevos vermes. Cesado el desborde, no había sitio en el féretro traído, o entre las vestiduras del monarca, que no estuviera empapado.

A lo lejos, los niños del seminario entonaban con prematuridad la misa del alba. Confundidos en sus nidos, una bandada de ruiseñores echó a volar entre tinieblas y penetró en el recinto del monarca. Espabilados cantaban, cazaban piojos y hormigas en la frente y la faz del soberano. De pronto, en un inesperado salto que sorprendió por la ligereza, *Philippus II Catholicus, Hispaniarum Rex et Indiarum Nouiq' Orbis Monarcha Potentissimus* se introdujo en el féretro. En el movimiento perdió los ruiseñores que le revoloteaban y las hormigas que como enjambre le cubrieran la cara. Y reexpiró. Un aplauso cerrado se sumó al redoblar de los tambores, las notas de los añafles, los repiqueteos de las campanas. La marcha de multitud de gusanos brotaba por sus orificios. Le surgían por los puños. Resbalaban desde cuello, cintura, calzas. Eran gusanos de carroña, putrefactos, bañados por una pegajosidad de alhorre, de pus, de sangre descompuesta. Como culminación, en estampida, una bandada de piojos huyó de su cuerpo cianótico y voló a la cabeza de los concurrentes.

—¡Cerrad aquese ataúd de mierda y piojos, cojones!  
—gritó enfurecida Isabel Clara Eugenia—. Y no me sale de la crica pedir os perdón.

La noche, que aún crecía en los espejos, deshizo las sombras, ocultó las huellas de la cagada, de los vermes, de los piojos, de las moscas. Aplacó las voces, los murmullos, los rumores, los llantos, los ruidos. Y fue, a la mansa luz de la vela, la paz de las tres de la madrugada entre los cuernos de los unicornios.

A Crisanto se le había vencido el visado de turista y se inquietaba.

—Este país, Florentino, es para profesionales graduados en sus universidades, o jamás dejarás de ser un ciudadano de segunda. Debo irme.

Y Florentino tuvo que asimilar sus amagos de partir. Y no partir. Su dilema hamletiano de retirada. No obstante, si le decía que se iba se lo creía. Y una vela se le derretía tras otra de oírle tal cantidad de planes, cada uno diferente, que al final derivaban en una idea trunca, un proyecto inconcluso. Para huir de la policía de inmigración de Miami, Crisanto se iba a trabajar a Orlando. Pero no se fue. A California, pero no. Porque el venezolano estaba enamorado de Ocean Drive.

—Amo el *art déco*, Florentino. Me encantaría comprar una casa en South Beach.

—En sueños, dirás.

—¿Y qué es esto?

Reinaldo y Florentino esperaban en la biblioteca. Ambos empeñados en toparse con los piojos filipinos. Durante un rato colocaron las liendres entre sus uñas para machucarlas. Sus explosiones les entretenían. La penumbra trajo lejanos quejidos de cornejas y cuculillos, conciertos de grillos y cigarras, risas de murciélagos. Vencejos, cuidadosos de sus nidos, gritaban con razón o sin ella. A ratos escuchaban los ajetreos del agua al caer en las fuentes. Florentino vigiló la llama en la palmatoria. No la acercó a cuerpo inflamable alguno para no dar pie al incendio presagiado por Philipppus.

—Este atardecer me hace evocar mi niñez —dijo Reinaldo.

—Y a mí cuando jugaba con mis primos durante las vacaciones en Gibara y en Providencia.

—Entonces, desconocía mi signo. Ahora ya lo sé.

—Pero yo, no. Y me preocupo —expuso Florentino.

—¿Por qué?

—Porque estoy solo. Si me muriera, ¿quién iba a percatarse de mi suerte? Días pasarían hasta que algún vecino notara mi ausencia. A lo mejor, alguien me detectaría por el olor. Puede que ocurriera como en el cuento de Faulkner.

—¿No crees que conviene estar solo para escribir?

Florentino no deseaba incurrir en su soledad. No quería afligirse. ¿No estaba allí, acompañado por Reinaldo, como modo de impugnar aquella sensación de oquedad en la que se había

despeñado gracias a María Salomónica? Cambió el rumbo del diálogo. Habló sobre la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro, de su nostalgia por los amigos reales, amigos por ser amigos *per se*, sin interesar si había o no dinero ni cómo era la casa ni el barrio donde vivían.

Y volvieron a tratar sobre la añoranza por los parajes de la infancia. Florentino sentía que aún estaba aferrado a aquellos espacios, si bien se alegraba de haber salido del país de su niñez, porque si no ¿cómo se hubiera redactado esta obra imaginada y escrita en los Estados Unidos, Reinaldo? Y afirmó que no cambiaría su vida si volviera a vivirla, pues todo funciona como una ecuación matemática. Y observó la palmatoria, antes de caer en la escritura de Reinaldo.

—Aseguraba Crisanto —dijo Florentino— que, con el dominio de la técnica que tenías y la libertad de hacerlo, si hubieses escrito hasta la senectud habrías sido otro Nobel.

—Yo odiaba la vejez.

—Un creador que toma conciencia de su valor tiene que cuidarse.

—¿Y qué hacer con el deseo? Llegué aquí en los ochenta. Empezaba la peste. Nada sabíamos —dijo Reinaldo.

—Sí, pero de ahí a la promiscuidad...

—La sexualidad no tiene la culpa, sino este virus perverso. El culpable es el hombre, porque se metió en los reinos de la naturaleza, que no le pertenecen, y destruyó el equilibrio de la tierra. La promiscuidad no existe.

—Maldito siglo —blasfemó Florentino.

—Maldito.

—Había temido decirte lo que pienso.

—Ni te lo pedí ni eres mi psiquiatra. Nos une solo esta novela. La mente humana no tiene explicación.

—La tiene, mas no a la altura de nuestro conocimiento de hoy —analizó Florentino.

—De acuerdo.

—Por otro lado, en esta sociedad, y en nuestra circunstancia, encontrar pareja es una tarea titánica.

—El amor siempre es el mismo. Siempre difícil para todos —argumentó Reinaldo.

—También sé que vienes de una familia afectiva, lo has proyectado en tus libros.

—¿Por casualidad esto es un psicoanálisis? No te lo voy a permitir. Me opongo a su aplicación en el arte, como Rilke —replicó Reinaldo.

—Podrías portar un síntoma único de una manía crónica manifestada solo por el hipererotismo.

—¿No será que los creadores, que somos por lo general más osados que el resto, nos liberamos de las trabas sociales? Pero por qué hemos caído en esta conversa.

—Porque busco una explicación a los pasos que da tu literatura desde *Celestino antes del alba* hasta *Antes que anochezca*, sin olvidar *El color del verano*. El virus daña cada célula del cerebro, y el tuyo, con los antecedentes que conozco, estaba meyoaprágico. Tu obra final es la de un creador enfermo como el Goya de los *Caprichos*.

—¿Qué necesidad tienes de analizar un producto concluido?

—Es mi esencia de médico. De todas maneras, los críticos, sin ser psiquiatras, te analizan. ¿No es mejor que lo haga yo?

—¿Por qué?, Florentino.

—Por muchos motivos que los otros no poseen. Soy de tu ciudad, hablo tu dialecto, vengo también de una familia afectiva, soy psiquiatra, escritor y, por desgracia, un académico. Y otros argumentos que por tan obvios no tengo que decirte.

—Te perjudicaron tantos años metido en las ciencias. Y tus estudios de literatura.

—Hubiera sido igual sin las ciencias. Es mi búsqueda de la verdad —añadió Florentino.

—¿Verdad? ¿Cuál es la verdad? ¿Qué es? Mira, para no caer en esas disquisiciones, o no acabaríamos, mejor me dices ¿qué no te gusta de mi obra?

—Me gusta toda, pero esas orgías descritas en el parque Lenin las escribiste en plena manía. Exageración barroca. Hipérbole. De todas maneras, te quedaste solo.

—Tú no eres promiscuo, buscas el amor y también estás solo —le dijo Reinaldo.

—No lo busco, lo espero.

—¿Por qué me has convertido en tu personaje?

—Necesidad de estar acompañado —dijo Florentino.

—Estoy muerto.

—Justo por eso. Aunque tengo miedo.

—¿De qué?

—De hacer algo indigno de quien respeto. No soporto la mediocridad. Sin embargo, no logro detenerme —respondió Florentino.

—Yo retomé a fray Servando y era de México. Al menos tú eres isidoriano. Donde estoy me divierte prever lo que vas a escribir mañana y espero entusiasmado.

—¿Sigo?

—¿Acaso eres tú quién escribes?

—El escritor eres tú —afirmó Florentino.

—¿Y tú, qué eres?

—Alguien con el optimismo de un Robinson Kreutznauer, que vive al borde del desamparo por el simple gozo de la literatura —respondió Florentino.

—¿Gozo o necesidad?

—Ambos. La obra es un solo que se hace acompañar si llega a ser leída. La búsqueda del amor en la posesión de ese otro más allá de la muerte autoral, porque la energía del deseo se transmutó en ella. Poseer en el ser poseído. Existir en el otro que es la única forma de existencia. Por eso voy a ella como una adicción. Me desprendo y marchó hacia ese que no está y que necesito —argumentó Florentino.

—Buscas en definitiva un acoplamiento.

—Pero es inconsciente. Es tan difícil lograr la obra perfecta que armonice en el otro.

—*Quandoque bonus dormitat Homerus*, dijo Horacio —recordó Reinaldo.

—Tengo otro miedo.

—¿? —lo interrogó Arenas con un gesto de su cuerpo.

—A ese segundo que viene, que no pueda concluir.

—Hace seis meses que transcurrimos en este fragmento.

—Es que volví atrás para ampliar la estadía en la biblioteca, por eso —intervine.

—¿Y antes de hacerlo: por qué parte ibas?

—Por el desfile correspondiente a Carlos III, con su Ilustración.

—¡Coño! ¿Más desfiles? —rezongó Reinaldo.

—Necesitaba el Madrid de los Borbones por lo que tienen ustedes que hacer allí —dije.

—Tendrías que repensar la novela.

—Eso hago.

Reinaldo observó que por los estantes de la biblioteca andaba una musaraña tras un moscón azul. Los chillidos de un autillo lo sacaron de su ensimismamiento. Florentino le aconsejó que permaneciera allí. Él decidió buscar algo de comer. Esperarían la medianoche para intentar el robo de la teja de oro.

Era temprano en el *evening*. Reinaldo daba zancadas de un lado a otro. Admiraba las pinturas en el techo y las comparaba con las de la Capilla Sixtina. Pidió que le trajera agua de una de las fuentes. Florentino asintió. Y marchó hasta Espinosa, la pastelería escurialense, donde llenó sus bolsillos de mantecados. Al volver, de paso por un estanque, avistó infinidad de insectos que caminaban las aguas. Un baile mortal en el que eran cazados, en vuelos rasantes, por las golondrinas del atardecer. Los apartó y llevó el líquido que le cupo en las manos. Ya en la biblioteca, dio el agua a Reinaldo y repartió los dulces.

—Disfrútalos, cabrón, que estos pasteles no se comen todos los días.

Se los engulleron todos. Y tanto les gustaron que por más fueron, esta vez juntos. Al regreso, compraron churros. Luego, tirados de bruces en una de las fuentes, apartaron la nata verde, los insectos y las golondrinas. Y bebieron. El crepúsculo se había encargado de orquestar el silencio. Los grillos reales afinaban sus élitros. Se les sumaban los cantos de las cigarras y de las oropéndolas. Camino hacia la biblioteca se les ocurrió pasar por la habitación de Philippus II, construida encima del coro para que por su ventana escuchara la misa, a la vez que se masturbaba. Percibieron el blanco de la habitación, el friso de azulejos de Talavera, una mesa, un sillón de fraile, la banqueta donde solía colocar su pierna y un plúteo con varios libros. Destacaban siete

tomos seis de cuero y uno, muy manoseado, en terciopelo, con títulos repujados en oro:

*Los grandes viajes del rey Don Felipe* del príncipe Carlos

*Apologie van Willem van Oranje*

*Relaciones* de Antonio Pérez del Hierro

*Vida de la Madre Teresa de Jesús* de Teresa Sánchez de Cepeda Dávila y Tiznada

*Prognosticon* de Matías Haco, en terciopelo negro

*La gloria de don Ramiro* de Enrique Rodríguez Larreta

*Terra Nostra* de Carlos Fuentes Macías

*Solo con el fuego* de Luis Marcelino Gómez

—Desde este lugar, Philippus parecía oír misa. Abajo, el monje esperaba impaciente el trance en el que le chorreaban la tonsura con el semen Habsburgo. Aguantaba la respiración para evitar ahogarse en la fetidez que resbalaba desde la habitación del monarca.

—¿Y cómo aguantaban sin respirar?

—Verás, Reinaldo. Los monjes que prestarían servicio en el monasterio eran adiestrados en el Cantábrico, aunque algunos lo eran en el Mediterráneo. Pero todos estaban de acuerdo en que los que más resistían venían del norte. Se entrenaban por años. Los más hábiles rompían, en una sola jornada, varios relojes de arena en proezas hipoaquas. Ya en El Escorial, respiraban bien fuerte en uno de los patios. Y se dirigían al altar mayor a officiar su misa. Si necesitaban aire durante el oficio, velaban que el monarca estuviera entretenido en sus ayes lujuriosos. En un soplo, se cambiaban por otro que esperaba en la sacristía a que llegara el Regio Babeo, como nombraban a los baños con los reales jugos prostáticos, fruto del cotidiano ejercicio manual del soberano. No era tan fácil. Hubo muchos frailes que, cogidos en el salto, bien durante las inspiraciones en los patios o en las carrerillas desde la sacristía, fueron incinerados por la Inquisición. A otros, los menos, de tan profundo que inhalaban, detonaban como triquitraques. Con ello interrumpían a Philippus, con tal susto, que se oía su voz en medio de la Basílica:

—Hijos de la monárquica puta, sin perdonos ¿no les bastó tomar la Mbansa Bana y ahora queréis sorprenderme en mis recintos? Verá la furcia de Isabel lo que haré con su chumino virgen, sin perdonos.



—En esas ocasiones, los religiosos le explicaban que eran fuegos artificiales en su honor, no navíos ingleses, con lo cual lo contentaban y el rey concluía —afirmó Florentino y se dirigieron a la biblioteca, donde admiraron las pinturas en los salientes de arcos y frisos.

Primero, Salomón y la reina de Saba de Pellegrino Tibaldi. Elucubraron sobre el significado de la frase en hebreo del mantel: כל במדה במשקל ובמשורה cuya traducción intentó Florentino: *Omnia in numero, pondere et misura*, o sea, aclaró: todo tiene número, peso y medida. Y analizaron la diferencia que había entre esta representación del hijo de David y la del Salomón de Lucas de Heere, cuyos rasgos eran los de Felipe II, que Florentino había visto en la catedral de Gante. Y hablaron del deseo de comparar al aún Rey de Jerusalén con el sabio monarca judío hijo del amigo de Jonathan.

Ante el reflejo de la llama sobre el dorado de los libros colocados al revés, Reinaldo comentó:

—Esta biblioteca nada tiene que ver con la Nacional de Cuba. Aparenta ser más bien un templo del sol. Fíjate en el resplandor. Parece de día. Esas estanterías dóricas de madera fina: ácana, caoba, cedro, ébano, naranjo, nogal y terebinto, poseían más de catorce mil tomos. Se contaba entre las principales del mundo. La segunda después de la del Vaticano. Mas no tenía libro alguno proveniente de Simonia. No se le ocurrió a Philippus ni a Benito Arias Montano. ¿En qué piensas, Florentino? —le preguntó al ver que se había ensimismado.

—En que, para la fecha, aún no se había manifestado nuestra literatura, al menos con textos publicados en castellano, pues existía la poesía náhuatl o la quechua, los textos en quiché, para no ir muy lejos. Y las crónicas de la conquista. Sin embargo, no circulaban como la ibérica. Pienso también que cada día nuestra literatura es más sólida. Y que tomaremos a España, y al resto de Europa, por las letras.

—Ya lo hacemos. Es la colonización a la inversa. Dentro de algunos siglos nuestros escritores se compararán a los que hoy son intocables.

—Esta Navidad la pasaremos en Nueva York —aseguró Crisanto.

—Me encantaría. Pero no tengo dinero ni ropas ni vacaciones —adujo Florentino y, al acercarse a la llama, crecí en las convexidades de las paredes del tráiler.

—Iremos en tren. ¿No te gustaría ver los bosques desnudos?

—Mejor ir antes del invierno —opinó Florentino.

—Por el dinero no te preocupes. Compraremos sobretodos de segunda mano.

—¿Y los días de vacaciones?

—Cualquiera se enferma —consideró Crisanto.

—Sería muy significativo.

—Podrías mentir, Florentino.

—No puedo.

—No jodas. Todo el mundo lo hace. ¿Cómo consigues escribir sin jamás haber estado en Nueva York?

—Como lo hice hasta hoy, Corobero.

—Iremos al MOMA.

—Alguien dijo que Nueva York es un género literario —recordó Florentino.

—Y a la ópera.

—¿Y al SoHo?

—Y a Chinatown —afirmó Crisanto.

—¿Y a Little Italy?

—Y a Broadway.

—¿Nos sentaremos en la catedral de San Patricio para escuchar su órgano?

—«Nueva York de cieno, Nueva York de alambres y de muerte» —declamó Crisanto.

—Sí, Federico.

—Nueva York es un gueto.

—Llevaremos clavelones hasta Manhattan, para dejarlos frente a la ventana de Arenas —propuso Florentino.

—Y rosas amarillas, para Lennon.

—Buscaremos el espíritu de Walt Whitman.

—Cruzaremos en coche la ciudad —declaró Crisanto.

—Y escribiré un poema para enviar a los amigos.

—¿Amigos?

—Un poema que transcribiremos en las paredes del Subway, y en los baños.

—Un poema para leer en el baño.

—No me tientes, Corobero. No me llenes de sueños. Amo las ciudades donde viven los espectros de mis creadores. Esos fantasmas que aún pueblan sus calles. Nunca hagas promesas si no vas a cumplirlas. Hace daño.

—El daño se lo hacen a uno si uno lo permite.

—No es así. Se crean ilusiones —dijo Florentino.

—Podrías ir solo.

—No, solo no.

—¿Vamos?, pues.

A veces gahnaba un grajo en la distancia.

—En la Ilustre Ciudad iba a decirte que aquel desfilar remedaba las procesiones de Semana Santa. También el carnaval —opinó Arenas.

—El inconsciente sabe lo que hace —dijo Cascajo.

Aún era temprano y decidieron encaminarse a las reales bodegas en busca de algún trago exquisito. De un *aqua vitae* que los remontara a Alejandro el Magno, propuso Reinaldo. Mas lo único que consiguieron fue una botella de Coronilla. Por lo que, luego de exclamar que morirían como Sócrates con aquel engendro de melaza de caña, se la empinaron. A Reinaldo le dio por cantar: «Ay, que me vengo cayendo, ay, de la juma que tengo». A Florentino, por recordar. Él estaba en el segundo grado de la escuela de Teresita Urbino, o Julio Grave de Peralta, y había recibido el Beso de la Patria. Era su profesor el noble Augusto César Milord Ricardo, a quien tanto quería. Rememoró también su primer día de clases, un año antes. El patio, rodeado por tapias que cercaban el recinto, con filas de alumnos. En alguna parte, hacia el final, había un árbol, a lo mejor un cedro. La tibieza del sol lo hacía sudar en su uniforme planchado con esmero por Olguina. Se orinaba, pero no se atrevió a quejarse. A las aulas se entraba a través de un espacio rectangular de adoquines al que daba un largo cobertizo. Al terminar el acto estaba con los pantalones empapados.

—Eres un meón —se burló Reinaldo.

Al salir de las reales bodegas, cantaron a dúo: «...me has echado en el abandono...». La noche avanzaba... «...Y lloro sin que sepas que el llanto mío...» ...entre tragos y risotadas. Ya en la biblioteca, Florentino somnoliento juntó por unos segundos sus párpados.

Al abrirlos, Reinaldo tenía las pupilas del tamaño de sus órbitas, como si viera algo espeluznante que él no percibía, porque estaba a sus espaldas. Y Reinaldo cantó: «Granada, tierra soñada por mí...» que todavía no se había compuesto. Florentino no entendía. Y Reinaldo: «...tu cantar se vuelve gitano...». Y toma a Florentino por los hombros, lo hace girar para que se percatara de quienes tenía detrás. Y Florentino que se pone a temblar y con una mano en la frente saluda y entona:

—Al combate corred isidorianos que la patria os contempla orgullosa.

—Gilipollas que sois. ¿Es que no sabéis que el dichoso himno aún no existe y que cuando lo compongan dirá bayameses? —arguyeron al unísono Isabel y Fernando.

—¿No os parece, Bajezas —replicaron sostenidos el uno en el otro para no caerse—, que estamos cansados de reiterar tal gentilicio? No somos de Bayamo, sino de la Muy Ilustre y Orgullosa Ciudad de San Isidoro.

—¿Y dónde está aquese principado que no conocemos?

Sin responder, Reinaldo comenzó a tararear la Marcha Granadera. Mientras Florentino lo imitaba, un lejano eco de metales, procedente de los Reales Panteones, tropezaba contra piedras, se incrementaba en la medida de su acercamiento, crujía al ascender las escaleras de jaspes de Tortosa y mármoles de Toledo. No bebieron más en espera de que llegara hasta ellos lo que producía tal estrépito. Y llegó con su armadura de la Batalla de San Quintín, de acero y oro, sus Aspas de San Andrés y eslabones del Toisón de Oro, el vellocino de Jasón y los Argonautas. Le faltaba el quijote de un muslo y el del otro se le había desprendido casi en su totalidad; los guardabrazos, los brazaes y las manoplas se le habían desenganchado y estaban al dejar descubierto sus miembros; mantenía las grebas y, eso sí, el peto, el espaldar, una de las escarcelas, el ristre y la celada. Era Philippus II. Tras él, desde igual procedencia, le seguían príncipes niños quienes explicaron

que habían vestido al rey. Y que se habían divertido mucho, pues no le habían puesto bien los ganchos de la armadura para que se les desunieran con facilidad. Algunos traían alhelíes. Otros, ramos de rosas escarlatas. Andaban llenos de lazos y bonetes con plumas que ondeaban según el menear de su cuerpo. Sobresalía uno con desproporcionada cabeza a quien varias damas ayudaban para que la sostuviera erecta. En oposición a él, subió Luis Primero, el Bien Amado, con cabellos postizos. Arribaban a pleno bostezo y estrujaban sus ojos para despabilarse. Unos a otros se regañaban para estarse quietos a la sombra de Fernando e Isabel, así como de Carlos I, Isabel de Portugal, Madama Bárbara Blomberg y el apuesto don Juan de Austria, quien también habían acudido. Philippus habló:

—Quince años anduve con mis carnes ulceradas. Amén de mi dichosa colitis y esas malditas deposiciones cotidianas: ¡mi vida entera cagando! Sin perdones. A mi paso mis súbditos se tapaban la nariz. Ni yo me soportaba. Os lo juro que era peor que aspirar a un cristiano descompuesto debajo de las sábanas. Ay, los sufrimientos de la pierna, de mis inestables intestinos, de la gota. Ninguno de los bugarrones, sin perdones, de mis médicos me curó. Menos mal que se me ocurrió sembrar tomillo, hasta en las azoteas, y llenar la corte de nardos y de espliego.

En tanto el rey hablaba, el resto inclinó su cuerpo, por respeto, excepto Florentino y Reinaldo, quienes recibieron la mirada reprobadora del monarca. Mirada que se hizo más fuerte al este quitarse, con la ayuda del Bien Amado, la celada.

—Oh, Bajeza —exclamó Reinaldo.

—Demonio del Mediodía —dijo Florentino— ¿por qué habéis aparecido ataviado de esa manera, si vos, como el cagueta biranés en Bahía de Cochinos, no estuvisteis en tal memorable Batalla?

El soberano, ignorado los agravios, exigió:

—Sosegaos y decid a vuestra sombra que no me ridiculice en su novela.

—Esto no es una novela —me apresuré a afirmar.

—¿Y qué coño, sin perdones, es esto?

—Fragmentos de historia, majestad —aclaré.

—Pero vos sois solo una sombra y no una historiadora —declaró el monarca.

—Nadie lo es —habló Florentino.

—Yo soy la historia —proclamó Philippus.

—Lo somos todos —aseveró un coro que empezaba en la boca de Reinaldo y terminaba en la del Bien Amado Luis.

—¿Podéis aclararme algunas dudas? —interpeló Florentino a Philippus para desviarlo del asunto histórico— ¿cómo lograsteis ser quien fuisteis?

—Quien soy: Philippus II. ¡Y basta, soy el rey!

—Pero si vos no existís. Al menos como existís, que ha sido una forma de existir no existiendo —argumenté.

—Esa última oración parece un trabalenguas para confundirme, porque yo existí, existo y existiré por los siglos de los siglos. No gerundies.

—Mejor que me calle, como diría Rita. Si no os doy par de mojicones es por no joderme la mano con lo que os resta de vuestra armadura —dijo Reinaldo.

—Por cierto, no sé qué empeño tiene Nkawama Ntu Ndinga en cubrir con metales a Philippus si no le gustaba vestir el arnés tranzado, diga lo que diga Antonio Moro en su lienzo —se quejó Florentino.

—Soy vuestro Rey.

—A un solo Rey sigo. A uno solo reverencio. A mi entrañable amigo que no conocí. Mi Rey de arena que es de roca. Mi Rey de piedra que me salva de la soledad.

—Y de la mierda donde te inundas, cabrón, por hablar en demasía —interrumpió Reinaldo.

—Este comentario que hago, con perdón de Unamuno —continuó impasible Florentino—, es el edificio que me construyo. Hecho con los ladrillos de mi creación. Sin el trabajo forzado de nadie, sin asesinar a nadie, sin envenenar a nadie, sin quemar a nadie. Es el producto de mi esfuerzo. Aquí he buscado mi obra perfecta. Que jamás lo será. Aquí mi cuadrado, mi círculo, mi triángulo. Aquí mi geometría y mi álgebra. Este es mi Templo de Salomón. Mi pirámide de Guiza. Mi Escorial. Philippus, vos le dedicasteis veintidós años, respaldado por un imperio. Treinta y dos, yo, solo con el fuego.

—Me iré a Minnesota con otros venezolanos, Florentino. Haré dinero. Te compraré otra palmatoria en una *thrift store*, para

que dejes descansar esta. O velas más duraderas, de pilas. *Battery candles* creo que se llaman. Así no tendrías que estar pendiente de reponerlas. Y con el temor de un fuego donde podrías perecer. Ya verás. Será maravilloso presenciar la llegada del otoño.

—Sería. Pero, en cuanto a la palmatoria, me apegó a los objetos. Y este ya es parte de mí. Rehúso tener otra sombra.

—No te deprimas. Irías a visitarme al Medio Oeste. Conoceremos los Grandes Lagos.

—¿También iremos a las reservaciones de los nativos?

—Les compraremos alfombras.

—Azules.

—Del color que quieras. Y veremos la nieve caer sobre los campos. Beberemos chocolate al lado de los leños con sus chisporroteos.

—¿Me llevarás al nacimiento del Mississippi?

—Sí, y buscaremos los vestigios de las civilizaciones que poblaron estas tierras antes de los españoles y los gringos.

En un susurro, Florentino me dijo:

—Nkawama, desde el Panteón no hay escalera que conduzca a la biblioteca.

—Digamos que me he tomado una licencia arquitectónica. No es la primera vez que lo hago en el monasterio —le respondí e hice enunciar al monarca.

—Por hablar de la manera que lo hacéis, merecéis ser abrasados en la Plaza Mayor. Y vos, Florentino, seríais quien más perderíais.

—Es a vos a quien asaremos.

—¡A quemarlo! —animó Reinaldo.

El monarca rio. Risa que fue secundada por los miembros de la corte.

—*Ante ferit quam flamma micet* —dijo el rey, quien miraba de hito a Florentino. Y añadió—: No lo lograréis. Visto armadura. Además, estoy muerto.

—No jodáis —le replicó Florentino— que en Valladolid quemasteis al médico judío Constantino Ponce de la Fuente, muerto en prisión antes de ir a la hoguera. Os abrasaremos hasta vuestro ceceo.

Philippus vio que era en serio. Vociferó y pataleó. Su armadura rechinaba y se le desprendía. Quienes habían ascendido desde los panteones formaron un corro. Florentino propuso utilizar la llama de la palmatoria, pero don Juan de Austria, que portaba una antorcha, le explicó que aquel trozo de madera había pertenecido a la Marquesa del Lepanto, que había cogido fuego con el proyectil que dañara la mano de Cervantes. Sin discusión, se decidieron por la sugerencia del Austria. Reinaldo tomó el madero y, previa maniobra para desunirle la bragueta de armar, comenzó el castigo:

—Por el miércoles 25 de febrero de 1551, en Toledo, os quemo el cojón izquierdo.

—Y por el Acto de Fe del 21 de mayo de 1559, celebrado en la Plaza Mayor de Valladolid, donde ardieron catorce vivos y los huesos de otro, os chamusco el labio inferior —agregó Florentino, después de haber agarrado la antorcha de la mano de Reinaldo a quien la devolvió enseguida.

—Y os calcino el cojón derecho por el Acto de Fe efectuado, en el mismo sitio de Valladolid, el 8 octubre de 1559, donde quemasteis a trece y los huesos de otro —formuló Reinaldo, mientras asía el fuego que luego alcanzó a Florentino.

—Os carbonizo el dedo gordo del pie derecho por el domingo 25 de febrero de 1560, que estuvisteis en Toledo para otro Acto de Fe —enunció Cascajo y pasó el fuego a Reinaldo.

—Y el dedo gordo del pie izquierdo por el domingo 5 de marzo de 1564, en Barcelona —afirmó aquel, cediendo el madero a Cascajo.

—Y la nalga derecha —manifestó Florentino, tras retirarle la culera de malla— por el domingo 1 de abril de 1582 que es el mes de mi cumpleaños.

—*April is the cruellest month...* —recitó Philippus, mientras mostraba sus posaderas y saltaba de un lado a otro—. ¡Haced algo, cabrones, sin perdones! —ordenó.

—En estos incidentes creativos nada podemos hacer —fue la respuesta a coro, a la vez que Arenas y Cascajo proseguían con su abrasamiento.

—Y os quemo la polla por el resto de las veces —aseguró Reinaldo, quien calcinó, y vio desprendérsele con gran hedor, el carajo al monarca.



En eso hicieron un círculo en cuyo centro colocaron a Philippus. Y cantaron y danzaron a su alrededor. Luego de mortificarle un rato su vida de muerto, le ordenaron que despidiera a los infantes, quienes antes desfilaron por donde estaban Reinaldo y Florentino, los besaron, llamaron tíos y les susurraron lo mucho que se habían divertido. Dos les obsequiaron su bonete con plumas que ellos se pusieron de inmediato.

Philippus, asado como cerdo en púa, opinó que Florentino estaba más loco que una cabra.

—Así que el burro hablando de orejas. Y qué me decís de la cantidad de locos que tenéis en la familia. —le refutó Florentino.

—Ha sido una mariconada, sin perdones, de la historia —manifestó el rey.

—No os hagáis el chivo perturbado, pues no es posible obviar las psicosis de los Avis y de los Trastámara —señaló Florentino y pasó las manos por las plumas del bonete—. Ahí tenéis a Isabel de Portugal, de la Dinastía de Avis, la segunda mujer de Juan II de Castilla, madre de Isabel la Católica, que hizo una depresión puerperal. Murió alucinada, decía que Álvaro de Luna la perseguía por las escaleras del castillo de Arévalo, donde estaba recluida. Y a Isabel, la Católica, Trastámara, vuestra bisabuela, que presentó sus ciclos de arrebatos. Y el caso que negáis, el de Juana la Loca, reina a pesar de su chifladura, encerrada en la fortaleza de Tordesillas, tratada a dosis de látigo a poco de enviudar. Por cierto, apenas frecuentada por vuestro progenitor y por vuestro abuelo. Pablo IV dijo que Carlos V fue también otro insano, muy notoria su afirmación si se piensa que el emperador ordenó la celebración de sus funerales aún en vida. ¿Y qué de vuestro hijo, Carlos de Austria, antes y después del batacazo de Alcalá de Henares? ¿Y qué de Carlos II de España, el hijo de Felipe IV?

Se hizo un silencio hasta que Philippus intervino.

—Lo de mi bisnieto era un Síndrome de Klinefelter. Y papi era epiléptico, antes de que me digáis nada. También lo eran dos de mis hermanos.

—Qué epilepsia ni qué ocho cuartos —intervino Florentino y se quitó el bonete—. ¿Y a qué atribuimos el que

vuestro padre casi exterminara los nativos de Simonia y separara la familia africana? ¿También a la epilepsia? Mira...

—Casos y cosas de las Casas. Pero ahora tenéis un chorro de orishas. Y el mambo, el candombe y el tango. ¿Qué seríais sin son, sin rumba, sin guaguancó, sin conga, sin jazz? ¿Qué seríais, carajo, sin perdones, sin Xiomara Alfaro, Isolina Carrillo, Manuel Corona, Miguelito Cuní, Félix Chapotín, Carlos Embale, Ibrahim Ferrer? «A gozar en el platanal de Bartolo. A gozar en el platanal de Bartolo. Yo vengo de Coco Solo, porque quiero guarachar...». Perdón. Es que me inspiro. ¿Qué serías sin Sindo Garay, Rolando Laserie, Rita Montaner, Bola de Nieve, Ignacio Piñeiro, Alina Sánchez, Mongo Santamaría? «Maní... Maní... Si te quieres por el pico divertir, cómprame un cucuruchito de mani...» ¿Qué serías sin el santiaguero José «Pepe» Sánchez, creador del bolero? «La suerte es adversa conmigo, no deja ensanchar mi pasión, un beso me diste un día, lo guardo en el corazón». ¿Qué, sin el virtuosismo de María Teresa Vera? ¿Qué, sin Pérez Prado, cuyo *Cerezo Rosa* bailó la corte en Toledo y Madrid a orillas del Tajo y del Manzanares? ¿Qué, sin Miguel, Matamoros como nuestro Apóstol Santiago? ¿Qué, sin el Bárbaro del Ritmo, Benny Moré, qué banda tiene usted? ¿Qué, sin Barbarito Diez, cuya voz vale por cien? ¿Qué, sin Orlando Contreras, la voz romántica de Cuba? «Besándome en la boca, me dijiste “solo la muerte podrá alejarnos”...» ¿Qué, sin Celia Cruz, reina de la guaracha, con su jazúcar!; sin Celeste Mendoza, majestad del guaguancó; sin Paulina Álvarez, emperatriz del danzonete; sin Olga Guillot, monarca del bolero; sin La Lupe, la Yiyiyi, kaiserina del *Latin Soul*; sin Juana Bacallao, zarina del disparate? Joder, sin perdones, que poseéis más títulos nobiliarios que Cayetana de Alba. ¿Qué seríais sin Antonio Machín, quien desde Sevilla venía a cantarnos el Ave María de Schubert a El Escorial? Ah, cuántas veces he ansiado ritmos congos, yorubas o abakuás. ¿Qué no hubiera dado porque Los Muñequitos de Matanzas me bailaran un guaguancó, o tener en una orquesta a Brindis de Salas, a Paquito D’Rivera, a Zenaida Manfugás, a Amadeo Roldán, a Arturo Sandoval, a Bebo Valdés, a José White? ¿Y qué de la música de Alejandro García Caturla, Louis Moreau Gottschalk, Eliseo Grenet, Ernesto Lecuona, Gonzalo

Roig, Moisés Simons; donde no pueden dejar de mencionarse Aaron Copland, Leonard Bernstein y George Gershwin, esos tres creativos y tan sensibles judíos? Mal paridos. No tendríais el Pulitzer de ese ser encantador que es Tania León. ¿Qué seríais, coño, sin perdones, sin esa ricura de mulato que fue Antonio Maceo? ¿Y qué del guapo Negro Primero que Florentino encontrará en Apure? ¿Tendríais Madre de la Patria sin Mariana Grajales, desmadrados? ¿Se hubieran escrito *Sab*, *Cecilia Valdés*, la encomiable obra de Lydia Cabrera, la de Fernando Ortiz, la de ese grande que fue Manuel Moreno Fraguas, o la de otros de aquele continente que llamáis Simonia si no tuvierais negros? ¿A ver? ¿Y qué de Juana Pastor, la primera intelectual feminista de esa Isla del desmadre? Y, perdonad la redundancia, desmadrados. ¿Y qué de Gabriel de la Concepción Valdés? ¿Y qué de la poesía de la negritud? ¿Qué de Luis Palés Matos, Nicolás Guillén, Manuel del Cabral? ¿A ver? ¿Hubiera podido Víctor Patricio Landaluze, pintar sus escenas costumbristas que reflejan el siglo XIX cubano? ¿Y dónde dejamos a Wifredo Lam? ¿Habríais de historia sin Juan Gualberto Gómez? ¿Y sin los cojonudos, sin perdones, de José Antonio Aponte, Quintín Banderas, Evaristo Estenoz y Guillermón Moncada? Lo debéis a España, cabrones, sin perdones. Si los negros no hubieran sido lo que fueron, y lo que son, ¿hubiera Nkawama Ntu Ndinga imaginado este libraco?

—Omitisteis —rugió Florentino— a Faustino Oramas y a Compay Segundo, lo que no tiene perdón de Dios... Entiendo, eso sí, que hayáis ignorado a Omara.

—No os desviéis del tema —intervino Reinaldo—, nunca una empresa tuvo tan trágicas consecuencias sobre el mundo, incluso el de hoy, dividido por prejuicios no solo raciales.

—¿Qué sería de vosotros sin esa vasta tierra que descubrimos? —continuó inspirado el rey—, ¿podiera, cojones, sin perdones, existir aqueste fragmento narrado en castellano? ¿Sería capaz alguno de vosotros, gilipollas de mierda rancia, sin perdones, responderme por qué no lo escribieron en taíno? ¡Qué viva el reino de España, carajo! Sin perdones. Hurra. Hurra. ¡Hurra!

Florentino intentó hablar, mas Reinaldo lo detuvo.

—Es medianoche —proclamó el rey—. Sosegaos.

Sobre un mueble macizo de caoba de las Indias, con decorados manieristas elaborados en oro y muy cercano a una silla china de tijera de la Dinastía Ming, vieron un televisor a colores. En la pantalla, Sus Majestades los Reyes y sus hijas, Sus Altezas Reales la Princesa de Asturias y la Infanta Doña Sofía de Borbón y Ortiz, y Sus Majestades el Rey Don Juan Carlos y la Reina Doña Sofía de Grecia. Como música de fondo, la Marcha Granadera.

Philippus anduvo hasta su silla Ming. Se sentó. Reflexionó. Recordó la valía del siete. Bostezó. Dio tres cabezadas. Y fue secundado por el resto.

—¿Qué necesidad tienes, Corobero, de renunciar a tu tierra para venirle a trabajar a gente que explota tu ilegalidad?

Era la noche del tráiler. Untados de repelente antimosquitos, conversaban en el porche a la claridad de la vela que el isidoriano había colocado entre los dos.

—Lo resolveremos, Florentino. Hay modos.

—¿Cuáles?

—Una organización consigue lo que haga falta: *social security*, *green card*, todo.

—¿A qué costo?

—Lo averiguaremos.

—Es ilegítimo —afirmó Florentino.

—Tal vez consiga casarme para obtener la residencia.

—Tendrías que empeñar un ojo.

—Buscaré el dinero.

—¿Cómo?

—Trabajaré en lo que sea —opinó Crisanto.

—Si hasta yo, que soy residente, estoy cesante.

—Lo conseguiré.

—¿Cuándo? Me duele verte, lleno de ilusiones, vagar de un sitio a otro. Verte de constructor de luna a luna y que te paguen como a un esclavo. Coño, regresa a tu país. De este modo no eres libre.

—No te voy a dejar por detrás.

—Pues por delante.

Sabía que era preciso que el venezolano se marchara. Sabía también que, si se iba, algo de él sería austral. Y esa necesidad de su parte sur no le permitiría el equilibrio. La abulia vendría a colocarse en los rincones de su volición. Volverían los mutismos frente a las paredes roídas por el comején. Pero, indudablemente, Crisanto tenía que partir. ¿Cómo y dónde, entonces, se preguntaba, encontraría a su Pedro Briones?

Florentino soñó que había regresado a la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro. Alguien le había escondido el pasaporte y estaba atrapado en un zarzal. Unos soldados venían para detenerlo. La sensación era de pánico. A escondidas, se acercó a un aeropuerto donde unos militares lo buscaban para llevarlo a prisión. Sudoroso, lo despertó una corneta china que era tocada en el sueño de Reinaldo.

—Una comparsa sube por la rúa de Nuestra Señora del Rosario. Viene desde Vista Alegre —afirmó Reinaldo.

Florentino notó que le hablaba dormido. Abajo, los villanos se habían separado para dar paso a las farolas que al ritmo de una danza colmaban la rúa. Sintió deseos de bailar.

La comparsa daba repetidas vueltas alrededor del parque.

—Oye —Florentino lo tomó por los hombros y lo meneó. Pero el otro siguió dormido. —Oye, carajo —iteró y trató de que se despertara.

Florentino lo vio encaramarse y danzar en el balcón. Se le acercó. Mas Reinaldo soñaba. Y él lo secundó y bailó con su música.

Abajo, Florentino vio un mar de cabezas. La música había subido de tono. Arenas también bailaba.

—¡Cojones! —le gritó Florentino en el colmo de la desesperación. Y puso en el grito, más que su voz, sus turmas.

Y en ese instante, cesó la música.

—¿Por qué no me dejas dormir? —le preguntó Reinaldo.

—Para no sentirme solo.

Reinaldo cerró los ojos. Florentino dejó que reanudara su sueño.

La comparsa siguió su ritmo. Vista desde el balcón semejaba una boa.

—Tú que me decías... —cantó Reinaldo dormido.

De improviso, Florentino lo vio danzar abajo en medio de un grupo de mulatos.

—...que Yayabo no salía más —continuó Reinaldo, rodeado de negros desnudos que sin perder el compás enarbolan descomunales farolas. El sudor les bajaba por el abdomen musculoso hasta perderse en el hipogastrio.

—Yayabo está en la rúa con su última falúa y su ritmo sin igual. Ya, ya, ya, Yayabo ya se va.

Reinaldo bailaba y cantaba. Desde el balcón, Florentino intentaba que no se fuera con los ejecutantes. Y de un salto lo agarró por la camisa y lo regresó a la Casa del Manco.

A lo lejos, se aproximaba una carroza. Encima danzaban hombres con pelucas, medias de seda blanca, casacas y calzones hasta la rodilla, de tafetán de seda rosada, azules, verdes. Usaban chupas de grandes bolsillos adornados con hilos metálicos y cuellos de tirilla. Reinaldo ponderaba lo coloridas que eran las imágenes en su sueño. Florentino, por su lado, se percató de que uno de los jóvenes portaba una cinta roja en el pecho en la que leyó: Dinastía de los Borbones.

—Ni un rey más —riñó Reinaldo.

—Estamos en tu sueño.

—Pues despiértame.

—No soy quién para hacerlo.

—Pues que me despierte quien sea.

—Espera, déjame explicarte —le dijo Florentino y logró apaciguarlo—. Es la coyuntura con la que contamos para salir del país. Para que te espabiles voy a leerte algo.

—¿Leerme qué?

—El *Granma* de hoy.

La comparsa de los robustos negros desnudos se detuvo. Sus erectas farolas se desanimaron. La carroza se inmovilizó. Reinaldo abrió los ojos, cuyas pupilas reflejaron el chisporrotear de la llama.

—No te lo permito. Has hecho conmigo lo que te ha dado la gana. Te lo he consentido, porque en definitiva eres isidoriano como yo. Sobre todo, para acompañarte, pues considero tu enorme soledad. Pero, por favor, no me leas esa inmundicia.

—Solo quiero informarte que hoy, 7 de abril de 1980, el Comité Central ha explicado su posición que, según ellos, es la del país.

—Insólito. Como si la Isla hablara.

—Voy a irme hasta el sexto párrafo. Escucha: «Aunque en nuestro país no se persigue ni hostiga a los homosexuales entre los que se alojaron en el patio de la embajada peruana había no pocos de ellos [...] amén de aficionados al juego y a las drogas que no encuentran aquí fácil oportunidad para sus vicios». Fíjate del modo que está compuesto. Dice al comienzo que no se les persigue para, más adelante, colocarlos entre los drogadictos y los jugadores. Y, además, recalcan que es un vicio y que aquí no hallan oportunidades.

—Iniquidades del Guía del Pueblo.

—Es algo en que no estoy de acuerdo contigo.

—¿Cómo?

—Sí, aunque en tu carta del 7 de diciembre de 1990 nombras un único culpable, no es así. No hay uno solo. Pese a que el Guía del Pueblo cubano fuera quien oficializara la homofobia, ese germen persistía aletargado a lo largo y ancho de la nación, pero ahora, con luz verde olivo, crece en sus instituciones y en los maricones de clóset, como González Polanco, que proyectan su odio, reprimido y freudiano, sobre lo que amenace su frágil equilibrio. También hay que valorar que esa aversión del dictador, consciente o no, se deba a que, al no poder doblegar la homosexualidad consanguínea, arrojó su vilipendio hacia el resto de sus súbditos.

—Si bien eso último que has dicho se trata de una reflexión muy perspicaz, prefiero seguir con mi sueño.

Y dentro del sueño de Reinaldo, Florentino volvió a soñar. Entre los desarropados bailarines los dos siguieron la comparsa y a Carlos III rumbo nordeste, hasta Bariay. Y anduvieron por encima de las aguas. Y fue la noche sobre la noche.

—Esta es la *Ninth Chakra* —dijo Crisanto.

Era el crepúsculo. Se sentaron en el bordillo de Lincoln Road delante del establecimiento. A Florentino le dolía el brazo de sostener la palmatoria que quiso colocar en el pavimento, pero

Crisanto se incorporó y le indicó que lo siguiera. Entre bohemios anduvieron por galerías, tiendas de antigüedades, restaurantes, florerías, un estudio de pintura con óleos de gatos. Se detuvieron en una librería. Hojeaban libros: *Leaves of grass*; un tomo sobre Wifredo Lam; las obras de arte de Sigmund Freud y *Solo con el fuego* con una portada de Cosme Proença.

—¿Has oído hablar de su autor?

—Ni de él ni de esa obra, Crisanto.

Alguien entró. Anduvo entre las pupilas de ambos. Se zambulló en el mar entre Florentino y Corobero. Otros inspeccionaban al alguien con miradas lascivas. Los acechaban también a ellos por los laberintos de la librería.

—Vámonos —invitó Crisanto.

De nuevo Lincoln Road, su amalgama de colores, de gentes. Voces. Olores. El restaurante con la cama y las tallas africanas. Todavía Crisanto no deseaba entrar en *La Novena Chacra*. Invitó a la cafetería Gertrudis y a un agua mineral de Italia. Y a otro itinerario: gimnasio con viriles sodomitas, escuelas de danzas españolas y caribeñas, barberías unisex, cine de ensayo, tienda de arte, tiendas de... Aquí se acaba la calle. Enséñame la fuente, ¿en qué estilo dices que está construida? Una mujer de baja estatura llama a otra que viste con elegancia masculina. Parecen latinas, dice alguien que pasa. ¿Latinas? ¿Y qué coño quiere decir: que son descendientes del imperio romano? ¡Qué ignorancia! Opinan ellos. Las mujeres se comunican en inglés. El acento es hispano, dice Crisanto. Una habla a la otra de una pintura que tiene en sus manos. ¿La viste bien? Sí, responde Florentino. Es lo más horrible que he visto en mi vida, afirma Corobero. No huele a arte, opina Florentino. Como si el arte oliera, dice Crisanto. Incluso hiede, aclara Florentino. Lo hago por joderte, pero si eso es arte, soy Pissarro, dice Corobero. Y yo, Modigliani. Y las hispanas hablan sobre la *Virgen of Charity*, como si describieran una Madonna pintada por Raffaello. Un extranjero, al paso, exclama: a cualquier pintarrajo llaman arte, ¡arte el de Rembrandt! Las dos mujeres, junto a la virgen bajo el brazo, se dirigen a un cine de ensayo. Se pierden en la penumbra en la medida que se alejan. Ellos llegan a otra vidriera donde Corobero se arroba ante imágenes de Buda y alfombras indias.



En el ocaso divisan un araguaney florecido.

—Una *Tabebuia Chrysanta*. Te las mostraré en las montañas de Venezuela. Al poniente parecen de oro.

Dos hombres fornidos pasan de mano por Lincoln Road. Se detienen. Se besan. Y se marchan abrazados.

Regresan hasta la *Novena chacra*. En sus escaparates se despliegan piedras y sándalos, ocráceos en el reflejo de la llama. Al entrar, un perfume de inciensos los envuelve. Y caen inmersos en los acordes de un sitar.

—Es Ravi Shankar —dice Crisanto.

Se dilata el olor de los inciensos. Es una neblina que cubre cuarzos y estatuillas. Crisanto le habla de una música como murmullo de aguas; otra como de olas; y otra como sonidos del bosque. Florentino descubre un ambiente que no se le parece a ningún otro. Su espectro se le desprende. Luego regresa, se detiene ante unas rocas azules. Le pregunta a Corobero.

—Es lapislázuli, la piedra nacional de Chile. Neruda tenía una pared hecha con este mineral en una de sus residencias. Se obtiene también en Afganistán desde hace miles de años. Se usó por asirios, egipcios, babilonios. Su polvo, cuyo precio se igualaba al del oro, fue utilizado por los pintores más famosos del Renacimiento.

Crisanto lo arrastra hasta los inciensos. Lee en voz baja delante de cada uno: para la inspiración, para la paz, para la salud, para el éxito.

—La explotación del espíritu —expresa Florentino.

—No —niega Corobero.

Compan de todos. Y piedras para cada sueño. Y un incensario. Y un collar de sándalo.

—Para que en medio del trance una nube fragante nazca entre los cuerpos —dice Crisanto.

Plena noche regresan a Little Farm. Florentino dichoso de haber encontrado a un amigo que se ocupara de alimentar el alma.

Dejada atrás una intuida espesura, habían salido por la costa de Bariay apenas iluminados por la llama parpadeante de la vela. Poco después, alumbrados como si fuera mediodía, el monarca exclamó.

—Vaya cabronada de Isla. Creía que era de noche.

—Lo es, Majestad —le aclaró Florentino—. La luz proviene de los fuegos fatuos.

—¿Y no que andamos sobre el mar Caribe?

—Eso era antes de 1959, Majestad. Ya es cementerio: ¿No habéis oído hablar de los balseros? —le interrogó Reinaldo.

—No —respondió el Borbón.

—Coño, Majestad —interrumpió Florentino—, ¿no habéis escuchado hablar de Elián, un caso tan sonado en esa Florida que perdisteis en 1763? ¿Ni oísteis mencionar el hundimiento del Remolcador 13 de marzo? Esa masacre.

—Son problemas de ilustración —añadió el Rey, quien fue a dar a la rosaleda del Retiro desde donde huyó a toda carrera por la calle de Alcalá, mientras cantaba el Pasacalle de los nardos de Francisco Alonso.

Little Farm. Últimos días de noviembre. A veces llueve. Las mañanas son frescas, hace calor al mediodía; frío, al atardecer. Por las noches es preciso usar mantas dentro del tráiler. Los viejos carromatos han perdido su aislante y se tiritan por las bajas temperaturas.

—Los clavelones estarán helados en el jardín alrededor de la Plaza Consuhistorial Reinaldo Arenas —dijo Cascajo.

—Aquí les llaman *zinnias* —explicó Corobero.

—Pero no dejan de ser clavelones.

Hacia tres años que Florentino había comprado el tráiler. Juzgó que sería el primer sitio que habitaría con María Salomónica. La esperanza le hizo sacar fuerzas y arreglar el bosque, en el patio. Uno a uno cortó pequeños maderos y formó un camino que, desde el jardín de cactus frente al portal al que llamó «Négev», lo conducía a su floresta, a la que nombró «Ein Guedi» y llenó de cambures, papiros, heliconias y helechos. En el «Négev» colocó un antiguo león de piedra, símbolo del de Judá. En «Ein Guedi» echó varios sacos de gravilla blanca para aplacar la hierba y lo bordeó con una diminuta cerca de troncos guatemaltecos. En la frontera con su vecino de atrás crecía una guásima. Pero el comején había acabado con el camino y la cerca. Y la guásima se había derrumbado sobre el techo del

tráiler en medio de un temporal. Entonces, llegó Corobero y, en la luminosidad de la palmatoria, le dijo que Reinaldo Arenas, de quien leía *Celestino antes del alba*, había nacido en la Muy Ilustre y Orgullosa Ciudad de San Isidoro.

Era cercano al atardecer. Cascajo invitó a Corobero.

—Tenemos que levantarle un monumento a Reinaldo Arenas, una plaza con historial.

—Pueril, pero te sigo —opinó el venezolano.

—Hagámoslo *antes que anochezca*.

Corobero tomó unas rosas secas que Florentino había guardado y las deshojó en el área escogida para la Plaza Consuhistorial. En el centro, sobre los pétalos, dispusieron un cobo de mar, un tiesto con bulbos de mariposas blancas y un madero trunco y circular en el que colocaron una cacerola de peltre amarillo, donde sembrarían semillas de clavelones.

—Es lo que más le gustará a Reinaldo —opinó Crisanto.

Y llevaron hasta el patio cuanto objeto consideraron que tenía que ver con la difusión de la obra de Arenas:

—Tenemos que ser barrocos —había sugerido Corobero.

Así que Florentino cargó con la palmatoria. Con la vela encendida. Y conmigo. Un incensario indio con su correspondiente sándalo. Una botella verde que simbolizaba la infancia de Reinaldo. Y tres maderos: uno que representaba la madre, otro, a Arenas. Un tercero que significaba los brazos donde este cargaba el agua del pozo.

—Podría decirse que es una escultura que encarna la crucifixión —había dicho, al verla, Corobero.

—¿Y no fue él un Cristo de la contemporaneidad? —preguntó Florentino, para proseguir en la disposición de algunos libros:

*L'étranger*

*Evitemos Gazapos y Gazapitos*

*Lenguaje de mudos*

*The Odyssey*

*Gargantúa y Pantagruel*

*Clinical manual on HIV and Aids*

*Obras Completas de Sigmund Freud*

Había cénzalos. Parecía que enjambres de mosquitos del parque Lenin hubieran atravesado el Estrecho de la Florida para participar en la ceremonia. Los aguijoneaban y envolvían en una nube de zumbidos. Ni el humo del incienso los ahuyentaba. Cascajo pronunció lacónicos discursos en español, francés, inglés y portugués para honrar la universalidad de la obra arenasiana. Corobero leyó pasajes de *Celestino antes del alba*. No escasearon las miradas de algunos vecinos.

—Quizás se figuren que celebramos un rito africano —sugirió Corobero.

En efecto, en los días que sucedieron a la inauguración, le llegaron a Cascajo algunos comentarios que afirmaban lo insinuado por Corobero. También un reciente *Iyawó* del barrio, quien los viera desde su patio, lo había interpretado de ese modo y así se lo expresó a la tía Vicaria. Florentino y Crisanto rieron, y planearon jornadas literarias en el monumento rodeado de heliconias, en horas tempranas, y con repelente, para evitar los enjambres de mosquitos del ocaso.

Por desgracia, un ciclón destruyó las casas de Miami como si fueran de papel. Y la Plaza Consuhistorial Reinaldo Arenas y Fuentes se tornó en un amasijo de troncos y hojarasca.

Reinaldo y Florentino fueron a dar a un árbol. Las estaciones sucedían con celeridad. Se detuvieron en el invierno. En medio de las heladas de diciembre, Cascajo propuso irse al sur donde el clima les sería más benigno. Atravesarían la Mancha.

—Lo haré por acompañarte. En mi latitud la temperatura no varía.

Al fin alguien le era fiel. Pensó. Y se dirigió con Reinaldo a la terminal de la Renfe. Partirían para Alicante. Los dos boletos les costarían 4,275 pesetas, IVA y SOV incluidos. Salieron a la medianoche. Florentino tuvo que convencer al conductor para mantener la palmatoria encendida dentro del autobús.

*BOZZETTO*



(Aquí reunir a todos los personajes. Podría hacer que el autobús se rompiera «en un lugar de La Mancha». Florentino y Reinaldo se apearian para andar rumbo sur. Escucharán un ruido de bestias, así como a hombres enfrascados en un coloquio. Estará el Quijote. También Miguel de Cervantes, Cide Hamete Benengeli, Jorge Luis Borges, Pierre Menard y Luis Marcelino Gómez, quien carga una mochila con papeles y libros. En lugar de Sancho, Crisanto, que usará en sus diálogos refranes precervantinos: Marqués de Santillana, Blasco de Garay, Pedro Valles, Hernán Núñez de Toledo y Guzmán, etc. El Caballero de los Leones ayudará a los isidorianos. Se detienen y se dispondrán a platicar alrededor de la palmatoria. El coloquio giraría en torno a *Lucía Jerez* de José Martí. Luis Marcelino propondrá buscar algunos leños y, con la llama de la vela, hacer una hoguera.

—Porque hace falta lumbre para clarificar lo que expondré, pero también fuego para abrasar la leyenda —dice Luis Marcelino y saca algunos papeles de su mochila—. Uno de los problemas más engorrosos de afrontar en los estudios sobre José Martí es Martí. No el poeta ni el prosista, el mito. Aunque en la actualidad existen métodos de análisis que han querido demostrar la muerte del autor, hay investigaciones que se basan más en su historia que en su obra. Son apologías más que disquisiciones. Por otro lado, hoy se tiende a revisar la crítica sobre textos antiguos y arrojar nueva luz sobre ellos. No pretendo, y esto que quede patente, hacer una investigación sobre su vida. Examino su creación, en este caso, *Lucía Jerez*. No hablo del hombre a quien llaman Apóstol y Héroe Nacional. En *Entre el autor y el texto* Umberto Eco afirma: «el autor sabe que será interpretado no según sus intenciones, sino según una compleja estrategia de interacciones que también implica a los lectores». Nos dice Carlos Javier Morales, en datos que tomó de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, albacea literario del poeta habanero, en el prólogo de esta novela publicada por Cátedra en 1994, al referirse a la obra impresa en 1885: «Esa primera edición, la única en vida de Martí, lleva el conocido título de *Amistad funesta* y aparece firmada con el seudónimo de “Adelaida Ral”». Es muy relevante para mis comentarios y conclusiones, pues al hacer un escrutinio de la obra, podría alegarse la razón de que

ciertas frases tenían que aparecer como dichas por una narradora femenina. Quesada y Aróstegui, citado también por Morales, encuentra años después, y en presencia de Martí en su oficina de Nueva York, la novela corregida en sus originales. Este ensayista cree, cuestión que respaldo, que Martí debió estar muy consciente de lo que había escrito.

—Esto se pone bueno —opinó Reinaldo—. Ven acá, Florentino, ¿quién es este Luis Marcelino que me suena?

—Es el autor de una novela: *Solo con el fuego*. Estaba en la Biblioteca de Philippus. —Luego a Corobero—: la tenían en venta en la librería de Miami Beach. ¿Te acuerdas?

—A buen callar llaman Sancho —respondió el venezolano.

—Jamás igualaréis a mi bien amado escudero —afirmó el Quijote. Y palpó el robusto hombro de Corobero.

—Para referirme al tema voy a situarme en el momento literario finisecular que vivía Hispanoamérica y en algunos de sus cultivadores. Los modernistas se habían leído a parnasianos y simbolistas, deslumbrado con los impresionistas y encantado con Nietzsche. No es de extrañar que, si analizamos *El crepúsculo de los ídolos*, sus palabras se vean reflejadas como modo de vida o acción en ellos.

Luis Marcelino extrajo de su mochila el libro citado de Nietzsche. Buscó entre sus páginas y leyó:

«Para que haya arte, para que haya una acción o una contemplación estética cualquiera, es indispensable una condición fisiológica previa: la *embriaguez*. Es menester que la embriaguez haya aumentado la irritabilidad de toda la máquina; sin eso, el arte es imposible. Todas las clases de embriaguez, aunque estén condicionadas lo más directamente posible, tienen potencia artística, y antes que todas, la embriaguez de la excitación sexual, que es la forma de embriaguez más antigua y primitiva».

Miró a todos, que esperaban sin chistar, hasta retomar la palabra:

—Y también:

«Recordaré contra Schopenhauer, y en favor de Platón, que toda la elevada cultura literaria de la Francia clásica gira en torno de motivos sexuales».



Así como:

«La lucha contra la finalidad en el arte es siempre una lucha contra las tendencias moralizadoras, contra la subordinación del arte a la moral. El arte por el arte quiere decir: que el diablo se lleve la moral...».

Había leído sin resuello. De pronto, se detuvo y respiró profundo.

—Por favor, Luis Marcelino —le pidió Florentino—, siga con la novela de Martí.

—Opino como vos —dijo Miguel de Cervantes a Florentino. Y puso el brazo sobre sus hombros.

Cide Hamete Benengeli, Jorge Luis Borges, Pierre Menard, Crisanto y Reinaldo también estuvieron de acuerdo con Florentino y Miguel. Por lo que Luis Marcelino manifestó que eran citas necesarias para comprender lo que iba a decir. Y prosiguió.

—El escritor modernista no puede separarse de lo dicho. Es un ser que ve la caída de Dios, en el que ha dejado de creer, para darse paso a sí mismo como Hacedor. Por tal razón titubea, teme, se siente culpable ante el vacío. El modernista ha leído en Nietzsche que la práctica de las iglesias es hostil a la vida. Y también, lo ha visto cuestionarse: ¿será el hombre una equivocación de Dios, o Dios una equivocación del hombre? En definitiva, para el filósofo el Todopoderoso está muerto. Para el modernista, también.

—A buen entendedor pocas palabras —opinó Corobero.

Luis Marcelino, como si no lo hubiera escuchado, persistió.

—Miró a Francia como clamor antihispánico, pues surge en el período de la independencia de España. Por eso constituye el primer movimiento que nace en el mal llamado Nuevo Mundo y que realiza una colonización a la inversa.

Luis Marcelino calló para observar cómo caían estas frases. Supuso, por sus semblantes, que las aprobaban.

—Lo bueno viene ahora. Se encantarán con este Martí que renace en medio de la luz. El modernismo es en sí una metáfora de la realidad político social que vivía Hispanoamérica en sus relaciones con España. Y en aquella metrópoli existía un

trasfondo católico que afectaba las relaciones más íntimas. Tal vez, ese fuera el motivo por el cual muchos de sus creadores tocaran el erotismo desde una perspectiva amplia, de la que citaré algunos ejemplos ocurridos por los tiempos en que se escribía *Lucía Jerez*. *Verbi gratia*, en el cuento *En el Hipódromo* del mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, publicado en 1883, dos años antes que la obra martiana, encontramos, en un párrafo, zoofilia homoerótica y masoquismo. Todo expresado en un tono sutil.

Luis Marcelino buscó el texto mencionado y leyó:

«Tus piernas son nerviosas —¡oh, caballo!— mis dedos quieren esconderse entre tus crines, y cuando tú, alargando el noble cuello, dilatas la nariz y corres como un dardo disparado, yo siento las palpitaciones de tu carne y te poseo y te amo, ebrio de orgullo. Bien sé que en uno de tus botes puedes arrojarme a distancias enormes, como se arroja un saco de huesos desde lo alto de una torre. Mi cuerpo irá a caer en la barranca o quedará desamparado en la llanura, siendo pasto de los buitres. Pero ¿qué importa? ¡yo te amo!».

Acomodó el libro en su mochila y volvió a dirigirse a su auditorio:

—Y en *De Sobremesa*, del colombiano José Asunción Silva, vemos el sentimiento incestuoso de José Fernández, el protagonista, por su hermana, como un afecto ideal que nunca llega a lograrse. En contraposición descubrimos sus conquistas de mujeres que solo le causan un placer momentáneo. Durante la obra hay un discurrir afectivo que varía desde el polo de la melancolía, donde el lenguaje se vuelve pesimista, lentificado, hasta el opuesto hiperestésico en que es rápido con exacerbación de los instintos, incluida una sensualidad sin límites que el protagonista vive con fruición.

Luis Marcelino hizo una pausa. Después, reanudó su prédica:

—Otro texto que me atrevo a citarles es *Ídolos rotos*, del venezolano Manuel Díaz Rodríguez, que recuerda a José Asunción Silva en *De sobremesa*, por su erotismo sin límites, orgiástico, con una diferencia: en Silva había más desenfreno, mientras que más mesura en *Ídolos rotos*, cuyo título no deja de

remontarme a *El crepúsculo de los dioses* de Nietzsche. Aquí también se ve sugerido el incesto —dijo, y buscó entre sus libros el del médico chacaoense, de donde leyó:

«Se vengaba de la tristeza abrumadora y sin motivo, de su dolor sutil e indefinible, suerte de celos malsanos prendidos en su alma como un germen de amarguras cuando recibió en Europa la noticia del proyectado matrimonio de Rosa Amelia. Ésta, a propósito de su casamiento, le escribió unas cuantas líneas, las cuales, a pesar de su tono cariñoso, no bastaron a sofocar en el ánimo de Alberto Soria el grito de un extraño despecho. Alberto se creyó ofendido en su amor a la hermana, como traidoramente despojado de un bien precioso, y desde esa época, sin él mismo saberlo, tuvo celos del intruso y guardó a la hermana un resentimiento vivo».

—Verga —exclamó Crisanto al escuchar que se referían a un paisano—, pero más sabe el loco en su hacienda que el cuerdo en la ajena.

—Pues deja que oigan el siguiente párrafo del mismo venezolano:

«Y si un solo ademán de esas manos bastaba a sacudir a Alberto con el espasmo del placer más agudo, su contacto o caricia llegaba a veces, estremando la violencia de la sensación, a cambiar el espasmo de placer en espasmo doloroso. Desconocidas, al principio, de Alberto, raras cuando empezaron, semejantes sensaciones confusas, mezcla de placer y dolor, de que es tan rica la voluptuosidad, se hicieron a la postre casi diarias y cada vez más intensas».

—¿No es sadomasoquista? —preguntó Luis Marcelino—. Pues en este período, amigos, se narra *Lucía Jerez*.

—Al fin regresa a José Martí —exclamó Florentino.

—Resalta —continuó Luis Marcelino sin reparar en la exclamación— que la obra fuera escrita en siete días. Por supuesto, su autor vertió en ella las ideas sobre su mundo. ¿Conseguiríamos obviar la influencia del marqués de Sade, que había repercutido sobre los románticos, fuente donde bebieron José Martí y los otros modernistas? En definitiva, detrás de su lenguaje hay a veces una velada, quizás inconsciente, proyección de los instintos que lo iguala al resto de los autores del movimiento.

Por eso, en sus páginas figuran una serie de símbolos eróticos, sobre todo homoeróticos, de ambos sexos.

—Si no te adentras en la materia, te dejaremos solo con el fuego —amenazó Jorge Luis, lo que hizo que Luis Marcelino de inmediato cayera en su hermenéutica.

—Hay un franco regodeo con Pedro que para colmo lleva el apellido de Real. No pasemos por alto que, al aparecer, es Juan quien lo recibe y «de brazos» se dirigen a unas jóvenes. De Pedro, el narrador dice: «hermosa figura de hombre», «aquella luz de belleza», «el perfil céltico de Pedro, con su hermosa barba», «rica hermosura de hombre», «buen mozo Pedro», «aquel turbulento mancebo», «aquel gallardísimo galán», «catador de labios encendidos». Fíjense bien en la sensualidad con que el autor describe a su Pedro. Hay un goce descriptivo en la figura de esta rica hermosura turbulenta de labios encendidos. Pero, veamos lo que es para mí la más clara alusión de homosexualismo masculino en *Lucía Jerez*. Leo:

«Juan quería a Pedro, como los espíritus fuertes quieren a los débiles, y como, a modo de nota de color o de grano de locura, quiere, cual forma suavísima del pecado, la gente que no es ligera a la que lo es [...]».

—Insólito —opinó Reinaldo.

—Recordemos, en este punto —siguió Luis Marcelino—, el prólogo que el propio Martí escribió en su novela, donde afirma que no debía tener «ninguna pasión pecaminosa». ¿Qué nos expresa cuando sitúa una relación entre dos varones «cual forma suavísima del pecado» y «a modo... ..de grano de locura», si la amistad entre seres de igual sexo era bien mirada? ¿Qué significa si nada impuro podía tener la obra? Pues que Martí «suavizó» un trato que se entendía como pecaminoso entre varones. Está clara aquí la relación de tipo homoerótica. En concreto, una relación, muy sutil, entre dos varones, repito: «cual forma suavísima de pecado».

—Ay, Luis Marcelino —exclamó Reinaldo.

—¿Me hago entender? Lo dicho en *Lucía Jerez* para mí es suficiente, a lo que se añade lo sugerido, que es aún más significativo. Si tengo en cuenta, además, el simbolismo onomástico, vemos que Pedro significa piedra, y una piedra real

no es más que una joya. Es decir, Pedro Real = piedra verdadera = la joya que, conscientemente, o no, Martí tenía en mente. De ahí, a mi entender, el valor que da a este personaje que nunca sufre ni un rasguño, porque su autor lo evitó. Y quien en la última escena «sostenía en su brazo [a Juan]».

—¿Serías capaz de abreviar? —interrumpió Crisanto—. Quien mucho habla, mucho yerra.

—Cepos quedos. Verán cuánto se van a interesar. *The plot thickens*.

—¡La puta que me parió! ¿Es que hay más? —demandó Cervantes—. ¿No inventáis?

—La invención es de Martí que era un epicúreo como todo modernista. Ya verán qué descubrí en la relación entre Lucía y Sol, que es, con toda certeza, lésbica.

Percibieron un silencio circunspecto. Jorge Luis Borges creyó, y comentó en voz alta, que tras oír el vocablo «lésbica» había recuperado la visión.

—Escuchen —invitó Luis Marcelino sin detenerse por el comentario borgeano. Abrió la novela martiana. Y leyó.

«A los pies de Lucía, en una banqueta con los brazos cruzados sobre las rodillas de la niña, ¿quién es la que está sentada, y la mira con largas miradas que van a buscar en ella su aposento, y a quedarse en ella: y la deja jugar con su cabeza, cuya cabellera castaña destrenza y revuelve, y alisa luego hacia arriba con mucho cuidado, de modo que se le vea el noble cuello? A los pies de Lucía está Sol del Valle».

Este párrafo de una mujer —expresó Luis Marcelino—, cuyas miradas van a buscar en la amiga su aposento y a arraigarse en ella, tiene tintes inequívocos, a mi modo de ver, de una relación de enamorados que, con toque de sadomasoquismo, se hace aún más evidente. Leo:

«Prefería ella [Sol] que Lucía la mirase, a que la, mirasen los jóvenes mejor conocidos de la ciudad... Pero Lucía se había entrado por el alma de Sol, desde la noche en que le pareció sentir goce cuando se clavó en su seno la espina de la rosa. Lucía, ardiente, despótica, sumisa a veces como una enamorada, rígida y frenética enseguida sin causa aparente, y bella entonces como una rosa roja ejercía, por lo mismo que no lo deseaba, un

poderoso influjo en el espíritu de Sol... Un dueño le era preciso [a Sol], y Lucía fue su dueña».

La unión entre ambas mujeres está relatada de una forma más objetiva —hizo notar Luis Marcelino—. Sol prefiere a una mujer que a un hombre. Lo dice desde el inicio. Incluso el autor expresa que Lucía actúa «como una enamorada». Creo que es indiscutible que a Martí le resultó más fácil hablar de mujeres, como algo celebrado en la sensualidad masculina, que de una relación homosexual entre varones.

En este punto todos movieron la cabeza en tono afirmativo. Ninguno habló. Borges era el más serio.

—¿Cuál cree, usted —intervino Reinaldo muy interesado—, que sea la pareja romántica de *Lucía Jerez*?

—Los críticos han interpretado la obra como una relación amorosa entre Juan y su prima Lucía. Sin embargo, en la escena donde él le besa las manos, leemos:

«Y le besó las manos, como pudiera un niño haber besado dos tórtolas».

En un texto donde se habla de un turbulento mancebo de miradas que subyugan y convidan, y de una mujer «sumisa a [otra] ...como una enamorada» —continuó Luis Marcelino—, no hay nada de erótico en la relación entre los dos primos por lo que acabo de leer. ¿Y qué del siguiente trabalenguas martiano donde, de manera enrevesada, nos dice que no hay amor entre Lucía y Juan? Cito:

«Juan, yo no sé qué es, ni para qué te quiero, aunque sí sé que te quiero por lo mismo que vivo, y que si no te quisiera no viviría. Y mira, Juan, te miento; ahora mismo te estoy mintiendo [...]».

Para serte sincero, Reinaldo, —concluyó Luis Marcelino—, aún pienso la respuesta. No obstante, quiero dar aquí mis conclusiones. Decirlas alrededor de este fuego. Primero: que José Martí coincide con los demás modernistas en cuanto a la expresión de lo erótico. Segundo: que en *Lucía Jerez* hay un discurso homosexual tanto masculino como femenino. Y tercero, que *Lucía Jerez* constituye la primera novela homoerótica de la literatura cubana.

Reinaldo opinó que este criterio le traería problemas a Luis Marcelino con los recalcitrantes. Crisanto, por su parte, creyó que la exposición había sido valiente. Borges se mantuvo distante, sin verter juicio alguno. Cervantes, separado del grupo y en voz baja, conferenciaba con Cide Hamete Benengeli, Pierre Menard y el Quijote. Más adelante, regresó a donde el grupo y dijo a Luis Marcelino.

—Mirad, Marcellus, y perdonad que utilice el alias con el que os bautizó el profesor Reinaldo Sánchez en la Universidad Internacional de Florida. No nos ha gustado vuestra exégesis.

—Pero ¿por qué? —preguntó sorprendido el aludido.

—Marcellus —habló Cide Hamete Benengeli—, la realidad es que don Miguel no quisiera que tocarais a nuestras criaturas.

—Os juro que leo sin buscar interpretación alguna. Pero las dudas me asaltan.

—Pues, si no queréis perecer bajo mis armas, no nos toquéis. O tuerto moriréis —rimó don Quijote y arrostró a Marcellus.

—Apoyamos lo que haga nuestro Caballero de los Leones. Con nosotros no os metáis —palabras dichas a la vez y con mucho enfado por Miguel de Cervantes, Cide Hamete Benengeli y Pierre Menard.

—Pues, ya que me habláis así, con desenfado os digo. que algunas dudas me han surgido —rimó también Marcellus—. Así que mejor os contengáis y no refunfuñéis. El Quijote está ahí para que lo comprobéis —y sacó otros papeles.

Miguel de Cervantes, Cide Hamete Benengeli, Pierre Menard, Jorge Luis Borges y el Quijote, muy nerviosos, se dieron las manos. Ruegos de Dios nos coja confesados y de *Lā 'ilāha'illā-llāhu Muhammad rasūlu-llāh* se perdieron en el fuego.

—Les expondré mis anotaciones. Dulcinea es un personaje inexistente, imaginado. Algo muy común de que se valen, incluso, los jóvenes homosexuales de hoy para evitar murmuraciones. Por otra parte, es una mujer de pelo en pecho, voz potente que despidе olor hombruno y que, para colmo, tiene

halitosis. A tal punto parece hombre que en el capítulo XXXVI, de la segunda parte, nos enteramos de que, quien la representó, fue un paje. Y este ser es el que escoge Cervantes para que sueñe su protagonista. El Quijote, además, anda con su lanza en la mano, símbolo fálico que podría interpretarse como un priapismo a través de la obra. Es decir, al lado del amigo, el Quijote sostiene su erección. Sancho, por otro lado, deja mujer e hijos para seguir al Caballero de la enhiesta lanza. ¿No recuerdan el episodio en el cual el Quijote se desnuda y quiere que Sancho lo vea? Además, el Quijote prefiere al Amadís que se va solo con un hombre a la Peña Pobre. Y hasta dice que desea encontrarse con otro, como el dicho Amadís, «con quien consolarse», cuando se queda solo. Palabras textuales. ¿Me explico? ¿Cuál es la respuesta a estas ambigüedades, don Miguel de Cervantes?

—Hideputa, sin perdonos —fue la frase dicha por el interpelado.

Sin inmutarse, Marcellus leyó otros reparos que traía anotados entre sus papeles.

—¿No hablabais con el doble sentido del que hacéis uso en vuestra obra? Sigo. En el capítulo XXVII, de la primera parte, la velada alusión a Sodoma y Gomorra, que ponéis en voz de Cardenio, ¿no me afirma que teníais en mente los famosos versículos bíblicos? ¿Y qué me decís, en igual primera parte, capítulo XXXI, donde Sancho le comenta a Andrés? Y leo:

«[...] porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura,...

Hasta aquí todo bien, pero la anfibología está en lo que sigue, que recuerda el papel que jugaban los compañeros de viaje de los famosos samuráis. Y continúa Sancho:

«...y aún otras cosas que se sienten mejor que se dicen».

¿Qué carajo se siente mejor que se dice que un masaje prostático? Convencido estoy de que Cervantes, preso durante años, lejos de mujer alguna, sabía muy bien lo que decía. Y no es invento mío, pues lo pone en boca de Sancho —expuso Luis Marcelino.

Cervantes trató de arrebatarse la palmatoria a Florentino, quien se puso a salvo. Marcellus persistió con sus exégesis.



—Bueno. Aquí les va otra. En el capítulo II, de la segunda parte, el Quijote siente miedo de que... Leo:

«Sancho se descosiese y desbuchase algún montón de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarían bien a su crédito [...]».

¿A cuáles puntos os referís? ¿No tiene esto que ver con lo que acabo de deciros? Por otro lado, os recuerdo que la Inquisición, en los días en que escribisteis esta obra universal, quemaba a los homosexuales. Así que tuvisteis, como Martí, que hablar de un modo sutil. Mas vos sabíais que seríais leído y, según Eco, interpretado.

—Hideputa, sin perdones.

—En el mismo capítulo anterior, uno recuerda a Génesis II:24:

«Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre, y tiene que adherirse a su esposa, y tienen que llegar a ser una sola carne».

Conversan de que han dejado la familia para andar, «estar» solos:

«Quiero decir —dijo el Quijote— que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que a mí me toca, o tocara, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo».

¿No dice que conforman un mismo cuerpo, es decir «una sola carne», o, como diría Rabelais, jugaban entre los dos a la bestia de dos lomos? —cuestionó Luis Marcelino.

—Hideputa, sin perdones.

—Y qué cuándo el Quijote dice a Sancho, en el capítulo XXII, de la segunda parte:

«Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo».

¿Acaso con esta declaración no negáis de plano a Dulcinea y a cuanta mujer existiese? El héroe tiene medio siglo. A esa edad quien se ha decidido por mujer es probable que ya tenga nietos. Porque ya lo dijo San Giovanni Bosco del Cueto y Roig, fraile excomulgado de la Iglesia Mayor de Remedios: «solterón y cincuentón, llama mucho la atención». Y, coño, Cide, Miguel: ¿No es esa la edad de vuestro inmortal hidalgo?

—Hideputa, sin perdones.

—Y qué me decís de la amistad del rucio y de Rocinante, donde no se cuentan ciertas cuestiones por decencia y decoro. Mejor os leo por si tenéis mala memoria:

«...y le dio [a Rocinante] la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fue tan única y tan trabada, que hay fama, por tradición de padres a hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della: mas que, por guardar la decencia y decoro que a tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudían a rascarse el uno al otro, y que, después de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio —que le sobraba de la otra parte más de media vara—, y mirando los dos atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días; a lo menos, todo el tiempo que les dejaban [...]».

¿Qué fragmentos son los que no se cuentan? ¿Qué hay detrás de ese «guardar la decencia y decoro»? ¿Qué, detrás de los vocablos «cansados y satisfechos»? ¿Qué es lo que «le sobraba de la otra parte más de media vara» a Rocinante? Sin embargo, aquí viene lo medular del sutil homoerotismo cervantino del Quijote, y os pido que no le digáis más puta a mi madre. Cervantes discurre entre la amistad de las bestias y la de los hombres y las compara con las de, entre otros, Píldes y Orestes, que era un afecto homosexual. Asimismo, habláis de la fidelidad de Rocinante y del rucio, en realidad homoerótica, y os quejáis, Cervantes, como si algún varón no os hubiera sido fiel, con una sutileza que le ronca los aguacates:

«Digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad a la que tuvieron Niso y Eurialo, y Píldes y Orestes; y si esto es así, se podía echar de ver, para universal admiración, cuán firme debió ser la amistad destos dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos a los otros».

La queja se prolonga en un verso:

«No hay amigo para amigo: [...]».

De todo lo cual deduzco, mi admirado autor, que supisteis que hablabais de amor entre seres de igual sexo, en este caso

de varones y que, además, deslizasteis con ingeniosidad vuestro despecho.

—Hideputa, sin perdones —dijo Cervantes en estado de un enfado tal que puso en guardia al resto del grupo, excepto Marcellus que aún dijo algunas palabras más.

—¿Y qué comentáis del travestismo durante la obra? Por ejemplo, hombres que se visten de mujer antes de que aparezca la princesa Maricona.

—Micomicona —se apresuró a aclarar Cervantes.

—Ninguno da lo que no tiene —comentó Crisanto.

—Recuerdo otros detalles sutiles que se leen en *El ingenioso hidalgo*. Sancho, por ejemplo, monta a veces como una mujer y tiene gestos afeminados. Y no me miren de ese modo. No lo digo yo, lo dice Cervantes. O sea, que además de lo que he explicado, Panza posee otras características que lo hacen más apetecible a los ojos del Quijote que su apestosa, hombruna y agria Dulcinea de aliento fétido. Entre ellas algo elemental en la sodomía: los glúteos. Pues bien, en el capítulo XXXV, de la segunda parte, de un modo carnavalesco, Cervantes pone en boca de Merlín que las posaderas de Sancho son «valientes al aire descubiertas». Habría que preguntarle al Quijote o, aún mejor a su autor, quien emplea una imagen sadista cuando en boca del Caballero de los Leones surge la idea de desnudar a Sancho, amarrarlo a un árbol y azotarlo, el porqué de sus descripciones. Para finalizar quiero deciros que en las últimas palabras del capítulo XXIX de la segunda parte se dice:

«Volvieron a sus bestias, y a ser bestias, don Quijote y Sancho...».

De donde deduzco que, si las bestias eran maricones, lo que no se ha dicho del todo por «decencia y decoro», sus dueños también lo eran.

Aquí se arma una trifulca. Miguel de Cervantes, Cide Hamete Benengeli, Pierre Menard y el Quijote le van arriba a Marcellus. El resto intenta separarlos. Arenas, por su parte, improvisa un discurso sobre lo heroico de la homosexualidad humana. Ser homosexual, dice, es un alto honor. Son ellos la salvación natural del mundo, su equilibrio ante el exterminio por la superpoblación humana. Debían, pues, levantárseles

monumentos y no ahorcarlos como hacen los países que aún viven en el medievo. Y habla del acendrado afecto que juntó al héroe y soberano Gilgamesh y a Enkidu, el más antiguo apego literario que transcurre en el hoy Irak; y del pacto entre David y Jonatán, que de sobra dominan los religiosos entendidos; de Aquiles y Patroclo que conocemos desde la *Iliada* y la guerra en la célebre ciudad de Anatolia; de Alejandro el Magno como el más grande soldado de la historia quien siempre anduvo con su amante masculino. Discurre también sobre la Sacra Banda de Tebas y especula sobre lo que harán los hombres que se detecten el siete, como aconsejó Philippus; y que «manjar que no se ha probado se desconoce el sabor». Y dice que este último refrán lo acaba de inventar, el 28 de agosto de 2001, quien esto narra y lo pone en su boca.

Todos se rinden excepto Reinaldo, Cide Hamete, Miguel y Marcellus, quien como Luis Marcelino sostiene un coloquio con Cervantes:

—Fijaos que salí de Mbansa Bana vía Argel, donde vos estuvisteis.

—¿Y qué significación tiene eso aquí? —preguntó Miguel.

—Y que procedente de Madrid llegué a Miami un 29 de septiembre.

—¡Jolines, que ese es el día de mi cumpleaños!

—Truculencias del azar —comentó Reinaldo.

—O un azar concurrente —como diría Lezama Lima, afirmó Cide Hamete.

—O una sincronía fortuita —como digo yo, concluyó Luis Marcelino.

A continuación, llegar al Mediterráneo. Allí resolver el problema de los personajes que no voy a utilizar más de la forma siguiente: que el grupo atisbe una pentecóntera, se ponga a hacerle señas, y que Florentino se olvide de Crisanto. Que este dé un pestañazo y ronque. Y así desaparezcan don Quijote, Cide Hamete, Pierre Menard y Jorge Luis Borges.

Quizás, en un trirreme partir para Grecia. Antes de desembarcar, atravesar por la Batalla Naval de Lepanto, rescatar a

Cervantes, curarlo. Sería interesante que el Quijote permaneciera para que, ayudado por Florentino y Luis Marcelino, curaran la mano del complutense.

Ya en Atenas, Luis Marcelino irá hasta la cercana tumba de Sófocles, junto a Freud, para discutir el Complejo de Edipo, si no es que los suprimo antes.

Reinaldo y Crisanto se irán, a lo mejor, con Matías Pérez. Precisar desde dónde hacerlo: costa del Mediterráneo español, o ya en Grecia.

Otra posibilidad sería dejar a Reinaldo en el litoral mediterráneo. Que allí, avizore un trirreme y se embarque para que durante la travesía hasta Atenas disfrute de la visión de los helenos. Treparlo en el palo mayor para que admire a los remeros y termine enamorado del robusto *kéleustes*

No olvidar que Cervantes, pero también Martí, escribía en medio de la censura. Una censura efectiva, pues la inquisición española, durante el reino de los Austrias mayores, se involucraba en lo erótico y persiguió el homosexualismo y el lesbianismo que vio como un quebrantamiento del matrimonio y, lo más probable, como algo demoníaco.

Ahondar en el parecido entre el reinado de Felipe II y la monarquía de Birán. No solo en lo inquisitorial. Poner como ejemplo el Consejo de Estado, estructura de los Habsburgo hispanos, así como que, en el imperio de Carlos I, pero aún más en el reinado de Felipe II, el soberano enfrentaba las mayores empresas, a pesar de que eso conllevara a la ruina absoluta de su pueblo.

Entre los fragmentos valorar uno donde se hable de los gustos musicales de Felipe II y otro con un pelotón de médicos, los que lo asistieron. Incluir las enfermedades que padeció y por qué se le llama el Homicida Prudente. No sé si traer a François Rabelais, graduado de la *Faculté de Médecine de Montpellier*, para curarle la sífilis que contagiará a Isabel de Valois, pues es probable que sea rechazado por ser francés. Necesito, además, profundizar en los antecedentes patológicos psiquiátricos familiares de Philippus.

Introducir un «Pelotón de Místicos» encabezado por San Juan de la Cruz. Tal vez, analizar el pasaje de *Vida de la Madre Teresa de Jesús*, Capítulo 29, gracias al cual Benedicto XIII establece la Fiesta de la Transverberación del Corazón de Santa Teresa. Podría decir: esta visión es erótica. Teresa, la mujer, habla de que le «...hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas...» lo que, pocas líneas después se continúa con «...mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querría el alma -como he dicho- estar muriendo de este mal.» Ante esto, la supuesta santa, agrega: «...da tan recio, que eso ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo. Ni pies ni brazos no puede menear; antes si está en pie se sienta, como una cosa trasportada que no puede ni aun resolgar; sólo da unos gemidos...». Es decir, Teresa imaginaba que le introducían una saeta (falo). Lo que describe son orgasmos en los cuales experimentaba sabrosura y gozo. Cuando le acontecían tenía que sentarse y gemir. Lo observado por la abulense, que le producía éxtasis, eran clímax espontáneos que creía divinos. Qué transverberación, ni transfixión: corridas, y no de toros.

En otras palabras, esclarecer que se trata de la descripción mística de una penetración con su clímax orgásmico incluido.

Podría decir que Santa Teresa es la Julio Verne de la pornografía literaria al imaginar el dildo, aunque ya había sido pintado en vasos griegos de antes de nuestra era. Evitar la interpretación que la psiquiatría actual da a sus raptos.

Explicar por qué se escoge a Reinaldo Arenas para el relato. Comentar, por boca de algún personaje, que de Angola les viene a los descendientes cubanos la costumbre de apropiarse de un muerto para echárselo de socio, lo que constituye la idea principal alrededor de la cual se mueve la magia de los congos; otra de las claves de la religión afrocubana de esta narración. Aclarar, además, que Mbansa Bana era como los esclavos de origen bantú denominaban a La Habana, que ese nombre se deriva de Mbanza Kongo, que era como llamaban a la capital del antiguo reino del Kongo. Decir que *Nkawama Ntu*, tomado también de las reglas congas de la Isla, significa una sombra inteligente, que junto al vocablo *ndinga* —don de la palabra

y de la personalidad—, me dan los atributos necesarios y sus funciones dentro de la novela.

En otro fragmento, colocar un texto entre Florentino y Crisanto, o entre aquel y Reinaldo, donde se discuta por qué en la mayoría de los estudios no se sitúa la obra de Arenas en el Boom hispanoamericano. Como introducción al diálogo, tal vez utilizar el siguiente:

—¿A quiénes considerar del *Boom*? —cuestionó Florentino—. Arenas, por ejemplo, escribió, en 1965, *El mundo alucinante*, que en 1966 fue mención en el concurso de la UNEAC. *Cien años de soledad* se publicó en 1967.

En cuanto al simbolismo onomástico de Florentino, aclarar que es el nombre de mi abuelo paterno. Florentino, además, da la unión de Flor-en-tino: que me parece referirse al florecimiento de la prudencia, el juicio y la cordura del personaje. Por otro lado, a los Florentino se les llama Tino, que se explica por sí solo. Dejar bien establecido que este personaje no toma su denominación de «Florentino el araucano, el gran cantador llanero que todo lo dijo en coplas» del capítulo IX, segunda parte, de *Doña Bárbara*. Tampoco lo escogí para que rimara con Celestino, el personaje de Arenas. Mucho menos con Marcelino. Segundo: del apellido Cascajo: era el que, mientras escribía, una de mis tías me gritaba al pasar por mi tráiler para oponerlo al de Arenas. No guarda relación con el apellido de la mujer de Sancho Panza. Florentino tuvo otro apellido. Fue Cáceres, como mi bisabuelo español, para volver a Cascajo, el original.

Respecto a Crisanto: durante años se llamó Araguaney, como el árbol nacional de Venezuela. Incluso, inicialmente, la novela se tituló *El alunado y amarillo fragor de Araguaney Corobero*. Luego, en las últimas revisiones del texto, pensé que el nombre de un árbol americano que, además se conoce con otras denominaciones, no era correcto para un personaje. Como científicamente el Araguaney se designa *Handroanthus chrysanthus*, tomé este apelativo que en español sería Crisanto, más apropiado. La etimología de la palabra proviene del griego y significa «flor de oro», lo que aplica al color de sus flores. Lo usé inicialmente en latín para que fuera idéntico al nombre del árbol

y, además, paralelo al nombre del Austria. Pero me agobiaba su lectura.

En el diálogo entre Crisanto y Florentino sobre Lezama Lima, debo recordar que Lezama está en contra del pulimento de la obra. Se sabe, porque en su célebre novela menciona un poema del colombiano Porfirio Barba Jacob, alias de Miguel Ángel Osorio Benítez, que había estado en La Habana y quien, en su soneto *Sapiencia*, dice en el último verso: «bruñir mi obra y cultivar mis vicios». Por cierto, Lezama utiliza el verbo «pulir», en vez de «bruñir». De dicho verso afirma el autor habanero: «...creía en el vicio y en las obras pulidas, dos tonterías que sólo existen para los posesos frígidos». He de añadir aquí que Florentino está en contra del maestro, pues opina que el autor debe cuidar su creación como un lapidario el diamante. Trabajar con la lengua como un orfebre. Comprende, no obstante, que eso signifique un esfuerzo, a veces sobrehumano, que toma mucho tiempo y paciencia. Tiempo y paciencia que le hicieron falta a *Paradiso*.

Poner en boca de algún personaje, que «mujeres del partido» en el *Diccionario de la lengua española*, Edición del Tricentenario, actualización 2023, aunque ya aparecía en el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias, impreso en 1611, significa «prostituta». Y que lo utilizo en el doble sentido que nunca tuvo mejor aplicación.

Final: varias ideas. Hacer que Florentino vaya a Venezuela, sin la sombra, para visitar a Crisanto, seguir los pasos de Camille Pissarro y viajar a los Llanos. O hacer que se desplace hasta la antigua Tierra de Gosén. Entonces, hasta la desembocadura del Nilo y que concluya en el Mediterráneo: Florentino está en un lugar que no es río ni océano, confluencia de culturas. Introduce la mano en un bolsillo, saca tierra de la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro, la mezcla con arena del delta africano, se las lleva a la boca y comienza a mascarlas...)



# OTROS FRAGMENTOS

*(Gesamtkunstwerk)*



## I

—Debes trabajar con un ordenador.

—Pero, ¿cómo voy a comprar un ordenador si ni zapatos tengo que ponerme? Ay, Crisanto, tienes que estar loco. Además, me enredo hasta con la más simple de las máquinas eléctricas de escribir. Prefiero mi *Royal 1900*, donde escribo.

—Con un ordenador no tendrías que reescribir las páginas. Solo cambiarías de lugar una frase, un párrafo, lo que no te convenciera, con un simple *copy and paste*. *That's it*. Ahorrarías tiempo. Florentino, los escritores de hoy usan computadoras.

—¿Y qué significa ser un escritor de hoy?

## II

### Primeras lamentaciones

Pensaste que iba a ser una victoria, con mayúscula. Pero fue una derrota. Al principio, hablaste con un vecino babalocha que fue su amigo en la Isla. Tu primo Alberto, que también la conoció, te dijo que era amable, buena gente. Y lo creíste con esa esperanza que pones en los árboles, de que un día florecerán y que el jardín se llenará de polen, de abejas. Y de frutos. Mas el babalocha no sabía cómo localizarla. Y te tienes que conformar con la guía telefónica donde buscas todas las D'Rota.

### III

Esta madrugada ocurrió el milagro, había soñado con Reinaldo Arenas. Él, que nunca sueña, soñó. No lo vio, pero intuía que era él. Le pedía hojas blancas, gruesas, de papel. Florentino despertó. La lluvia caía sobre Little Farm. Era septiembre. El 8. De 1992.

## IV

Avisto un globo que, de manera lenta, surge del océano. Reinaldo y Crisanto, muy alborotados, se acercan, esperan a que ataque. Cada uno me toma de la mano. Me arrastran con ellos. Bordado en hilos de oro leo su nombre *Ville de Paris*. Dentro, observo algas, actinias, corales, nautilus. El piloto, que usa sombrero de copa alta de donde escurre el agua, trae un animal en cada hombro. Un cangrejo y una garza que se disputan un camarón. Parece que tiene el pelo largo. Frente a él me percató de que son sargazos.

—¿Eres Florentino?

Lo afirmo. Y él me dice:

—A tus órdenes. He sido puntual. ¿No?

—Sí. Y se lo agradezco, señor Pérez —le expreso con respeto.

—Puedes llamarme Matías. A secas.

Le hablo aparte, a la vez que Crisanto y Reinaldo inspeccionan la nave. Es temprano.

—¿Por qué quieres hacer esto?

—Mire, Matías, como quiera que se vea son mis personajes y uno, al final, termina solo. Ser amigo de Reinaldo era un viejo sueño de Crisanto. Y es mi deseo que se marchen juntos. Por otro lado, Arenas se va a sentir bien en compañía del venezolano. Se lo aseguro. Ambos van a hacerle más llevadero el navegar a usted.

—Tutéame.

—Es algo que me cuesta. Lo intentaré.

—¿Cuándo quieres que parta?

—De inmediato, sin que ellos se den cuenta. Invítelos a dar un paseo por las islas del Egeo, o por su natal Portugal, y lléveselos, perdón, llévatelos.

—Vas a necesitarlos.

—Ya es hora de afrontar la soledad.

—O de llenarla con nuevos espectros.

—A veces no se necesitan fantasmas ajenos, con los de uno bastan.

Matías se encamina a la aeronave. Reinaldo y Crisanto se me acercan. Desean que continuemos juntos. Les digo que necesito escribir. Nos abrazamos. Y los despido. La abordan. Y de manera pausada se sumergen en las aguas.

## Coloquio de los médicos

—Nkawama Ntu Ndinga, la noche se nos viene encima, acaba de hacer tus tropelías —me aconsejó Florentino desde el balcón de la casa del Manco Rondán.

—Es lo que más deseo con el arte de la Camacha de Montilla.

—Pues adelante, se hace tarde —dijo Florentino y atizó la llama en la palmatoria.

—El primero en aparecer —expliqué— fue el cirujano romancista Rodrigo de Cervantes, quien conversaba con los doctores Andrés Laguna y Luis Marcelino Gómez. Los tres, montados sobre alfanas negras, guiaban la marcha bajo un palio de tela de oro moro. Andrés vestía de lino blanco, como Luis Marcelino. Pero este, además, iba armado con cota de malla, aunque sin morrión, que sostenía bajo uno de los brazos. Rodrigo quiso vestir de paño verde, color que, aseguró, corresponde a los de su especialidad. Se detuvieron frente a la Casa Consistorial, en cuyo flanco derecho el reloj del Teatro y Café Martí campaneaba las horas del atardecer.

—No hay servicios para socorrer al rey en esta Ilustre Ciudad —dijo Luis Marcelino—. Fijaos que la gente que por fortuna posee familia en el norte manda a pedir toda clase de medicinas, incluso aspirinas. Y al hospital hay que llevar desde las sábanas hasta el agua y el jabón.

—Así andamos —intervino una esbelta anciana vestida con harapos blancos, almidonados y planchados, cuya pulcritud le daban distinción. Usaba medias zurcidas y calzaba tenis remendados de igual color.

Desde La Luz de Yara, en la confluencia de las rúas de Nuestra Señora del Rosario y San Miguel, una fila de villanos, congregados ante la noticia de que en la célebre tienda sacarían prendas interiores al día siguiente, se agolpaban para verlos.

—Lo peor —agregó Luis Marcelino—, es el nombre del hospital de adultos de mi ciudad. Amo la cultura rusa. Pero de eso a que se llame Vladimir Ilich Lenin va un trecho.



—¿Y cómo deseáis denominarlo? —le preguntó Laguna.

—Para permanecer dentro de Rusia, lo bautizaría con el nombre de un médico que es un clásico de las letras: Chéjov. Hospital Antón Pávlovich Chéjov.

—Daos prisa. Os apartáis del motivo que nos guía por vuestra ciudad —interrumpió Rodrigo de Cervantes—. ¿No os parece una digresión eso del cambio de nombre de vuestro inmundo hospital?

—De cierta manera —terció Andrés Laguna—, el doctor Gómez habla del centro de salubridad de su villa.

—Ciudad —aclaró Luis Marcelino—, si bien hemos retrocedido varios siglos —explicó apenado, pues el estado del pueblo y sus villanos era deplorable—. Estamos como a comienzos del reinado de Philippus, cuando se desató la peste de Valladolid. Los problemas de salubridad fueron la causa de funestas plagas, como hemos tenido aquí, pese a que el gobierno lo oculta. ¿No sabéis que ahora nuestra población se vuelve liliputiense y anémica por el déficit alimentario, que por iguales motivos el cáncer es epidémico en la Isla y que las mujeres se niegan a parir? Si hasta han regresado la malaria, la escabiosis y el cólera. La sífilis y la tuberculosis. Se intensifica el parasitismo intestinal. Y cunden el dengue, la chikungunya y el zica.

En ese momento se acercaron, en blancas alfanas, los doctores Francisco López de Villalobos y Alfaro. No obstante, las mofas del primero sobre la rija del último, ambos opinaron al oír hablar de su rey.

—Nuestro Philippusito fue un niño muy sano, solo tuvo sarampión antes de cumplir el año. Y unas tercianas, en el verano de 1528, que le curamos con el agua milagrosa de San Isidro —dijo de Villalobos.

—A mí no me jodáis —interrumpió Luis Marcelino, sin que nadie reparara en él—, que casi muero de paludismo en Angola. Y si no es por la cloroquina endovenosa y la quinina oral que tomé, no me salva ni el médico chino.

—Pero debo deciros —relató de Villalobos— que nuestra Majestad era fuerte. Bien que, para seros sincero, íbamos de una ciudad a otra con el fin de huir de las epidemias que se desataban. Y así, anduvimos por Aranjuez, Ávila, Burgos, Illescas, Madrid,

Medina del Campo, Monzón, Ocaña, Palencia, Segovia, Toledo y Zaragoza. Fijaos, don Luis, que, en el otoño de 1530, a los tres años, apenas estuvo desmazalado. Y eso que la epidemia de garrotillo, que empezó en Astracán en las riberas del Volga, había atravesado Europa y llegado a nuestras tierras.

—Bueno, de Villalobos —intervino Alfaro tras limpiarse el pus que caía de su rija—, Philippusito era enfermizo. No olvidéis que antes de cumplir los cuatro años sufrió una gran modorra, y a los siete de mal de ijada y de un cólico nefrítico. Sé que tenéis miedo de hablar, porque sois un converso.

—Y a mucha honra, intrigante. No mencionéis esa palabra aquí, donde hay tanto confeso. ¿No sabéis que Fernando II de Aragón, bisabuelo de su Majestad, era tataranieto de doña Paloma, o Yona, judía del Guadalcanal? Mejor sería que os limpiarais el moco que fluye constante por esa rija del diablo. Viene a mi mente ahora lo lindo que se veía el príncipe al entrar sobre un mulo en Toledo. Y ¿qué me decís de cuándo se puso sus primeros gregüesquillos en Ávila?

—Se ve que sois poeta. Pero si vais a desviaros de las enfermedades del rey, avisadme —intervino malhumorado Alfaro, quien no se acostumbraba a la manía de Francisco de Villalobos de creerse el más valioso entre los facultativos de la corte—. Creo que lo más importante nos acaeció en 1532. Año en que bailamos la chacona, ya que al fin recetamos en lengua romance, es decir, en castellano, y no en latín. ¿O tan pronto lo olvidasteis?

—No os enojéis eminencias —aconsejó Luis Marcelino. Y para cambiar el tono que cargaba el ambiente intentó hacer una jarana—. Si fuerais tres, y los tres Villalobos, os cantaríais una canción de un programa radial que aprendí en mi infancia.

—¿Y cómo dice esa tonada? —pidió de Villalobos muy interesado.

—Tres eran tres, los tres Villalobos. Tres eran tres. Ninguno era bobo.

—Aquí el único bobo sois vos —opinaron, al unísono, Rodrigo de Cervantes y Andrés Laguna, a lo que siguió un lánguido suspiro y un comentario del doctor Alfaro.

—A mí me preocupaba Philippusito. No mostraba igual amor por los ejercicios y las armas que su padre. Era muy sensible a la música y tenía gran predilección por la pintura. Incluso a los tres años, en una carta que la marquesa de Lombay le hizo desde la corte a Carlos V, para informarle de la salud del príncipe, le dijo que el niño preguntaba si el emperador le había enviado *brincos*, portugués para el vocablo «aretes» que de seguro aprendió de su madre lisboeta. Vaya, que llegué a pensar que... —dijo Alfaro y dejó inconclusa la oración.

—¿Qué? —exigió de Villalobos. Y en espera de una explicación afirmó—: el evento más grave del príncipe acaeció el jueves 27 de junio de 1535, día de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, a sus recién cumplidos ocho años. Marcó su existencia y la nuestra junto a la de la corte. El suceso abrió las compuertas de sus intestinos para no cerrarse jamás, pues adolecería a lo largo de su vida de desarreglos intestinales, muy en especial luego de emociones.

—Un colon irritable diríais hoy, patología tres veces más común en las mujeres, aunque se ha dicho que fue provocada por la ingesta de pescado putrefacto —opinó Laguna, interrumpido por Alfaro que hablaba a de Villalobos.

—Demoráis demasiado, caro Villa de lobos, perdón, de Villalobos, para decir que aquel día pedimos auxilio, pues Philippusito tuvo una cagada, sin perdones, que no se le trancaba ni con guayabas verdes. Una diarrea que se extendería como el reino de España.

Florentino apresuró a su sombra. Antes quiso saber cómo era posible que prosiguiera atenta entre los médicos de Philippus II.

—Es que mañana venderán blúmeres, ajustadores y calzoncillos en La luz de Yara. La muchedumbre los tiene varados. Aprovecho, pues, para escucharlos y contarles —respondí.

Rodrigo de Cervantes prefirió seguir con una anécdota curiosa:

—Las diarreas que enfermaron a Philippus se hicieron tan famosas en Europa, que el secretario del duque de Toscana, al comentar su mal, dijo que era propio de liebres, conejos y otros animales tímidos —y añadió—: textual.

Un trotar de bestias se aproximó. Y otras alfanas, tan blancas como las anteriores, trajeron a distintos médicos de la corte. Rodrigo, Andrés, Luis Marcelino, Alfaro y de Villalobos los recibieron con inclinaciones de cabeza. Los villanos observaban sosegados, mientras cuidaban de sus turnos en la tienda de ropas. Solo los litigantes de la cola vociferaban obscenidades.

—¿No os acordáis vosotros, Irure y Escoriaza, de aquellas fiebres que tuvo el príncipe? —cuestionó Alfaro—. Creíamos que era catarro, pero la emperatriz temerosa llamó a otros médicos.

—¿Creéis que se me quitará de la mente el desespero de Su Majestad, doña Isabel, que llamó al doctor Adán y hasta al doctor Bilbao a Madrid? —interrogó Irure a modo de respuesta—. Tal fue la vergüenza que pasé que aún lo recuerdo. Menos mal que nos reunimos para cargar con las consecuencias.

—Sí. Decidimos darle una purga de maná en caldo de gallinas relajadas. Y al día siguiente le hicimos una sangría —refirió Escoriaza—. Lo peor es que volvieron las diarreas. Eso nos confundió, pues supusimos que fueran tercianas. Hasta sospechamos una salmonelosis...

—Como la que pillaré en Venezuela —interrumpió Florentino.

—No hables de tus enfermedades —lo regañé—. Si nos llevamos por tu hipocondría no habrá tratado de medicina donde quepan todas. ¡Ni en el *Manual Merck*!

—¡Y hasta sospechamos una tuberculosis!

—Eso sí que yo no —aseguró Florentino, olvidado ya de mi regaño.

—Aquel año 35 fue *terribilis*, pues si no era una diarrea era una fiebre. Cualquier evento nos movilizaba, como la epidemia de viruela de Madrid en noviembre. Entonces, nos marchamos con el príncipe al Monasterio de San Jerónimo. ¿Qué deciros del susto que nos dimos cuando un alguacil, que separaba a Philippusito de una gresca, lo hirió debajo de un ojo? Y mucho que sufrimos para las Navidades por culpa de un afta bucal. ¿No os acordáis de que ese invierno, de tan enjuto y endeble que se puso, se determinó no reclamarle en sus estudios? —concluyó Alfaro.

—Nkawama Ntu Ndinga, ¿no podrías aliviarnos la relación de mierdas y lesiones?

—En el 36 tuvo varicelas y le hicimos más sangrías. Y en el verano del 37, más diarreas que ya eran como de la familia. En el 38, tercianas —relataba de un modo mecánico Francisco de Villalobos, luego del apremio impuesto por Reinaldo sobre mí—, por lo que empezamos a realizarle purgas de agárico blanco, tan difíciles de conseguir que los traíamos del norte del reino, donde crecen los alerces, en cuyas cortezas se adhieren. Más adelante, nos decidimos por cultivarlos en los cedros, más cercanos, aunque el rey quería que fueran del Líbano, como los empleados por Salomón en su Templo. Veinte días antes de cumplir los doce años, en 1539, el golpe que hizo de él un joven triste: la muerte de su madre. Ya en el 44, recién casado, soportó de una real enfermedad muy frecuente en los miembros de la corte: sarna, que le tratamos con múltiples sangrías.

—Por eso, en la Isla, donde tantos la padecemos, nuestro soberano ha empleado como ejemplo a Philippus II. Dice que no debemos quejarnos, pues es honorable experimentar las enfermedades de un rey —intervino un villano, quien rascaba su espalda con vehemencia—. Es que aquí no tenemos con qué tratarla, y eso que dicen que somos una potencia médica. Mentira. Ni permetrina ni ivermectina ni azufre ni lindano. Ni jabones ni champús ni ungüentos ni píldoras que maten el maldito bicho y acaben con su picor exasperante. Y de las sangrías, ni hablar. Si del hambre que nos azota ni sangre nos circula.

—Con aqueste matrimonio se avivaron mis antiguas inquietudes, pues Philippus se mostraba frío con su primera esposa, a tal punto, que llegó a ser preocupación de don Carlos. Hasta hoy me he reservado mi criterio. Y nada diré —comentó el doctor Alfaro e hizo caso omiso de la queja del villano que se rascaba con ímpetu.

Otro grupo de doctores, vestidos como los anteriores, con excepción de uno que venía de verde, se aproximó sobre vistosos bridones blancos, salvo el doctor Juan Fragoso que montaba un caballo lusitano, tordo de abundantes crines y larga cola, y el distinguido médico Andries van Wesele, quien se adelantó en una bestia de Frisia.

—Hacia rato deseaba visitar esta Muy Ilustre Ciudad, para conocer al doctor Gómez que asaz gusta del cuerpo humano —afirmó, y tocó con suavidad el erecto cuello aterciopelado y lustroso de un frisón que remedaba el de don Juan de Austria en Nápoles. La bestia constituía un espectáculo neerlandés—. Si bien a quien socorrí fue al príncipe Carlos, al que hice una trepanación cerebral después del aciago zambombazo, a Philippus dediqué mi compendio de anatomía para estudiantes. Desmiento aquí que el rey me enviara a Jerusalén para que la Inquisición no me abrasara. Merezco estar presente gracias a mi nombre, y renombre, pues soy quien soy: Andreas Vesalius, médico imperial y conde palatino —dijo con tan melodiosa voz que produjo que hasta la amorfa cola para la ropa interior se tranquilizara.

Del grupo estacionado bajo el balcón del Manco Rondán sobresalían Vesalius, por su agraciada fisionomía y distinción, y Luis Marcelino, por la cota de malla y el morrión con plumería de gallos finos que había tenido que ponerse. Además del bruselense, los recién llegados eran Juan Gutiérrez de Santander, Cristóbal de Vega, Fernando de Mena y el notable Juan Fragoso, ya nombrado, versado en Paracelso, lector de Falopio, de Gessner; precursor de la medicina legal, defensor de las drogas *sinensis*, quirurgo; traductor del latín al castellano del insólito y maravilloso lance, acaecido en Salónica a dos vecinas turcas, narrado por el médico y humanista judío Amato Lusitano; y botánico, y quien tenía en su historial el haber intervenido en el primer parto de Isabel de Valois.

—Con precisión os afirmo que no sé qué hago aquí —dijo el doctor Juan Gutiérrez de Santandar—, maguer que es verdad que serví al emperador y que protomédico fui de Philippus desde 1556. Me morí en 1568. Auxilié a Carlos de Austria, Príncipe de Asturias, cuando se dio el porrazo que lo dejó decúbito prono, que no *vidi*, pues estuve con él solo desde el segundo día. Tuve yo que ver más con el *Oleum magistrale*, o aceite de Aparicio, tan famoso en Madrid que se vendía hasta en la Puerta del Sol, fármaco al cual Su Majestad dio luz verde. Por si les interesa a los villanos de esta noble taragoza que tan escasos estáis de medicamentos —dijo en voz alta—:

les aclaro que se hace a base de hipérico, ingrediente principal que se utiliza desde la antigüedad y fue considerado como el antibiótico de la Edad Media, época en la que vivís. Además, se le añade valeriana, cardo bendito, aceite de oliva añejo, vino blanco, trementina de abeto, trigo limpio e incienso en polvo. Dicho esto, me piro en las tinieblas de la noche y os dejo sin ninguna otra orientación.

Cristóbal de Vega, en un susurro, declaró que había venido por embullo, que se marchaba, pues, aunque había sido nombrado médico de cámara por su majestad el 1 de enero de 1557, Fiesta de la Circuncisión del Santo Prepucio de Jesús, su función fue cuidar del enteco príncipe don Carlos, quien a su muerte lo dejó tan *insānus*, que se jubiló *ipso facto*. Y se escurrió en la penumbra.

Le siguió Juan Fragoso quien, entre los recién llegados, se extendió más.

—No penséis que voy a hablaros de los maravedís que gano. Que a cada cual según su capacidad. Y a mí, la leche. Tampoco os voy a pormenorizar lo que le vi a Su Majestad el día 12 de agosto de 1566, por respeto a la más divina y dulce reina que haya pisado suelo español con la excepción de Sofía. Menos aún voy a sacaros de la duda de si soy o no portugués, pues a esta fecha eso no le incumbe a nadie. Voy a conversaros de lo que os interesa: las enfermedades del monarca a cuyo servicio entré el 4 de diciembre de 1570, día de Santa Bárbara de quien soy muy devoto. Tanto, que, si no fuera por Nkawama Ntu Ndinga, que me hace desfilar vestido de verde, lo haría de rojo y blanco con un tabaco en la boca y una botella de aguardiente de caña en la mano. *E não posso falar disso*, pues me monto. ¡Kaó Kabiesilé, Shango Alufina! Traedme manzanas rojas y *vinho* tinto, *caralho*. Encendedme un tabaco. Dadme un trago de aguardiente.

El cirujano pidió las piedras de la santa, sus plantas, sus animales. Mencionó la pasión, el fuego, el trueno, la música, el baile. Se meneó como si bailara la más rítmica danza africana, e hizo visible un collar de abalorios rojos y blancos que escondía debajo de su traje. Se apeó de su musculoso caballo lusitano, deseó aché para todos y dijo que, con permiso de Celina y Reutilio, iba a entonar una canción.

*Santa Bárbara bendita  
para ti surge mi lira  
Santa Bárbara bendita  
para ti surge mi lira.  
Y con emoción se inspira  
ante tu imagen bonita.  
¡Qué viva Changó!  
¡Qué viva Changó!  
¡Qué viva Changó!  
¡Qué viva Changó!  
Señores.*

Bailó y cantó, rodeado de villanos, en medio de la rúa. Acudió, entonces, la esbelta anciana, quien se santiguó, expelió humo de tabaco y buches de aguardiente pulverizado. Se le acercó aún más, le cubrió la cabeza con un paño blanco, le sopló los oídos y le dijo unas palabras en yoruba. Acto seguido, le dio tres golpes por el cuerpo y le gritó Juan, bien fuerte, como si estuviera muy lejos y lo llamara. Así lo sacó del trance, no sin antes explicarle que las últimas manzanas rojas que habían llegado al país, procedentes de Bulgaria, se habían repartido en Mbansa Bana; y que lo del vino tinto tendría que conseguirlo en las diplotiendas, ya que era exclusivo para los forasteros, y eso si pagaban en CUCs; que las plantas se habían secado por falta de lluvia y que los plátanos, los tomates y los quimbombós, estaban regulados y que solo podían comprarse con la *Libreta de Racionamiento*, si venían, y que hacía tan largo tiempo que no se veían, que a las nuevas generaciones se los enseñaban en antiguas fotos para que los reconocieran; que las piedras de las que hablaba eran patrimonio nacional y estaba prohibido que se las vendieran a extranjeros, y que eso se castigaba muy duro, a no ser que lo hiciera el gobierno; que de los animales que pedía, ella ni se acordaba, y que de los novillos nanay, pues si se tuvieran, como todo aquí pertenece al Estado, si nos los comemos somos castigados con muchos años de cárcel, aunque nos muramos de inanición. Así que el muerto y usted, doctor, explicó, harían bien en perdonarnos y entender este eterno período especial en el que vivimos desde 1959. Y añadió: me veo en la obligación de



decirle, sin embargo, lo que le tengo que decir, pues no sé quién es usted. Y uno aquí se vuelve paranoide. No quiero que acabado este desfile me pongan en chirona, por aquello de que tengo lo que tenía que tener, como dijo Nicolás. Yo le aseguro, y no se le olvide que se lo dije, que aquí, en este país, el imperialismo tiene la culpa de todo.

Luego el cirujano volvió en sí y a su montura para hablar de Philippus.

—En 1563, antes de que yo entrara a su servicio —dijo como si el trance anterior no hubiera ocurrido—, el rey tuvo su primer ataque de gota en el pie derecho, herencia paterna. Gota que lo gotearía para siempre. Y en el 66, tercianas.

—Sí —intervino Fernando de Mena, médico de cámara y especialista en terapéutica—. El 1 de septiembre, Philippus me refirió cefaleas y dolor de espalda. Y el tres, después de recibir un correo de su hermana, la duquesa de Parma, donde le explicaba que en Flandes los calvinistas habían asaltado más de cuatrocientas iglesias y varios conventos, con tal furor iconoclasta que no había quedado santo con cabeza, comenzó a temblar. Y en cuanto le dijeron que sus frailes y monjas fueron perseguidos a tiros de arcabuz, retembló. Y era tanta la tiritera, que no se la calmamos ni con varias alfombras que le echamos encima. Estaba volado de fiebre. Y hasta deliraba con América. De ninguna forma logramos interpretar qué quiso decir en realidad. Mencionó una tal Caracas, a la que confundía con Venecia donde, según Su Majestad, habían tenido que cerrar las iglesias y aludió también a un fulano de nombre Chávez, que dedujimos que se trataba de fray Diego de Chaves, confesor del príncipe Carlos. Los accesos febriles se repitieron durante todo el mes hasta octubre. Por fortuna, Su Majestad tuvo un intervalo de descanso que se extendió por el 67, pese a las rebeldías en Flandes, a las locuras del príncipe Carlos y a la alegría por la posible llegada de un heredero. Se mantuvo bien hasta la primavera. Ahí volvieron las dichas tercianas. El 5 de junio de 1568, en la *Grand Place* de Bruselas, fueron decapitados los condes de Egmont y de Horn bajo las órdenes del duque de Alba. ¿Del duque o de Philippus II? —hesitó. Y continuó—: uno de los peores dramas de la corte ocurrió el 24 de julio de ese año con la muerte de Carlos, cuya

culpa se despeñó sobre Philippus. Aquí sí es verdad que no os digo que muerto el perro se acabó la rabia, pues esta aulló por Europa en la boca de altas personalidades, entre las cuales no es posible omitir a Guillermo de Orange y a Antonio Pérez. Par de perlas. Ni a Friedrich von Schiller, con su versión romántica ni a Giuseppe Verdi, que se basó en el poeta alemán. Para colmo, el 3 de octubre se marchó Isabel de Valois, luz y dulzura de la corte, cuya muerte de mal de ijadas también recayó sobre la mollera de nuestro Austria. En definitiva, lo que quiero deciros es que, con razón, o sin ella, el monarca ya no fue el mismo. No podía serlo. ¿Cómo hablar de salud física si no existe la mental según la Organización Mundial de la Salud? —concluyó el galeno.

—Quizás esas incurables tercianas, o paludismo, fueran las causantes de una posible cirrosis, y esta de la ascitis final del monarca —tomó la palabra el doctor Santiago Diego Olivares, quien había llegado inadvertido en una mula negra y enteca.

—Lo que vos quisisteis fue figurar en aqueste coloquio —aprovechó de Cervantes para intervenir—. ¿Y por qué vos no contáis lo de la muerte del príncipe Carlos de Austria? Se rumora que lo asesinasteis por mandato de Philippus.

—Más notorio, don Rodrigo, es decir que fui alumno del colegio de Valladolid. Además, ¿creéis que luego de prestar una de mis ventanas para que Su Alteza Real, aún *Philippus Hispaniarum Princeps*, observara a su prometida y prima hermana, la infanta doña María Manuela de Portugal, como él nieta de Juana la Loca, no iba a aparecer donde vosotros? —dijo Santiago Diego Olivares, quien se esfumó entre los villanos.

—*Annus horribilis*, aqueste 1568. Año de las desgracias. ¿Cuántas, *o meu Deus*? —tosió el doctor Fragoso, eludiendo el criterio clínico vertido por Olivares—. Philippus tuvo otro ataque de gota que le inmovilizó la mano derecha. Se le inflamó en tal grado que las malas lenguas decían que era por los golpes que daba a sus enemigos.

—Por cierto, doctor Fragoso, aprovecho que os tengo delante y que le *vidi* cantar y bailar: ¿sos vos familia de Argelia Fragoso?

—¿De qué me habláis, don Luis Marcelino?, ¿quién es la tal Argelia que lleva mi apellido?, ¿es toledana? —y sin esperar

respuesta—, en octubre del mismo año 68, un ataque adicional de gota.

Un largo relincho detuvo la cola para las ropas interiores. Sobre una hacanea, tan alba como las alfanas y bridones que se aglomeraban, resguardado por un dosel de damasco con báculos de Asclepio bordados en hilo de oro blanco, llegó el doctor Francisco Vallés de Covarrubias. Narigudo, ojos saltones y profundos, finos bigotes arqueados hacia arriba, pelo entrecano y ondulado, frente amplia, grandes entradas. Era excatedrático de la Universidad de Alcalá de Henares, prohombre de la Edad de Oro de la medicina española y médico predilecto de Philipppus II.

—*Ego sum optimus* —dijo, no sin producir cierto envidioso enojo en algunos de los presentes—. Me llaman el Divino, pues fui quien calmó los dolores de la gota de Nuestra Majestad. Ahora os reiréis. Mas lo logré con la inmersión de sus monárquicos pies en agua tibia. Y creo que el resultado fue magnífico, ya que Philipppus, a mi muerte, ordenó que se me sepultara con suntuosidad en la Universidad de Alcalá de Henares. Podríais decir que fui quien descubrió el agua tibia. Pues es verdad. ¿Quién lo cuestiona? Debéis saber que, por mis cojones, perdón, consejos, en El Escorial se crearon laboratorios de destilación donde protegí a varios alquimistas, entre ellos a mi caro Fievavanti. Qué tío. Y a Juan Elbohoque. Estudié en la misma universidad donde me enterraron y fui protomédico de Castilla. Escribí sobre higiene y terapéutica. Me retiré al convento agustino, en Burgos, donde fallecí en septiembre de 1592. Fui también quien recomendé al doctor Luis Mercado a Su Majestad. Y junto a Mercado se ha dicho que fui uno de los más eminentes galenos de mi siglo, el más brillante.

En otra alfana, vestido de verde, se arrimó el doctor Luis Mercado, quien, desde su amplia gorguera, con humildad, pidió excusas por su interrupción. Don Francisco Vallés de Covarrubias, retomó su discurso.

—Yo no era partidario de las purgas ni de las sangrías en el tratamiento de la gota. Con creces me lo agradeció Su Majestad. Lo habéis visto. Caros amigos, tenéis que aprender de vuestro bien amado José Julián Martí y Pérez: «Honor a quien honor merece».

—Ya que habláis de honores —comentó Luis Mercado y acarició los largos pelos de su canosa perilla—, fui quien estuvo a la cabecera del rey durante sus últimos seis años. Y aunque veo que guardamos un orden cronológico, me gustaría deciros que de la avariosis, que preocupaba a Su Majestad, hablo en *Morbi Gallici naturam et curationem duobus libris compleccitur*. Entre paréntesis: de venta en las librerías de Miami, donde podéis obtenerlo, así también como otros títulos tan largos en latín que temo cansaros. Os ruego que los adquiráis. No concebís cuánta falta hace a los autores que nos comprenden las obras. En ellas, además de nuestra fe en el trabajo, como la tenía Bernard Palissy, está nuestro trabajo mismo. Ah, cuántas horas robadas a la vida por el bien de los otros y cualquier cantante de moda, que es como decir de mierda, da un grito y ya le lanzan un disco. Y mañana es millonario. Y uno con doctorados, con tanto libro en el cerebro, o escrito, no tiene con qué pagar las deudas. Y nadie te publica ni de manera furtiva, o, para lograrlo, os veis obligados a rogarles a quienes viven del negocio. Ahora que os hablo, estoy a papa hervida y con un par de zapatos que parecen hermosos, pero cuya suela está rota y, si llueve, los pies se me entripan. Aqueste verano necesitaba, para esto que leéis, irme a Yucatán. Pues no. No tengo un maravedí. Me he pasado treinta y tres años dentro de las universidades. Y la gente no respeta. Ni te dan oportunidad. ¿Es justo? Me diréis que no. Mas así es la vida del empleado. No imagináis cuánto agradezco al doctor Francisco Vallés de Covarrubias el que me presentara al monarca.

—¿Os sentís bien? —le preguntó Luis Marcelino a quien sudoroso y algo extraviado había acabado su discurso.

—¿Por qué, buen *Ludovicus*? —inquirió Mercado, a la vez que movía el lóbulo de sus grandes orejas.

—Podéis llamarme Marcellus, como me bautizó, años ha, mi profesor Reinaldo Sánchez. El tema que habéis tocado no le interesa a nadie, tocayo *carissimus*. Es como si ahora hablarais de podagra, solo les concerniría a los dolientes.

—Ya que mencionáis la podagra —intervino el cervantino doctor Andrés Laguna— os pido que no uséis opio. Y si lo hacéis, no lo hagáis a manos llenas, por favor, que es perjudicial al doliente. Usad la zarzaparrilla. Esa excelente planta que agradecemos al Nuevo Mundo y a Parrillo que nos la mostró.

—Estamos de acuerdo —dijeron a dúo Luis Mercado y Francisco Vallés—. Es lo que hacemos—. Y prosiguió Vallés, esta vez solo, pero hablando en nombre de los dos—. Pues no empleamos la *colchicum autumnale*, pese a que fue descubierta hace veinte siglos por Alejandro de Trales.

—Tiene como efecto secundario la diarrea —explicó Mercado con una sonrisa—. Aunque Su Majestad, por fortuna, no padece de gota en los pies.

Un «ah» proveniente de los villanos anduvo las rúas y la Plaza de Armas.

—Los aquejados de gota podéis comer pollos, gallinas —enumeró Laguna, mientras un murmullo corría entre los villanos—, capones, tórtolas, codornices, faisanes, pichones —el murmullo aumentó. Sin inmutarse, Laguna prosiguió— mirlos, carneros, bueyes, cabritos, conejos...

Luis Marcelino sintió hambre. Sabía que el pueblo soportaba un ayuno de varias décadas. Pero ignoraba cómo evitar que el doctor Andrés Laguna hablara del régimen alimenticio que aconsejaba. Aunque consiguió alertarlo.

—Doctor, doctor. Si os obstináis en mencionar tales manjares, peligráis. Aquí ya no existen esos animales, con la excepción de los pájaros que, si leísteis este comentario, estáis informado.

Centrado en su disertación, el doctor Andrés Laguna prosiguió.

—No os recomiendo la carne de cerdo. Si la coméis, os aconsejo discreción, pues es capaz de producir bilis espesa.

—Ay, doctorcito —dijo la pulcra anciana de blanco—, lo que usted citó no lo comemos desde inicios de los sesenta. No tema, que jamás padeceremos de bilis espesa. Fíjese que estamos por hacerle una nueva súplica al Conde de Molpox, pues aquí andamos peor que en diciembre de 1764, mes y año en que, desde esta Ilustre Ciudad que nos honran visitar, le remitimos la primera. Porque no teníamos carne, jabón, velas ni sal —y temerosa, con ojeadas a diestra y siniestra como los habitantes de la Isla cada vez que hablaban a un forastero, añadió—, pero la culpa es del dichoso bloqueo, del imperialismo y de la mafia cubana de Miami. No olvide que se lo aclaré.

El doctor Laguna sonrió con picardía y lanzó un beso a la señora para insistir en su enumeración.

—No comeréis camarones, langostinos, cangrejos, mejillones, almejas ni pescados de mar, solo, en ocasiones, peces de río, tales como carpas, barbos...

—¿Es usted sordo? Esos consejos no tiene que dárnoslos —interrumpió la misma anciana—. Por nuestros arroyos no nadan ni guajacones. Por eso se han multiplicado los mosquitos. Y cuanta rana, lagartija, caguayo o bayoya, andaba por nuestro alrededor, ha sido exterminado. No hubiéramos querido. Pero ¿qué podíamos hacer cuándo alguno de nuestros niños o ancianos se nos enfermaba y no teníamos el pollo para un buen caldo? Desde luego, antes de que nos hicieran esos vaciamientos que explicó el padre de Florentino en el primer fragmento de esta novela. Si es que así nos atrevemos a denominarla.

—Ni les convienen los espárragos, la coliflor, los guisantes ni las lentejas ni las frutas que se descomponen con facilidad como las fresas, los melones, las moras sobre todo mezcladas con nata, pese a la exquisitez de su gusto.

Con la agilidad de una púber, la anciana se encaramó en la alfana y le dio dos bofetadas al doctor Laguna. Los villanos se apartaron para evitar que aquel les cayera encima. Ya en la rúa, el también farmacólogo, botánico y humanista, se incorporó como un resorte.

—Son asimismo perjudiciales los derivados de la leche y de los huevos. Y el pan que sea fermentado, pues resulta más agradable al paladar, y no ácido. Ni jamón...

La anciana bajó del animal con igual presteza. Se colocó en posición de guardia. Midió la distancia. Y, con la mano cerrada, lanzó un *uppercut* que tiró de nuevo al doctor Laguna a la rúa.

Cuando Laguna despertó, fue levantado por Rodrigo de Cervantes y Luis Marcelino, quienes le contaron lo sucedido. Con inmutable sonrisa, el médico retornó a su alfana, donde habían colocado a la anciana, ahora aclamada por los villanos. El doctor la saludó y le dijo que le regalaba la bestia. La viejecita, aterrorizada, se negó, pues aludió a los problemas que se buscaría con el gobierno si se le ocurriera aceptarla. Laguna,

condescendiente, la tomó y la depositó en el suelo no sin antes darle un beso en la frente que ella agradeció.

—Es insólito cuánto en la actualidad difiere la dieta del gotoso a la que vosotros recetabais en el siglo XVI —dijo Luis Marcelino a los médicos de Philippus. Al concluir, los villanos señalaban una enramada que se dirigía hacia el punto donde estaban.

Al acercarse, comprobaron que se trataba de un baldaquino formado por una pasionaria. La hermosura de sus flores era comentada por el pueblo. Cada madero que lo sustentaba era asido por robustos mancebos. Allí venían aztecas, mayas, incas, mapuches. A pesar del esplendor de sus cuerpos, Luis Marcelino protestó. Pero le explicaron que eran libertos y que habían aceptado el viaje para conocer la mayor de las Antillas, lo que tranquilizó al isidoriano. Otras flores adornaban el improvisado palio. Allí había catleyas de varios países y dalias mexicanas. Y nidos de turpiales y paraulatas. Y quetzales, cóndores, tucanes, tocororos, tomeguines, loros, guacamayos. El punto superior de cada madero estaba ocupado por una serpiente *Ajau Can crótalus durissus durissus* que sonaba su ringlera de cascabeles y amenazaba con su lengua bífida. Y había araguatos que aullaban si miraban a los crótalos. Y vistosos y gigantescos lepidópteros. Y un jaguar. Dentro, en lo que constituía el centro, montado en una alpaca blanca, venía un hombre que traía copiosas plantas clasificadas en pequeños recipientes. Estaba rodeado de libros que pendían de las ramas. En el instante que alcanzó al grupo gritó alborozado.

—¡Vuelvo a América!

—Aquese nombre es impropio —le dije.

—¿Y cómo nombráis agora esta tierra de aquende la mar? *Ubi ego sum?*

—Simonia —le susurró Luis Marcelino—. Estáis en Simonia.

—Pues vuelvo a Simonia —exclamó el protomédico de Philippus, quien movía entre sus manos una pirita de las minas de cobre al levante de la mayor de las Antillas.

—Es mi tocayo, el doctor Francisco Hernández de Toledo —explicó Vallés de Covarrubias—. Juntos trabajamos, con Su

Majestad, cuando preparábamos la colección de la biblioteca de El Escorial.

—Tal como ha dicho el Divino —aprobó el recién llegado, desde cuyos oídos externos saltaban coquíes que croaban en sus hombros—. Fui comisionado para venir a las Indias el 24 de diciembre de 1569. Era mi objetivo el escribir su historia natural. Mi estancia duró siete años en los que me carteaba con nuestro monarca. Pero la inmensa obra que escribí de mineralogía, botánica y zoología, gracias a la ayuda de los peritos que me acompañaron, considerada el primer intento serio de estudio de aqueste continente, que incluía plantas medicinales usadas por los aborígenes, así como la descripción de sus enfermedades cotidianas, pereció en el incendio de la biblioteca de El Escorial en 1671. Diga lo que se diga de Philipppus II, nadie niega su interés en la salud pública y en las investigaciones científicas; en dejar atrás el oscurantismo medieval y reconocer a los verdaderos médicos, graduados en las universidades. Es posible, no os lo discuto, que tuviera que ver con las enfermedades soportadas y con las que había visto a su alrededor. ¿Y qué? Vosotros no imagináis los tesoros que ardieron. Había allí, además, ilustraciones con pinturas y grabados policromos de plantas y animales que eran unas joyas. Entre ellas, los espléndidos toros del peruano Venancio Shinki ¿Y qué decir de los remedios nativos que perdimos? Ah. Una y mil veces maldigo la hora en que a aquese tal Reinaldo Arenas y a su amigo, Florentino Cascajo, se les ocurrió posarse allí.

—No hable así doctor, que nacidos son de esta villa.

Quien así se expresaba en un impecable castellano era la viejecita vestida de blanco.

—Perdonad mi exabrupto, señora. Creedme que no quise heriros. Todo lo contrario. Estoy encantado con la cantidad de personas que han venido a recibirnos.

—Lo perdono. Mas no conoce usted la causa que nos ha traído hasta esta esquina.

De súbito, los villanos y las mujeres del partido rehuyeron aterrorizados. En medio de la rúa, apareció un uro azabache cuyo lomo atravesaba una línea gris. Era el rumiante más grande que había pisado suelo simoniano: musculoso como una



bestia olímpica, de altas y elegantes piernas y amplia y erguida cabeza de donde surgían unos largos y curvados cuernos. El uro bufaba y desde sus belfos se desprendían chorros de espuma. Su cornamenta estaba afeitada, pero la gente escapaba. Encima, en alba indumentaria, venía el doctor Cristóbal Pérez Herrera. Los médicos le voceaban que no anduviera por aquellas rúas, pues él no había socorrido al rey. Otros le gritaban obscenidades relacionadas con las fiestas taurinas.

—Merezco estar aquí. Fui médico de las galeras de Philippus. Y amparé a los pobres, a los mendigos y a los huérfanos de Madrid y a no pocos clérigos presos. Y auxilié a vagabundos y a delincuentes, lo cual hace muy especial mi desfile por esta tierra donde tantos hay. Vine, además, para mostraros este bóvido que, con seguridad, no conocéis. Proviene de una pareja regalada, el día de su séptimo cumpleaños, a Isabel Clara Eugenia por su tío Enrique de Valois durante su reinado de Polonia. Por otro lado, no olvidéis que el Concilio de Trento prohibió, por sangrienta, nuestra fiesta nacional que gustaba a Hemingway y aún, a Luis Marcelino. Si no fuera porque propuse a vuestro rey que amputaran la punta de los cuernos a los toros, no disfrutaríais todavía de las lidias. Con quien tenéis que cogerla es con Pío V.

El grupo de médicos pareció aprobar el discurso de Pérez Herrera quien, al acercarse al dosel del doctor Hernández, provocó que las serpientes enfurecidas sonaran aún más sus cascabeles. El uro no evitó que un quetzal le cagara un ojo y que, desde lejos, un cóndor lo amenazara y el jaguar le rugiera y enseñara los dientes.

—Su Majestad estuvo en Almagro aconsejado por algunos colegas que no voy a nombraros —afirmó Laguna, y soslayó la presencia de Cristóbal Pérez Herrera, del uro y de las emociones que había despertado—. Según mis orientaciones, bebió agua mineral lo cual le provocó unas diarreas que le duraron siete años. Fue así como, el 14 de noviembre de 1570, al celebrarse en la capilla del Alcázar de Segovia la misa de velaciones por su cuarto matrimonio, el rey se agachó siete veces en su camino al altar. Y después de que se agachó se bajó los gregüescos. Y cagó. A la mañana siguiente, los consortes asistieron a la misa, pero la archiduquesa Ana de Austria no se veía en sitio alguno. Más

adelante, advertimos que se ocultaba bajo la capa de Philippos. Cada vez que Su Majestad hizo una parada para lo que sabéis, la estrenada reina de España recogía lo que conocéis y le limpiaba lo que imagináis.

—Me acuerdo de una de esas ocasiones —intervino Rodrigo—. La capa se le corrió y los concurrentes a la misa, además de sorprender a la nueva soberana, le vimos el ojete y las criadillas a Su Majestad. Doña Ana, sonrosada por naturaleza, se puso como un tomate y le dio dos sonoras nalgadas al monarca, quien se subió sin demora los gregüescos, lo que no impidió que se los cagase y embarrara de mierda el jubón.

Los villanos reían a carcajadas, que no eran menos entre los galenos. Entonces, vieron aproximarse una yegua gargantuista, alazán dorada, que por montura traía un armatoste semejante a una nave. Los isidorianos se acercaron al dueño y le preguntaron que en cuántos CUCs la vendía, pero aquel pidió maravedís y solo se escuchó un qué lástima, pues esto está del carajo. Quien venía encima, de blanco, amplias entradas, ojos profundos y dilatado bigote, con un antebrazo ajeno en cuya mano había una pluma de ganso, habló.

—Con toda seguridad que os acordáis de mí por mi hipótesis sobre la muerte del serenísimo y hermoso Juan de Austria, que expreso en mi reconocida obra *Práctica y Teórica de Cirugía en romance y latín*, donde explico cómo el victorioso de Lepanto, infortunio nunca oído, feneció por culpa de unos cirujanos que para curarlo le dieron una tajada en la vena del culo. Su porte y finura no le impidieron que se nos fuera por aquese orificio divino. Ah, si don Juan me hubiera permitido seguir junto a él no se nos hubiera ido a la edad de Jesús. Llamadme: Dionisio Daza Chacón. Achís —estornudó. Y con el estornudo, el antebrazo que traía fue a dar al regazo de la anciana y la pluma, a la mano de Luis Marcelino—. Soy el médico de la batalla de Lepanto. Y aqueste brazo que traigo, que no había soltado la pluma hasta ahora, pertenece a Miguel de Cervantes y Saavedra.

—Mentís —gritó Rodrigo, furibundo—, que mi hijo no quedó manco ni pollas en vinagre.

—Perdonadme, don Rodrigo. No imaginaba que estuviéseis aquí. La verdad es que agarré el primer antebrazo que

encontré en medio de la galera, que por tener una pluma pensé que era de él.

—Hablad claro —pidió Rodrigo.

—No me amenes. No me amenes —cantó, más que dijo Daza y agregó—: mire don Rodrigo, que cuando el río suena... Para empezar ¿conocéis, por una casualidad, la orientación sexual de Juan López de Hoyos, profesor de Miguel, a quien llamó «mi caro y amado discípulo»?

—¿Y qué tiene que ver eso aquí?

El doctor Daza prefirió extenderse.

—¿Y sabéis qué clase de altercado fue el que hizo que vuestro hijo huyera a Italia, tierra de sexualidad liberada, donde se admitía el uranismo? ¿Y que ya en Roma, donde las relaciones homosexuales con los cardenales eran corrientes, sirvió a uno de ellos? ¿Ignoráis todavía por qué fue acusado vuestro hijo en Argelia, donde en aquella época, aleluya y que me amarren con una cabuya, era tal la libertad, que los hombres tenían relaciones y se realizaban tratos sexuales entre varones hasta en medio de las rúas? ¿Por qué, al regreso a España, fue acusado de actos impuros por otro cautivo y Miguel tuvo que probar lo contrario? Vuestro hijo, además, era un gran admirador de Góngora. Bueno, no es momento para explicar vida y milagros del poeta cordobés. ¿Me entendéis? ¿O queréis que os repita todo lo que detectó el autor de aqueste libro en *Don Quijote*?

—¡No, no repetáis lo que ya aparece escrito en el *Bozzetto* desta obra! No acabaríais nunca —pidieron a coro los médicos.

—Solo decidme, por favor, si no os intriga que don Miguel se casó, de inmediato se separó de la esposa y vivió lejos de ella. Cervantes, a la vez, tenía demasiado conocimiento de la vida *gay*, lo cual refleja varias veces en su obra, para que yo no diga que estoy seguro de que también él cantaba La Bayamesa.

—Si seguís —dijo iracundo el padre del aludido— la corte de Philippus II tendrá un médico de menos.

Daza calló. Intervino Luis Marcelino.

—Estoy, como Daza, convencido de que Cervantes era hombreriego. Basta leer su obra cumbre. Miguel no halló el amor masculino del que andaba a la caza. Gracias a ello se escribió el *Quijote*. Por eso, puso a dos amigos a andar por el mundo en una

eternidad que, por deseada, proyectó. No nos llamemos a engaño. Lo que necesitaba Cervantes era un compañero perdurable. Una relación como las que él cita, no hay que ir muy lejos. Lo logró con Sancho, pues el hidalgo es la proyección de Miguel. Este es el motivo, consciente o inconsciente, de su genial e imperecedera creación. Las otras teorías, como la de los libros de caballería, son en parte correctas. Pero lo que sustenta su creación es una amistad homoerótica. No se necesita ninguno de los documentos de su vida que se investigan a la luz de los conocimientos actuales. En *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* está todo. Sin embargo, creo que hemos interpretado mal el significado de la pluma de ganso. Considero que simboliza las péndolas que usó nuestro novelista arquetípico para escribir. Con certeza, ese miembro pertenecía a otro narrador o a algún poeta.

—¿Pues queréis saber cuál es mi conclusión? —interrumpió Rodrigo de Cervantes—: que si mi hijo es *gay*: ¡qué viva Miguel! Y si no lo es: ¡qué viva Miguel! Y que vivan todos los hombres oxímoros del mundo.

Entre la multitud solo una persona aplaudió, la viejecita vestida de blanco.

—Yendo del gallo al asno —dijo Daza para cambiar de asunto, pues no parecía agradar a todos—. Por cierto, el 8 de noviembre de 1571, apenas se le avisó a Philippus, por parte de D. Pedro Manuel, la victoria que habíamos tenido en Lepanto, Su Majestad, que en ese momento se encontraba con los monjes en el rezo del oficio litúrgico de la octava por la festividad de Todos los Santos, se mostró frío, pronunció su «sosegaos» habitual, y ordenó que se cantase un *Te Deum* por el triunfo. Sin embargo, no pudo impedir que, tras un intenso cólico, las heces bañaran a los religiosos que le acompañaban y a su gentilhomme de cámara, portador de la novedad. Y hubo que cavar una acequia alrededor de El Escorial, para evacuar la mierda que a través del Guadarrama alcanzaría el Tajo y pasaría por Toledo y llegaría a Lisboa. Y luego de varias semanas, el mar de las Antillas fue una letrina. Y ahora tenéis aqueste regato en vuestra Muy Orgullosa e Ilustre Ciudad de San Isidoro, cuyo nombre le debéis.

—Eran tales los desvelos de Philippus, que sus intestinos no paraban. Entre los mayores estaba Flandes. A Su Majestad le

llegaba la totalidad de las informaciones, como aquella del asedio de Haarlem, donde durante meses ambas partes en conflicto se arrojaron, a plena luz del día, las cabezas que se cortaban unos a otros. Y no creáis que él era el único que sufría con esas atrocidades que parecerían hoy realismo mágico. Lo de las testas nos tenía consternados a todos. El 14 de julio, día tan prominente para los galos, en medio de unas tercianas, Su Majestad recibió la noticia de que vencimos —explicó el doctor Vallés y agarró las bridas—, no obstante, dos mil defensores de la ciudad se habían ahorcado. Pese a mi dedicación y aciertos, el rey desconfió de mí. Me lo dijo fray Alonso de Orozco a quien, según él, Philippus mandó a tratar la anorexia de la reina. A mediados de los años setenta, nuestro soberano se mostraba aún más sombrío, solitario y taciturno. Durante los años 76 y 77, tuvo algunos ataques de gota y, por supuesto, el mal para el cual no valen guayabas verdes.

Un impetuoso retintín, proveniente de los cascos de un caballo árabe que a galope se acercaba, hizo que tanto galenos como villanos desviarán la vista para admirarlo. Era una hermosa bestia gris plateada de cola alzada. La cabalgaba un curandero morisco, quien con traje muy colorido se detuvo y rimó:

—Con los dimes y diretes  
desta historia, no olvidéis  
que escribirla no podréis  
sin un nombre: Pinterete.

—Pinterete, o como os llaméis —le dijo Daza—, es que aquí solo tratamos las enfermedades del monarca.

—Pero en 1562, después de que encaramado en una escalera de su palacio de Alcalá de Henares al príncipe Carlos se le ocurrió volar, yo salvé su vida. A Valencia me mandó llamar el mismo Philippus. Y con mis ungüentos, blanco y negro, sanó.

—No fue vos quien lo curasteis, sino Vesalius, o, mejor dicho, la momia del bendito Fray Diego de San Nicolás del Peladero traída en procesión por los franciscanos de Alcalá, que le trepamos encima. *Ipso facto*, el príncipe se incorporó, pidió un sándwich de pollo de *McDonald's* del que comió dos bocados, echó una siesta y, a partir de ahí, comenzó su mejoría. Además, vos no os graduasteis de universidad alguna. Y este coloquio es de médicos, no de curanderos de Alá.

—¿Qué momia ni la molondra de un garullo, Daza?  
—dijo Vallés—. Deja la guasa a un lado. Se salvó en tablitas gracias a la trepanación de Vesalius.

Desde la floresta del doctor Francisco Hernández cantaron turpiales y paraulatas. Volaron y chillaron loros y guacamayos. Los crótalos sonaron sus cascabeles. Los aragutos aullaron. Croaron los coquies. Rugió el jaguar. Las mariposas volaron por las rúas, entraban y salían del palio devenido bosque. Las múltiples flores cerraron sus corolas. Los desnudos y robustos nativos exhibían una erección generalizada. Se acercaba el ocaso.

—Avisado de la ocupación de Lisboa, gracias a la campaña del duque de Alba, y listo para tomar posesión, el 25 de agosto de 1580, el monarca, con cincuenta y tres años, enfermó en Badajoz, ¡tan cerca de Portugal! —exclamó Vallés—. Si bien era noche de plenilunio, como la del lago azul de *Ypacaraí*, lo purgué. Sentía las gónadas en la glotis. Pensamos que se nos moriría. Y enseguida que Su Majestad Ana de Austria para saber de él me mandó a llamar, no tuve más remedio que contestarle: «Su Majestad está tan peligroso, que temo mucho su muerte, por ser su enfermedad de tan gran riesgo». Gracias a Dios mejoró, pero aquejó disnea y un dolor en un costado. Creímos que aquello era algo peor que un catarro, más bien una influenza. No hay que ir muy lejos para conocer sus estragos. Ahí tenemos el caso de la Santa conversa Teresa de Jesús, tan robusta que si uno pasaba por su lado había que mirarle el trasero. Después de la influenza, se deterioró hasta tal punto que pasó a semejar bruja de los caprichos de Goya. Tal vez sea esa la etiología de sus ataques de histeria que aún llaman misticismo. Pues, ¿qué monja la iba a mirar con lujuria en esa facha? Algo tenía que inventar su inconsciente. La mortífera gripe tumbó a medio mundo. Entre los conocidos está el poeta Hernando de Acuña, a quien a esa hora para nada le sirvió su célebre endecasílabo al emperador Carlos V. La que peor salió fue nuestra reina Ana de Austria, quien colgó los tenis el 26 de octubre de 1580.

—Muchos creen que fue una oportunidad calva aprovechada por Philippus al verla débil en el puerperio de María, quinta de sus hijos —afirmó Rodrigo de Cervantes.

—¡Salchichas! —gritó Vallés, quien prefirió callar al percatarse de la mirada que le echaron sus colegas.

—¿Olvidáis que Philippus no le dejaba a doña Ana la regencia cuando, al creer que moriría de influenza, hizo su testamento? ¿No recordáis su costumbre de trocar en ángel a cuanta mujer le estorbara? ¿Me explico? —preguntó Rodrigo de Cervantes—. ¿O tendré que ver como otra sincronía fortuita el que Antonio Padilla, letrado que asistió al testamento secreto que hizo Philippus en su gravedad, se fuera de lengua con doña Ana y, enterado el rey, lo amonestó de tal manera que en breve lo mandó al sepulcro? ¡Coño!, Vallés, parece mentira que vos, que sois un médico tan inteligente, me vengáis con esas. ¡Co...

—Ni un ¡coño! más, estimado don Rodrigo —interrumpió Vallés—. Dejad el chisme como está y que cada uno opine lo que quiera. Solo deseo aclarar que la Infanta María nació el 14 de febrero y la reina se nos fue el 26 de octubre. Fui yo quien, al ver tan débil a Su Majestad, demoré su entrada a Lisboa donde, por cierto, se antojó de comerse un melón, que no era de Castilla, y ya imagináis lo que se desató.

—¡Cagaleras! —gritó un grupo de villanos que miraba embelesado hacia la floresta del doctor Francisco Hernández.

—Sí —afirmó Vallés—, tan fuertes que lo encamaron durante tres días. Hasta fiebres tuvo. En julio del 1582 convalenció de nuevo y le receté raíz de ruibarbo para limpiarlo por dentro. Conste que, para evitar los efectos del purgante, indiqué como astringente agua de agrimonia.

—Sería bueno añadir —intervino el doctor Laguna—, que Su Majestad se mantenía ocupado en Portugal y que, para saber cómo marchaban las obras de El Escorial, hizo varias veces viajar hasta allí al arquitecto Herrera. Y también mostró su vieja afición por la floricultura. Hasta mandó flores portuguesas a sus hijas. No olvidéis que en Aranjuez yo le había organizado el primer jardín botánico de España. Y que, más tarde, Su Majestad convirtió los patios de El Escorial en uno de los vergeles más ricos de Europa, donde crecían los famosos claveles que, traídos desde Túnez, había aclimatado en tierras de Castilla el emperador Carlos V; y los vistosos y fragantes junquillos amarillos. Todo lo cual evidenciaba su delicadeza y la bondad de su corazón y que

no adolecía de anosmia, como el infundioso de Antonio Pérez sugiere en sus *Relaciones*.

—Mira, Nkawama Ntu Ndinga —intervino Florentino—, a mí ni vergeles ni pensiles ni jardines ¡ni cojones! Que con esa mariconería de las flores no me van a dormir. Fíjate que al mellizo Antonio de la Guardia le gustaban también. Por cierto, él prefería las orquídeas, las más exóticas y caras. Y...

—Cálmate, Florentino —aconsejó Reinaldo.

Y Florentino se calmó.

—En Portugal, quizás por el recuerdo de su madre, se dulcificó la vida de Su Majestad agriada por sus dolencias crónicas y la muerte, el 21 de noviembre de 1582, de su hijo don Diego Félix, a quien las cortes lusitanas habían aclamado heredero, lugar que fue cedido al infante don Felipe, Príncipe de Asturias, futuro monarca —relató Vallés—. Antes de marchar de la tierra de su progenitora, Philippus tuvo un ataque de gota en la mano derecha. Mal que se juntaba al que conocéis, causante de aqueste hedor. Dejamos como gobernador y regente al archiduque Alberto de Austria, y partimos de regreso a nuestra añorada patria la helada mañana del viernes 11 de febrero de 1583, según nuestro recién adoptado Calendario Gregoriano. Llegamos a El Escorial, no sin antes tener que pernoctar en Guadalupe por una indisposición gástrica, el jueves 24 de marzo.

El doctor Francisco Vallés de Covarrubias, el Divino, se sumergió en sus reflexiones de las cuales salió al escuchar la ronca voz de Rodrigo de Cervantes.

—Philippus discurrió sobre un quinto himeneo. La elegida fue Élisabeth d'Autriche, la bella hermana de su difunta esposa Ana de Austria, viuda del rey de Francia, Carlos IX, muerto seis años antes por el bacilo de Koch. Pero Élisabeth se la dejó en la uña. Con la excusa de: *Les Reines de France ne se remarient point*, dijo que ella prefería conservar su culo vivito y coleando, no que se lo rompieran y la mandaran a freír espárragos en el cielo como a sa *soeur*. Y anunció que se iría a hacer tortillas vienesas con las monjas. Palabra que cumplió al pie de la letra, pues fundó el Convento de las Clarisas de Santa María, Reina de los Ángeles, en Austria, que era lo más lejano que deseaba estar del letal *spanisch* sucesor de su *Haus Habsburgo*. Entonces, Philippus



echó el ojo sobre su próxima víctima, otra pariente de doña Ana, la archiduquesa Margarita, quien se encontraba de visita en nuestra corte junto a su madre, la emperatriz María, viuda de Maximiliano II. Como María era hermana de Philippus, no nos explicamos qué pretendía Su Majestad al querer desaparecer a sus sobrinas. Mas la archiduquesa Margarita, aconsejada por su *Schwester* Elisabeth, siguió su ejemplo. Luego de un rotundo ¡los fósforos!, dicho con terquedad de mula, afirmó que no pensaba visitar el cielo tan joven; que le quedaban muchos años de gozo y que prefería irse también a hacer tortillas, esta vez españolas. Y consumó su juramento. Como Sor Margarita de la Cruz entró en el claustro del monasterio de las Descalzas Reales de Madrid, donde, según su diario, en la cocina del convento hizo tortillas con las otras religiosas, desde la madre superiora hasta la última novicia. Y fueron tantas, que alimentaron las bocas de todas las cortes europeas.

—A mí me daría pena hablar de Su Majestad de aquese modo —intervino Vallés—, pues cada día se ponía más frágil. Si no era la gota, era la arenilla en la orina, si no el dolor en el costado, el catarro, las tercianas, los cólicos. Y después de los cólicos lo que suponéis. Por aqueste tiempo, su Santidad el Papa don Gregorio XIII le informó en una epístola que, al dividir la cadera de San Lorenzo en dos, con el interés de enviársela para su colección, había resultado imposible dada su dureza.

—Tal como lo decís, Vallés —afirmó Laguna—. Sin embargo, no olvidéis que, *a posteriori*, la rotura se hizo espontánea y Su Majestad recibió el pedazo prometido, además del polvo de huesos producto de la ruptura de la santa cadera. Y que con aquellas minúsculas partículas se espolvorearon sus gazpachos con los que, por la gracia de Dios, cenó hasta su muerte. Amén —concluyó y se persignó.

Lo último que relató el doctor Laguna causó arqueadas y vómitos de villanos y mujeres del partido. Sin dilación, vestidos de civil, acudieron algunos de los miembros de la cola. Alegaban ser parte de las Milicias del Ahorro para el Esfuerzo Decisivo. Luego de discutir con quienes habían vomitado, les exigieron que no olvidaran que las secreciones externas eran recicladas para ser utilizadas en la alimentación popular. Y que era un lujo burgués tal desperdicio.

—¿Qué decís, villanos? —les preguntó sorprendido el doctor Andrés Laguna.

—Compañero —respondió uno de los aludidos—, estás en el país más ahorrativo del mundo. Reciclamos cuanto secreten nuestras glándulas o salga por cualquiera de nuestros orificios.

—Pero no acabo de entender. ¿Qué es lo que recicláis?

—Te lo explico fácil: la mierda, los vómitos, el sudor, las meadas, las lágrimas, las secreciones purulentas como las de la gonorrea, los esputos, las hemoptisis, los mocos, el pus de las meningoencefalitis, los desechos hospitalarios de las necropsias, los miembros amputados por necrosis, las placentas, el semen. Para esto último, desde la pubertad se les regulan las pajas a los adolescentes, quienes, al recoger las emisiones, incluidas las poluciones nocturnas, deben entregarlas todas las mañanas en los comités de cuadra. ¿Conoces la famosa heladería *Coppelia*, de L y 23, en Mbansa Bana, donde venden helados de varios sabores? Son ricos en proteínas. ¿De dónde crees que salen?

Desde el palio del doctor Francisco Hernández no hubo turpial, paraulata, loro, guacamayo, colibrí, serpiente cascabel *Ajau Can crótalus durissus durissus*, araguato, jaguar, coquí o mariposa que no vomitara. Los robustos nativos perdieron su erección, se tornaron lívidos y arrojaron sus rancios jugos gástricos. Y los vómitos cubrieron el espacio que antes ocuparan las heces *philippinicas*.

Calmados los ánimos y acopiados los contenidos estomacales por las Milicias del Ahorro para el Esfuerzo Decisivo, intervino Rodrigo de Cervantes.

—En 1585, año en el que guindé la espada toledana, Philippus sufrió otro ataque de gota. Había viajado a Aragón para presidir las Cortes. En Monzón pasó el invierno. Al disponernos a regresar, se desató una epidemia de tabardillo tan grande que las montañas de cadáveres, apilados en la vía pública, no permitían el paso a la carroza real de cuya cofradía mató a varios. En medio de tal desgracia, Su Majestad tuvo calenturas.

—Voy a tener que creer —interrumpió un villano—, pues en medio de este apagón infinito, al que nos tienen acostumbrados, veo luces que andan.

Y entre rebuznos de los asnos azabaches que montaban, se acercó una cuadrilla de hombres vestidos a la usanza de los que habían llegado en las alfanas. Cada uno traía, bien en alto, una antorcha.

—Soy el doctor Domingo Adán. Y como a nadie se le ha ocurrido traerme, me he venido por mi propia voluntad. Desconozco el motivo para aqueste imperdonable olvido. Asistí a Philippusito en 1535, enseguida que empezó a descomponerse del estómago. No tengo idea del porqué no se me ha autorizado desfilar. Pero más vale tarde que jamás.

—Más significativa que vuestra aparición es la mía. Miradme —ordenó y se alumbró el rostro el doctor Lázaro de Soto—. Fui médico de cámara de Philippus. Y escribí *Tomus Primus commentationum in Hippocratis libros quorum numerus sequenti pagella indicabitur*. ¿Y qué me decís del que, según Morejón, es uno de los mejores comentarios de Hipócrates del siglo XVI? Mi *Animadversionum medicinae practicae liber unus febrium docum...*

—Ni un latinismo más o aqueste coloquio no acabará —interrumpió Laguna frente a la casa Consistorial—. Bien sabéis que no estáis todos los que sois ¿Hay alguien más que quiera aparecer aquí? Qué lo diga ahora o que rue para siempre.

Desde uno de los asnos recién llegados, con una vocecilla lánguida que brotaba al parecer más que de la laringe de la inmensa gorguera que portaba, alguien respondió.

—Ya que lo pedís, pues os digo que soy el doctor Juan de Ortega y que médico de cámara fui de *Philippus II Hispaniarum*. Lo único que recuerdo es que le dábamos de comer muchas guayabas verdes y que el doctor Luis Marcelino me recitaba, en aquellos días, los versos creados para honrar la memoria del autor de Cecilia Valdés:

Ya lo dijo Villaverde  
al salir del matorral:  
cuando el mal es de cagar,  
no valen guayabas verdes.

—Pues si habláis de plantas no debo faltar *io*. *Guardate questo!* Siento mucho que tengáis prisa *dopo* de un *colloquio* tan *lungo*. *E se prendessimo un caffè?*

—¿Café? ¿Dijo café? —dudó la anciana y antes de proseguir la cola de la ropa interior ya se había acercado. Los villanos portaban tazas herrumbrosas hechas de antiguas latas de carne rusa, así como recipientes fabricados con papeles recogidos en la rúa—. ¡Ay, mijo!, si en esta Muy Ilustre Ciudad estamos como en diciembre de 1764, fecha en que le hicimos la súplica al señor Conde de Molpox, que ya he mencionado. Hoy día le tendríamos que añadir muchas necesidades más. Entre ellas, el café. Antes nos consolaba mezclar el exiguo que por la cuota nos daban con polvo de chícharos tostados. Acción pretérita del modo indicativo ¡En la actualidad, ni chícharos!

—*Merda! Dejadmè parlar, coglioni!* Me cago en los veinticuatro cojones de los apóstoles de Jesús. *Io sono il dottore* Nardo Antonio Recchi. *Sono nato a Napoli*. Estudié en la Universidad de Salerno de donde me gradué en 1564. Como médico de cámara que fui, con un sueldo de sesenta mil maravedís, hice plantar y cultivar hierbas medicinales en los jardines reales —dijo el más hermoso de los galenos que se habían reunido frente a la casa consistorial. De rostro renacentista, no de mucha estatura y manos que más parecían de artista que de médico. Montaba un fino caballo napolitano de color alazán, donde reverberaba la llama de su antorcha—. Por los servicios que presté a Su Majestad, no podéis olvidaros de mí, pues trabajé junto al doctor Francisco Hernández, que, en honor a la verdad, me llamó incompetente. *Questo non è vero*.

—*On ego rem, on ego hominem* —dijo otro recién llegado, calvo y de frondosa y ondulada barba, quien acarició el lucero en la frente de su caballo losino de tono morcillo. En la penumbra nadie se había percatado de su llegada.

—¡Mierda! Estoy de latines hasta el último pendejo del culo —dijo don Rodrigo.

—Dejadme proseguir, *amicus humani generis*, y no os diré muchos latinajos. Por cierto, a pesar de vuestra sordera oís de lo mejor. Me he contenido para ver el entierro que me hacíais. Mi modestia no me permitió hablar antes. Pero como veo que este coloquio se agota, creo que es el *momentum* idóneo para expresarme.

—¿Y vos, quién sois? —le preguntó Luis Marcelino.

—Pues el doctor Francisco Díaz, Padre y Madre de la urología española. Si os añado que fui el urólogo de Philippus, y que desde el diez de abril de 1570 se me nombró el cirujano de Su Majestad, imaginad cuánto sé. A esto junto que soy su contemporáneo y que estuve con él durante veinte años hasta que me morí. Sesenta mil maravedís fue mi estipendio. Y sumaré algunos datos a los que ya os han dado colegas que aquí se hallan, como Francisco Vallés, a quien conocí en la universidad de Alcalá de Henares donde me gradué. O Daza y Chacón, con quien me relacioné en circunstancias de las que no quiero acordarme. Aunque parezca que no venga al caso, deseo aclararos que si quien esto narra imaginó este coloquio luego de que leyese el nombre del doctor Andrés Laguna en el Capítulo XVIII de la primera parte del Quijote; no es menos cierto que don Miguel me elogia en La Galatea. El buen Cervantes, a quien llevo veinte años, era mi amigo desde Alcalá de Henares, donde también nació un día de diciembre de 1527.

—Nkawama Ntu Ndinga, por favor, abrevia —recomendó Florentino.

—Es que este sabe mucho —le respondí.

—Y lo que no sé os lo dirá Cristóbal Pérez de Herrera, que estuvo con el monarca hasta 1598. ¿Vale? Pues sigo. Yo inventé varios instrumentos que ayudaron mucho a Su Majestad. Y con cuyos manejos llegué a lograr más intimidad con él que ningún otro. Así que, pese a que nadie me invitó, yo me vine solo. Mejor dicho, con Cristóbal. Quiero felicitar al autor de este coloquio, género que conozco, pues así publiqué varios de mis libros. Y entre ellos el primer tratado de urología impreso y donde desembrollo materias nunca descritas. Por ejemplo, dedico un capítulo a la anatomía de la verga, así como hablo de la secreción de sangre por la verga y de las carnosidades de la vía de la verga. Y os pido que me perdonéis esta anáfora que enriqueció el léxico *venezuelensis*. Además, explico el uso de las aguas mineromedicinales que tanto bien harían a Su Majestad. Yo, *amici*, inventé la *tenaça nueva*, el instrumento cisorio, con su verga fina de plata, y el *especulum pudendi*. Pero no estoy aquí para discurraros de las invenciones y utensilios que me han hecho famoso en el mundo y conllevado, incluso, a que

se otorgue una medalla en mi nombre. No. No estoy aquí para hablar de Mesopotamia, donde tres mil años antes de Cristo ya se comentaban las gaitas urinarias; ni de China y el tratamiento de las patologías miccionales entre los siglos IV y III, antes del nazareno; ni del papiro Ebers, desarrollado durante el reinado del faraón Amenofis I de la dinastía XVIII de Egipto; ni de los cateterismos uretrales que se hacían en la India mil años antes del hijo del carpintero. No. Ni tan siquiera departiré del tan exquisito verbo de Leonardo da Vinci, quien, adelantado a su tiempo, enunció la fisiología de la erección y de cuyos dibujos se valió Vesalius, aquí presente. No. De nada de esto vengo a recitaros, sino de lo que nos junta. Vengo a hablaros de don Philippus, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Hierusalem, de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valençia, de Galiçia, de Mallorca, de Sevilla, de Çerdeña, de Córdoba, de Córçega, de Murçia, de Jaén, de los Algarves, de Gibraltar, de las Yslas de Canaria, de las Indias orientales y oçidentales, Yslas y tierra firme del Mar oçéano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y Milán, Conde de Habsburg, de Flandes, de Tirol, de Barçelona, Señor de Vizcaya y de Molina, etcétera.

—Nkawama, si no haces algo por detener a este urólogo le daré un coscorrón, o se coge el coloquio para él solo —dijo Reinaldo.

—Joder —exclamó el doctor Francisco Hernández—, dejen al *medicus* tranquilo. Fue el último en llegar. Y el que llega último, llega mejor.

—No sé si mejor, o peor. El hecho es que ya estoy montado en mi jaca burgalesa y de aquí no hay quien me baje. Y lo que voy a deciros os importará a todos y hasta a Xi Jinping. Noté que no fue nombrada la sífilis de Philippus ni se han mencionado en él episodios de sarpullido. Quiero afirmaros que traté a Su Majestad por su avariosis. Y que también determiné, desde el inicio, que había contagiado a la distinguida Isabel de Valois, por quien estuvo a punto de ir a la corte mi colega el doctor *François Rabelais*, lo que me fue impedido por el Rey. No obstante, lo convencí de que no nominara más su mal *morbis gallicus*, por el que odiaba a Francia, pues se especulaba que,

por allá por el año de 1300, había sido transmitido a los vikingos en Senisterra...

—Ese maldito paraje donde María Salomónica desapareció como Persina —execró Florentino, sin que se detuviera el discurso del doctor Díaz.

—...y al regreso nos la trajeron de regalo. Dádiva que se aclimató en Kingston upon Hull, paraje de la *Bloody Mary*. Y que, por ende, correspondía llamarlo *morbis britannicum*, denominación con la que se deleitó. Y, en última instancia, *morbis canadensis*. Merced a esta explicación y de persuadirlo de que tal apodo provenía de un poeta, erudito y cirujano, el veronés Girolamo Fracastoro, a quien incumbía la fobia gálica gracias a su poema *Syphilis sive morbus gallicus* de 1530, Su Majestad, al fin, me admitió el tratamiento con las lecturas rabelaisianas, si bien habían sido prohibidas en el *Index librorum prohibitorum*, promulgado por el Papa Pio IV a petición del Concilio de Trento. De ellas le brindé todos los tomos: y empecé por *La muy horrrífica vida del gran Gargantúa, padre de Pantagruel*. Con ellas logré que sus achaques mejoraran, aunque no curaran. Las disfrutó, y bien que le saqué asaz de carcajadas, mas a partir del tercer libro se me aburría y me dijo que, para su gusto, el texto de los dos primeros era demasiado escatológico, que prefería la *Vida de la Madre Teresa de Jesús*. En aquella etapa, a pleno sol o en días lluviosos al lado de una pira, tuve cada semana que incitarlo a embarrarse ungüento sarraceno que yo mismo confeccionaba con euforbio y litargirio, seis onzas de cada uno, onza y media de estafisagria, doce onzas de manteca de verraco senil y tres onzas de mercurio. Y esta fue la causa de sus salivaciones y sudoraciones. Usé también la famosa zarzaparrilla, que ya han mencionado antes. Y el guayaco y el palo santo y el sasafrás. Yo, en realidad, utilizaba de todo lo que me enteraba, previa consulta con Su Majestad, que estaba ansioso por recuperarse y de ahí su interés en las plantas, pócimas y unciones. Así que probé con él la manteca caliente de ánade, de oso, de vaca; aceite de manzanilla, de eneldo, de laurel, de ruda, de almácigo, de zorro, de lombrices; petróleo, pan de puerco; la aristoloquia hembra, la macho y la marimacho; las raíces de la cedoaria de la India Oriental, la raíz de China, los lirios de Florencia, los

iris siberianos, el filonio pérsico, la resina de Xalapa, el mineral etíope, el bálsamo peruviano seco, y el mojado, la ipecacuana de Brasil; y una hierba proveniente de un villorrio distante de esta Muy Ilustre y Orgullosa ciudad, el ajeno de San Germán de Holguín, que me remitiera por vía marítima, desde las Indias Occidentales, don Luis Mariano de Austria y que pasó por tres urbes antes de alcanzarme: Cádiz, Sevilla y Toledo. Con esto el Rey se me enojó de tal modo que temí me expulsara de sus servicios. Arguyó que no era por lo muy amargo del remedio, sino porque aquella era plaza de maricones alevosos, desleales, difamadores, embusteros, pendejos y presuntuosos, que solían ostentar nombres que no eran cristianos. Me justifiqué. Sostuve que me había llevado por Avicena, por lo que me pidió perdón por su exabrupto, luego de lo cual juré no mencionarle más aquel perdido rincón de sus posesiones. Y pasé a suministrarle apócemas de buglosa, escolopendra y marrubio blanco; a aplicarle tártaro rubro y polvos angélicos y a darle baños tibios con agua cocida de nenúfares, a la vez que lo hacía libar electuarios con dátiles marroquíes. A esta fecha, debéis imaginar, que yo le conocía los más íntimos secretos a Philippus, a quien le gustaba, como a todo mortal, pasar su noche con Venus. Y quien era tan fariseo como cuanto católico pisa la faz de la tierra, pues aparentaba severidad, empero, visitaba las casas de lenocinio, donde comerciaba con las mujeres del partido, quienes le legaron, en bandeja de oro, la *vérole* de Rabelais. Por eso se prestaba a todo, pues quería sanar y, en definitiva, follar sin el miedo que en estos siglos os ha regresado. Así que os será fácil entenderme. Philippus se obsesionó con su restablecimiento. Y ya sabéis que el monarca, como el de estos lares, tenía legiones de agentes de la seguridad en cada ángulo del orbe. De ese modo nos enterábamos de los remedios cifrados que inundaban tanto a Amberes como a París, dicho sea de paso, muchos en boca de charlatanes, analfabetos y gente sin decoro ni ética. Mas Philippus me insistía en que no me admitiría nada más del *Regnum Francorum*; que ya había cedido lo suficiente al permitirme que le leyera las obras de Rabelais; menos aún toleraría el ungüento de los condenados sarracenos, que lo habían mejorado, pero no puesto bien. Y de ahí no pude sacarlo, que terco era. Así pues, dada su peculiar



religiosidad, ya no había santo al que no le rogara por liberarse de su calamidad. Es ahí donde medró su colección de reliquias que le ayudé a catalogar junto a la infanta Isabel Clara Eugenia. Allí contabilicé, para resumiros, diez cuerpos enteros, momificados; ciento cuarenta y cuatro cabezas, muchas de ellas de las que habían volado de un lado a otro en los Países Bajos y que alguien aquí nombró realismo mágico; trescientos seis brazos y piernas, que ya no se sabía a quiénes pertenecían...

—Como la osamenta que de estudiante de medicina guardé debajo de mi cama, aquí en esta Muy Ilustre Ciudad, y a la que temía mi amada abuela Cruz Fidelina Cáceres Sánchez —interrumpió Luis Marcelino, quien se excusó con el doctor Díaz—. Perdón.

—Perdonado está. Y Sigo. Le conté, además, miles de huesos de santos; que a mí me parecían una hipérbole barroca, pues, si lo hubieran sido, no les hubieran acaecido tal cantidad de fatalidades. En total, y no os exagero, sumé siete veces, sin fallar una, siete mil quinientas reliquias. Las más apreciadas y cuidadas eran los seis cuernos de unicornio, que ya no recuerdo quién había mandado ni de dónde; así como un botín sustraído a Selim II el Poeta, durante la Batalla de Lepanto, y enviado a Philippus por Pío V en las manos de don Juan de Austria, comandante de la Liga Santa, que incluía siete lágrimas embalsamadas de la virgen María; las pestañas de Jesucristo, fragmentos originales de la cruz del Gólgota y trozos de su corona de espinas. Y os juro que todo esto que digo es la verdad, porque yo lo *vidi*. Pero ya ni sus reliquias lo aliviaban. En su recámara se le ofrecían los más deliciosos manjares palaciegos, sus preferidos, los pollos fritos y asados, las perdices, las palomas, las tajadas de venado. Mas no le apetecían. La anorexia iba de mal en peor, así como su abulia. Entonces, nos llegó la grata noticia de la curación de las enfermedades venéreas en el Imperio Celeste de Catay. Un jesuita, venido del tal emporio, nos informó cuán usual era la enfermedad, en especial en Pekín. *Ipsso facto*, Su Majestad buscó entre sus espías los que hablaban mandarín, que eran limitados, y los envió a la remota dinastía. Y obtuvimos muchos fármacos. Aquí surgieron nuevas dificultades, ya que sus nombres, al no usarse allí denominaciones latinas ni griegas, no estaban en

cristiano, legibles para nosotros; a su vez, las medidas de ellos no eran las nuestras y viceversa, lo que era otro rollo. Y era tal la desesperación de Su Majestad, que se le ocurrió que le trajeran muestras de todas las drogas y que, en la corte, comprobáramos su resultado con gente que no le caía bien. Entre las fórmulas venidas de Catay hubo una que a Su Majestad le gustó mucho. Contenía cinco libras del mejor vino, que había que verter en una cazuela donde con antelación se había puesto un sapo grande, verde y vivo. Cubrirlo con otra cazuela y enlodar las junturas con barro amasado que incluyera sal marina, para que nada exhalara. Esto habría de ponerse en baño de María por unas tres horas y dejarlo enfriar durante la noche. En los amaneceres de palacio tenía que administrárselo tibio y con tiento, aún en cama, y evitar que se embriagara para que sudara. A diario disminuía la dosis. Durante ocho días el monarca no podía exponerse al aire ni de abanicos. Y en quince, solo probaría viandas ligeras. Bueno sea relataros que el Rey hizo traer el barro del río Yangtsé; y la sal, del mar Amarillo; y el vino, de la China, y aunque los sapos eran verdes, fueron cazados en las orillas del río Azul. Así mismo, las cazuelas las envió el emperador Wanli, de la Dinastía Ming, o Zhu Yijun, como lo nombraba Philippus. Zhu Yijun le mandó convoyada, además, una silla plegable que encantó al monarca. Lo peor del tratamiento no era lo que he referido, sino que la terapia exigía mantener, ¡por cien días!, una abstinencia sexual de mujeres. De modo que comprendí que al mal de Su Alteza no se lo curaba ni el médico chino. Por las cartas que nos remitían los jesuitas, dilucidamos que allí a la sífilis se le llamaba *morbus quantuniae*. Y en esto andaba el Rey muy preocupado, pues el Imperio Celeste de Catay estaba hartó lejos, cuando se nos apareció don Pancho de Sande y Picón, a quien parecía que no le bastaba con haber apaciguado a los chichimecas, ya que se le metió entre sus cacereños cojones conquistar el dichoso Imperio para ponerlo a los pies de su Rey, y que todos allí hablaran castellano y no mandarín, y así se entendiesen los hermosos dibujos, tan ilegibles para nosotros, y que el monarca y yo leyéramos las recetas, sin necesidad de molestos traductores, en la nunca bien ponderada lengua que limpia, brilla y da esplendor. Para ello, si uno lo oía hablar, emplearía un mar de galeras,

artilleros, ingenieros y todas esas quimeras que planeaba. Y que don Philippus, muy ilusionado, escuchaba y creía, por lo que escribió más de una carta al emperador *Wanli*, por allá por los años ochenta, que jamás supimos si las había recibido. Decía don Pancho que, si obtenía el permiso del Rey, lo respaldarían los hombres de los Virreinos de Perú y Nueva España, así como de nuestra Simonia Central. Y Su Majestad, ignorante de que a don Pancho de Sande por su intransigencia lo llamaban en Bogotá el doctor Sangre, lo que había llegado incluso a oídos del Consejo de Indias, se animó. Y dispuso muchos regalos para endulzar al emperador *Zhu Yijun*. Y entre ellos cinco sementales y dos yeguas de vientre provenientes de las Caballerizas Reales de Córdoba; aderezos de espadas y dagas; alpargatas de terciopelo dorado, almártagas y jaeces de caballos; excremento deshidratado de Juana la Loca; una almohadilla sanitaria de Santa Teresa de Ávila que aún rezumaba su inmaculada sangre de marrana; unos sostenes de La Malinche que Hernán Cortés le había enviado a Carlos V; un ámbar azul dominicano que incluía el primer mosquito *Aedes aegypti* hembra con el cual el doctor Carlos J. Finlay demostró la transmisión de la fiebre amarilla; la piel de tres tristes tigres; piojos y liendres palatinos en cofres de esmeraldas colombianas con incrustaciones de perlas de Margarita; una copia del espejo de obsidiana mexicana, idéntico al que años antes había obsequiado a John Dee; guadamecías de diferentes labores y colores; el último calzón corto que usara san Juan de la Cruz; bancos de la universidad salmantina, del aula donde enseñara Fray Luis de León; *El ingenio*, de Manuel Moreno Fragnals, en el original y en su versión al chino mandarín; un eleggúa de Lydia Cabrera; una jaula de filigrana de oro con un coro de coquies amaestrados que interpretaba *En mi viejo San Juan* los domingos al atardecer; un CD con tonadas llaneras de Simón Díaz; las partituras originales de *Alma llanera*, de *María Bonita*, así como del merengue *Ay, mamá qué será lo que quiere el negro*; un diente de leche de Isabel Clara Eugenia; cajas de habanos de marcas reconocidas: *Romeo y Julieta*, así como de *Florentino sin María Salomónica*; pipas de buen vino en botijas; una gorra de pelotero de Aroldis Chapman, firmada por él; sombreros de pelo e'Guama; borceguies de lazo; una caja

de vidrios rotos del Alcázar de Madrid; siete guayaberas Ramón Puig de lino y siete docenas más de liquiliquis de dril; polvo embotellado de San Germán de Holguín; siete lienzos de Gina Pellón; tablas de retratos del monarca ataviado de rey, así como de la crica de sus cuatro mujeres sin atavío alguno; condones de sabores varios, y ungüento sarraceno, en abundancia, por si acaso. Sobra deciros que los tales presentes se amustiaron en las bodegas de los navíos, los cuales en ningún momento alcanzaron el Mar Amarillo del Celeste Imperio, ni los palacios imperiales de Pekín ni se llevó a cabo la dicha conquista, pues hoy, en lugar de español, allí se platica chino que por lo visto hablaremos todos. Y aquí remato mi hablar y cedo la palabra a don Cristóbal.

—La verdad es que vos, *magister, pater et mater*, habéis... —intentó proseguir don Cristóbal Pérez de Herrera, pero un accidente fortuito lo hizo desconcertarse.

El caballo del doctor Nardo Antonio corcoveó y lanzó al suelo a su dueño quien, en el aire, soltó la antorcha y en un giro reveló tan musculosos, compactos, apetitosos y bien formados glúteos, que parecían esculpidos. El duro madero fue a dar a una de las puertas de cristal de La luz de Yara a la que hizo añicos con gran estrépito. En la penumbra, las sombras de varios villanos y mujeres del partido que habían evitado el paso de los médicos del rey se separaron, dispersaron y se perdieron por los vericuetos de la ciudad. Uno de ellos llevaba la tea que trazó, al alejarse, su camino de luz como una luciérnaga.

—Cuando la vaina se puso que jode para Su Majestad fue después de lo acaecido a la Grande y Felicísima Armada. Novedad que trajeron Juan de Idiáquez y Cristóbal Moura —contó Vallés, tras cuyas palabras un relincho de su bestia captó el interés de los villanos que aún permanecían en La luz de Yara—. En enero de aquese año de 1588 había estado con la gota que volvió a tomarle por asalto la mano derecha, lo que le impidió escribir o realizar su masturbación durante la misa, condición que se le repitió en febrero. Pero en el verano con lo acaecido a la Armada su situación se puso de hormigas bravas. Por fortuna, se nos ocurrió llevarlo a Toledo, donde mejoró. Desde esa fecha hasta el final de sus días su onanismo fue siniestro.

—Que a veces aporta más placer —opinó Laguna. Y agregó—: en 1590 su aspecto era deplorable y su fetidez se sentía a muchas varas. Por respeto nos referíamos a ella como *el aroma filipino*, lo cual no impidió que la noticia se difundiera en boca de embajadores y eclesiásticos con otros calificativos. Su mal de estómago acostumbró a los sirvientes a acarrear varios gregüescos, pues al monarca no le daba tiempo de llegar a los reales escusados. Ni la dieta de esturiones ni la sustancia de capón mejoraban sus deposiciones. Adelgazó mucho y su palidez era cadavérica. Las caries dentales llenaban su boca y la halitosis hacía que una bandada de moscas lo siguiera.

—Para ser honesto, don Andrés, ya ni se sabía cuál era el hedor que más les atraía.

—De acuerdo, don Rodrigo —afirmó Laguna—. Sin intermisión, cuidábamos sus labios que las fiebres habían agrietado. Fisuras por donde brotaba una excreción sanguinolenta. Pero lo que más sobresalía era su estado anímico. Cada día más aislado y triste. Para seguir lo propuesto por Alejandro de Trales, le llenamos la cabeza con tal cantidad de sanguijuelas que parecía una puñetera cederista nocturna con rolos. Mas ni con eso se alivió. No le distraía ninguna actividad. Ahí decidimos remitirlo al doctor Luis Marcelino Gómez, quien no quiso tratarlo.

—Me hubiera encantado, pero en Mbansa Bana prohíben socorrer a pacientes no nacidos en nuestra bien amada Isla. Los forasteros sois acogidos en un nosocomio donde pagaréis con divisas, aunque no maravedís. En parte, me alegré. ¿De qué me hubiera servido hacer un buen diagnóstico si no poseía los medicamentos? Por los síntomas que referís parece que Vuestra Católica Majestad padecía una depresión. ¿Endógena? ¿Y qué importa ahora si era endógena o exógena? ¿Acaso la gran simuladora? Hubiera sido mejor ingresarlo. Y estudiarlo. Mas no me lo dejaron ver. Permaneció en el Palacio de la Revolución. Allí de seguro le conseguían los fármacos que no llegan al resto de los vasallos. Jamás se me olvidarán los casos que traté en el Galigarcía, la unidad psiquiátrica del hospital Enrique Cabrera, en Alta Habana. Era el especialista de su Unidad de Intervención en Crisis junto al sabio profesor Humberto Suárez Ramos. Pues apenas recibía a un enfermo y empezaba una medicación, al día

siguiente se acababa y era necesario que aplicara otra que nada tenía que ver con la sintomatología, sin embargo, era lo único a mano para sedarlo. Así que me regocijó que se llevaran al monarca para el Comité Central. Ahí nunca faltan las drogas.

—Los ataques de gota se incrementaban —cambió Vallés el rumbo de la conversación ante el súbito mutis de todos— y se repitieron en el 91 y en el 92. Me oponía a que Su Majestad se ausentara de palacio, pero su terquedad era más fuerte que mis prescripciones. En mayo de 1592 marchó de nuevo hacia Aragón.

—Y es aquí donde retomé las riendas de Su Majestad —dijo el doctor Luis Mercado—, ya que vos moristeis aquel septiembre, querido Vallés.

—Su Majestad tenía una fe ciega en mí.

—Lo reconozco. Pero ido vos se vertió sobre mí tan grave misión. Y de favor os pido que me dejéis seguir que aqueste coloquio necesita finiquitar. En la Rioja, en el monasterio de la Estrella casi se nos apaga la de Philippus. Creímos que estaba en las últimas. Resistió encamado durante cincuenta días. No hubo untura ni medicamento que lo mejorara. Imaginad cuánto brete se urdió a mis espaldas, de los cuales me enteré ya que Su Majestad me tuvo al tanto. Moribundo, hizo entrada en Madrid el jueves 31 de diciembre de 1592, lo que no le impedía estar pendiente de sus ejércitos de espías dispersos por el mundo, en lo que gastaba cuantiosas sumas.

—¿Y con todo esto queréis que no me confunda? —preguntó el doctor Luis Marcelino.

—En 1593 —prosiguió Mercado sin responder—, a Su Majestad lo castigaron la gota, las fiebres y los cólicos, que concluían en muy estruendosos crujidos y en unas cada vez más pestilentes cámaras, lo que no le hizo perder su porte mayestático.

—Gilipollec —intervino de Cervantes—. Al monarca le quedaban dos afeitadas. El domingo 21 de mayo de 1595, nombrado el archiduque Alberto gobernador de los Países Bajos, el soberano se sintió tan indispuerto que, al intentar su masturbación siniestra, incluso asistida, no llegó al orgasmo, por lo que quiso comulgar con su comandante capellán en plena madrugada. Y esperamos un desenlace fatal.

—Desenlace que no tuvieron el gusto de ver sus enemigos, pues Su Majestad se recuperó —afirmó Mercado—. Por aquellos días, se le construyó la silla de ruedas y semicírculos dentados precursora de las eléctricas. En el año de 1596, nos trasladamos a Aranjuez y más tarde a La acequia, donde se nos agravó a tal punto que se trajo, desde Toledo, la imagen de Nuestra Señora del Sagrario. No mejoraba a pesar del régimen diario de carne que con rigor cumplíamos.

—Pues si el rey hubiera estado en nuestra ciudad, se jode —dijo la anciana, quien de inmediato se disculpó por la palabrota y devolvió el antebrazo al doctor Dionisio Daza Chacón—. Aquí no reparten carne. Lo que nos dan es un picadillo que llaman de soya, que es requetemalo, con una peste horrorosa que hasta vuestro Philippus hubiera sentido por encima de la suya. Imaginad que lo tengo que lavar con agua caliente para intentar comérmelo. No me quiero acordar, porque se me revuelve el estómago. Por eso es que la gente tiene que irse de aquí. Y prefiere morirse ahogada en el mar, o en la tenebrosa selva del Darién, camino de Florida, que aguantar el hambre que pasamos. Les digo que no es fácil. No es fácil. Pero la culpa es del imperialismo.

—Y ahí mismo le empezó la hidropesía —agregó Mercado.

—Como en el romance de Sor Juana Inés —comentó de Villalobos.

—Mira que habláis mierda, Villalobos —se le quejó el doctor Mercado—. Lo de sor Juana era el *morbus Barocus* —y sin prestar más atención al médico poeta reveló—, a la hidropesía, juntose la tisis.

—Por entonces —comentó Rodrigo de Cervantes—, respaldados por la reina Isabel, los corsarios ingleses querían arrebatarlos el predominio de los mares y capturar nuestros tesoros de las Indias. Así que podéis imaginar cómo andaban las tripas de Su Majestad.

—Mas derrotamos a la armada inglesa. Primero en Las Palmas. De seguida, en Puerto Rico y Cartagena de Indias, pues les dimos por el culo a Sir John Hawkins y a su primo, el temible Sir Francis Drake, a tal punto que dejó de cagar en Portobelo, lo que levantó el decaído espíritu de Su Majestad —concluyó Mercado.

—No obstante, Philippus estaba tan deteriorado por la gota que, desde el mes de septiembre de 1596, era el príncipe quien firmaba los documentos monárquicos.

—Me consta, don Rodrigo —afirmó Mercado—. A principios de 1597, Su Majestad remodeló El Campillo, residencia cercana a El Escorial. La creyó más sana y mandó a construir un camino por donde ir al monasterio. Allí enfermó otra vez de gota. Lo que no impidió que se organizara una venación. Y Su Majestad cazó un jabalí.

—Con sus perdones, doctor Mercado. ¿No que andaba en silla de ruedas?

—Para seros sincero, don Luis Marcelino, yo no lo *vidi*.

—En noviembre de 1597, debido a los funerales por la muerte en Turín de su hija Catalina Micaela, que en extremo lo conmocionara, Philippus atravesó Madrid montado en su carroza. Los madrileños vieron su rostro cadavérico a través de negras cortinillas. En aquel paseo, para desviar las miradas de los curiosos, pidió ser tirado por unicornios —comentaba Mercado, quien fue interrumpido por la anciana de blanco.

—Como el que se le perdió a Susurro.

—No sé a qué os referís, venerable anciana, el hecho es que comprendimos que Su Majestad estaba alucinante.

—Como el mundo de mi hijo —habló de nuevo la viejecilla que bajó la cabeza y se secó las mejillas con los dedos.

—Gracias al Papa Clemente VIII —enunció Mercado—, sí, el mismo que Luis Marcelino Gómez menciona en su texto sobre Giordano Bruno, el sábado 2 de mayo de 1598 se llegó a concertar la Paz de Vervins con Enrique IV de Francia, que harto disgustó a la reina Isabel. Esto, a cuatro meses y once días de la penúltima muerte de Philippus. En junio, se sintió tan alicaído que deseó volver a El Escorial. Le expresamos nuestros temores a los ásperos ventarrones de la sierra y le rogamos que permaneciera en el Real Alcázar de Madrid, que tanto le había interesado desde que fuera príncipe, pero él dijo estar dispuesto a marcharse a su tumba.

—Philippus estaba tan decidido, que el martes treinta de junio salió de Madrid para cumplir su destino, por más que Cristóbal de Moura se arrojó a sus pies y le imploró que no



lo hiciera y de la negativa de Cristóbal Pérez de Herrera. Mas él dijo que, por sus cojones Habsburgo, partiría. Y partió en una silla de mano. Hizo etapas muy cortas en Carabanchel, en Valdemorillo y en La Fresneda, donde pernoctó el domingo. Y por fin llegamos al monasterio. La mañana estaba clara y el cielo se extendía como una cortina por encima de El Escorial. Las primeras jornadas paseaba por el Palacio y por sus jardines, pero el día de Santa María Magdalena...

Un brusco corcoveo de su alfana hizo que Rodrigo de Cervantes detuviera su narración. Pasó la mano por la testuz de la bestia y susurró algo a sus oídos que la calmó. Y el padre del insigne manco sin serlo, continuó.

—Pues como les decía, el día de Santa María Magdalena...

Un murmullo que crecía en la oscuridad anunciaba que un sinnúmero de galenos cabalgaba en dirección a la comitiva. Como montaban bestias negras, parecía que se acercaban a horcajadas sobre el aire. El claroscuro producto de la llama hizo distinguirlos cuando se sumaban al grupo. Uno de ellos desafió a Rodrigo.

—¿Y vos qué pintáis aquí sobre esa alfana garbosa? Sois un simple zurujano que apenas sabéis bizmar; un cirujano de cuota y no de academia como nosotros. Estáis obligado a andar a pie. Además, ya hace trece años que le pagasteis a Caronte el viaje sin retorno. El que vuestro hijo sea quien es, no os hace el cronista desta historia ni os permite esa prosa ecuestre.

—Licencia hípica de esa sombra que cuenta. ¿Y vos, quién sois?

—Soy el doctor García de Oñate. Con un sueldo de sesenta mil maravedís, nombrado fui médico de cámara de Su Majestad el viernes 23 de octubre de 1573. Día de San Alucio, San Bartolomé, San Romano de Ruan, Santa Oda, Santos Servando y Germán, San Ignacio de Constantinopla y San Juan Capistrano, el Santo de Europa. De seguida, pasé a trabajar a la Casa de Borgoña. Volví a la de Castilla en 1593, pues me ofrecieron un aumento de veinte mil maravedís. Cuidaré al Rey en sus síntomas finales, soy el que tomará sus últimos signos vitales y quien, junto a los doctores Juan Gómez de Sanabria y

Andrés Zamudio de Alfaro, escribirá las postreras notas de su historia clínica.

—Cierto —afirmaron a dúo los dos mencionados.

—El sábado 5 de noviembre de 1580 —dijo Zamudio de Alfaro—, día de San Zacarías y de Santa Ángela de la Cruz, Santa Isabel de las Lajas Querida y en el que se descubrirá la tumba de Tutankamón, nombrado fui médico de cámara. Protomédico fui de Castilla y, como dijo García de Oñate, estuve allí. Mas no vos, don Rodrigo.

—De nosotros, el miércoles 12 de noviembre de 1597, con igual pago de maravedís que García de Oñate e igual aumento, fui el último en ser nombrado médico de cámara de Su Majestad —comentó Gómez de Sanabria—. Y para no ser menos, pues aquí les suelto mi santoral y mi onomástica: día de San Millán del Cogollo Parao, San Josafat Kuncewicz y San Margarito Flores García; nacimientos del general chino Qi Jiguang y de la Décima Musa Sor Juana Inés de la Cruz; de Alexander Borodin, de Augusto Rodin, de Sunt Yat-sen, de Roland Barthes, de Grace Kelly, de Nadia Comaneci y del jonronero Sammy Sosa en San Pedro de Macorís de los Plátanos. Y vos no estabais allí, don Rodrigo.

—No soy el único. Vosotros me diréis ¿qué haríais si una tal Nkawama Ntu Ndinga narra estos incidentes como le sale de su coño? Pero ahora que estáis aquí me despido *zipper* en bembo. No diré que vos, Zamudio, y vuestro abuelo Andrés Núñez de Garoza, fueron médicos de la Inquisición. Dios me ampare.

—El día de Santa María Magdalena, como vos decíais, don Rodrigo —explicó García de Oñate—, Su Majestad presentó unas calenturas que achacamos al exceso de ejercicios. Lo tratamos con sudoríficos, purgas y brebajes.

—Ese mismo día el doctor García de Oñate le intervino, a sangre fría, una apostema en la rodilla y muslo derechos. Aunque el padre Sigüenza ha dicho que fue el poeta y cirujano Juan de Vergara, amigo de Cervantes —informó Gómez de Sanabria.

—Fui yo. Y ordené «una medicina de caldo de ave y azúcar» —aclaró García de Oñate.

—Que no lo aliviaron, y «la naturaleza hizo otras dos bocas». Y tuvo «más de cuarenta cámaras. Y presentó un principio de fiebre héctica. Y gran principio de hidropesía, hinchándosele

las piernas, muslos y vientre notablemente, junto con estar las demás partes tan flaco que no tenía sino los pellejos y los huesos». Y no es un oxímoron. Además, Su Majestad manifestó «cuatro llagas fistulosas en manos y pies» —comentó Zamudio de Alfaro—. A lo que se juntó una incontinenencia urinaria.

—«Sucedió muchas veces —prosiguió García de Oñate—, que por excusarle el gran dolor que sentía cuando le meneaban, se tenía por menor inconveniente que los excrementos que evacuaba de su cuerpo no se le limpiaban, no se le mudaba la ropa de aquella parte y así muchas veces se quedaban en la cama, causándose dellos un pestilente olor. Se le podrían las asentaderas y las espaldas. No se podía Su Majestad rodear, estando siempre acostado de espaldas. En 53 días no se le mudó jamás ropa limpia. Para sacarle las materias que en mañana y tarde eran dos escudillas, era necesario que el cirujano jeringase y exprimiese la materia de muy lejos, estando muy al cabo, fue necesario curándole, levantarle la pierna en alto para dar lugar a la materia que salía por la corva, lo qual se hacía con tanto trabajo y dolor de Su Majestad, que una vez para curarle y limpiarle así desto, como de otras necesidades naturales, lo comenzó a sentir tanto que dijo que no lo podía sufrir. Y replicándole que era muy necesario y no se podía excusar, replicó diciendo: Pues protesto que moriré en el tormento y digolo, porque se entienda. Y luego cesó la cura por aquella vez».

—De mal en peor iba Su Majestad —intervino Zamudio—. Las secreciones purulentas empapaban sus ropas, las de la cama y hasta las alfombras de palacio. «Los dolores no le dejaban dormir». Y «algunas noches padeció mucho».

—Treinta agujeros tenía, como dice el romance —afirmó García de Oñate.

—Treinta días justos antes de su penúltima muerte —agregó Gómez de Sanabria—, Philippus se negó a que lo curásemos o limpiáramos, pues los dolores se le hacían insoportables. El aire de su alcoba tuvo la fetidez de los cadáveres descompuestos.

—Treinta días de moscas azules. Treinta días de gusanos. Treinta días de escaras profundísimas. Treinta —iteró García de Oñate.

—A la sazón —explicó Zamudio—, decidimos una purga de ruibarbo.

—Cuán errados estuvimos —habló García de Oñate—, pues le vinieron aquellas cuarenta y siete deposiciones que llegaron hasta esta Villa.

—Y la uremia y la deshidratación —se apresuró a añadir Zamudio.

—Y el rey se moría de sed. Una sed que invadía palacio. Una sed tenaz. Feroz. Implacable —intervino Gómez de Sanabria—. Mas nos negamos a que bebiera agua o vino. En fin, Su Majestad estaba en las últimas. No se lo dijimos, mas él lo sospechaba. Nos lo informó su confesor fray Diego de Yepes, quien el sábado 1 de agosto de 1598 se lo comunicó.

—¿Y qué dijo el rey? —preguntó la anciana.

—Gracias sean dadas a Dios.

—A mí no me jodáis. ¿Es verdad que eso dijo en subjuntivo?

—Es verdad, don Rodrigo. No resistía más tormentos. Al punto, se confesó. Imaginad la cantidad de pecados que necesitó tres días —concluyó García de Oñate.

—Lo peor no fueron esos tres días, sino que a partir del muslo derecho los flemones se abrieron en varias partes de su cuerpo, como en la cadera —explicaba Zamudio de Alfaro—. El hedor daba grima.

—Tan pronto como temimos el desenlace pedimos un milagro. Y en la estancia del rey se colocó su colección de reliquias que fueron cuidadas por Isabel Clara Eugenia, y entre ellas el falo disecado de Rasputín tan venerado por la infanta —dijo García de Oñate.

—Y la cadera de San Lorenzo, los restos de los santos Justo y Pastor, un trozo de brazo de San Sebastián, las turmas de Gastón Baquero y los esqueletos decapitados de las once mil vírgenes. Así como la cabeza con cuello sangrante de Santa Undelina, reina de Sicilia, una tibia de San Gereón y un hueso de los Santos Macabeos, enviados desde 1570 con el consentimiento del *Papa PIUS Quintus* —continuó don Rodrigo—. Y el carajo embalsamado de Solimán el Magnífico, remitido desde el Palazzo del Quirinale por Clemente VIII.

—No olvidéis, don Rodrigo, las dieciséis cajas con huesos de santos que, veintiocho años antes, el cardenal Otto Truchsess-von Waldburg le había mandado desde Roma junto con las gandumbras chamuscadas del indio Hatuey. Ni una rodilla entera de San Sebastián ni una costilla del obispo Albano ni un brazo de San Vicente Ferrer, antisemita consumado, ángel del Apocalipsis, con su dedo del medio alzado al cielo, así como la osamenta del último asno que cabalgó en sus viajes de predicaciones europeas —recordó Zamudio.

—Ni los cuatro baúles llenos de restos de santos, que llegaron de los Países Bajos, ni la quijada de Santa Inés ni un brazo de San Antonio ni una miniatura momificada de San José Martí, mandadas por sor Felipe José de Tres-Palacios y Verdeja, primer obispo de San Cristóbal de La Habana, quien no aclaró si se trataba de la verga del poeta o de uno de sus dedos meñiques —afirmó Gómez de Sanabria.

—Su Majestad supo que dentro de poco habrían de bajar su cuerpo y mandó acondicionar su ataúd con maderas incorruptas, exóticas y olorosas, provenientes de la quilla de un navío. Las mismas con que se había tallado el crucifijo del altar mayor del Templo de El Escorial. Y dispuso también una caja metálica —declaró García de Oñate.

—Bien calafateada —añadió Zamudio—. Y pidió, entre intenso prurito, que se le enterrara con ropas de tela holandesa empapada en bálsamos. Y al cuello una bolsita con reliquias del emperador, su padre. Y solicitó dos velas que habían pertenecido a la virgen de Montserrat.

—Segundos después de que se le creyera muerto regresó a su lucidez habitual. Y exclamó: *Non omnis moriar* —relató García de Oñate.

—El domingo 13 de septiembre de 1598, a las tres en punto de la madrugada, en todos los relojes —narró con solemnidad Gómez de Sanabria—, Philippus II intentó masturbarse. Pero no se le paró.

—Y acabado el intento, fray Diego de Yepes le entregó el crucifijo que habían sostenido también sus padres. Abrazado a él, el rey partió. Los coros de la Basílica cantaban los primeros salmos de la misa —añadió García de Oñate.

—Entre pus, vómitos, excrementos, gusanos, hormigas, piojos y un hedor que hacía penoso acercársele, se nos venía encima el epílogo del más grande de los reyes de España. Con él concluía el siglo XVI. Jamás hubo nadie que defendiera con tanta fuerza, devoción y paciencia el catolicismo. ¡Ni Roma! —intervino Gómez de Sanabria—. Ya no sabremos más. Muchas de las fuentes fueron destruidas para que no conociéramos la verdad. ¿Por qué creéis que lo llamaron el Prudente, además de Homicida?

—Era noche cerrada. Algunos médicos caían rendidos por el agotamiento. Hasta en la cola hubo unos minutos de quietud. No podía extinguirme, para narrarlo —expliqué.

—No jodas y termina —replicó Florentino.

A una voz del doctor Laguna, los médicos se reunieron frente a la Casa Consistorial. En aquel instante notaron que la muy educada y distinguida anciana era la única que aún seguía con ellos. Andrés Laguna le habló.

—Con todo el respeto que me merecéis, honorable señora: ¿me permitiréis que os envíe unos cuantos metros de holanda blanca, procedente de nuestros amados Países Bajos, para que no tengáis más que vestir como agora?

—Como usted quiera, doctor. Mas no me hago ilusiones ni se las haga usted. En esta ciudad lo mejor pasa al Estado, sobre todo lo que nos envían desde ultramar.

El doctor Laguna se apeó. De sus alforjas extrajo un pequeño libro de piel y pidió, en voz alta, una péndola que Luis Marcelino se apresuró en traer. Sin embargo, carecía de tinta. Por consiguiente, la anciana buscó entre sus ropas hasta dar con un cacho de lápiz que le ofreció.

—Y ¿a qué dirección se lo remito? —preguntó el doctor Laguna.

—10 de Octubre # 23, Esquina a Sol. Ilustre Ciudad de San Isidoro. C.P. 80100

Laguna lo anotó. Espabilados, los médicos esperaban a que concluyera.

—Todavía no tengo su nombre, venerable anciana, ¿cuál es su gracia? —interrogó de nuevo el célebre médico cervantino.

—Oneida Fuentes y Rodríguez, doctor, para servirle.

Laguna escribió, cerró su libro y lo guardó en la alforja; devolvió el pedazo de lápiz a la anciana a quien, a modo de despedida, besó en la frente. Y montó su bestia.

De pronto, la anciana desvió su mirada hacia la casa del Manco. El presentimiento de que era observada desde el balcón la mantuvo en vilo por unos segundos. Pero la cortedad de su visión, la penumbra de la hora y la distancia, solo le permitieron ver el resplandor titilante de una llama y una sombra. La esperanza de un reencuentro, apenas vislumbrado, se esfumó en el cercano amanecer. Se persignó. Y ya sosegada, echó resuelta a andar hacia Vista Alegre.

Antes del alba, montados en alfanas, asnos, bridones, hacaneas, jaca, yegua, frisón y mula, con paso español, junto al uro y la alpaca que trataban de imitarlos, continuó la partida del curandero, el zurujano y los médicos hacia Bariay.

## VI

### Lamentaciones II

En la guía telefónica acontecen cuatrocientas setenta guerras, medio centenar de victorias y una D'Rota. Coño, se dijo Florentino, esta es la mía. Y llamó a la señora D'Rota. Pero no estaba. Y le dejó un mensaje en su buzón de voz.

Y esa misma noche la señora Lakar D'Rota llamó. Surgió derrotada, y derretida, por los orificios del teléfono. No voy a mentir, afirmó Florentino, en verdad os digo que pasé trabajo para rehacerla. Porque llegó hecha trizas, lo que no daba risa, porque no era *pizza*, sino espagueti. Arribó hecha diecinueve hilillos, uno por cada huequito del auricular. Pero Florentino la reconstruyó rápido, diligente. D'Rota sonaba paranoide. No obstante, la dejó hablar y que desplegara sus elucubraciones.

—¿Eres periodista?

—No —le respondió Florentino con amabilidad.

—¿Vienes de la Isla por algunos días?

—No

—¿Turista en Miami?

—Nanay.

—Ah... ya... quieres entrevistarme. Por mi obra.

—No —negó Florentino de manera cordial—. Lo que ocurre es que me enteré de que Arenas era de la Muy Ilustre y Muy Orgullosa Ciudad de San Isidoro. Y quisiera ayudar a su madre. ¿Se ocupa usted de ella? Además, me gustaría que me hablara de Reinaldo.

—Él tiene familia en Miami —le informó, sin decirle dónde—. Además, estoy muy *busy* —agregó contrariada.

—Es que...

—*Busy, busy, busy, busy, busy, busy, busy.*

—O que un día pasara por mi tráiler de Little Farm, nos bebiéramos un té —le pareció sensato no mencionar ninguna bebida alcohólica— y me hablara de él.

—*Busy, busy, busy, busy, busy, busy, busy.* Estoy tan *busy* con mi trabajo en el periódico, y mis cuentos, y, además, tengo a mi madre enferma.



—¿Y qué tiene su madre? —le preguntó con deseo de ayudarla.

—*Busy*, perdón, diabetes. Estoy tan, pero tan tararán *busy, busy, busy*.

—Soy médico, si en algo puedo servirle.

—Tal vez un día nos veamos por ahí. Es que estoy tan *busy, busy, busy, busy, busy, busy, busy, busy...*

—*Thank you very much for everything. Bye.*

—*Busy. Sorry. Bye.*

## VII

La primera vez que te nombraron en mi presencia fue en Mbansa Bana, a inicios de los años ochenta. Alguien lanzó una duda en el vacío acumulado de una casona de Marianao. La interrogación se perdió entre libros, manuscritos y pinturas. Se hizo polvo en el aire. Indagaron, imagino, porque sabían que soy de la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro. Pero ignoraba quién eras. Y en aquel casón colonial nada más me dijeron. Mas la persona que en realidad me hizo leerme fue Lilliam Moro, en Madrid. ¿Has leído a Reinaldo Arenas? Me cuestionó. Y aunque a mí ya me sonaba el nombre, no respondí. Aún no tengo idea del por qué no me explicó de dónde eras. Sin embargo, tengo la certeza de que nos vimos ¿en la Ciudad de San Isidoro? No tengo una idea clara de dónde recuerdo tus ojos, la base de tu nariz, tu pelo ensortijado. Lilliam me prestó un libro tuyo: *Arturo, la estrella más brillante*. Formidable, Reinaldo Arenas, escribí en mi libreta de notas al acabar de leerlo. Un día, Moro me dijo que el jefe de la editorial donde trabajaba había partido hacia los Estados Unidos, porque estabas muy enfermo. Y me pidió que conservara el secreto. En diciembre de 1990, a los trece meses de estar en Norteamérica, se anunció tu muerte. Luego, un amigo venezolano me habló de un escritor que, según él, usaba vocablos que también yo utilizaba. Otro día se apareció en mi tráiler.

—Muérete, muérgano, Reinaldo Arenas es de tu Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro —dijo.

Y aquel día, en mi patio de Little Farm, antes de que anoheciera, nombramos la Plaza Consuhistorial en tu honor. Desde entonces, hablo contigo. Y tras cinco años de abulia, sin escribir más que cartas a la familia, y muy escasas a los amigos, retomo el oficio que me había lanzado fuera de la Isla: escribir. Sí, antes que me repliques, y para amar en libertad a María Salomónica. Ahora vivo en la magia. Gracias a ella tengo en mi sala un boceto de Orlando Naranjo, el pintor de *El Mar en el Oído*, que colgaba en tu buhardilla de Mbansa Bana. Y la máquina de escribir Royal 1900, donde te hago esta carta, me la envió el anticuario en que se ha convertido el pintor, sin dejar de serlo, para subsistir. Vivo en ese encantamiento en el que hemos

confluido, quizás para que me hicieras redescubrirme en esta, mi ruinoso soledad, donde al menos te tengo.

Gracias.

Florentino

## VIII

### Él come mariposas blancas

Pensaba en el arbolito de este año y en las Pascuas, cuando me dormí. En eso, Reinaldo vino a una antigua mansión en Guanabacoa, o solo en parte, pues era además una calle y, al mismo tiempo, un patio árabe con paredes de ladrillos en la Ciudad de San Isidoro. Ya había enfermado y se veía muy delgado. Tenía el rostro cubierto de ronchas. Recuerdo que nos reíamos. Sus gestos eran afectuosos. Y supuse que era de su conocimiento mi admiración por él. Usaba unos *jeans* viejos. Aproveché para averiguar si le gustaba el chocolate y el té y me respondió que sí. Es que, días atrás yo había estado en el mercado. Apenas me fui a comprar queso para las pastas me afligí. Juzgué que a él le encantaría. Fue algo raro. Por eso le pregunté también si le agradaba aquel tipo de queso. Creo que me respondió que no. Había alguien que se balanceaba en un sillón. Me parece que era Lilliam Moro. Estábamos fuera de la casa y él andaba entre unos arbustos de ramas y hojas secas. Sentí como si nos conociéramos. Alguien se acercó y él se hizo invisible. El alguien, cuyo género no logro evocar, quiso saber si yo conversaba con alguna persona. No recuerdo que le respondiera. Lo que sí recuerdo es que Arenas reapareció en medio de los arbustos. Unas mariposas blancas volitaban alrededor de su boca y él se las comía. Desperté feliz. Era el día 2 de diciembre de 1992. Y Reinaldo, en su latitud de mariposas, zancajeaba de un lado a otro de mi tráiler.

## IX

Por la tarde, fuiste al mercado. Ya vendían los pinos de Navidad. El del año pasado lo hiciste con unas ramas recogidas en el patio de Vicaria. Solo gastaste siete dólares en adornos. Algunos te los regalaron la tía Vicaria y tu primo Alberto. Pero te pareció hermoso. Y creíste que ibas a compartirlo con María Salomónica.

María Salomónica debe estar al llegar. Es imposible un día más de separación. ¡Ya ha pasado un lustro sin vernos! Dices. Le daré un abrazo interminable. No voy ni a hablar.

Hoy de nuevo buscas ramas en el jardín. Te conformas. Habrá tiempos mejores. ¿Vendrá María Salomónica este año?

## X

—Corobero, ¡al fin me comuniqué con una amiga de Reinaldo Arenas!

—¿Y qué te dijo?

—Que está muy *busy*.

—¿Y qué vas a hacer?

—No averiguar más. Arenas ha de manifestarse.

—Acudirá. Pero no indagues más. Lo que se busca no se encuentra, viene solo.

## XI

### Lamentaciones (final)

Llueve. Tomé Biscayne Boulevard rumbo sur. Luego, Flagler, mientras relampagueaba. Es tanto el vendaval que temo perderme, ir a dar contra otro automóvil, impactar una barrera New Jersey o que choquen conmigo. Pongo la radio. Y truena. No puedo apreciar la Polonesa Militar. Quiero disfrutarla, olvidarme de la precipitación, olvidarme de la calle. Rrrrrruambanabanm. Cojones, digo. ¡Cojones! Nunca salgo. Y hoy que lo hago, llueve. Paaaaa ra rá, para ra ra ra ram pa ram. Es noviembre y esta noche está invitada la señora D'Rota. Va a leer uno de sus cuentos en un recinto de Miami. Deseo llegar a tiempo. No obstante, el agua ha enlentecido el tráfico y me desespero. Chopin, vete a la mierda. ¿Qué coño pasará allá delante? Sin duda, un accidente, Chopin. Ah, caramba... No voy a llegar para ver a D'Rota. La policía ha interrumpido la circulación. Aún más. Por fortuna cesa el diluvio y el tráfico se descongestiona. Y llego a la esquina de la calle 27 y la sexta avenida. En punto. Las ocho y media en punto.

Entre los concurrentes hay unos que parecen intelectuales y alguna mujer del partido, también intelectual. Y sapos, serpientes, escolopendras y escorpiones intelectuales. Y muchos amigos de la escritora. Algunos me miran con cara de ¿quién es ese? Todos se conocen, los unos a los otros. Solo yo no conozco a nadie. *Birds of a feather flock together. I think.* Creo reconocer a un viejo marica de Mbansa Bana, de esos a quienes les da por la finura rococó, que viven como si fueran princesas decrepitas que mueren ¿vírgenes? Viejas maricas que nadie miró, maquilladas en exceso, de cabellos ralos y pintados; seres emplumados asiduos de hemerotecas, de cinematecas, de bibliotecas, de baños públicos. Maricas de *ballet*. Hay maricones con camisas imitación Versace en cada esquina. Me siento en la primera fila. D'Rota no ha llegado. Empiezan las murmuraciones, todo el mundo espera por ella. Me la imagino aparecer tarde, como las grandes actrices. Diva. Divagación. Divagadora. Divalente. Diván.

Pasados diecinueve minutos de lo programado, llega. Alguien la presenta de manera ditirámica. Se refiere a su noble

nobleza, a su bondad bondadosa. Ella se recuesta, suspira, cierra los ojillos, su cara lacia se estira en un goce orgásmico. Hay otro escritor invitado, pero la D'Rota es quien más habla. Se proclama escritora en un tono petulante. Al final, ¿digo principio? lee un relato: «*All Hallows' Eve*».

Vine a conocerte, para que nadie me lo cuente; pues solo te escuché por teléfono. Te sé, mascarita. Tsé. Lao-Tsé. Te sé. Tsé-tsé. *Tsetse Fly*. Mosca. Hoy nos medimos.

Fuera llueve y hay brujas. Y, dentro, máscaras. Sin embargo, me pierdo en la historia. Temo que la buena impresión se deba a la espléndida lectura. ¡Hasta que lea el texto, digo! Si el resto de las narraciones son como «*All Hallows' Eve*» quizás logre un buen libro. Previa lectura, repito pito. ¡Hola, pito! Hola, santos. ¿Cómo están, brujas? Hola, muertos. Hola, gatos. *Hello*. Murciélagos. *Hello, Lakar*.

Ahora le crecen alas a la D'Rota. Alguien le coloca un halo. Y la veo elevarse, viajar por encima de mi cabeza, como si estuviera sentada en una alfombra volante. Un silencio respetuoso cunde por la sala hasta que vuelve a su trono, cae en su asiento y abre sus ojos cansados. Gracias, dice. Los sarasas gritan: ¡Bravo!

Creo que has logrado un buen texto, siento deseos de decirte, pero no lo reconoceré hasta analizarlo, querida. Me gustó eso que dijiste, que, si un escritor es bueno, es universal. También lo que afirmas, que no todo el mundo logra que su obra sea valorada. Mas lo esencial es escribir por escribir, D'Rota, lo otro no es creación, no es arte. O a lo mejor lo es. ¿Por qué no? Hay que gozar el acto creativo como un coito. Hasta que respire. Y hable.

Para ser genuino, original, no se repetirán fórmulas, declara uno. Si a otros les gusta lo escrito, pues bien; y si no, también, digo para mí. Hay quienes sufren de la revisión infinita, asegura el otro autor en la mesa, a quien D'Rota no deja hablar. Parece que tiene miedo de ser derrotada.

Alguien habla de Realismo Mágico, que se acabó con *Cien años de soledad*. No estoy de acuerdo, me comento whitmanamente. Ni nació ni murió con el Gabo. ¿Dónde me dejan a Franz Roh? ¿Cuántos no creen todavía en ascensiones



como la de Remedios? Realismo Mágico siempre habrá, porque lo necesitamos. Miren la *Biblia*. El realismo es desmesurado. Estamos agotados de realismo, hay tanto que se metamorfosea, que se vuelve mágico. Alguien dijo que el estilo de Alejo Carpentier es Realismo Mágico. ¡No! Me grito en silencio. Lo del helvético, alejadísimo Alejo, muy lejos, en París, muy señor suyo, es lo Real Maravilloso, que son otros veinte pesos. Que no es lo mismo ni se escribe igual. ¿Acaso todo lo real no es, por serlo, maravilloso a los ojos del foráneo?

Lo que sucede es que hay un boicot contra los escritores de Miami, comenta alguien. Lo que hay que hacer es pulirse, pienso, hacerlo bien. «Escribir por necesidad o adicción», como dice el verso. Ya pasará este cierzo. Verso. Cierzo. Rso. Rzo. *So what?*

El espectro de Reinaldo Arenas reúne a muchos de los que han venido. Junta a las zarinas de alta nariz y lustrosa calva. Ahí está Su Alteza la reputada madame Edwarda Pillar, condecorada por los reinos europeos, amiga de la *Maison-Blanche*, a quien preguntan *questa o quella*. Lo que vale es la dedicación, la persistencia. Trabajar hesiódicamente. Dice. Escribir no es solo una batalla solitaria; es, también, una responsabilidad absoluta con el idioma. Blablablá. El orgasmo de la areté en la obra. O de la obra. Afirmo alguien. Y aplaude. Plas. Pla pla pla pla plaus plaus aplaus. Aplausos.

Al público se le pide intervenir. Los hay quienes, se ve a las claras, lo que desean es ser escuchados, sobresalir. Son los que, con el objetivo de mostrar su supuesta erudición, cuestionan para ellos mismos responderse. Podrían muy bien haber venido disfrazados de brujas, aun cuando no estamos en *Halloween*. Hubo también comentarios sabios, sin búsquedas pretenciosas, que resultan ser los mejores. Salió a relucir don Borges y la cosmopolita Buenos Aires. Alguien comparó a uno de los escritores invitados con Ernesto Cardenal. Se habló de la cuentística de Calvert Casey. ¡Hay que recuperarlo!, sugirió uno a madame Edwarda. De los autores invitados, la de la izquierda, Lakar: hombros caídos, cara de perra buena, (perdonadme, perros), o de yo no fui, o de no he sido, pero seré, aunque me tenga que virar al revés, se tomaba la palabra de

forma compulsiva. Brilla en las exposiciones, eso sí. Detrás de su oscura persona parece esconderse una creadora.

—Yo soy una escritora —grita Lakar, *again?*—, y, Tarzana, se golpea en el pecho como una gorila.

A otro perro con ese hueso, pienso a la vez que discurro en la posibilidad de que lo fuera o no. Tiene demasiadas ínfulas. O un ansia patológica de que así la nombren que, mi criterio, está en el cielo sutil por quien le hizo sombra y cuyo fantasma nos ha convocado.

Lakar habla que te habla. Padece de egotismo. Hace hincapié en el éxito, me da la impresión de que le importa más este que la obra. Qué lástima, considero. Lo único que tiene que hacer es escribir. Escribir lo mejor que se pueda, que ya es difícil. Pan para ra ran. Pan. Pan.

Muchos se aglomeran alrededor de Lakar a quien dejo de ver. Ella, a veces, me dedicó una ojeada, si bien ignora que fui quien la llamó cuando estaba muy *busy, busy, busy*. Tan *busy, busy, busy, busy, busy, busy, busy*, que se negó a atenderme.

Las sillas se desprenden de quienes las han ocupado. Me levanto.

Y salgo. Escucho a Lakar decir que escribe desde pequeña. Dejo de oírla en el instante en que se compara con Charles Dickens. ¡Pobre de ti, Carlos Dickens! ¿Cómo traduciré Dickens? *Dick?* Carlos *Dick*. Se me ocurre. Jajaja. Carlos Polla. ..ens. Ente. Y esputo. De nuevo, llueve. Y despliego el paraguas. Y voy hasta mi coche. Y abro la puerta. Y me siento. Y arranco. Carlos: ni cojones.

## XII

—Por eso aseguro que no ha...

—¿Qué haces?

—Reflexiono.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti, Florentino.

—Déjalo para más adelante.

—No hay tiempo.

—Ay, sombra mía, tiempo es lo que nos va a sobrar.

### XIII

#### *Mille Regretz*

*—Si no vengo por Pascua,  
por san Juan me hallaréis.*

Antonio de Cabezón

—Buenos tardes tenga Su Majestad —dijo Florentino. E inclinó el cuerpo. Su mano derecha sostenía la palmatoria alejada del rostro, para que el fuego de la vela no le prendiera el cabello. Hacía muy poco que se había apeado de su yegua magrebí y dejado atrás el arnés tranzado y el morrión en el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial. Varios pajes, quienes le ayudaron a desengancharse la armadura, le habían servido de guías hasta la Basílica.

El monarca, que desgranaba las cuentas de su rosario, al verlo manifestarse con harta reverencia se puso lívido. Un sirviente se le acercó, le dio a oler agua de rosas azules y dos cachetadas. Philippus II, de negro tenaz, volvió en sí y advirtió a Florentino quien vestía, al contrario, traje blanco hueso de lino, corbata de seda dorada y zapatos de gamuza.

—¿Sois vos, u os han cambiado?

—Son los tientos que corren, Majestad.

—Aún no concibo la diferencia. Pero os creo.

—Más os vale.

—¡Vale! ¿Dónde dejasteis a vuestro amigo?

—Hoy me sucedió de nuevo. Por eso vine —dijo Florentino, sin responder.

—¿Podríaís explicaros?

—Fue al amanecer: Me despertó el timbre del teléfono...

—...que nunca sonó.

Esta vez fue Florentino quien, perplejo ante el conocimiento del Austria, cambió de color. Se recuperó con rapidez y colocó en el suelo, equidistante entre él y Philippus, la palmatoria.

—Su Majestad, ¿cómo lo sabe?

—A estas alturas ¿quién no lo sabe? ¿Y vuestro amigo?  
—insistió el rey.

—En el fondo del mar. Deseaba compartir a solas con Su Majestad.

—Al grano, ¿no que habéis venido para escuchar conmigo mi música favorita?

—Sí, Majestad, a eso he venido.

—¿Hicisteis buen viaje?

—Sí, Majestad —respondió encantado de la cortesía del monarca—. Gracias.

—Pues arriba, que se hace camino al andar. Empecemos con un compositor que fue mi amigo, Antonio de Cabezón, el ciego glorioso. Un burgalés que agradezco a mi madre.

Se sentaron a la vista del retablo mayor. Florentino quería mantenerse atento a las palabras del monarca, pero los ojos se le escapaban a los jaspes rojos y verdes y a los múltiples capiteles y triglifos. Sintió un gran recogimiento. Mientras lo orientaban hacia el encuentro con el rey había examinado los mármoles grises y blancos traídos desde Granada y Portugal. Anhelaba detenerse ante el Cristo de Benvenuto Cellini esculpido en su tamaño natural, como Dios lo trajo al mundo, en mármol de Carrara. Deseo que no expresara por no desviarse del objetivo de su visita, sin embargo, lo guiaron hasta él. Y se maravilló del arte del florentino, de la cabeza del nazareno, considerada la más bella del Renacimiento, y de sus perfecciones anatómicas. Reparó, también, en los frescos de Luca Giordano, sus tonos azules, los verdes pastel, los dorados. En febrero de 1578, su Majestad ordenó al maese Gilíes Brevost el órgano que vais a escuchar. Le explicó uno de los guías, quien le afirmó que el holandés había fallecido durante su construcción finalizada por sus tres hijos. Por unos segundos hizo un gran esfuerzo hasta recordar que el instrumento, junto a los otros, había sido estrenado en la inauguración de la Basílica en 1584. Ya recordado, concentraba su mirada en los cenotafios reales de Carlos V y de Philippus.

—Pensáis mucho —le dijo el monarca. Y él regresó a la conversación. Philippus agregó—: Juan de Herrera también trazó las líneas del retablo, en definitiva, construido por Pompeo Leoni, Jacome da Trezzo y Juan Bautista Comane. Y no creáis que las obras que veis en esta área del monasterio son todas

de Luca Giordano, que vino más tarde y retrató a ese de quien deseáis hablarme. Aquí también hay mucho español como Alonso Sánchez Coello y Luis de Carvajal. Juan Fernández de Navarrete, el Sordomudo logroñés que hablaba con los pinceles, tan influenciado por Tiziano, fue quien comenzó a decorárnosla. Al morir, lo reemplazamos por Diego de Urbina. Para seros sincero, ambicionaba que Paolo Veronese completara sus pinturas. Pero al muy pérfido no le salió de sus santas bolas venir, a pesar de la alta suma de maravedís que le ofrecí. Tenemos además de Giordano a otros italianos: Luca Cambiaso y Pellegrino Tibaldi, a quien debemos los frescos del claustro y de la biblioteca, y a Federico Zuccaro que nos deleitó con sus retablos. Y eso que os hablo de pintores. Que, si lo hago de los escultores, ¿qué no me expresaréis frente a la maestría de Pompeo Leoni? Fijaos bien en el retablo mayor. Después de que disfrutemos de mi música, os guiaré con el fin de que os regodeéis con detenimiento en él. Para su elaboración saqué de mis arcas abundantes escudos de oro. No creáis que ha sido por ostentación. De algún modo tenía que enfrentar a los luteranos. ¡Esos herejes! Lo único que hago es aceptar e impulsar en mi reino los decretos del Concilio de Trento. Por la Gloria de Dios.

En un bisbiseo a uno de sus pajes el monarca dispuso que le trajeran la silla litera desde la biblioteca. Florentino la vio colocar a un costado de Philippus, donde este se acomodó. A continuación, el rey le indicó que también lo hiciera él. Luego de unas órdenes, dichas de un criado a otro, acudió un ejecutante, se sentó ante uno de los órganos y, tras una reverencia, tocó una melodía.

—Parece Bach.

—Es de Antonio de Cabezón, Florentino. Johann Sebastian nació en 1685. Cabezón, en 1510. Jolines, ciento setenta y cinco años antes. No obstante, se le suele llamar el Bach español. Lo justo es que a Bach se le llamara el Cabezón germano.

—Es magistral —exclamó Cascajo ya en otro plano espiritual y agregó—: místico.

—¿Así os parece?

—No imaginaba que os deleitabais con música tan sublime.

—¡Os agradezco tanto este nuevo tratamiento!

—Agradezca Su Majestad a los tientos.

—Oíd. Agora el sonido se lentifica. A mi madre le fascinaba la música; hasta tocaba algo de teclado. Fue ella quien me introdujo en este mundo. Tenía a su servicio casi treinta cantores, diez trompetistas y un poco más de trovadores.

—¿Es verdad que antes del desastre de la Grande y Felicísima, Cabezón viajó con Su Majestad a Inglaterra?

—Cierto. Al morir mi madre el grupo de instrumentistas no se desintegró, se me asignó. Herencia que agradezco. No sé qué hubiera sido de mí a solas con la provecita Tudor. Cabezón estuvo con nosotros cuarenta años. No solo viajó conmigo a Inglaterra, sino también a Italia, a Alemania, a los Países Bajos y, como sois cubano, no puedo dejar de mencionároslo: a Luxemburgo. Antonio contribuyó con los compositores de los países que visitamos. En Inglaterra, para no ir muy lejos, el espíritu de sus melodías influyó sobre la tocada en los virginales. Y él mismo fue influido por la música de esas naciones. Fue un gran renacentista que, en España, en el teclado, cultivó las formas más características. Oíd. Agora son las *Diferencias sobre la pavana italiana*.

Unas diferencias habían dado paso a otras. El rey continuó:

—Fue Antonio quien compuso las primeras variaciones de la música española. También lo hizo para vihuela y para arpa.

—Sueño.

—Pero no dejéis de escuchar.

Se deleitaban con las diferencias sobre *Guárdame Las Vacas* de Cabezón. El monarca se puso melancólico. Al verlo, Florentino le preguntó:

—¿Es verídico lo que se dice, que vuestra taciturnidad se inició con la muerte de Cabezón y que Su Majestad lo quiso tanto que tuvo su retrato en palacio?

—Sentí su muerte —habló el monarca muy afectado—. Se nos marchó solo cuatro días antes de cumplir cincuenta y seis años. No olvidéis que fue herencia de mi madre. Quizá la más valiosa. Lo del retrato es verdad. Seguro que os lo dijo su hijo Hernando. Lo cierto es, mi querido Tino, que me sentí desolado.

Con sus dulces acordes él serenaba mi espíritu y calmaba mi alma en las oscuras tribulaciones de la corte.

El monarca se detuvo. Una lágrima rodó hasta su gorguera. Florentino apartó la mirada. En esa hora en que la Basílica se henchía de notas sintió lástima por el soberano. Él también sabía lo que significaba la pérdida de un amigo. En esos instantes se iniciaba una melodía diferente a las anteriores. Philippus y el isidoriano movieron sus dedos de forma rítmica e imperceptible. El Austria pareció alegrarse. Y Cascajo estaba encantado de que así fuera, pero también de percibir aquella música.

—*Magnificent*, perdón, magnífico, Majestad —opinó.

—Es la *Gallarda Milanese* de Cabezón.

—Más parece seglar. ¿Y Vuestra Católica Majestad no ve eso como un sacrilegio en este clima de contrarreforma?

—Nada que haya salido del genio de Antonio de Cabezón es profano, sino divino.

—Aprovecho que nos hemos regocijado con la gallarda de ese ducado, que os regaló vuestro padre, para confirmar si Su Majestad bailó allí gallardas, pавanas y danzas del hacha con Ippolita Gonzaga el día de su boda con Fabrizio Colonna. ¿Es cierto que repitió las gallardas en Alemania y bailó hasta alemanda Cecilia, por lo que se le llamó el príncipe bailarín?

—Bailarín, bailarín, no. Dejémosle ese epíteto al gran Rudolf Nureyev. Lo mío era aprendizaje de la cortesía galante. Puro protocolo. En Génova, antes de llegar a Milán, en mi Felicísimo Viaje, se habló muy mal de mí. Tenía que cambiar, pues era el heredero. El padre de Ippolita, el mantuano Ferrante Gonzaga, gobernador de Milán, servía a mi padre de quien era muy amigo. Hasta había vivido en la corte de España. En los diecinueve días que pasé en el ducado me agasajó con veladas y otras celebraciones. Lástima que muriera a consecuencia de una caída a caballo en mi Batalla de San Quintín. No os niego que me gustaran, al menos en aquella edad, los saraos. Imagínate, Tino, que solo tenía veintiún añitos. Buena oportunidad para acercarse a las féminas sin que sintieran desasosiego, o respeto, por quién era. Y soy.

Nuevos acordes se escucharon. Y ambos permanecieron en silencio hasta que el rey explicó que se trataba de la *Diferencia*



sobre el *Canto del Caballero*. Florentino recordó la música medieval y el monarca estuvo de acuerdo. El ejecutante pidió permiso para interpretar algunas piezas de Luis de Narváez. Pero con vihuela, ordenó Philippus. Y la Basílica se llenó con los arpegios de aquel instrumento que para Cascajo no era más que una guitarra con otro nombre y un sonido más orquestal y profundo, al menos en la pieza que se tocaba y que el Austria le aclaró que era una variación de *Guárdame las Vacas*. Después, también en la vihuela, para continuar con Narváez, disfrutaron su *Canción del Emperador*, más solemne.

—Era la canción favorita de mi padre —le explicó Philippus—. Es parte de *Los Seys Libros del Delphin de Música*. Fijaos que tiene un subtítulo, *Mille regretz*, que lo expresa todo. El original es de Josquin des Prés, de quien no os he hablado.

—Majestad, ¿y no me deleitaré con una pieza de Pedro de Pastrana?

—Pastrana sirvió a mi padre de quien fue Capellán en la Capilla Real, que en sus tiempos tenía tres falsetes, tres tenores, cuatro contraltos e igual número de bajos, cinco cantorcicos triples y dos organistas: Antonio, quien se convirtió en mi amigo, y su hermano Juan de Cabezón. Aunque Pastrana fue uno de nuestros maestros, no me lo llevé en mi primer viaje por Italia, Alemania y Flandes. Me acompañó Antonio. Por eso me centré en de Cabezón y las composiciones que habéis escuchado en la vihuela. Tampoco habéis oído nada de Nicolás Payen. Sí, no es menos cierto, mas no quiero que se diga que sigo con la influencia flamenca de mi padre que «me ha mandado que yo tenga su capilla en pie, como se está, sin disminuir della». Pero no os niego que en mi reino lo relacionado con la música de Flandes era muy apreciado. Por eso también el carrillón fue construido por Peter II van den Ghein. No se ha tocado nada de Pierre de Manchicourt, porque, además de flamenco, era galo. Por lo mismo, y por la cortedad de tu visitación, no se ejecutará pieza alguna de Jean de Bonmarché, ni de los belgas Gerardus van Turnhout y George de la Hèle ni del teniente Adrián Capy, que dirigió mis funerales, ni de mi tocayo, el franco-flamenco Philippe Rogier de Arras. Sé que amáis a Francia, sin embargo, deseo que cuando dejéis estos aires escurialenses, y los recordéis, lo hagáis con acento español. ¿Vale?

—Vale, Majestad. Pero me encantaría que nos regocijáramos con uno de los coros de Manchicourt. Me hace pensar en la música polifónica y en Palestrina.

—De Palestrina, sí os he escogido un buen trozo, con el que vais a gozar.

El monarca hizo seña al mismo paje para que se le acercara. Y le habló tan quedo, que Florentino solo comprendió lo susurrado cuando un estupendo coro de Manchicourt hinchó la Basílica.

—¿Complacido?

—Complacido —sonrió Florentino—. ¿Alguna pieza de laúd? —sugirió.

—Tino querido, pese a la fermosura del laúd, de los avances en las técnicas de su interpretación desde que se toca con los dedos y no con la púa, prefiero nuestra vihuela. Los tonos del laúd son muy tristes para mi espíritu, bien que los he experimentado, junto a los cantos llanos, en mis duelos y quebrantos, que no han sido pocos.

—Qué lástima. A mí también me agrada el laúd. ¿Su Majestad no ha escuchado la suite en E menor para laúd del Cabezón germano?

El rey sonrió. Y Florentino vio surgir a numerosos monjes de trajes albos cuya blancura se acentuaba con el marrón de sus escapularios. Se acomodaron en hileras, unas detrás de las otras.

—Son mis jerónimos, mis favoritos, por sus coros y por su música en general —le indicó Philippus en el instante que se elevaban las voces.

—Oh, Dios —exclamó Florentino conmovido.

Philippus respetó el recogimiento de su huésped. Concluida la pieza, le habló:

—Fue el *Ave María* de Tomás Luis de Victoria. Otro de nuestros grandes. En 1583 me dedicó un libro de misas, antes de componer su obra maestra: *Officium Hebdomadae Sanctae*, publicada en Roma. Hacía unos años le había permitido a mi hermana María, ya viuda de Maximiliano, que lo nombrara capellán de las Descalzas Reales de Madrid. Mas ahora deseo que os regocijéis de algo profano. No quiero que penséis que, durante mi reinado, por estar en lucha contra las herejías, no se

compuso buena música que no fuera sacra. Os escogí a Mateo Flecha, el Viejo. Y, con algunos arreglos, por su extensión, he ordenado los ensayos de una ensalada muy especial para vos: *El Fuego*.

Dicho título me avivó. Aquella música a Florentino le parecía una mezcla de ritmos seculares del medioevo y, a pesar de lo que dijera el monarca, acordes religiosos. No sería raro, caviló, eran tiempos donde predominaba la música sacra cuyos más prestigiosos intérpretes se dedicaban a ella. Y evocó a Tomás Luis de Victoria, cuya *Ave María* habían escuchado. Pero también cruzaron por su mente Martín Lutero y el Concilio de Trento. Y el papado. Y el imperio español. Y su rey, quien acabada la pieza le recitó los versos de Flecha:

¡Corred, corred, peccadores!

¡No os tardéis en traer luego

agua al fuego, agua al fuego!

¡Fuego, fuego, fuego!

Este fuego que se enciende

es el maldito peccado,

que al que no halla ocupado

siempre para sí lo prende.

Qualquier que de Dios pretende

salvación procure luego

agua al fuego, agua al fuego.

¡Fuego, fuego, fuego!

Venid presto, peccadores,

a matar aqueste fuego;

haced penitencia luego

de todos vuestros errores.

¡Llamad esos aguadores,

luego, luego, sin tardar!

Y ayúdennos a matar este fuego.

Y ansí matareis la fragua

de vuestros malos deseos.

Y los enemigos feos huyrán.

Y los enemigos feos huyrán.

¡Agua al fuego! ¡Agua al fuego!

—¿Inspirado, Majestad?

—Siempre ante la música. En nuestro reino no solo hubo oro en la poesía. ¿Qué deciros de nuestra narrativa, de la pintura y de la arquitectura que conocéis? También se vivió el siglo dorado de la música. Pero en una tarde no consigo pasearos por toda esa producción. No puedo deleitaros con los compositores de la era de mis bisabuelos ni tan siquiera los de una época más cercana, como lo es Juan Navarro de Sevilla, maestro de Tomás Luis de Victoria. Ni es posible disfrutar piezas tan breves como el motete *Dicite in magni*, que Nicolás Gombert me compuso cuando nací ni mostraros lo que musicalizaron a mi muerte Alonso Lobo, Adrián Capy, a quien ya os mencioné, Ambrosio Cotes ni tantos otros.

—¿Y es verdad, ya que habláis de vuestro amor por la música, que Su Majestad toca la vihuela? No me extrañaría. Fíjese que más allá de los Pirineos —dijo y así evitó mencionar el país galo— me enteré por Gustave de Gallimard, ese guerrero de allende los mares, que José Antonio Páez tocaba el violín. ¿Lo imagináis? Gustave, obstinado arpista caraqueño, hizo una gira con El León de Payara, a quienes acompañó por San Fernando de Apure, Caracas, París, con perdones, y Madrid, el virtuoso y bello violinista cubano Brindis de Salas.

—Bueno, con tino os digo, Florentino, que sí que toco madera y también un poco la vihuela. Pero como estamos entre músicos no quiero hablaros de mí, que no canto ni bailo ni monto en mula ni uso calzones ni condones, con perdones, aunque como frutas. ¿Y vos?

—Ay, Majestad, deje eso. Solo me aprendí un corrido mexicano en una guitarra maltrecha. Ah, y Diana, de Paul Anka, que estaba de moda. *I'm so young and you're so old...* Pero no recibí instrucción alguna. Y se dice que Su Majestad estudió por el Libro de música de vihuela que Diego Pisador publicó en Salamanca. Teníais veinticinco años. Lo dedicó a Vuestra Excelencia, donde escribió aquello de «Determiné de lo dedicar a V. Alt. por si V. Alt., queriéndose desocupar en los trabajos de gobernación, quisiere descansar en este ejercicio de la vihuela». ¿Descansó?

El monarca no respondió. Uno de sus sirvientes se le acercó y le habló en voz tan baja que Florentino tampoco lo escuchó. Acto seguido, el soberano se dirigió a él.

—Mi digno amigo, se acerca el ocaso. He ordenado un final idóneo de la jornada que hemos pasado juntos. Antes de hacerlo deseo que tengamos un *refrigerium*.

El rey levantó la vista y varios criados trasladaron un estrado, que adaptaron debajo de su silla, con lo cual se situó en un nivel superior al de Florentino. Además, trajeron una mesa que colocaron entre Philippus y el isidoriano quien, al no ser un Caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, comprendió que el Austria lo honraba al considerarlo de la nobleza, única posibilidad de comer con él. Sobre la mesa tendieron un mantel de encaje que se pobló de servilletas de hilo y platos, cubiertos y copas, de plata para Cascajo y de cristal transparente para el soberano. En eso se procedió al lavatorio de manos. Todo con un protocolo que el rey, seguido por Florentino, cumplía. Un panetero colocó el pan. Oportunidad que aprovechó el prelado de la Capilla Real para bendecir los alimentos. De inmediato, se les presentaron varios guisos: palomas, perdices y pollos, fritos y asados, así como venado, del que se sirvió el rey. Cascajo prefirió un cocido madrileño. Probó también su manjar predilecto: el ciervo. Durante lo que Florentino juzgaba opípara comida, el monarca lo invitó a hablar. Así fue como Cascajo abordó el tema de la desaparición de los Austria en España.

—¿Quién le iba a decir a Vuestra Majestad que en el trono donde hubo un Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, como vuestro padre, terminara un ser incapaz de dejar heredero?

—Qué vergüenza.

—Su Majestad no debería sentirla. La culpa fue de un cromosoma. Le zumba la berenjena que tuviera, en su lugar, que venir un Borbón.

—Bueno, qué carajo, con perdones, puro Borbón no era. No olvidéis, Florentino, que era nieto de María Teresa de Austria, nacida aquí en El Escorial, hija de Felipe IV, mi nieto; en definitiva, nieto de mi bisnieta.

—Entonces, ¿el duque de Anjou viene a ser así como su chozno?

—Más que eso, chozno al cuadrado, o al cubo, pues si os fijáis, Luis de Francia, su padre, era nieto de Ana de Austria y Austria, Austria por partida doble, Austria<sup>2</sup>, hija de Felipe III, mi

vástago, con Margarita de Austria, Archiduquesa de Austria. Por otro lado, Luis de Francia era el hijo de María Teresa de Austria, mi bisnieta, y de Luis XIV, el Rey Sol, bisnieto mío también. Por último, su madre, María Ana Victoria de Baviera, era bisnieta de Catalina Micaela de Austria, infanta de España, mi hija. Con ello se declara que su sangre era más de abolengo Austria que Borbón. *Quod erat demonstrandum.*

—¿Su Majestad cree que pueda referirme al Duque de Anjou como el superchozno Austria de Felipe II y echar por tierra la historia de que los Borbones os echaron del trono?

—No os lo aconsejo, aún reinan. ¿Apetecéis algo más o ya queréis la sobremesa?

Y vio pasar múltiples postres entre los que abundaban pasteles, de los cuales el monarca escogió varios. Florentino se decidió por una fuente de nata. Ensimismado en ella recordó que, durante el refrigerio, el copero mayor miraba a través de la transparencia de la copa de cristal y probaba el contenido de las bebidas antes que Philippus. Un sirviente se había mantenido con un babero colocado debajo de la barbilla real, atento a cualquier derrame, a la vez que otro, con servilleta, estaba dispuesto al lado del monarca por si necesitara secarse los labios. Un trinchador esbelto, de dentadura perfecta, vestido con mucha pulcritud y guantes blancos, había cortado la carne escogida y se la ofrecía al rey, quien en determinados momentos le indicaba que probara la comida antes de ofrecérsela. Tanto para él, como para el anfitrión, hubo criados con aguamaniles. Mucho que extrañó un tenedor.

—¿Os gusta la nata?

—Me encanta, Majestad. Gracias.

—¿No tenéis otro asunto que quisierais hablar conmigo?

—Ya que me preguntáis, quiero deciros que suponía que vos fueseis más desconversable. Y que esperaba escuchar cantos gregorianos, pues estoy al corriente de que Su Majestad es experto en el canto llano y que, además, los defiende frente a la música polifónica. También pensé que vería algunos ministriles y que nos deleitarían con sus instrumentos.

—Sosegaos. Os conozco mejor que vos a mí. Por eso estáis aquí y me disfrutáis tal cual soy. Y ¿a cuáles instrumentos os referís?

—Flautas, bajones, chirimías, sacabuches, cornetas, dulzainas.

—¿No estáis satisfecho? Ya os expliqué que es imposible abarcarlo todo en una sección, pero no hemos terminado, aún os tengo una sorpresa que os acompañará por el resto de vuestros días.

Y Florentino observó cómo, tras una imperceptible señal del monarca, se dismanteló la mesa. Los sirvientes se marcharon en regia compostura como habían estado, pendientes solo de los deseos de los comensales.

Acabado el *refrigerium*, el monarca le brindó una copa de cerveza. Y le habló.

—Quiero daros la sorpresa prometida.

A Florentino le encantaba la idea de que lo sorprendieran.

—No voy a poneros aquí ninguna de las piezas que el más excelso compositor de música litúrgica, nacido en Palestrina dos años antes que yo, me dedicara. Sino su pieza magistral.

Florentino ya conocía la obra a la que se refería el soberano, la estupenda pieza que Giovanni Pierluigi da Palestrina había compuesto al Papa Marcellus II, su *Missa Papae Marcelli* en la perfección de la música polifónica, menos compleja que las de la escuela flamenca y a tono con el espíritu de la contrarreforma. Por eso se explicaba la aceptación de su anfitrión. No hubiera escogido algo tan sublime para la despedida. Él se conocía y no quería flaquear ante la espléndida partitura del italiano. Aquel que fuera llamado el Príncipe de la Música había sido descubierto por quien dirigía el coro de Santa María Maggiore, mientras con hermosa voz vendía los productos agrícolas de la granja familiar en las calles de Roma. Había sido parte de la capilla papal y maestro del Coro de la Basílica de San Pedro. Él amaba esas vidas de seres que, con su esfuerzo, terminan como miembros de la aristocracia universal.

Las voces se elevaron en la Basílica. Parecía que se juntaban con los frescos del techo. El arte reunido los abrazaba. Desde el *Kyrie* hasta el *Agnus Dei* el monarca se recostó, cerró los ojos y desgranó su rosario. Florentino se sintió insignificante, emocionado. No quería que el rey se diera cuenta de que estaba tan conmovido. Los acordes más emotivos fluyeron por él. Así

transcurrió la armonía. Como un río orlado por un bosque cuyas orillas se cubrían de flores. Río que era un camino desde el alma a la divinidad. Una vía de consuelo y de purificación. Al concluir la misa, la diferencia entre los coros y el silencio se sintió como un abismo. Demoró en percibir, en un susurro, la voz de Philippus. Entonces, notó que sus ojos estaban húmedos.

—Habéis escuchado una de las composiciones más radiantes y apacibles de la música. Dios ha de haberse regocijado, como nosotros, porque es coro celeste.

—Así también lo creo.

—Sin embargo, Florentino, he de deciros que no cambio el cantar de los pájaros del alba, muy en especial el de los ruiseñores, por toda la música del mundo. No hay melodía más exquisita al espíritu que la producida por las avechicas del cielo, hijas de Dios.

—Pero, Majestad, el hombre es producto de Dios. Y en su fruto está también la mano divina. Porque el hombre es el prisma de su luz. Y Él es el fuego. Y las obras de los seres humanos, las llamas de su espíritu.

—Es profundo lo que decís, Florentino, pero prefiero los pájaros. ¿Por qué no os quedáis esta noche a dormir aquí? Así marcharíais al amanecer entre esa música de Dios.

—Me encantaría, Majestad, y os agradezco con humildad vuestra invitación. Pero debo partir.

Ambos se levantaron. El rey lo escoltó, como había prometido, hasta el retablo mayor de la Basílica. Florentino sostenía la palmatoria. El fuego se reflejaba en los dorados. Iluminaba lo suficiente para que se delimitaran los distintos niveles, las columnas, las esculturas, las pinturas. Caía sobre el suelo de la escalinata de mármol rojo, donde la refracción parecía humedad de sangre. Se detuvieron en la contemplación solo interrumpida por el monarca.

—Fuera os esperan los sirvientes con vuestra armadura y os ayudarán a vestirla. También os darán vuestra ágil yegua magrebí que bastantes dinares que os costó.

Florentino no habló. Estaba en exceso inmerso en sus impresiones como para manifestarse con coherencia. Prefirió callar y echó a andar. A su lado también lo hacía el monarca.



Iban despacio. Era consciente del encuentro, de la irrepetible experiencia. Marcharon hasta el Patio de los Reyes.

Atravesaron la fachada bajo los reyes de Judá. Philippus anduvo hasta la escalinata, pero no la bajó. La noche se deslizaba desde el Monte Abantos.

Florentino descendió, alcanzó la palmatoria a uno de los criados y discurrió cómo atravesaría el zaguán de la puerta principal, mientras era vestido. Cuando concluyeron, asió el candelero y montó en Babieca que, como él, resplandecía con la llama. Al desplazarse, ambos semejaban una bestia medieval de fuego.

—¿Hacia dónde os dirigís, Florentino? —preguntó el monarca, quien se llevó una mano a la gorguera y luego a Cascajo en gesto de despedida.

—Esta antesala os lo dice, Majestad —afirmó el aludido con un inclinar respetuoso ante el soberano.

—Pues que así sea.

## XIV

—Florentino, Florentino.

—¿Qué?

—Es que... siento miedo de decírtelo.

—Dilo.

—¿Y si me equivoco?

—*To err is human*, dijo Alexander Pope

—Está bien. ¿Me perdonarías? Él también dijo que era divino.

—Pues claro. Anda.

—Que tal vez la sombra no sea yo, sino tú.

—Ah, Nkawama Ntu Ndinga.

## **XV**

### **Mística**

Un hilo de plata  
me une a mi docta sombra  
que conversa.

## XVI

- Florentino, Florentino.
- ¿De nuevo? ¿Qué quieres ahora?
- No te duermas.
- ¿Por qué?
- Por nada. Bueno, temo que se acabe la lumbre.
- Eso no va a suceder.
- Podrías olvidarte de la palmatoria.
- Supón que ocurriera.
- No lograrías seguir.
- ¿De veras que eso crees, Nkawama Ntu Ndinga?
- Por supuesto.
- No me tientes.
- Pues allá tú.

## XVII

*Sombra, no vengas conmigo/déjame solo...*

*Canto a la sombra – Blues son*  
Miguel Matamoros

7:27 a.m. Agosto. El tres. De 1999. Aeropuerto Internacional de Miami. Puerta de salida D 9. Sudo a chorros. A la fuerza acosté mi cuerpo a la una y media de la madrugada. Se me volvió a despertar a las cuatro. Y me encaminé a mis pasos. Los pasos de mi volición. Me voy a Venezuela con un morral de abulia. Y el deseo de soltarla en el primer charco para que ruede y se pierda, para que alimente caribes, gimnotos, caimanes. Que se meta por cauces, que se vaya a las selvas del mar. Atravesaré nubes de montañas, estepas, sabanas, médanos. Y seré, pase lo que ocurra, Florentino Cascajo, sin mi sombra. Yo sin mi sombra. Sin sombra que me guíe. Sin sombra que me diga y desdiga. Sin sombra que me sombree.

A las 8:00 a.m. debería embarcar. Pero hay una hora de retraso. Crisanto, que me espera, se va a impacientar. Pienso en él. En los años compartidos. Y vuelvo a Little Farm, al tiempo debatido, roncado. Alargado en cartas, telefonazos, envíos. Tengo en mente las múltiples invitaciones. La casi ida definitiva a vivir a Venezuela, porque Crisanto era la casa y el camino. Ven, Florentino, este jardín donde están las limeñas te espera cargado de aves del paraíso y de cambures. Y de malojillo y de poleo para las infusiones de nuestra plática. Ven, pana, te mereces esto. Aquí te tengo cayenas del color del nombre de la bruja. Y capachos amarillos. Y brotes de caña de la India. Y sábila. Y orquídeas: catleyas, arañas, tigras, obispo. Y helechos como cuando llegaron. Y aquí Dharma. No te vas a querer ir, chamo. Es lo que necesito. Leer su poesía, palpar su lucidez. Meterme en su afecto por unos días. Y regresar lleno de fuerzas.

Le llevo algo de sus diecisiete cajas de macundos que pululan por mis habitaciones. Una maleta con las cartas que recibió en los Estados Unidos. Postales, fotos, apuntes, libros de vinos, de monjes budistas, ceniceros, porcelanas chinas, tazas, tacitas, tetera, Marilyn Monroe, Pablo Picasso. Siga a la derecha.

Su candelabro de pared de hierro forjado. Y el *Earl Grey Tea* por el cual atravesé el condado, porque es el que ahora prefiere Crisanto.

Discurro sobre estos años de separación. Fantaseo sobre los días que me esperan. Caminaré con detenimiento por San Fernando. Visitaré los hoteles donde se hospedó Rómulo Gallegos. Conoceré a su adorable tía, que será como toparse con un personaje de *Doña Bárbara*. Esperaré el poniente en las riberas del Apure. Respiraré los Llanos. Los esteros. Andaré sus ríos.

Explican que el avión tiene un desperfecto. Imagino a Crisanto que mira las pizarras, que busca razones. Apenas me llegó el pasaporte lo llamé a su teléfono. No funcionaba, así que localicé a Zoraya, su madrastra. ¿Y Crisanto?, no me ha llamado en un año; como dice que tuvo dos infartos cardíacos y es hipertenso he sentido temor. Está bien, en una consulta de kinesiología, pues él no soporta responsabilidades, se altera; trabaja unos días aquí en Maracay y otros en Valencia; hace unos meses perdió su primer hijo en un aborto.

—No lo sabía, Zoraya. Me gustaría hablar con él. Que me llame, por favor.

Y hasta puse en el contestador automático un joropo de los Llanos: «Yo nací en esta ribera del Arauca vibrador/soy hermano de la espuma...», que, si lo escucho, imagino que lo bailo con un liqui-liqui blanco hueso del más puro dril valenciano, alpargatas y sombrero pelo e' Guama.

Sin embargo, no llamó.

Y caigo en su búsqueda infructuosa desde su regreso. Cinco mujeres en siete años. Y a todas relató nuestra amistad. Porque son extraordinarias, Florentino. Y me comprenden. Conocerás a esta, es ceramista, poeta, tiene bonsáis. Y así, de todas. Y, más adelante, ellas que me llamaban en la separación para enumerar horrores de él que jamás acepté. Para que veas el hermano que tienes. Lo eché de la casa por vago. Ha estado en las drogas. Y yo, que no. ¿Para qué? Y defendía su integridad. Por suerte, la próxima me dijo: aquí te esperamos; desde hace meses hemos puesto la casa de Navidad; y se acabó la Navidad, pero no la hemos desmantelado hasta que la celebremos contigo. Y otra:

aquí te he moldeado una pieza azul, que dice Crisanto que te vas a arrastrar como Ringo, tu gato, porque es tu color preferido; gracias por el tapete africano que me enviaste de regalo con la caja de discos que Corobero tenía allá.

Y a la semana, preocupado, insisto. Mira, dice Zoraya, estos son sus teléfonos, me imagino cómo se pondrá; tan pronto como se lo dije, lloró; espera, casualidad. ¡Cojones, pana, si desde que Zoraya me lo dijo me parece que sueño; esto sí que es arrecho; qué vaina; vente enseguida! Espera, necesito saber si estás en condiciones de recibirme; ¿estás bien? Verga, mejor que nunca; llámame a la consulta para irte a esperar. Y días después: ya saqué el pasaje. ¿Solo ocho días?, no conocerás ni Maracay. Es que aún soy estudiante; vivo de una beca; voy gracias a una tarjeta de crédito y porque te tengo a ti. Donde hay amigos no hay pobreza. Recuerda que como de lo que sea y que quiero dormir en un chinchorro; al menos me llevas hasta San Fernando. Pasaremos la noche en casa de mi tía, como te prometí; verás cómo se pone el sol sobre las aguas del Apure; con toda seguridad, Caracas. Mi viaje es para verte, tengo muchos deseos de conversar. Empataremos los días, Florentino, no pararemos de hablar; mira, muérgano, alquila desde allá un vehículo y trae dinero.

Durante años él me aconsejó que no llevara ropas, que usaría las suyas. No obstante, cargo con las mías. Era tan grande mi deseo de verlo, de entregarle algunos de sus corotos, de pisar Venezuela y mi necesidad de compartir con un amigo real, que con la tarjeta de crédito me costeo el desplazamiento. Y hasta alquilo un auto de cambios y compro regalos para sus padres, quienes en todo momento me habían informado dónde y cómo estaba y adónde llamarlo. Hace más de una década que no hablo con nadie, excepto con tía Vicaria y con él en Miami. Así que aquí estoy en este aeropuerto. Cargo con un inmenso sombrero de campesino mexicano que Crisanto tenía en Garnet Hall. Siempre que me invitó, planeé aparecerme frente a él con este sombrero, unas alas pequeñas con elásticos para la espalda, unos pantalones cortos que él había echado en la basura, y yo recogido, y un par de botas de montar. Él temía que me le presentara así en Maiquetía, pues habíamos jaraneado al respecto. Una vez, aún vivía en

Miami Beach, me pidió que lo recogiera en Biscayne Boulevard y la 79 Street. Y me aparecí en calzoncillos de flores, corbata de *Halloween* sobre el tórax desnudo, el pelo bien engrasado, partido al medio, y descalzo. Aparqué. Crisanto abrió la portezuela. Y por poco le da un ataque de alferecía. Había repetido mi broma a todo el mundo. Esperaba que hiciera lo que él consideraba una de mis jaranas. Lo que pasa es que en eso radica uno de los cambios que me ocurren si estoy con él. Me vuelvo lúdico, creativo. Y es ese encantamiento, que no ha variado junto a mi cariño, lo que me hace viajar. Crisanto es el único amigo al que consigo ver. Los otros están en la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro. Así que este empeño estoy a punto de cumplirlo. Corobero estará muy ansioso por mi demora.

Aguardo la partida con un libro exclusivo: *Doña Bárbara*, en su segunda edición: Araluce. Con una dedicatoria del propio autor: «Al poeta y novelista venezolano, don Rufino Blanco Fombona. Su admirador y compatriota Rómulo Gallegos. Barcelona. 1930». A través de los Llanos y ríos de *Doña Bárbara* amo la creación venezolana. Y aunque se perpetúen aquí entrelazados los apellidos Torrealba/Gallegos, no por eso dejará de emanar desde sus páginas el olor del mastranto. Lo bueno y lo malo del hombre, que es lo universal. Y los personajes de El Miedo.

Soy afortunado. Dentro de muy poco seré abrazado, bautizado y bendecido en la amistad.

—¿Cómo entraste, tía Vicaria?

—Como siempre que has estado en un hospital. ¿Qué pasó?

—¿De qué me hablas?

—Solo mencionas el Arauca y el camino a Cunaviche.

¿Y Crisanto?

—Ahí están los apuntes del viaje. Léelos.

En el aeropuerto me esperaba Crisanto con sus abrazos de siete años, su última compañera, Lachesis, y la hija de esta, Elisabeth Amelie, a quien llaman Sisi, que lo ha adoptado como padre. Me siento extraño por los inesperados acólitos. Vamos



a buscar el vehículo alquilado. Informan que no los tienen mecánicos, que fue un error de quienes hicieron los trámites en los Estados Unidos. Llamam a otra compañía. Discuten. Luego de una disputa, en la que toma parte Crisanto, me asignan un Volkswagen. El cambio representa trescientos dólares más. Corobero explicó que vengo a hacer una investigación sobre Gallegos. ¿Por qué aludes a un estudio que no voy a realizar? Le pregunto. Y no me responde. Una empleada revisa el auto y me entrega los papeles. Me dispongo a conducir. Mas la señora Lachesis se me acerca y me pide la llave. Dice que para salir del aeropuerto. Y que si tengo algún juguete para que Sisi crea que se lo he traído. Y que está embarazada de cinco meses. Entonces, coloca a la niña a su lado, en el asiento delantero. Atrás, Crisanto y yo. Admiro el paisaje. Callo los temas que traía en mente para compartir. Y saco los gemelos. Sisi, quien me bautiza tío, los quiere. Se los doy. Se los muestra a la madre, a quien llama Cuaima. Trato de evadirme. ¿En qué sitio se posarían los ojos de Camille Pissarro entre Maiquetía y Caracas, hacia donde nos dirigimos para visitar la estatua de Bolívar? Damos una vuelta por el margen de la capital y me explican que no hay donde aparcar. Pasamos a la carrera por el capitolio. No pongo ni un pie sobre una calle. A través del cristal admiro la ciudad, lejana, como un amor platónico. Pienso que Martí, aunque no describe si a pie o a caballo, narra cómo un viajero, al llegar a Caracas, «sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino» que fue hasta el Libertador. Y reflexiono: si anduviera solo con Crisanto, ese hubiese sido nuestro primer destino. El no querer conflicto me hace aceptar un papel que no me imaginaba. Soy el llevado. No es mi costumbre. Ni siquiera Corobero, que conoce de sobra mis gustos, es quien me guía. Tenemos que llevarlo a casa de Trajano, aconseja Lachesis. Y sonrío para afrontar la ira. Crisanto se halla en éxtasis.

No me lo puedo creer. Yo, Florentino Cascajo, en Maracay. Yo sentado y sin sombra en un chinchorro en la casa de Crisanto. Corobero duerme junto a Lachesis. Nos separa una pared inacabada de mampostería y puertas abiertas que hacen que la comunicación sea excepcional. No hay fragores. Hoy pedí

a Crisanto escuchar música venezolana. Es que ya no me gusta, dijo. Prefiero *New Age*. Por la tarde nos bañamos a la intemperie del traspatio y fuimos a casa de Zoraya y de Carrodegua, el viejo descendiente del General en jefe José Antonio Páez, quien me brindó, en su plato, caraotas con arroz. Comí en el patio a la sombra de los mirtos. Por teléfono hablo con el doctor Abejares del Llano, primo de Crisanto, sobre *Doña Bárbara*. Carrodegua le informó de mi presunta investigación. Quedamos de vernos el jueves. El viernes partiremos hacia San Fernando de Apure. Les di sus regalos y nos regresamos. Disfruto la ciudad nocturna desde el auto. La avenida Bolívar. La plaza de toros Maestranza César Girón, réplica de la de Sevilla. Y aquí estuvo Manolete. Y aquí, en Maracay, murió Juan Vicente Gómez. Y de nuevo el barrio marginal y la vivienda blanca a medio construir donde pernoctaré. Entonces, entregué a Crisanto los fardos que le había llevado. Entusiasmado, me dijo:

—Tenemos el plano del hogar que construiremos con el cuarto tuyo que ocuparás en esta, tu casa venezolana, hasta que vuelvas a tu Isla. ¿No es verdad, Lachesis?

Una vez solo, Dharma golpea la ventana. Recuerdo mi llegada, aún desde el avión: las verdes montañas semejan quelonios que estiran sus miembros sobre las aguas. Caracas de cerros y de ranchos. Pescadores y campesinos venezolanos, colombianos, ecuatorianos, peruanos, residen allí. Dharma entra. El dinero en avalancha ha eclipsado la Caracas colonial, explicaron mis anfitriones. Pienso en Maracay, donde nació Crisanto. Y en las cúspides que se enredan con las nubes. Estoy impresionado por esta geografía. Los mosquitos me pican. Caracas. Digo. Caracas. Itero. Dharma ronronea sobre mí. Y me duermo.

Durante la noche me despertó el silencio. Me extraña la ausencia de ronquidos. La temperatura es fresca, diferente al verano de los Estados Unidos, donde la ola de calor ha matado a varios. Al clarear no me levanto. Para no molestar, espero. Elisabeth Amelie, desde su cuarto, imita a un viejo fumador; o suena como mil animales, hasta que Crisanto, que viene

a llamarme, va hasta ella y allá se queda. No hacen café. No desayunan. Al mediodía, salimos. He pedido a Corobero que me guíe a algún lugar para cambiar dólares por bolívars. Antes, nos detenemos para saludar a uno de sus amigos. Se llama Remo. Tienen que llevarlo a casa para que conozca a Trajano, aconseja. Desde el cambio, pago todo: peajes, comida para los cuatro, gasolina, entradas a los centros de recreación. Lachesis pilotea. En ningún momento pide mi aprobación. Y nada digo. No quiero disgustos. Me llevan hasta Puerto Cabello. Camino por la Calle de los Lanceros. Por aquí anduvo Bolívar y José Antonio Páez, narran, en la última batalla contra las Fuerzas Realistas. Y aquí murió fusilado el médico Vicente Salías, autor de nuestro himno. La ciudad es tan vieja que aparece en el plano que Diego de Henares hizo en 1578, cuenta Lachesis. Crisanto rectifica: fue Juan de Pimentel. Felipe II tendría 51 años, calculo. Atrapo en mi memoria cada fachada de colores. Con el detenimiento que permiten quienes andan apurados, miro arcos, balcones. Y, en el puerto, cercano al malecón, el castillo donde estuvo preso el Libertador. Aquí viví la niñez, afirma la señora Cuaima. Y creció mi mamá. Y marcha en busca de sus familiares. Sorprende a una prima en una acera. Chama, más tarde voy a ver a tía, le dice. Luego tocamos en su puerta. Y en otras. Nadie responde. Desistimos. En un tugurio bebemos una sopa de pescado que nos hace sudar a chorros. Y comemos arepas. De regreso me trasladan a unas aguas termales. Corobero me guía a donde se compran las entradas. Hubiera preferido ir al Campo de Carabobo o al Museo Antropológico de Maracay.

Nunca me han llamado la atención las aguas termales, esas tórridas orinas de Pantagruel. Sé que creadores y personalidades fueron asiduos a las aguas medicinales. Desde Goethe hasta Brahms. En Montecatini, crearon Giuseppe Verdi, Puccini, Rossini. Y descansaron Carusso y Toscanini. Y famosos directores de cine filmaron en el sitio, entre ellos Fellini y Mijalkov. Y hasta Marcello Mastroianni se había enlodado en una de sus fuentes. Marienbad ha sido visitado por célebres artistas e intelectuales: Chopin, Freud, Ibsen, Kafka, Mahler, Nietzsche, Nobel, Twain, Zweig. E inspiró el hipnagógico y vitoreado film de Alain Resnais. No me convence. No me gustan. Y punto.

Sin embargo, no se trata de discutir. Es la señora Cuaima quien decide.

Me introduzco en las aguas. Alguien me mira. Se me aproxima. De lejos me siento vigilado por Lachesis cuyos ojos me persiguen desde una de las sillas reclinables. Sisi no pierde mis pasos.

Voy a los baños turcos. Y se me revela el erotismo suspendido entre los vapores que me ahogan. Salgo y regreso a las termas. Entre los árboles andan los cristofués. Vuelvo al hamán. El deseo es dorado y tibio.

Por la noche, en la penumbra, Puerto Cabello es una explosión de colores. Crisanto duerme. Mañana, al amanecer, Elisabeth Amelie sonará como mil animales, interrumpirá mi intento de plática con el maracayero. No hay posibilidad de hablar con mi personaje. Ni fragores. Estoy en Simonia del Sur.

El chinchorro ya me conoce. Cede a mi cuerpo. Me hace, y le hago, el amor. Al levantarme, Lachesis lleva a Crisanto a su trabajo y a Sisi a la escuela, siempre en mi auto que ha hecho suyo. Al regreso, me habla de ella. En Miami no supuse que estaría a solas con alguien que no fuera Corobero, o sin su presencia. Varias veces deseo opinar, pero ella lo impide. Desisto. En su monólogo dice que estudió ballet clásico durante veinte años, aunque fue rechazada cuando quiso dedicarse a él. Tomó clases de baile español y danza moderna. Le creo, pese a que nada en ella recuerda a una bailarina. También estudió pintura y cerámica, mas se le rompieron los hornos. Tiene tres años de derecho y algunos semestres de computación. Y aprendió corte y costura. Y peluquería. Y cumplió treinta y siete años. Y cuida de su hija de otro matrimonio. Y está sin trabajo. La inspecciono. Su piel es canela con rombos negros, como tatuajes. Sus ojos, pequeños y oscuros, se continúan en una mancha bruna. Iris marrones. De golpe, se ubica en otra latitud, que no es la mía. Su rostro se ausenta. Y un rictus displicente cubre su semblante.

Me retiré para bañarme a la intemperie. A mi regreso, había vuelto del trance. ¿Estrechamiento de conciencia? ¿Alucinaciones? ¿Drogas? Comprendí que quería aparentar lo que su subconsciente no aceptaba. Su dilema. Y de esa lucha

emergía la que había tenido frente a mí, porque ella no me deseaba en su mundo. Por fortuna, recobró su aplomo. Parece amar a Crisanto en esta paz de turpiales. Él la necesita. Y ella, a él.

Salimos. Tenemos que llevarte para que conozcas a Trajano, me dice ya al volante. Buscamos a Corobero en su trabajo, donde la gente me pregunta acerca de mi indagación galleguiana, que si saldrá pronto, que algún día debo regresar, pero no a investigar. Sigo la ruta impuesta por mi personaje. Y reitero mi explicación a la cual Crisanto ha añadido un reportaje acerca de Hugo Chávez. Andamos por Maracay sin detenernos. Y por Turmero. Vamos a la finca de los Bolívar. Cerrada. Volveremos, dicen. Y que es posible que este sea el verdadero lugar de su nacimiento. Me llevan a un río de cataratas a las que no llegamos, pues Lachesis no desea reptar hasta la cascada. Embullo a Crisanto. Tampoco. La caída está lejos. Afirman. Disfruto la altura de los árboles a las que no estoy acostumbrado. Y termino descalzo. Me remango los pantalones hasta las rodillas para atravesar las aguas que a saltos fluyen entre pedruscos. Y tomo fotos hasta que Sisi me pide la cámara fotográfica. Hay reptiles. Y chillidos de pájaros. Y me lleno los bolsillos de cuarzos. Al regreso, gavilanes encima de unas ramas. Y bromelias y orquídeas. Pido a la emperatriz mis gemelos, que me presta. En el centro de un poblado, Crisanto me hace probar mazamorra, hallacas con chicharrones y coquitos, que pago para todos, como ya es usual. Habla del actual presidente y de los adecos. De la corrupción anterior. Tiene confianza en el nuevo mandatario. Recuerdo las cataratas que no vi.

—Hay hasta indígenas en la constituyente. Antes se reían de ellos.

—¿Y qué de la relación del nuevo gobernante con el de mi Isla?

—Se ve que vienes de Miami —dice con odio—. Chávez es un hombre culto. Es poeta, pintor, bolivariano.

—¿Crees que es correcto que hable como si Bolívar estuviera vivo? El día de mi llegada apareció en la prensa como uno de los hombres más influyentes de Venezuela en este siglo.

—Estás envenenado.

—He sufrido. Mi pueblo ha sufrido. Nuestra Isla se nos muere. Andamos desperdigados por el mundo. Siento temor por Venezuela.

—El pueblo sabe lo que hace. Fíjate que aquí no hay presos políticos. La revolución de ustedes sucedió a mediados de siglo. Su relación es política.

—¿Crees que a esta fecha ese vínculo sea correcto? No tengo país porque un pueblo creyó en la utopía de un sistema con una gran máquina propagandística. Solo doy voz a mis meditaciones. Al fotografiarse con el dictador, Chávez se contradice. ¿Cuáles son sus pasos?

—Pues mira los tuyos. No te vengas a inmiscuir en los nuestros.

—Soy un hombre que piensa. No me dejo engañar por discurso alguno.

—Tengo fe en Chávez.

—Hay mucha gente descontenta. He leído los comentarios del hijo de Nazoa.

—Ese vivía del Estado. Se le acabó el joropo.

Llegamos al Samán de Güere descrito por Alejandro de Humboldt, amado por Andrés Bello y donde descansaba Bolívar. Lachesis, Corobero y Sisi aguardan con el auto en marcha. No es así como imaginaba conocer este árbol. No concebí así la oportunidad de estar frente a frente al recuerdo del héroe humanizado por Herrera Luque. No me llevó Corobero hasta su estatua sin quitarme el polvo del camino. Ahora esperaba permanecer aquí. Por eso quería mi viaje en la compañía única de mi personaje. Cuánto me hubiera gustado olvidarme del reloj. No obstante, sigo sin querer contradecirlos. Igual sea el temor de Crisanto a perder su protagonismo en esta narración. En silencio, regreso de inmediato al coche. Elisabeth Amelie se ha dormido. Al llegar a la casa me recuesto. Pienso en la nostalgia que voy a sentir de estas montañas llenas de nubes. Y en el anhelo de regresar un día con seres que entiendan mi necesidad de remontarme, de respirar a sus guerreros, a sus creadores. Sé que hay otra región que no conocí por los miedos ancestrales que invaden a Corobero. Echaré de menos este suelo donde vive la otredad del que fue mi amigo en Miami.

Evoco de nuevo las cataratas que no vi. Y los gavilanes en la distancia. Me arropo en un tuteo con Venezuela. Y me duermo.

Conversé a solas con Crisanto, quien lo hizo prudentemente. Comprendí. Tuve la certeza de que Lachesis escuchaba.

—¿Y Edmar Salado? Aquel compañero tuyo, hijo de una amiga de tu madre.

—No nos volvimos a ver. Cree que yo... —remató, en un susurro, con una frase inconclusa.

—Pero él es un artista.

—Ay, Florentino Cascajo.

Le dije que me rendía el sueño. Un pretexto para que lo oyera su Cuaima. Lo que deseaba era un diálogo no un *ménage à trois*.

A solas, cavilo. Para esta familia soy el cornucopia. No entienden mi estrechez económica. Sisi lleva mis prismáticos y mi cámara fotográfica, cuyos rollos despilfarra. A cada instante se antoja de chucherías. Se las compro. Todas. También se entretiene con el coche. Abre y cierra sus puertas sin cesar.

—Florentino. ¡Despiértate!

—¿Qué pasa, tía Vicaria?

—Esto es indignante. ¿Nadie regañó a esa niña?

—¿De qué hablas?

—Es que te leo. Y me molesta lo que pasa con la Sisi.

—Solo es una niña.

—Una niña malcriada.

—Tía, ¿cómo explicarles sin que se enojaran más? Ya verás lo que sucederá. En el fondo, sentí lástima por esa pequeña desamparada por su madre, quien la mantuvo lejos hasta que llegó Crisanto.

Hoy viajo a San Fernando. Nos íbamos ayer. Pero Carrodegua había programado una entrevista con Abejares, especialista en Gallegos/Torrealba. Esperé con zozobra. No soy un perito en el tema. Abejares, sí. Y es de Apure. Temprano,

Carrodegua vino a decirnos que el pariente está ingresado con un infarto cardíaco en Caracas. Manifiesto a Corobero mi deseo de verlo o, si no fuera posible, escribirle una carta. Lo desaprueba con ferocidad. En el fondo me siento aliviado. Y partimos desde Aragua vía sur. Atravesamos el Estado Guárico, para entrar en el de Apure. Pienso en los ojos de Camille Pissarro.

—¡Mira una serpiente! —dice Crisanto, como si hablara consigo mismo.

Experimento el cambio de clima. Hay más fresco en el norte, cerca del Caribe. En la medida que avanzamos el calor aumenta. La perpetuidad montañosa decrece hasta volverse llana. Solo hablo en los peajes para indagar cuánto valen. Y pagarlos. Lejano, a mi lado, Crisanto se ha echado como un macuto en la parte trasera. Ya tarde almorzamos en un comedor con paredes de cuero curtido. Hay cachapas y carne asada. Y guasacaca. Y un conjunto con arpa y bandola llaneras, cuatro y maracas. Estoy encantado. Odio esta música, dice Crisanto y agrega: en los conciertos de arpa, los palurdos beben y dan rienda suelta a su inconsciente. No sé lo que quiere decir. O sí. Y añoro su otredad que tantas canciones venezolanas me envió a los Estados Unidos. Nos atiende una adolescente nativa. Sonríe siempre. Y disfruto de mi plato con guasacaca. Contemplo el fogón rústico donde la carne se asa como en tiempos de doña Bárbara. Y las gandumbas de un toro que cuelgan del techo. Al concluir, proseguimos.

Comienzan los Llanos, el escenario de esteros que describe Gallegos. Me adentro en mi introspección. Anhelaba buscar el mastranto. Olerlo entre mis dedos. Detenerme para admirar la vastedad. Me hundo en este panorama cuya flora me remonta a la Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro. Hay palmas que allá llamaríamos yareyes. Se extienden en la distancia. Bordan lagunas donde florecen los jacintos acuáticos, aquí bora. El agua predomina en la planicie, donde crece la yerba. Hay mariposas. Bandadas de garzas blancas. Gavilanes. Y algún mochuelo despistado. La civilización de tendidos eléctricos invade la distancia de la barbarie.

—Fíjate allá: zamuros.

Cercana las cuatro de la tarde llegamos al puente del río Apure. Unas curiaras, cada una con dos hombres, atraviesan su



superficie ocre. Transportan caballos. Esas aguas desembocarán en el Orinoco al que no veré en este viaje.

Y entramos en San Fernando de Apure. Ansío apearme, caminar por el largo paseo, tomar fotos. Crisanto señala a Cuaima una fuente multicolor que semeja el estilo *kitsch* de algunos sitios de Miami Beach. También, una estatua de Pedro Camejo, Negro Primero. De esclavo a oficial de caballería, cuenta, llegó a recibir la Orden de los Libertadores de Venezuela. Vivió treinta años. Famoso por su bravura. Por su corpulencia asombró a Bolívar. En la batalla de Carabobo, agonizante, compareció ante Páez para expresar su fidelidad: mi General, vengo a decirle adiós, porque estoy muerto.

Amo la lealtad. Mientras pienso en Negro Primero, alcanzamos el santo monumental que da nombre a la polvorienta ciudad. Me remonta al famoso Cristo carioca. Fernando, ruego, santo de los cautivos y desvalidos: ayúdame. Más adelante, me indican con un gesto un hotel donde solía hospedarse Rómulo Gallegos. Minutos después, por calles angostas, pestilentes, llegamos a la casa de la tía.

Ayer, en ausencia de Corobero, la Cuaima me explicó que este viaje serviría para que Crisanto visitara a su familia, a la cual no veía desde que lo albergaron por los supuestos infartos cardíacos. Lugar adonde, preocupado por su suerte, llamé varias veces. Aprovecharían, además, para presentarla a ella al resto de los parientes.

—¡Qué barbaridad!

—¿Qué dices, tía?

—¿Y Crisanto olvidó cómo eres? ¿Qué le costaba detenerse? Dios, no tiene perdón lo que te hacen con el hotel de Gallegos.

—No andábamos solos.

—Ya lo veo.

—¿Te imaginas los deseos que tenía de pasear la calle principal hasta el San Fernando? Pero no pude, tía. Ni tan siquiera logré anotar el nombre del hotel donde se hospedó el escritor por el que estaba allí.

—Lo único que le interesaba a Corobero era llegar a casa de su tía para exhibir a su mujer preñada. Demostrar que es un macho. Fuiste el chofer particular que los llevó con los gastos pagos.

—¿Quieres ironía más grande? Los paisajes se me hicieron más reales desde la distancia de Miami. Andaba ahora por Venezuela, pero me impedían estar en ella.

—Quizás así fue mejor.

—No me jodas, tía Vicaria.

—Lo harás la próxima vez.

—¿Y habrá próxima vez?

Nos abrió una sobrina de mi anfitrión. La tía estaba en uno de los cuartos. El otro es el de las niñas que vienen para que las conozca: Imperio y Olimpia, a quienes se une Elisabeth Amelie. Al fin, la tía. Saluda a Crisanto, a Lachesis, a Sisi. El calor es asfixiante y la bienvenida a la esposa del maracayero, ardiente. A mí, me ignora a la vez que mueve con la lengua su dentadura postiza. De inmediato, me mira como si me midiera. Hince el reproche de sus gestos. Corobero y Cuaima, enroscada a su costado, la siguen hasta el único dormitorio con televisión y aire acondicionado. Conversan de la cría que se avecina. Y planifican la estancia. Deciden que mi chinchorro se pondrá allí, donde pernoctaremos todos.

De nuevo en la sala, observo las paredes recargadas en un barroco *kitsch*. Y llega Marisela, una de las hermanas de Crisanto, a quien desde hace años conocía por teléfono. Al verme, aflora en su rostro la misma expresión facial de la tía. Solo me ata a esta tierra el deseo de conocerla. Persisten los personajes de El Miedo. Si no hubiera venido no lo creería. Me siento un ente que no encaja en su fundo.

Me dejan inmerso en *El Nacional*, donde resalta un artículo sobre el aniversario de la primera edición de *Doña Bárbara*. Sincronía fortuita. Juzgo.

Al acercarse el atardecer, que aquí ocurre más temprano que en Florida, siento que me gustaría verlo. Y voy con Crisanto. A solas. Al fin, conduzco. Llego a una carretera que marcha paralela a la margen derecha del río Apure. Hay unos indígenas allí, dice

Corobero. Pero no los veo. Intentamos aparcar, sin embargo, mi antiguo amigo toma una decisión por razones que desconozco. Obedezco. Marchamos en busca de otro lugar. Vienen a mi mente viejas memorias. Crisanto vivía en mi tráiler y nos levantábamos para ir hasta la bahía de Biscayne a recrearnos con el espectro de las amanecidas. Pienso en la «hija de los ríos», cuando se acercó a la ribera del Apure.

Creo que es la oportunidad. Lachesis no nos descuida ni de noche. Ha estado detrás de cada paso, de cada gesto.

—Deseaba comunicarme contigo. Hace días.

—Llevas varios aquí.

—¿Cómo hablar mis intimidades delante de un ser extraño a mí?

—Es mi mujer.

Y Crisanto monta en su cólera habitual.

—Anduve perdido en Miami.

—Solo te he dicho que quería departir a solas.

Se me ha secado la saliva. El Apure corre distante. Entro en un pueblo pequeño. Un policía se me acerca. Rifan algo. Perplejo, ni sé qué le digo. Ansié durante años estar aquí, andar estas sabanas, respirar este aroma, meterme en los tuétanos de Venezuela. No obstante, estuve más cuando la distancia me separaba de sus fronteras y Crisanto era el amigo que me hablaba de sus poetas, de sus pintores, de su música, de su naturaleza, de sus ciudades. Ahora estoy en los Llanos adonde se radicó José Antonio Páez a sus diecisiete años, hundido en la raíz de la obra de Rómulo Gallegos. Oigo a Crisanto, lo miro y me parece que este no es el que conocí.

—Crisanto es un sinvergüenza. No me gustó que te pidiera que llevaras dinero y un automóvil. Durante meses vivió sin trabajar en tu tráiler, sin costarle un centavo. Le ofreciste cama, comida. Fuiste su médico de cabecera. Lo llevaste a donde quiso.

—Era mi deber, tía. Corobero era mi creación. Tenía que cuidarla. ¿No?

—Vienes a imponerte.

—Nada más alejado de mí.

—Viniste, porque quisiste.

—No creo que sea pecado, ante los ojos de tu mujer, que hables con tu hermano como solías llamarme.

—Estás lleno de malas energías. No sé qué haces aquí. Mi esposa y yo somos uno.

—Me alegra. Y lo aplaudo. Pero recuerda que me has invitado durante siete años. Si hasta me convidaste a vivir en Venezuela. Solo quería estrenar mi pasaporte de ciudadano libre. Creí que íbamos a celebrarlo. No asumo este rencor. Aquí no he mirado salidas ni puestas de sol. El ocaso que experimento es otro. ¿Dónde está aquel que me acompañaba a verlos? ¿Dónde, el que me hablaba en metáfora? ¿Dónde, el lector de Walt Whitman, de Ramos Sucre, de Rimbaud?

—Lo mejor sería que te fueras de Venezuela.

—Este es el verdadero Crisanto.

—¿Crisanto creado por Corobero? ¿Un personaje autocreado? No, tía. Cada hombre es según sus circunstancias. Lo dijo el español. Crisanto lo fue ante aquellas, las suyas de extranjero en Miami.

—Perdió la magia. ¿No dices que dejó de roncar?

Regresamos al pueblo sin ver el poniente sobre las aguas del Apure. Le pedí que habláramos. Accede de mala gana. Lachesis nos espía. Se esconde detrás de una columna con la que se confunde. Crisanto deja inconcluso el armisticio. Le ruego que nos portemos como seres civilizados.

He sido expulsado del paraíso que representa un dormitorio con refrigeración en el infierno de San Fernando. Hasta este cuarto trastero me trajo una muchacha de mirada inquisitiva y labios que se aprietan para no hablar. Armo el chinchorro. Me siento en él. Desde la habitación con aire acondicionado me llegan voces que de tan bajas son silbidos. Razono. Corobero no quiere acercárseme. Le veo el miedo en la distancia. Estoy en un sitio lleno de polvo, humedad, paños sucios, moscas y mosquitos que se empecinan en succionarme. De paredes con santos

desgastados. Y fotos sepias. Destaca una que aparenta ser de los años cuarenta. En ella hay una pareja. Él, de sombrero, viste de blanco. Ella, a media pierna. Ambos sujetan las patas de un tigre mariposo muerto. A los pies de la mujer hay un perro inglés cuyas manchas armonizan con las del felino. ¿Quiénes serán? La noche permea los rincones. En la pared posterior hay una ventana de cristal que da a un patio vecino. La cierro para que no entren los zancudos. La temperatura asfixiante me impone abrirla. En el patio encienden unos focos que hacen que parezca de día. Como nada me brindan, quisiera salir a comer. Pero algo me detiene. Por muchas historias que les habrá contado mi personaje para salvarse, intuyo lo que elucubran. Demasiadas veces las mismas interrogantes corrosivas. Y Marisela, ante mi original de *Doña Bárbara*: ¿quién lo heredará? El Museo Histórico de mi Muy Ilustre Ciudad, respondo. No, opina, tus hijos, porque algún día los tendrás. Es lo normal.

—La indirecta es directa, Florentino. ¿Y cómo no le dijiste las siete barbaridades?

Exprimo mis neuronas. ¿Qué es lo normal? ¿Podría ella, o alguien, responderme? Estoy en San Fernando. Entiendo que no es su culpa, sino de los vientos de la inquisición que aún en Apure soplan lujuriantes. De la barbarie que recorre el mundo que aquí es cáncer. Y metástasis. De ahí el terror de Corobero. Escribo. Zumban los mosquitos. Y las moscas. Los ahuyento. El calor aumenta. Me aflige el retiro de Corobero cuya risa siento en la distancia. Salgo. La familia concluye una cena a la que no he sido invitado. Pregunto por el baño. De regreso me tapo los ojos. Anhele un alimento caliente. Siento un derrumbe que se me alarga. Me echo en cara haberme franqueado con Crisanto.

Recordé los motivos que me hicieron tenerle afecto a Corobero. Su indefensión. La historia de cómo el padre puso a sus hermanas en un convento de Maracay. Su soledad de entonces. Y cómo, cuatro años después, él las trajo a esta tía en San Fernando.

—Estoy segura de que con lo que gastaste habrías viajado a Egipto.

—Buscaba el país de la amistad.

—Que no existe. Jamás hubiera imaginado esa actitud de Crisanto.

—No estaba en mis planes conocer Venezuela con otra persona que no fuera él.

—Lo que no entiendo es por qué no te explicó el panorama que ibas a toparte.

—Ni yo, tía. Era el interés de mis llamadas desde Miami. Lo único que me dijo es que había comprado una finquita. Hasta una casa.

—Y le creíste a tu creación.

Abren la puerta, sin permiso. Menos mal que estoy vestido. Es la tía con su imperturbable rictus de recriminación que espantaría a un toro de lidia.

—¿Quieres una oreja?

Y me ofrece un platillo con una torta de harina espolvoreada con queso. En los ojos, la boca, el ceño, el cuerpo; en el lenguaje de cada músculo de su superficie corporal: el desdén. Se lleva la mano derecha a la boca para manosearse la dentadura postiza con el dedo índice. Espera mi respuesta.

—Sí.

Digo ya con el plato en la mano, muerto de hambre. Y le veo la espalda a su cuerpo rechoncho. Su escurrirse. Su sendero recriminatorio persiste como rastro de babosa. Como y me recompongo pedazo a pedazo. Cada memoria me regresa. Dejo atrás la endeblez momentánea. Vuelvo a San Fernando. A esta casa en la ribera del Apure. Y abro mi *Doña Bárbara*. Acabose de imprimir el presente libro en los talleres gráficos de Núñez y C.<sup>a</sup> S. en C. Calle S. Ramón, 6. Barcelona, el día 23 de enero del año 1930. Cumplirá setenta años en el 2000. Esta edición, digo, porque la novela se publicó en 1929. Paseo mi mano por la dedicatoria de Rómulo a Rufino. Estoy, setenta años después, en la casa de la Doña, rodeado por su gente.

Corobero asegura que Marisela va a conectarme con la guía que me llevará por la ruta Gallegos. Le explico que preferiría ir con él, sin práctico. Se va. Minutos después viene

Marisela a pedirme el auto. Considero lo que me aconsejaron en la agencia donde lo alquilé. Lo que me costaría cualquier rotura o robo si no lo conduzco o, al menos, voy en él. Desea buscar a la vaquiana, dice. La dejo ir por no decir un disparate. Al rato, regresa. El automóvil se niega a arrancar. Y se marcha. De la ira paso a la pesadumbre. Aguardaba esta oportunidad para conocer San Fernando. Andar estas calles que a principios de siglo utilizó otro hacedor. Al rato empujan la puerta. Es la señora Cuaima. Informa que la guía está fuera de la ciudad. Y se retira. ¿Cómo es posible, pienso, si me habían dicho que era algo preparado desde hacía días? En la distancia siento la voz de Crisanto que narra anécdotas de su madre. Y otras de él, de cómo hace años se sentaba con la tía en la acera donde hoy nos separamos. Habla de otra hermana que se ha ido para Caracas. Ha tenido como cinco maridos. Afirma. La culpa es de Carrodegua. Es por la inseguridad que heredamos de su descuido. Ella busca la estabilidad. Y en su búsqueda tiene un hijo con cada malandro con el que se acuesta.

La luz de los reflectores penetra fragorosa por las ventanas de cristal. Escribo como si fuera mediodía. Van a salir. Han logrado que el coche eche a andar. Me lo ha venido a decir Crisanto. Le manifiesto que me gustaría que anduviéramos de noche por San Fernando. Que aparcáramos en algún lugar para caminarlo. Lo sigo. El auto está repleto. Más de lo permitido. Ah, ¿pero él va? Estalla Lachesis, malhumorada. La tía también se molesta. Refunfuña. A pesar de la tensión, monto. Me ahogaba en el cuarto. Al lado de Corobero, posesionada con frenesí del timón, la señora Cuima.

—Florentino.

—Dime, tía.

—¿Cómo toleraste tanto?

—Porque estaba a un paso del Arauca.

Voy en un rincón. De tan doblado, sentado en la puerta. Me llevan por las afueras de San Fernando, por barrios de calles estrechas. La basura, las aguas albañales, los perros callejeros, los niños descalzos, me dan pena. Inmensa. El que fui vuelve

a ocuparme. ¿Por qué no regreso a mi médico? ¿Por qué no me quedo aquí para ayudarlos? Nos detenemos. Crisanto abraza a una mujer robusta vestida de hombre a quien nombra Merfolia. Es otra hermana. Me piden que baje. Me explican que todo era para buscar a la guía. Corobero planea mi itinerario. Crea rutas, intervalos para mis anotaciones, las fotos y, si fuera posible, entrevistas a los llaneros de las fincas. Quienes permanecen en el auto celebran una conferencia. Mi nombre anda en la boca de Lachesis. Alguien la calla; sus ojos se cruzan con los míos. Son mis personajes. Crisanto y su familia se han apoderado de mí, de mis movimientos, de mis gestos, de lo que quiero y no quiero, de lo que debo y no debo hacer. Partiremos al amanecer. Crisanto necesita que el viaje sea rápido, que regresemos al mediodía a Maracay, que no nos coja la noche en el camino por la mujer y la niña. Claro, replico para mí, era de suponer que este camino lo hiciéramos durante varios días hasta la zona del Capanaparo. ¿Por qué tenía que cargar con una gestante y una niña que no se cansa de hablar, que se fatiga y hay que darle agua y comida, que exige, sin cesar, que se le considere e interrumpe el fluir de mi pensamiento? No deseaba estar pendiente de horarios ni de comidas, de nada ni de nadie. ¿Por qué tengo que ser esclavo de un reloj, del tiempo en que no creo? ¿Por qué tengo que beberme de un trago la esencia de mi viaje?

Al regreso, los ánimos mejoran. Deciden dar una vuelta por la ciudad. Sin detenernos. Por inercia, miro hacia los puntos que señalan. Toman una avenida central cuyo punto culminante es la estatua de San Fernando. Otro paraje es una iglesia de aires contemporáneos. Me narran sobre ella dentro del auto. Es la catedral. Fue creada mediante una bula del Papa Pablo VI. El diseño es de Richard Klein, arquitecto germano. Agregan que tiene hermosos vitrales que no logro avistar en la oscuridad y con el coche en marcha. De nuevo en la casa, intento hablar con Crisanto. Como respuesta obtengo que no le importa lo que haré en los días pendientes; que en Maracay alquile un hotel.

—¡Qué hijo de puta!

—Tía, por favor, no llores. Fue una experiencia desagradable, pero fructífera.



—Está todo tan claro. No solo es él. Es ella también. Es ella.

—Ya tía, que pareces personaje de la escena final de Cecilia Valdés.

A las once de la noche siento una sed de mil demonios. Voy hasta la sala. Me detengo frente a la habitación de los privilegiados, quienes se han reunido a puerta cerrada como el Consejo Real de Felipe II. Siento sus voces entre las del televisor. Toco. Parece que no me oyen. Repito los toques. Nadie responde. Y regreso al tugurio. Mi cabeza está al explotar. Los focos del patio me reciben.

Tardé en conciliar el sueño. Luchaba con las piedras que me explotaban en el cerebro. Con la podrida sed. Dormí con pantalones, cinto, botas. No sé en qué momento me quité la camisa. A las cuatro menos diez me despertaron los gallos de San Fernando, una tortura más junto al enjambre de insectos y ojeadas que al través de las grietas de la puerta me hacen seres silenciosos. La luz de los focos barrió el sopor. No me desvisto por pudor y porque me comerían las hembras anófeles que vengan a violar mis venas. A inocularme su ingesta de sangre apureña. Un rato después, ladraron unos perros que imaginé enormes como el terror de Crisanto. Había también otros chillidos. Más tarde resolví el enigma: provenían de unos loros decrepitos, desplumados, dentro de una jaula en un patio interior, disimulado por una cortina.

Me levanté al amanecer. Al salir del cuarto tropecé con otra muchacha de rostro hosco como el de la tía. Le di los buenos días. No respondió. En eso también se parece a la tía. Merfolia ha llegado. Viste pantalones verde olivo, camisa azul de mezclilla, botas negras. Parece una miliciana. Y no angélica. Trae a su niña de unos cuatro años. Pido agua. Me sirven café. Y partimos.

Sisi no viene. Merfolia ocupa su lugar. Ni hoy voy delante para degustar un espectáculo que a ellos les es familiar y a mí tan ajeno. Crisanto va conmigo en el asiento trasero. Las veces que conversa no se refiere a mí. Dice notas marginales en

voz alta. Veo un letrero que me remonta: «Cunaviche». Luego: «Ruta Gallegos».

—Tendrá unos siete años —afirma Corobero.

«Aquí paran los de Amazonas».

—Sí, atraviesan el Cinaruco —agrega en relación con el nuevo letrero—. Antes, esto era un paso de caballos.

Mencionan a la madre de Crisanto. Maestra. Cantaba. Danzaba. Hay una revista que la muestra en algo relacionado con el arte. La Cuaima se refiere a una foto que le han dado. Estaba en el cuarto de la tía, donde aparece Crisanto junto a ella y a sus hermanas.

—Lo que resalta son los ojos tristes de un niño de nueve años. Mis ojos y ese mirar profundo. Ojos como si fueran de un adulto que ha lidiado en el ruedo de la vida. O como si previeran su sino.

Siento conmiseración por ese hombre que fue un niño sabio que apuntaba a ser un gran artista o un excelente poeta. Un niño cuya madre es llevada con otra vida dentro, y traída cadáver. Un niño que sufrió el rompimiento del hogar, la separación de padre y hermanas. Y el bregar de familia en familia. Echado por él mismo vivió en parques. Pasó hambres. Fue aprendiz de sofismas para buscarse el sustento. Si Crisanto hubiera estudiado, si hubiera ido a una universidad, estoy convencido de que ejercería cátedra en Salamanca, La Sorbonne, Oxford, Harvard. Tiene inteligencia natural. Y carisma. Su infancia fue de lecturas. Y eso atrae. Atrapa. Pero aquel niño, niño sigue. Es un ser traumatizado que se niega al olvido. Por eso no quiere lazos afectivos. Los rompe en un deseo inconsciente de evadir el desamparo. Para comprender a este hombre de cuarenta y cuatro años hay que remontarse a la hora en punto de su desolación, cuando supo la muerte de su madre. Un cadáver que no ha enterrado. Que arrastra como Juana I de Castilla a su amado Felipe.

—Este paisaje es el mismo de hace setenta años —manifiesta Corobero.

Cumplo con lo que me impuso anoche: tomo notas. El camino está lleno de samanes. Veo fundos, vaquerías.

—Hubo una mujer real. Decían que era un marimacho —enuncia Corobero. Imagino que desea hablarme del personaje

recreado por el famoso caraqueño, cuando agrega—: Rómulo Gallegos era adeco. Aún resisten. Pero esta vez los viejos miembros de Acción Democrática votaron por Chávez.

Crisanto recurre a un truco para revelarme, de modo indirecto, datos que, estima, necesito. Habla con Lachesis.

Merfolia lo interrumpe. Es policía. Como tal, entra a bares visitados por prostitutas. Las llamo putas, afirma. La Cuaima interviene para decir que la mayoría no son venezolanas. Atraviesan la frontera. Se establecen como pueden. La historia que relata Lachesis es dura. Cuenta que pasan con los de la guerrilla, que traen drogas. Que secuestran niños para pedir recompensa, sobre todo a los ganaderos árabes establecidos en la zona. Crisanto interviene.

—Antes, si andaba por estas tierras, llegaba con tal cantidad de polvo encima, que no conseguía separar los párpados de tan pesados.

Me río ante la jocosidad de Corobero que se abre en una franqueza semejante a la del que conocí. Su furor ha cedido. Hay un discreto acercamiento entre nosotros. Me alegra que empiece a derrumbarse el muro que su miedo ha levantado.

Llegamos a San Juan de Payara. Hay tendido eléctrico. Los llaneros amarran sus caballos a los postes de la luz. Sin proponérmelo, busco en cada hombre la corpulencia de Negro Primero que nació aquí como Pedro Camejo.

—Esta carretera no estaba asfaltada hasta hace poco —indica Corobero.

Nos acercamos a las márgenes del Arauca. Multitud de garzas reales se apartan para dar paso a una camioneta. Lleva detrás un toldo debajo del cual va una anciana sentada sobre un baúl. Una mujer corpulenta, de semblante adusto, que observa por encima de nuestro auto con una mirada perdida en el infinito. Una mano en el regazo. La otra sujeta el baúl.

—Así, Florentino, —afirma Crisanto— era doña Bárbara.

Me fijo en el rostro y la pose de la mujer que no logro comparar con la bella dureza de María Félix. La contemplo hasta que pierdo de vista a la Doña.

—Todavía andan felinos por aquí, pese a que se extinguen —corta Crisanto mis percepciones—. Y muchos gavilanes.

Hay abundantes aves rapaces en los estados que he visitado, sobre todo en Aragua y Carabobo. Un caricare sabanero se posa en medio de la carretera. Nos detenemos por orden de Crisanto. Intento varias fotos. Alza el vuelo. Lo capto en el aire. Y continuamos.

«Paso Arauca», dice otro letrero.

De repente: el puente Marisela. Una estructura metálica desde donde avisto las aguas del Arauca. Con Crisanto, me hubiera estacionado y llegado hasta el río. En la distancia noto una curiara en su margen derecha. Otra, con motor, navega paralela a la margen izquierda. Y en el camino, otro gavilán. Este, colorado. Y lagunas. A veces una casa blanca, al parecer deshabitada.

—Ha llovido —dice Corobero.

Gentes que trabajan en las cercas o arrean el ganado nos ignoran. Hubiera querido hablar con ellos, preguntarles por Gallegos y su obra cumbre. Pero la Cuaima está apurada. Y no quiero romper la tensa armonía. Con ella y Crisanto, la paz es una porcelana a punto de quebrarse. Así percibo a los llaneros, a veces con sus hijos, ajenos al ambiente donde fueron recreados.

Por sugerencia de Crisanto nos detenemos.

—Husmeo el mastranto —afirma, se apea y trae unas ramas de hojas diminutas—. Exprímanlas entre los dedos —indica—. Sáquenles el zumo para que sientan el perfume.

Huele a hierba. Salto a la cuneta. En el matorral que bordea la carretera, unas mariposas sobrevuelan plantas de pequeñas flores y hojas verdes más grandes y oscuras que las traídas por Corobero. Tomo unas, las estrujo entre los dedos. El aire se llena con su aroma. Me acerco al grupo con varias ramas. Imagino que he hallado el mastrantal. Crisanto lo corrobora. Sigo con mi vista el vuelo de una arica. Un corocoro tiñe el paraje cuando la señora Cuima me dirige la palabra.

—Florentino, si vuelves a Venezuela te vas a la Gran Sabana. No tienes por qué andar con nosotros. Hay viajes organizados desde los Estados Unidos.

Seguimos rumbo sur por la carretera que lleva a Cunaviche. Hay cercas de troncos y alambres que dividen los terrenos. Y agua empozada en las cunetas. Vaqueros silenciosos arrean su ganado. Y Marisela se alza en el panorama. Surge de la

poesía de los Llanos. Me sorprende que exista este monumento erigido en medio de tal vastedad. Decido: cuando los tiempos cambien en La Muy Ilustre Ciudad de San Isidoro, levantaremos el Arco de Celestino frente al alba. Se me ocurre como el antiguo Arco del Triunfo en terrenos que hoy ocupa el parque infantil. Pero más sólido, perdurable. La imagen de Reinaldo contemplará el río Lirio en la distancia. En este, Marisela tiende su mirada sobre la plenitud de los esteros. Para mi asombro, nos apeamos. La estatua tiene notas escritas a los cuatro vientos.

Frente:

«A Marisela, rescatada de la barbarie por virtud del amor y de la voluntad civilizadora».

Izquierda:

«Toda horizontes...

Toda caminos...»

R.G.

Detrás:

Administración:

1984-1989

Jaime Lusinchi

Presidente de la República

Manuel de la Fuente

Escultor

Derecha:

«Y desaparece del Arauca el nombre de El Miedo y todo vuelve a ser Altamira».

Rómulo Gallegos

*Doña Bárbara*

No han desaparecido de Apure los personajes de Gallegos. Existen y existirán. Son el bien y el mal. Algunos malos por sed de revancha contra el mundo como doña Bárbara. Otros, malos de nacimiento hasta que la civilización cure al hombre. ¿Quién sabe qué sustancia de más, o de menos, anda o deja de andar por los circuitos cerebrales de los que no logran la bondad?

Quisiera estar solo. Juro en silencio que un día regresaré. Corobero señala un águila que viene en mi dirección, que hace círculos concéntricos sobre mí.

—Es magia —dice.

Debe ser mi imaginación, porque de espaldas a mí, en silencio, parece mirar la lejanía con los brazos encima de Lachesis. Aguardan impacientes. Dejan que haga mi «reportaje». No sé si examinar el ave con mis gemelos. O si sacar la cámara. O si atisbar la naturaleza que parece danzar conmigo en mi amor hacia ella. Hago todo. Le tomo fotos. La vigilo con mis gemelos. Y le hablo con mi mejor mudez. Los hombres son los que devoran a los hombres. La naturaleza es un niño que juega a ser gigante.

Recuerdo: en la época en que andaba con María Salomónica y ella parecía amarme, el viaje era un discurrir de ideas y razones.

Al regreso, un todoterreno atropella una garza real. En su tibia agonía la eternizo. A un gesto de Crisanto le arranco varias plumas para regalarlas a quienes se hayan leído *Doña Bárbara*. Me remonto. Por mi *Ein Guedi* andaba uno de los *blue jays* de Mark Twain. Un cuervo azul que comía mis orquídeas y se detenía en la Plaza Consuhistorial Reinaldo Arenas. Un día apareció muerto y tomé sus plumas: azules, negras y blancas, que hoy andan por el mundo. Llegaron a Venezuela en cartas a Corobero. Ahora cargo con estas de una de las garzas blancas de Gallegos para que acompañen las del escritor estadounidense.

Distante se tiende la estructura de hierro del puente sobre el Arauca. Metros antes, nos desviamos por un camino que conduce a su barranca derecha, una zona pantanosa cerca de sus márgenes. Renuncio al auto, donde quedan Lachesis y Crisanto. Me apeo con Merfolia. Avanzo. Leo: «Fundo». Hay una casa grande, con techo de zinc, rodeada de maleza y de palmeras. Atravieso una cerca. Aparto los alambres de púas para que pase la hermana de Corobero. Quiero estar concentrado. Me entrego a estos lugares sagrados. Vadeo un lodazal. Mis ojos siguen el vuelo de unos pájaros amarillos que se posan en un tronco. Más allá, el río.

—¿Cuántos hijos tienes? —me interrumpe Merfolia.

Salto del Arauca al desconcierto. Adivino las próximas inquisiciones, consciente de que ella sabe lo que no hay necesidad

de hurgar. Porque es doloroso en estos tiempos del siempre. Ella roe mi vida, mientras yo deseo conocer las aguas que he soñado por más de treinta años.

—Ninguno.

—¿No te has casado?

Una maldición atraviesa mis lóbulos cerebrales, anda por sus profundas estructuras. Se marcha con los pájaros amarillos. La hundo en el Arauca.

—No.

Me acerco a la orilla. Una curiara descansa entre los juncos. Me dispongo para contemplar la singular naturaleza que me rodea y este río lleno de bestias devoradoras que nadie ve, pero que nadan bajo sus aguas como los pensamientos por la mente de Merfolia.

—¡Qué raro en un hombre atractivo como tú y con tanta cultura! Pero si dicen que también eres médico. ¿Por qué?

Unos adolescentes salen de la casa del fundo, se encaminan entre fangales hasta nosotros. Los labios de la bestia se cierran en su cuerpo de monstruo. Sus múltiples miembros regresan a su anatomía de dragón medieval. Desaparecen el ardor, el olor a azufre. Me acerco al Arauca.

—Ten cuidado, Florentino —escucho a Merfolia—, el río está lleno de caribes.

Los prefiero. Pienso. Y me acerco al Arauca. Humedezco mi rostro, mi cabeza, mi *Doña Bárbara*, mi libreta de notas. Los adolescentes se me aproximan. Uno es el propietario de la curiara. Le pido permiso y me subo en la embarcación. Merfolia decide mantenerse en la orilla. Pregunto al dueño.

—¿Cómo te llamas?

—Florentino.

Siento que la poesía continúa. Desde que la hermana de Crisanto me vio meter las manos en el río, calló. Al oír que el muchacho responde mi nombre, se aleja.

Andamos el río de una a otra orilla. De regreso, salto a la ribera. Me siento en ella. Escribo mis impresiones. Reparo en el Arauca ocre que arrastra hojas y ramas. Él llegará con mi espíritu hasta el Orinoco, viajará por el Caribe. Tal vez alguna partícula abraza mi Isla.

En el otro margen hay casas similares a las del fundo donde estoy de vuelta. Florentino me muestra unos chigüires entre las yerbas de la orilla. De regreso ni el lodo me incomoda. De nuevo, pájaros amarillos. Gavilanes. Serpientes.

La Cuaima me recibe con rostro de fastidio. Tiene el coche encendido. Y partimos.

—Mi tía coleccionaba muranos. Están extinguidos, salvo el de la sala.

Dice Crisanto, y obvia cualquier alusión al encuentro máspreciado que he tenido en tierra venezolana. No obstante, me transporto a la sala de San Fernando. Al murano con forma de pulpo que echa sus tentáculos al cielo. Apenas lo vi, rodeado de niños, consideré que era un milagro de San Donato de Arezzo el que aún desplegara sus transparencias rojo vino a través de los ocres dorados.

Retorno al camino. Descubro que llaman samán a lo que, en Buena Vista, en la casa donde nací en la Ciudad de San Isidoro, nombraban acacia. Merfolia vuelve al diálogo con mis anfitriones. Hablan de su vida, de sus hijos.

En el regreso a San Fernando empiezo a despedirme. Lo que he vivido no lo imaginaba hace siete años. Hace siete días. ¿Qué haré desde hoy sábado hasta el miércoles, día en el que vuelvo a los Estados Unidos?

Crisanto habla de sus dolencias. Lachesis describe la enfermedad en la cual él adelgazó hasta la emaciación. Se vio tan mal que no pesaba ni sesenta libras, dice. Y examino sus seis pies y sus lozanas trescientas libras. Corobero estuvo tan grave que hasta llamaron a un sacerdote para la extremaunción. Entonces, algo, como un gas, salió por un hueco abierto en su costado derecho, tan hediondo que los empleados del hospital se ausentaron y no se comparaba ni con la pestilencia de Felipe II de Austria. Solo yo me quedé a su lado, por amor. Después se curó. Miro a Crisanto. A esta fecha, levita. De pronto, la Cuaima se dirige a mí: sabemos que no crees esto.

—No cree nada de lo que has dicho —reafirma Corobero.

¿Para qué objetar? Me doy cuenta con claridad de sus numerosas enfermedades que no había clínico que le diagnosticara. Y de ahí su odio a los psiquiatras. Pienso en lo que expresa que ha



padecido. Y trato, aunque no puedo, de ser unicista. O sí. Poseo su diagnóstico. Me digo. No leí ninguno de sus electrocardiogramas. Solo lo vi actuar. Tengo hace rato una patología en mente. ¿Pero qué hago? ¿No será que quiero aceptarlo como paciente para perdonarlo? ¿Un alegato de mi inconsciente?

De mi reflexión me aparta Lachesis. Menciona los nombres que tendrá la cría. Si es hembra le pondremos Cleopatra Uadyet. Si es varón, Philippus. ¿Verdad, Corobero?

Crisanto paladea cada palabra que pronuncia:

—*Philippus Dei Gratia Venezuelensis Rex.*

Un ave roja se detiene a un lado de la carretera. Me fijo en un embarque de ganado en un punto de la guardia nacional. Siento olor a leña húmeda. Paralelo a la carretera venden carnes y cambures. Merfolia habla de la necesidad de casarse y, sin dilación, sobre guacales de mangos.

—A mi madre le gustaban las frutas, en especial el manirito. Si la veo te la muestro —dice al fijarse en mi semblante. Y añade—, crece silvestre. —A seguida—: mira, aquella cayena morada está al abrir.

Lo que veo son garzas levantar el vuelo. Por ratos tiendo a una ira interior. Gasté lo que no tengo por estar aquí, por alquilar este vehículo y hacer lo que soñé. Me consuelo. Vendrán otros viajes, otras razones. Otras gentes. De todos modos, *veni, vidi, vici*.

Callan por un rato hasta que Crisanto habla de la creación galleguiana, del trabajo en seis tomos de su pariente.

—Se llama *Ocasos y acasos apureños*. Es la revisión de los originales que Torrealba, Antonio Sandoval en la novela, le enviaba a Gallegos.

Y ya andamos por los suburbios de la capital de Apure. Regresamos antes de lo calculado. Crisanto y Lachesis están tranquilos. Dicen que nos marcharemos de inmediato para que no nos coja la noche en el viaje. Paso por las mismas calles que no he recorrido a pie. Reitero la estatua de San Fernando con su espada y su globo. Y estructuras modernas, edificios que parecen sacados de la avenida Brickell, en Miami. Es la arteria de los negocios millonarios, explican, que interrumpe la arquitectura de la ciudad, su apatía. Y elucubro.

En la casa de la familia de Corobero, la tía aparenta afabilidad. El calor me hace sudar. Estoy molesto por no haberme bañado en dos días. Enseguida, Merfolia me pide que la lleve a hacer un mandado. Vamos con su niña. Por el camino llegamos a una casa del siglo XIX, o de finales del XVIII. Hace esquina. Es blanca. Cinco grandes ventanas pintadas de marrón, con enrejado de madera, sobresalen de su fachada. El techo es de tejas. Tiene una placa:

***EN ESTA CASA, SIENDO HOGAR  
DEL CORONEL MIGUEL GUERRERO  
SE HOSPEDÓ EN 1818  
EL LIBERTADOR Y PADRE DE LA PATRIA***



***HOMENAJE DEL GOBIERNO  
PRESIDIDO POR EL GRAL JOSÉ DOMÍNGUEZ  
EN EL 150. ANIVERSARIO  
DEL NACIMIENTO DEL HÉROE***

Revivo las emociones sentidas frente al viejo Samán de Güere. Deseo, como en aquella ocasión, estar a solas. Pero la niña quiere fotos. Se las tomo. Me remonto a la Casa del Manco Roldán. Accedo por una puerta colonial y avanzo por un pasillo de adoquines. Del techo de madera penden farolas de hierro y cristal. Transito inmerso en otros siglos hasta un patio central. Están en reconstrucción, interrumpe Merfolia, quien me muestra un cartel: la dirección de obras públicas realiza mejoras en la Casa de Bolívar. En el patio, también de adoquines, hay tejas amontonadas contra la tapia posterior, próximas a una fuente. Delante, una carreta de ruedas mohosas. Y antiguas campanas que, según me explican, trajeron de Europa. En los espacios: andamios, helechos, henequén en vasijas de barro, orquídeas florecidas, yareyes y palmeras que surgen entre cayenas rojas. Me deleito al mediodía, sin sombra, con los aleros, el tejado, el dibujo de los distintos niveles del techo y un muro, bajo, que limita el corredor que lo rodea. El claustro. Sobre el muro: tinajas. Y en la pared de las habitaciones: óleos. Ahora el edificio es una biblioteca. Como ando sin permiso voy hasta la dirección. El

director me habla de la primera edición de *Doña Bárbara* que, según él, tiene una dedicatoria: A Antonio Torrealba, verdadero autor de esta novela. Le menciono la mía. Me comenta que la crítica galleguiana actual dice que a partir de la que tengo desaparece tal alusión. Me trae los tomos de Abejares. Falta uno, agrega. Y comenta la investigación del apureño que yace con un supuesto infarto en Caracas. Es mi amigo, afirma. Y nos despedimos.

Vamos a un mercado cercano. Debemos comprar queso. Un vendedor nos dice que probemos de uno. Es delicioso. Merfolia lo compra. No le permito que pague. ¿Le sugeriría Lachesis que me trajera para esto? Volvemos al coche, que hierve. Abro las ventanas para que la niña no se ahogue. Intento echarlo a andar. Se niega. Levanto el capó. Busco. Miro los múltiples cables, pero no entiendo su lenguaje. Y con la vergüenza que subía por mis muslos como una anaconda llanera, le pido a Merfolia que avise a la señora Cuaima.

En esta casa que fuera hogar del coronel Miguel Guerrero, el Volkswagen que alquilé en Maiquetía se niega a arrancar.

Llega Lachesis.

—Con seguridad no tiene nada —me dice—. No lo entenderás.

Lo arranca. Expresa una gran satisfacción. Pero, de improvisto, el coche se detiene. Su rostro se pone tirante.

—Estamos tan lejos de Caracas —comenta—. Y no hay agencias por aquí.

Empujamos el auto que al fin funciona. Regresamos. Me informan que ya almorzaron. En la cocina, adonde me lleva la tía para enseñarme cómo se hace una cachapa, descubro una fuente con restos de un guisado. Me percató del porqué fuimos al mercado. Y recuerdo la cena de la noche previa a la que tampoco fui convidado. Con inusitada afabilidad las hermanas de Corobero me interrogan sobre las comidas características de mi país. Les hablo del plato típico de la Muy Ilustre Ciudad

de San Isidoro con frijoles caritas, ruedas de cebolla, huevos hervidos, cortados en lascas, limón y aceite de oliva. Si bien en Cuba ya no hay ni aceite, aclaro. Y menos de oliva.

La tía tomó unos jojotos, les sacó los granos y, en una batidora, los hizo una pasta que vertió en un recipiente al que añadió huevos, azúcar, aceite y sal. Se mezcla bien. Dice. Momento en el que exhibe una plancha de hierro, ennegrecida por el uso, colocada encima del fuego. Es mi budare. Aclara. Y lo unta con una tela embebida de aceite. Sobre él pone las pequeñas porciones del puré de maíz tierno. Y las cocina.

—Esto es una cachapa —explica.

Se extrañan de que no se conozca en mi país. Y les hablo de una comida nativa y común que aún degustamos en el oriente de la Isla: casabe.

—Aquí se conoce como casaba —dicen al unísono.

Me indican que me siente junto a Merfolia y la niña, quien se niega a comer. La cachapa ocupa gran parte de mi plato. Le han espolvoreado queso. Quisiera paladearla, pero veo a Corobero ir de un lado a otro, dirigirse al auto y a Cuaima echarlo a andar. Y me atraganto. De pie tomo un buche de agua y voy hasta el cuarto trastero. Recojo el chinchorro y la mochila. Salimos con mucha prisa. Ya en camino, Sisi echa de menos un pomo de agua dejado en la nevera. Regresamos. Me bajo a buscarlo. Merfolia abre. Su niña llora sin consuelo. Su madre le ha pegado por no comer, me dice, y me muestra su rostro surcado por la sombra de unos dedos.

El viaje de regreso se hace más rápido. Apenas nos detiene una manada de búfalos indios cuya negritud sedosa admiro y, luego, una yegüería que avanza paralela al camino. Corobero parece ablandarse. Hacemos una parada. Lachesis y Sisi van al baño.

—Esperaba estar a solas contigo. No acostumbro a andar en grupos. Y si las personas están llenas de prejuicios, peor. Si me lo hubieras explicado no habría venido. Nos hubiésemos evitado esto. No quiero que nos separemos así.

No responde. Soy incapaz de intuir en él sentimiento alguno. Me pongo los calobares. Y en silencio reanudamos el viaje hasta que llegamos a Maracay.

Se bañan. Yo, el último. No comemos. Lachesis se enrosca en su cama. Crisanto enciende la televisión y se mete en una novela brasileña.

Carrodegua es un hombre rudo, aunque dulce como un higo maduro. Zoraya es blanda como un *medjool*. Los quise desde antes de venir. Los conocí en persona el día que llegué a Maracay. Lachesis y Crisanto me llevaron a verlos esa misma noche. Llamamos y, por el enrejado de la tapia que separa el jardín de la calle, pretendimos engañar a Zoraya. Sin embargo, me reconoció y abrazó.

—Eres Florentino Cascajo, en Venezuela. No lo concibo.

Tras ella, a medio abrochar una camisa, salió Carrodegua. Me abrió su cariño, me bendijo y, para asombro mío, me besó en el rostro.

—Florentino Cascajo, entras en mi casa que es tu casa. ¡Al fin!

Por la mañana, Corobero dijo que me acompañaría a casa de sus padres. Lo hace Lachesis. Vamos solos, ella y yo.

—¿No vamos todos?

—No. Carrodegua y Zoraya quieren llevarte a los mercados típicos de Maracay. ¿Quién los oye si no estás con ellos? Iremos más tarde —dice Cuaima quien se marcha con mi auto.

Cargo el desasosiego cotidiano. Me siento raro, pues vine para andar con Corobero. Él me salvaría de alguna pregunta indiscreta, de alguna situación en la que no quisiera verme. Por fortuna, la educación y la humanidad del padre y la madrastra de Crisanto hacen que me sienta bien. No obstante, estoy a la expectativa. Cuido lo que digo. Mido a quienes mis ojos me hacen mirar. Sujeto mis manos. Carrodegua me refiere que hoy domingo deseaba que estuviéramos todos. Habla sobre la Cuaima. Sobre la sutileza de su abrazo. De su mordida peligrosa. Sí, digo, sin hacer otro comentario. Comprendí que era de su dominio lo que yo suponía.

Anoche, antes de irme a dormir, redescubrí en *Doña Bárbara* un personaje secundario en el capítulo IX de la segunda

parte: «Florentino el araucano, el gran cantador llanero que todo lo dijo en coplas». Sincronía fortuita. Pensé. En la madrugada, me despertó el timbre de un teléfono que nunca sonó. Recuerdo que me incorporé. Lo interpreté como un signo de que este novelar llega a su fin. En la quietud, interrumpida por el zumbir de los mosquitos, no hubo fragores. Ya no tendré que preocuparme por cura alguna. Y volví a rendirme.

Crisanto fue miembro fundador de la Juventud de Acción Democrática en el Barrio del Piñonal, Comité de AD, Calle Luis Hurtado. 1970. Eso me cuenta Carrodegua. Y se ríe. Fue adeco, dice con una risada. Pero hoy es más chavista que el Papa. Cuando Cuaima se fue, Carrodegua me brindó café. Imaginó que no había desayunado. Más adelante, en un vehículo destartado, nos fuimos a la vivienda de un pintor, ya muerto, primo de Corobero. Carrodegua y Zoraya quieren que conozca a la familia. Nos recibió un hombre de unos treinta años, sargento del ejército. Es el hijo del artista que moró en la casa cuyas paredes están ocupadas por su obra. Algunos cuadros pertenecen a Corobero. Afirma. La dirección es otra adonde escribí y llamé para informarme de la salud de Crisanto. Al inicio, el hijo del pintor me pareció áspero. Lo analizo. Es alto. Macizo. Resultó ser en extremo agradable. Me hubiera gustado andar Venezuela con él. Lo veo serio, responsable. Incluso se me brinda como guía. Es tarde, le digo. Y me voy con Zoraya y Carrodegua a los mercados de Maracay. Uno, al aire libre, con edificaciones bajo techo. Entre olores. Y sabores. Casaba. Queso de mano. Pan de horno. Carrodegua se detiene, hace compras para el almuerzo. Zoraya me señala unas atractivas frutas de color vino tinto.

—Son pomalacas. Se dan en las montañas. Por dentro son blancas, como una pera. Huelen a rosas —explica Zoraya.

La vendedora dice que son magníficas para los riñones. Que no hay mejor diurético.

Y sigo entre vegetales, peces, artesanías.

El otro es el mercado principal en un edificio de los años 1920. El techo es alto, formado por varas de bambú. Solo entramos para que yo lo conociera. Nos fuimos de inmediato.

Ando con Carrodegua por las calles de Maracay. Este coche parece que se quebrará de súbito. Sin embargo, dentro de él respiro la mejor atmósfera desde que llegué a Venezuela. Es como si fuera en una carroza real de Felipe II, tirada por los mejores caballos de Bolívar y de Páez, y bajo el abrazo de Negro Primero. Vamos a ver a doña María, la vendedora de guarapo. Es famosa. Cuentan. El gobierno de la ciudad quiso sacarla de su negocio. Y no pudo. Ha salido en los periódicos y en la televisión. Está con una carreta en una esquina inhóspita. Y en la carreta su central que recuerda una cántara de leche. La imagen de María es una mezcla de monja clásica con bruja medieval y enfermera de la Primera Guerra Mundial. Quienes pasan por la carretera le gritan saludos. Ella los bendice, mientras me la presentan. Me recibe con un mimo que se junta, en cualquier parte de la memoria afectiva, al de Carrodegua y Zoraya.

—¿Cómo quiere el guarapo: al tiempo, frío, con limón o sin él?

Me da a probarlos. Me decido por uno helado con zumo de limón. En una tapia, detrás de su carreta, se posan dos pájaros amarillos. Reconozco en ellos los que Corrodegua me había dicho que eran canarios de tejado. Con un abrazo de María y sus mejores deseos para mi estancia y mi vida futura, nos marchamos.

En la casa de Zoraya nos esperaban Crisanto, Lachesis y Elisabeth Amelie. Carrodegua dice que cocinará para honrarme. Nos vamos al patio. La Cuaima arma un chinchorro en un árbol. Conversamos de los partidos políticos. En casa de los Páez son adecos. Carrodegua es el retrato del Mocho Montiel, uno de los hijos de José Antonio Páez, apureño viejo, con su barba blanca. Salvo que Carrodegua no tiene barba. El medio hermano de Corobero, hijo de Zoraya, es la imagen del General José Antonio Páez como aparece en el dibujo de Carmelo Fernández y en la litografía de Thierry Frères. Bajo, fornido, juguetón. Dicen que si está Corobero y hablan de adecos y chavistas terminan en una discusión.

—Lo que ha hecho Chávez está bien —afirma Crisanto.

—Lo único que me echo en cara y me pesa, es haber donado cincuenta bolívares al comandante de tu Isla —dice Carrodegua—. Perdóname, Florentino. Era muy joven.

Y el hermano de Corobero, que había desaparecido, vuelve con una franela para mí que en el pecho, en letras azul marino, reza: Alfaro presidente. Detrás: Montilla Gobernador. Vota completo.

—Llévatelo como recuerdo —me dice—, para que veas que en Venezuela no todos opinamos igual.

—No se te ocurra ponértela aquí, Florentino, —aconseja Carrodegua, quien me invita al jardín para mostrarme un cambur topocho.

Corobero aclara que es una mezcla de plátano con guineo manzano. En el sitio, advierto un arbusto que en la Ciudad de San Isidoro es rastrero. Le llaman verbena, comento, lo usan para la ictericia de los recién nacidos. En Venezuela alcanza un metro de alto, me dicen.

—Es la variedad de los suelos —afirma Carrodegua.

—Florentino tenía su platanal unido por una zanja. Por las tardes ponía la manguera y lo inundaba —interviene Corobero—. El brote que traje no se dio aquí.

Zoraya apunta hacia unas heliconias que, según le ha dicho Crisanto, semejan las de mi patio en Little Farm. Después me lleva a una mata de menta con la que promete hacerme un té de sobremesa.

Crisanto toma bulbos de orquídeas arañas, de las que Zoraya muestra unas flores secas, para que me los lleve en el viaje de regreso. Y otros bulbos de una Catleya que es la flor nacional de Venezuela. Me entusiasmo, aunque con el temor de pasarlas por la aduana. Recuerdo mis altas botas donde escondí, a mi regreso de África, extrañas plantas que crecen en el jardín de mi familia en la Isla. Crisanto vuelve a ser el de antes. Pese a que hay una sombra que lo circunda. Una sombra que no es mi sombra. Y nos sentamos debajo de un aguacate muy cercano adonde Lachesis teje.

—Florentino —dice sin dejar de tejer—. Te voy a decir cómo se hace la Guasacaca. Apúntalo. Mezcla cebolla, cebollín, cilantro, ajo, perejil y ajíes. Quiero decir, pimientos. Lo licuas. Añades una pizca de sal, un poquito de aceite y un chorrito de vinagre. Si se te pega: agua. Y si lo deseas, échale aguacate.

Zoraya, que no sabe qué hacer para que me sienta bien, trae unas monedas del país. Las hay de 10, 20, 50, 100 y 500 bolívares. El hermano de Corobero se acerca con otras más



antiguas de 5, 10, 12 1/2 y 25 céntimos. La de 12 1/2 céntimos es la famosa locha, me explica. Son para ti. Y me alegro como un niño. Recuerdo mi colección que luego de treinta años tuve que dejar en Cuba, pues se consideran divisas y está prohibido sacarlas. Los rublos del reinado de los zares, los billetes coloniales, tanta pieza y tanto papel raro y querido que no disfruto como antes ni tengo conmigo.

A menudo, Carrodegua se ha acercado para darme a probar de lo que cocina. Me lleva hasta el fogón y destapa la olla donde hierve un oloroso caldo en el que flotan mazorcas de maíz, carne de res, cilantro, papas, yucas, trozos de ñame. Le digo que me hace recordar los ajiacos de mi infancia, aunque menos espeso.

Vuelvo al patio. Zoraya me trae de regalo un llavero de cuero: un estribo de piel: panadería El Comercio. Y me promete algo que no he adquirido por permanecer cautivo dentro del auto: música venezolana. Apenado, le digo que no se preocupe, que compraré discos antes de irme. Crisanto relata que consiguió para mí una Venus de Tacarigua. Su comportamiento es forzado. Temo que lo noten. El cielo se oscurece. Una paraulata canta entre las hojas del aguacate.

—¿No han llevado a Florentino para que conozca a Trajano? —pregunta Zoraya.

Listo el almuerzo, Crisanto y yo nos sentamos en el patio. Carrodegua me trae un plato humeante. Zoraya, casaba. Un aguacero nos empuja hacia el comedor. Carrodegua me ofrece otra porción. Y acepto, con gusto. Una, porque está delicioso; otra, porque la ternura de este llanero me hace aceptarle lo que brinda. Y, en tercer lugar, porque tengo la certeza de que hoy no volveré a comer. Me hablan de un lugar donde tocan arpas. Y me hago ilusiones. Mencionan sitios adonde no puedo dejar de ir en el Estado Aragua: el lago de Valencia, a que vea la estatua del cacique Maracay; el museo antropológico, para que me dé gusto con cerámicas y enterramientos precolombinos. Y el parque Henri Pittier, agrega Zoraya, porque se ve que Florentino ama las plantas. Y el hermano de Corobero: no dejes de ir a la Casa Páez en Valencia. Y que te lleven, Florentino, al monumento de Carabobo.

Zoraya prepara un delicioso té del que bebo dos tazas. Volveré antes de regresar a los Estados Unidos, me hacen jurar. Cuando cesa la lluvia, salimos, pero el auto no arranca. Crisanto llama a la compañía que me lo alquiló. Prometen uno en la mañana. Bien temprano, exige, antes de las nueve; fíjense que es un periodista americano que hace un trabajo sobre el nuevo presidente. Salimos. Empujamos el coche. Y echa a andar. Las nubes persisten estáticas sobre las montañas.

A ratos el auto se detiene. Y sospecho. Me parece imposible que falle. Creo que Lachesis, cuya aversión hacia mí le sale por cada una de sus escamas, no quiere guiar más ni que Crisanto me acompañe. Empujo con fuerza. Crisanto no tiene muchos deseos de hacerlo. En el camino, cae la noche.

—Hubiéramos ido a casa de Marco Ulpio Trajano —dice Lachesis.

Hace días que hablan de Trajano y de su supuesto hermano, a quien conocí por casualidad. Crisanto, en una de sus andanzas, fue a dar a su casa. Y parecen muy amigos. Amigos tal vez traídos a Corobero por Lachesis.

—A veces viene y duerme en la sala, como tú. Es divorciado. Tiene un hijo, Adriano. Lo visitamos con frecuencia —informa Lachesis.

Cerca de la urbanización donde viven, deciden esperar por alguien que pase y nos remolque. La noche zumba. Desde el agua putrefacta de las cunetas ataca una plaga de zancudos. Zancudero. Zancudal. Sus picadas hincan en la cara, el cuello, las orejas, las manos. Al rato, se presenta un extraño que decide buscar una sogá. Reaparece y arrastra el Volkswagen. Lachesis y Sisi van en él. Nosotros, con quien nos hace el favor. Ya frente a la casa resuelvo dejar el coche dentro del área de parqueo, donde se ha quedado hasta hoy, porque hay una puerta de hierro que cierra con un candado. Cuaima dice que no es necesario. Sé que si me quejo tengo las de perder. Pero pone en peligro mi dinero y mi tranquilidad. Estamos en un barrio marginal. Lo primero que me dijeron los que me alquilaron el vehículo es lo contrario de lo que haré. ¿Es esto una provocación? ¿Una más? Presiento que hay un hilo que está al romperse. Entramos. Corobero se marcha a sus habitaciones y deja

a Lachesis que habla de las ropas que le comprará a la cría, de los colores, los bordados, las orlas. Supone que me gusten. Indignado por la grotesca proyección de sus figuraciones, lo que disimulo con la mayor cortesía, le pido permiso para bañarme. Tengo el cuerpo acribillado de picadas. Y un hambre atroz. Y un deseo de salir de este medio inhóspito. Por más que me haya enamorado del país quiero irme. Dejar atrás estos endriagos.

Anoche casi no dormí por velar el Volkswagen. Y por el prurito en las picadas de los zancudos. Eso me sirvió para confirmar que Crisanto no ronca. Ni expulsa cuescos. Ya día, me duermo. Me despierta la voz de Corobero, quien riega las plantas y habla con Sisi. De improviso, oigo otra voz, diferente, que creo fingida. Como de alguien que pretendiera hacerse pasar por un amadamado.

—¿Y dónde está la gente de Mayamis?

Pienso que es el sargento primo de Corobero, quien no ha tenido otro modo de llegar. Y me animo. Y regocijo. Me asomo por una ventana desde donde no me ven. No es el sargento. No. Es un ente de ascendencia nativa. Habla con su voz natural: quebrada, rasgada, rota, aguda, chillona. Acaponada. Usa sandalias sin medias. Y una mariconera unisex. De movimientos ahembrados. Se dirigen a la casa. Oigo al recién llegado decir:

—Vengo a desayunar.

Es Trajano. Crisanto y Lachesis salen en mi coche. Me dejan a solas con él. Resulta un ser agradable, culto, jovial, sagaz. Parece sincero. Mis anfitriones regresan cargados de cartuchos repletos de víveres. Se esmeran en elaborar una comida. Lachesis pone un mantel especial. Junto a Crisanto se mete en la cocina. En la mesa aparecen huevos fritos de una manera que no conocía: de tres en tres, muy tostados. Jamón, también frito. Arepas. Y queso que se les espolvorea. Lentejas. Pimienta. Limón. Zumo de parchita, piña, lechosa.

—Florentino.

—¿Qué pasa, tía?

—Voy por donde aparece Trajano y el desayuno opíparo que no te hicieron ni el primer día.

—Me parece que fue por medio de él, y su presunto hermano, que Crisanto conoció a la Cuaima. Pásalo por alto.

—¿Y estás aquí volado en fiebre sin saber de qué? Soy muy desconfiada. Ahí hay algo detrás.

—Tía...

—Piensa mal y acertarás.

A las once de la mañana, al ver que no venía el auto prometido desde Maiquetía, le pedí a Crisanto que llamara a la compañía. Repite la historia a la que adiciona algo más. Mi criatura me recrea. Soy también un periodista del *Herald* que hace un reportaje para la televisión americana sobre el nuevo presidente. He perdido una cita que tenía en Caracas con los directivos de *El Nacional*. Y me he quejado a mi embajada. ¡Imagínate en el lío en que estamos metimos! Advierte. A pesar de mi vergüenza, es tal su exageración que sonrío. Aprovecho el teléfono público para llamar a Gavlovski. Crisanto insiste en hacerlo él. Dice que no logra comunicarse. Camino a la casa me indica:

—Para los mecánicos te vestirás como un reportero de los Estados Unidos.

Él mismo escoge las ropas y me explica cómo llevarlas: mis botas desamarradas, una de ellas por fuera del pantalón de caqui, una camisa a cuadros y encima un chaleco, también de caqui, de muchos bolsillos. Gemelos y cámara al pecho. Y un sombrero tejano. Me parezco a Ernest Hemingway en África, o a un corresponsal en un país en guerra. Según Corobero, es preciso que les ponga carácter, decir algo así como que me quejaré del maltrato a la embajada. A las dos de la tarde llegan los mecánicos.

—Hemos estado perdidos, pana. Vives en un barrio muy alejado.

—Es que ustedes son de Caracas —alega Crisanto.

No traen grúa ni auto de repuesto. Informan que su compañía no posee agencia en la ciudad.

—Vamos a ver qué tiene.

Y revisan el auto. Minuciosamente. Después de un buen rato, me informan:

—Es el dispositivo para evitar hurtos. ¿Han abierto mucho las puertas?

Quitan la parte dañada. Me aconsejan que en lo adelante lo cuide aún más, pues sin esa pieza es fácil robárselo. Se marchan casi a las cuatro. Me acicalo a la carrera. Estoy ilusionado. Hoy iremos a Valencia. Visitaremos la Casa Páez y el Campo de Carabobo. Ya están dentro del auto. Al abordarlo, soy amonestado por la señora Cuaima:

—No vuelvas a abrir la llave derecha del lavadero; has inundado el cuarto de la niña.

He visto a Trajano hacer lo que se me imputa. Pero callo. ¿Se urde algo en contra mía? No, debo estar equivocado, paranoide. Hoy me sientan en la parte anterior del coche. Trajano y Elisabeth Amelie van detrás con Crisanto.

Se me habían terminado los rollos de la cámara fotográfica. Lo expliqué a Crisanto y andamos por Maracay. Digo que deseo una virgen de Coromoto para mi madre y me llevan a varios establecimientos. Locales donde caben varias veces los que, para igual fin, existen en Miami. Una mezcla de botánica con tienda esotérica. Compró inciensos: sándalos *Padmini*, de canela y miel, y otros de sándalo puro: *Prashanta*, *Mehbooba*, importados de la India. Lachesis no se apea, en su lugar da vueltas iteradas a la cuadra. Me apura en el instante que se me revela la ciudad. Vamos a dar a un museo de arcos mudéjares en cuyo pórtico se aglomeran vendedores de cerámicas, pieles y piedras. Es el Museo de Antropología. Trajano me informa de su importante colección de urnas funerarias precolombinas encontradas en el Valle de Tacarigua. Y apunta, a través de la puerta de cristal, hacia un recipiente de barro donde, dice, se enterraba a los aborígenes.

—Tráelo mañana, Crisanto, antes de llevarlo a Caracas.

Buscamos un buen lugar para mis compras. Frente a la plaza de toros, adquiero postales de Venezuela. Las casas típicas de barro, con balcones, están muy caras, según Lachesis. Tampoco aparece la virgen de Coromoto.

Nos detenemos en el antiguo Bar de Rafucha. Como presentí que Corobero no me traería, se lo pedí a Carrodegua, quien me llevó. Era un bar de maricos, dijo. En Miami, Crisanto me contaba de los artistas e intelectuales que se reunían allí, él

incluido, atraídos por la modelo del maestro Armando Reverón. De las leyendas sobre el artista.

Después me pasaron por la Plaza de Maracay, de la que Crisanto me había hablado. Y de su estatua ecuestre de Bolívar entre árboles que constituyen un jardín botánico. La veo desde el auto. La Cuaima frunce el ceño. Próximo a Valencia nos desviamos por barrios marginales y calles con zanjas de aguas corrompidas. A veces, un vertedero. Pensé que íbamos para Valencia, opina Trajano. Maita nos espera, rectifica Lachesis. Este viaje no estaba en mis planes. Y expreso mi deseo de visitar el Campo de Carabobo. La mujer de Corobero me dice:

—Ese lugar es como cualquier otro, Florentino. Te compras una postal y lo ves mejor, con más colores que al natural y sin tener que viajar hasta allá ni gastar gasolina.

El ambiente es tenso. La suegra era el objetivo. ¿Acaso la suegra es un lugar turístico? Me pregunto cuando la advierto en su portal.

Vestida de oscuro porfiado, confundida con la hojarasca que la rodea, Daya Nix nos recibe con quejas de jefa de Estado. Está en la penumbra que se desborda de una bombilla de luz ámbar. Los músculos de su mandíbula se dilatan. Se delinean fuertes. Hemos tardado demasiado, reprocha. Al hablar expone sus colmillos largos por donde le ruedan las palabras. Cuando se incorpora, advierto su gran tamaño.

—Por favor, no extendamos nuestra visita aquí —le digo en voz baja a Corobero.

Su rostro se contrae como el de un peso pesado que, en el duodécimo *round*, por un fuerte *uppercut*, hubiera recibido un *knock out*. Y se encamina a una habitación. Minutos después, salen. Se dirigen a la cocina. Lachesis se me acerca. Quiere mostrarme sus cerámicas que exhibe en la pared de la sala. También, unos cuadros de su autoría.

Nos llaman para comer. Y nos sentamos a la mesa. Me traen un plato, ya servido: arroz blanco, carne asada, vegetales. Y un jugo de piña. Siento un sabor extraño en ambos. De postre, en una tiniebla cárabe, un café en el portal. Oigo que Daya Nix interroga a su hija.

—¿Así que al fin Crisanto te llevó a conocer a su familia?  
Lachesis me mira. Le responde muy bajo. Tan bajo que no escucho.

La luz mortecina se aviva por una vela que enciende Crisanto, quien la coloca sobre uno de los dos bancos de piedra frente al grupo. La escena me transporta a Amberes. Semeja un lienzo de Adam de Coster.

Cuadro de familia. Figura central: la suegra sentada en su trono. De pie, recostada en el respaldo, Lachesis. Trajano se coloca a su derecha; Corobero, a su izquierda, ambos también de pie. Elisabeth Amelie, en el suelo, se apoya en el regazo de la abuela. Un nieto, niño, se arrellana entre los muslos de su prima. Todos pendientes de la *Maitre de la brousse* en su nocturnidad ofídica. Delante, en el otro banco de piedra, me siento como frente al Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Daya Nix silba al arañar sus afilados colmillos. Se dirige a mí.

—Me gusta la música cubana. Hace poco fuimos a ver a Aurorita. Es muy buena, lástima que sea cachapera. ¿No te parece?

—¿Quién es ella? —pregunto una vez que cesa el movimiento de su lengua oscura.

—Cónchale vale, la cantante. ¿No la has oído?

—No la conozco —miento. Y veo oscurecérsese su franja postocular.

En el reflejo de la llama resalta la contrariedad de su rostro. Sus iris se tornan herrumbrosos. Tintos. También Lachesis se incomoda. Trajano da golpecitos con sus nudillos en la silla. Crisanto mueve uno de sus pies. La suegra se queda meditatunda. Muda. Expande sus fosetas loreales. Noto su piel escamosa. Su hocico que se agudiza. Y de nuevo silba.

—Me encanta el cine cubano. Hace unos días fuimos a ver *Fresa y chocolate*. ¿Qué crees de ella?

Relucen sus colmillos en el esbozo de una sonrisa vipérea. Alza su faz con aires de triunfo como quien de una mordida ha necrosado a una víctima y espera por otra.

—Hace años que salí de la Isla. No estoy al corriente de su producción cinematográfica —miento de nuevo con un exquisito sosiego en el que me deleito.

La luz de la vela se agota y volvemos a la penumbra ámbar, Daya Nix se mueve en el asiento. Se incorpora exasperada. Lachesis decide que nos marchemos. Menos mal, pienso, y respiro profundo. Por fin nos despedimos.

Salimos del barrio. Ya en plena carretera, indago:

—¿Cuánto falta para llegar a Valencia?

—Nos regresamos a Maracay —responde Lachesis.

—Sé lo que te propones —me acusa Corobero.

—Viniste por muy poco tiempo. Es tarde —interviene, apaciguador, Trajano.

—Aún no son las nueve de la noche —opino.

—Es que Lachesis tiene que descansar —agrega Corobero.

—Pues la dejamos con la niña en casa para que descanse. Y ustedes me traen. ¿No me han dicho que es muy cerca? Lo único que necesito es un guía. Yo conduzco.

La Cuaima me mira con una expresión indescriptible. Llegamos a un conglomerado de edificios donde Trajano se apea. El resto del camino lo hacemos en medio de un silencio pertinaz. Al llegar, Crisanto carga dormida a Sisi. La lleva a su cuarto. Luego, se dirige al televisor. Está por empezar su novela, dice. Y me percato de por qué nunca salíamos por la noche y de los apuros por estar temprano en casa.

—Florentino, ¿no viste la estrategia de esas víboras? Querían deshacerse de ti. Lachesis enfiló todas sus armas para combatirte. Por eso la visita a la guarida de la madre. Y el haberte dejado a solas con Trajano.

—Ay, tía, qué mal pensada eres.

—Por eso existo.

Se abre el telón

Aviso al público: favor de leerse el capítulo VII de la cuarta parte de *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde. (Una copia de la novela será entregada a cada asistente a la entrada del teatro). *Al levantarse el telón un actor y una actriz lo leerán a la audiencia.*



## Personajes

**Crisanto Corobero y Lachesis:** anfitriones. Crisanto es un hombre cuarentón, robusto, de rostro hosco y voz hermosa. Mide unos seis pies. Lachesis, unos cuatro y medio. De entre treinta y cuarenta años. Está embarazada de cinco meses. Viste un *déshabillé*. Por lo general aparece enroscada.

**Elisabeth Amelie** («Sisi»): hija de Lachesis de otra relación. Tiene unos siete años. Delgada. De piel morena. Hiperactiva. Se mueve sin interrupción por el escenario y toma fotos con el *flash* de una cámara. O abre y cierra las puertas del Volkswagen.

**Florentino:** extranjero. De unos 49 años. Canoso. Mide cinco pies con ocho pulgadas. Esbelto. De muy buenos modales. Voz de locutor.

Verano de 1999. Las 10:00 de la noche.

*(Una casa de mampostería pintada de blanco. Se ven varias habitaciones: un cuarto matrimonial con un espejo; una sala con un chinchorro; un cuarto de desahogo con un televisor; el dormitorio de una niña. En el lado siniestro del proscenio hay un cartel con el nombre del conglomerado de edificios donde vive la familia: Villa los Valles de Aragua. A mano derecha hay un coche, marca Volkswagen, cuya parte posterior da al público. Es verde oscuro, de matrícula MAS 08B, Miranda. Los personajes acaban de llegar de la calle. Se incorporan a la escena según salen del auto. Crisanto carga a Sisi y la deposita en su cama. Lachesis se dirige al cuarto matrimonial. Florentino, a la sala).*

**Crisanto:** (con voz y movimientos sobreactuados). «Niña de mis ojos», hija de mi alma, duerme (la besa en la frente).

*(En el cuarto matrimonial Lachesis se acerca al espejo. Se mira. Se estruja ambos ojos. Ensaya distintas muecas de dolor. Por último, pone cara de llanto. Crisanto ha dejado a la niña y se dirige al televisor. Lo enciende y busca un canal. Ipso facto, se incorpora, se dirige al cuarto matrimonia y se acerca a Lachesis, quien le da las espaldas).*

**Crisanto:** ¿No vas a ver la novela brasileña? Está por descubrirse que la relación extramatrimonial del marido no es una mujer.

**Lachesis:** (se lleva ambas manos al bajo vientre). Ahhh!

**Crisanto:** (alarmado). ¿Qué te sucede?

**Lachesis:** No es nada.

*(Se anuncia la novela. Crisanto se apresura a verla. Las luces se apagan. El reflejo del televisor muestra su silueta. En la sala se enciende un foco que alumbra a Florentino, quien busca algo en sus paquetes. No lo encuentra y se dirige al chinchorro donde se tiende bocarriba. El foco, que se vuelve tenue, le cae sobre el rostro).*

**Florentino:** *(se estira y coloca las manos detrás de la nuca).* Estoy seguro de que traje aspirinas. Pero ¿dónde están? Siento dolor de garganta, de cabeza y en los huesos. Me parece que estoy en un mal sueño. Tal vez Crisanto decida que mañana nos vayamos solos a Caracas. Aún tengo la esperanza de que recapacite.

*(Se escucha un quejido en la habitación de Lachesis. Otro foco se enciende encima de su cama. Se pone en actitud de alerta. Se queja aún más fuerte. Crisanto vuelve la cabeza como un perro en el momento en que llega el amo. Mueve uno de sus pies. Pero sigue absorto en la novela. Lachesis espera por los comerciales. Ensaya otro berrido. Corobero se incorpora y va hasta ella. La habitación de Florentino queda a oscuras. Sisi se dirige al auto cuyas puertas abre y cierra con estrépito).*

**Crisanto:** *(contrariado, se sienta en la cama).* ¿Qué te ocurre?

**Lachesis:** *(acostada bocarriba, las manos en el vientre).* No te preocupes, se me pasará.

**Crisanto:** ¿Cómo no me voy a preocupar si ya perdimos uno?

**Lachesis:** Es diferente. Vete a ver tu novela, deben haberse acabado los comerciales.

*(Corobero se marcha. Lachesis a veces se incorpora y va hasta el espejo donde vuelve a ensayar distintas muecas. Crisanto, frente al televisor, hace gestos de disgusto. De repente, lo apaga y se dirige a donde está Lachesis quien, al verlo, solloza. Comienza una andanada de flashes).*

**Crisanto:** *(se acuesta con ropas al lado de Lachesis que se le enrosca. Corobero le pasa la mano por el vientre hasta que ella parece dormirse).* Pero ¿qué es esto?

**Lachesis:** *(abre los ojos y la boca. Se coloca las manos al lado del rostro de modo que remede la expresión de la figura del primer plano del cuadro de Edvard Munch en «El grito», según*

*la versión de la Galería Nacional de Noruega.)).* Creo que voy a abortar.

*(Puertas del auto que suenan con insistencia).*

**Crisanto:** *(se incorpora asustado).* ¿Desde cuándo te comenzaron los síntomas?

**Lachesis:** *(con rostro de Nuestra Señora de Coromoto restaurada).* Desde que Florentino quiso que lo lleváramos a Valencia. Bueno, para serte sincera, me siento mal desde el primer día en el aeropuerto. Parece que el haber tenido que manejar tanto me ha perjudicado.

**Crisanto:** *(alterado).* ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Cómo no me percaté? Tengo la culpa por haberlo traído.

**Lachesis:** No se lo vayas a decir. Es tu amigo. Y ahora, más valioso para ti que nosotras.

**Crisanto:** *(la abraza con ímpetu).* No digas eso. Tú eres la primera familia estable que tengo. Él no va a destruir mi hogar. *(Deja de abrazarla y se incorpora. Camina delante de la cama. Hace gestos con los puños, como si quisiera golpear. El rostro es de rabia que se desborda. Se desarropa. Apenas viste calzoncillos de una tela negra estampada con motivos de Mickey Mouse).*

**Elisabeth Amelie:** *(irrumpe con la cámara. Descarga cerrada de flashes).* Sonrían, porfa.

**Lachesis:** *(bajo los flashes solloza descontrolada. Se lleva una mano a la cara, la otra al bajo vientre).* No te pongas así. Él no ha venido a destruirnos ni a separarnos. Gracias a Dios está al irse y todo volverá a ser como antes. *(Llora con más fuerza. Se contorsiona. Crisanto la abraza. Ella aumenta los gemidos y se enrosca en él. Sisi deja la escena).*

**Crisanto:** *(se desprende del abrazo).* Este malandro hijo de puta me las va a pagar. Se largará enseguida. *(El actor pondrá intenso dramatismo en esta oración. Sale del cuarto con largas zancadas).*

*(Elisabeth Amelie, que ha regresado al auto, abre y cierra sus puertas).*

**Lachesis:** *(corre hasta la puerta del cuarto con el pelo y el déshabillé sueltos. Su habitación queda a oscuras. Grita).* ¡Crisanto! ¡Crisanto Corobero! ¡A él, no! ¡A él, no!

*(Crisanto se acerca a Florentino. Enciende la luz. Lo zarandea y lanza al piso. Asustado, Florentino se incorpora).*

**Florentino:** ¿Qué pasa?

**Crisanto:** *(con cara de loco que ha escapado de una Unidad Psiquiátrica de Intervención en Crisis y desde hace tres días está sin medicación).* Tú eres el culpable.

**Florentino:** *(anonadado, con una sonrisa).* ¿De qué? *(Alargamiento en la pronunciación de la «é»).*

**Crisanto:** *(amenaza con darle un golpe. Resopla con violencia).* Has venido lleno de energías negativas. Quieres destruir mi familia. Sal de mi casa.

**Florentino:** *(más anonadado. Se lleva una mano a la frente y se la aprieta).* ¿De qué hablas?

*(Cesan los sonidos producidos por el abrir y cerrar de puertas en el auto).*

**Crisanto:** ¡Que recojas tus macundales y te largues!

**Florentino:** ¿Hablas en serio?

**Crisanto:** ¿Quieres burlarte de mí?

**Florentino:** En absoluto. Solo que me parece surrealista.

**Crisanto:** Bueno: será que mereces tal trato. ¡Acábate de ir!

**Florentino:** ¿Adónde?

**Crisanto:** En la ciudad hay hoteles.

**Florentino:** Pero si no sé ni dónde estoy. ¡Y es muy peligroso en medio de la noche! ¿No vamos mañana a Caracas para ver a Bolívar?

**Crisanto:** Te vas pal'carajo de aquí o uno de los dos no amanece vivo. Por manejar, mi mujer se me ha puesto mala.

**Florentino:** No me culpes. Vine para andar contigo. Por eso alquilé el auto, y porque tú me lo pediste, para tener independencia. Jamás para andar con un extraño y, mucho menos, para que condujera el coche. Si lo hizo, desde Maiquetía, fue porque quiso. Yo no la obligué. Es más, me disgustó. Ese no era mi objetivo.

**Crisanto:** ¿Qué insinúas?

**Florentino:** No insinúo. Digo.

**Crisanto:** *(sujeta a Florentino por el cuello. Acto seguido, lo arroja contra las maletas).* ¡Fuera!

**Florentino:** *(se incorpora y compone las ropas).* Soy un

despistado para las direcciones. Como tu mujer conducía no sé ni cómo salir. Soy un extranjero, no conozco a nadie en este país.

**Crisanto:** Vete para Caracas a casa del judío.

**Elisabeth Amelie:** *(entra saltando en un solo pie)*. Tío, ¿tienes todavía hilo dental? *(mira a ambos actores y sale a toda prisa de la escena)*.

**Florentino:** Tú mismo me dijiste que fue imposible comunicarse con él. Además, no es mi amigo, solo alguien que escribió una obra para mi prima. Apenas lo conozco.

*(Crisanto amenaza con darle un puñetazo. La luz se apaga en la sala y se prende en la habitación matrimonial. Corobero encamina a Florentino hasta el cuarto de Lachesis que ha cesado de llorar. Lo coloca frente a un armario)*.

**Crisanto:** *(con gestos histriónicos muy exagerados)*. Empaqueta y desaparece. *(Sale de la escena y se dirige al cuarto de Sisi que llora. Florentino abre una puerta del armario, extrae un billete de cincuenta dólares y se lo da a Lachesis, quien lo esconde)*.

**Florentino:** Es para la cría.

*(acto seguido saca su ropa. La acomoda en la maleta. Al cerrar el armario la puerta se desprende con gran estruendo. Lachesis hace un mohín, se incorpora con un gesto de disgusto. Sisi llega, solloza y se abraza a las piernas de la madre. Detrás de la hijastra, Crisanto entra y se pone delante de ella y de la mujer como si las protegiera de un ataque terrorista. Lachesis se lleva las manos al vientre y hace una mueca de intenso dolor. En un aparte, le habla a Florentino)*.

**Lachesis:** Perdónalo, Florentino *(la actriz pondrá aquí la cara de Cristo en la cruz según Lucas 23:34, cuando dice: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»)*. Al punto, más sosegada). Te escribiré.

**Elisabeth Amelie:** Tengo miedo.

**Crisanto:** *(más sobreactuado que nunca)*. Ven «niña de mis ojos».

**Elisabeth Amelie:** ¿Qué le pasa a tío?

**Florentino:** *(abre la maleta, saca los gemelos y se los cede a la niña)*. Es que me voy, princesa, y quiero dejártelos de recuerdo. *(Sisi se muestra muy alegre y se aparta de la madre. Abre los brazos y los tiende a Florentino. Este se agacha para recibirla)*.

*Crisanto interrumpe la acción. Arrebata los gemelos, ya en manos de la niña, y los lanza en la maleta de Florentino).*

**Crisanto:** *(a Elisabeth Amelie).* No se los aceptes. *(A Lachesis).* ¿Qué escondes?

**Lachesis:** *(con fingida ingenuidad).* Unos dólares que Florentino me dio para nuestra cría.

**Crisanto:** *(autoritario, aunque dubitativo).* Devuélveselos.

*(Sisi lloriquea, va hasta la madre y se abraza a ella. Al instante, se detienen sus movimientos, también los de Crisanto y Lachesis. Todas las luces se apagan. El único animado es Florentino quien anda hasta el proscenio).*

**Florentino:** *(aparte. Un foco lo ilumina. Habla con el público. Luce espantado).* Estoy en una situación embarazosa. Me parece que de buenas a primeras me van a matar. Temo el segundo que vivo y el que vendrá de aventurarme por un barrio marginal que desconozco, donde pululan los robos y los asesinatos. A medianoche la calle está llena de maleantes. Y más por estos sitios.

*(Se apaga la luz del proscenio y se enciende la del cuarto de Lachesis en el momento que Florentino regresa. Los otros personajes cobran vida, a la vez que él coloca los prismáticos en la maleta, la cierra y se va a la sala que se ilumina. Es seguido por Crisanto, quien con mala cara le pregunta).*

**Crisanto:** ¿Te falta mucho?

*(Florentino se coloca al lado del auto. Crisanto lo sigue como un espía. Lachesis, en su habitación, se queja de dolor. Sisi aún la abraza).*

**Florentino:** Lachesis tiene las llaves.

*(Crisanto entra al cuarto, las busca, sale y las tira a los pies de Florentino).*

**Florentino:** *(las recoge).* Gracias. *(coloca su equipaje dentro del maletero).* Ahora necesito abrir el candado de la puerta de hierro.

*(Crisanto vuelve al cuarto. Frente a la Cuaima estira el brazo derecho como si hiciera el saludo romano, pero quiebra la muñeca hacia atrás, además que acompaña con una expresión facial de: ya se larga. Ella lo aprueba con un gesto de asentimiento. Corobero sale de la habitación y entrega la llave*

*a Florentino en la mano, donde la suya se detiene. Las luces que alumbran el cuarto matrimonial se apagan).*

**Lachesis:** *(con voz nítida, fuerte, autoritaria, sin restos de sollozos).* Corobero, fíjate que Florentino no nos lleve las llaves de la casa.

**Crisanto:** No te preocupes. Lo vigilo. Voy a salir para llamar a papá. En ese estado hay que llevarte para el hospital. A este perro degenerado no le interesa nuestra situación.

**Florentino:** Crisanto, pero ¿cómo puedes hablar así, tú que tan bien me conoces? ¿Olvidaste quién te cuidaba en Miami, el médico que soy?

**Crisanto:** *(con ira).* *Get out of here!*

*(Se enciende un foco en el cuarto matrimonial. Sisi se ha dormido encima de Lachesis que, enroscada, mira el techo y sonríe. Crisanto, con rostro inmutable, observa la marcha de Florentino).*

**Florentino:** *Take it easy.* Sigán tú y tu mujer en el teatro. *(Se sube en el auto. Lo pone en marcha. Baja el cristal de la ventanilla y se dirige al público).* *Valete et plaudite.*

Cae el telón

Veo a Crisanto Corobero en el retrovisor. Su imagen se aleja hasta desaparecer en la oscuridad del espejo. Busco la salida de este infierno. Atravieso un arco. Luego de una breve vacilación tomo hacia la derecha. Mi cerebro es un rompecabezas. ¿Qué hacer? Detendría el auto. Renunciaría a él, caminaría hasta que las fuerzas me rindieran. Pero este vehículo no es mío. Pero esta vida que es mía les pertenece también a otros. Advierto que estoy casi sin gasolina. ¿Qué no me sucederá si quedo a la intemperie? Sería peor que cuando, a medianoche, buscaba mi exilio hace veinte años por las desconocidas vías de una capital africana. Siento miedo. Trato de componerlo todo, de entender. Y el ánimo regresa a mi cuerpo. Duelen las articulaciones. Arrecia la cefalea. Tomo una callejuela. No tiene salida. Hay un grupo. Me mira. No puedo estacionarme, consultarlos. Quizás sean ellos otros personajes buenos de esta historia. Salgo de este laberinto. Caigo en otro. El cuerpo se rebela desde la laringe. Carraspeo. Tomo de nuevo a la derecha. Me desplazo por lo que parece una vía céntrica. Creo que estoy en la capital del Estado Aragua. Quisiera

toparme con un policía. ¿Cómo saldré de aquí? Me torturan los intestinos. Y el recto. Un fuerte cólico viaja lento por mis entrañas. Me castigan la cabeza, las articulaciones, el abdomen. Sudo frío. Apago el aire acondicionado y abro las ventanas. La noche maracayera me entra en una bocanada. ¡Una gasolinera! Lleno el tanque. Me indican. Voy hacia el centro. De nuevo el dolor abdominal. Pongo tenso el periné para no defecarme. Busco un hotel que me brinde seguridad. Y alivio. Creo que lo he encontrado. Aparco. Atravieso la puerta de cristal. Presiento la diarrea. Si defecara en estas circunstancias las heces cubrirían este salón. Buenas noches. Necesito una habitación y un baño con urgencia. Llene estos papeles. Un baño. Por favor. Dígame dónde hay un baño. Allí. Quédese con esta identificación. Ando rápido. Abro. Sin poner camadas de papel alrededor de la taza para evitar contagios: me abalanzo, bajo los pantalones y me sumo en una lasitud. Un olor putrefacto llena el cuarto. Mientras me limpio, examino la deposición que es un agua negruzca. La venganza de Felipe II. Pienso. Tras de un sucinto alivio me detengo. Uso papel, papeles, momento en que me vuelve otra diarrea mayor que la anterior. Me siento débil. Debo regresar. ¿Regresar a dónde? ¿De dónde? ¿Adónde? Me extasio un rato. Un rato incomprensible, intraducible, ineludible. Un rato diáfano. Un diáfano diarreico rato. Noto que me retornan la vejiga, la uretra, el pene. Orino poco. Orinoco. Me arde. Arde. Rde. De. E... Señor, ¿le ocurre algo? Despierto repantigado en la taza. Me avergüenzo arrellanado sobre una gran diarrea en un hotel de un país desconocido adonde vine invitado. Y un extraño, delante de mí, abierta la puerta, mira mi desnudez. Tiene que llamar a alguien, pues estoy postrado. Pido de favor que esperen afuera. Bombeo varias veces el inodoro que se traga los papeles como si fueran manuscritos odiados. Como si por aquel hueco se fuera la maldad del mundo. Limpio las chispas que han caído en el piso, en la blancura de la taza, en mis ropas. Limpio los restos de heces de mis glúteos, de mis muslos, de mis piernas, de mis manos. Me apeno de mí. De esta calamidad que soy, que somos si enfermamos y estamos solos. Por fin voy al mostrador del hotel. Saco mi pasaporte, mi tarjeta de crédito y lleno los formularios. Me informan que hay un estacionamiento



al atravesar la calle. Salgo a la madrugada de Maracay. Aparco. Acepto el comprobante. Recojo las maletas. Ojalá amanezca el auto. Ojalá amanezcamos los dos.

Avergonzado, vuelvo a la recepción del hotel para recoger la llave. Me dirijo a mi habitación, donde pongo el aire acondicionado. Me meto en el baño. El agua me cae fuerte sobre el rostro. Me enjabono. En el acto, unos temblores me paralizan. Trato de abrir la ducha para quitarme la espuma y el intento de moverme aumenta los temores. Un frío intolerable me penetra cada fracción de epidermis. El malestar aumenta. Apenas alcanzo a retirar los restos de jabón. Tengo que cubrirme con la toalla. Y esperar una eternidad para trasladarme hasta la puerta del baño. Hago un esfuerzo grande. Mas no consigo dar ni un paso. Es inútil toda tentativa de andar hasta la cama. Después de un lapso interminable, lo logro. Y me echo arriba las sábanas, las frazadas, las almohadas. Recuerdo que estoy sin analgésicos. Que no tengo un seguro de salud. ¿Qué haré hasta mañana? Juzgo que será imposible incorporarme. Que tendré que esperar, sin calmantes. Toma cuerpo una sensación de desamparo. Luego de trece años de practicar la medicina gratis, estoy aquí enfermo sin un médico. Aquí, con la soledad del extranjero que no puede darse el lujo de llamar a un colega. Sin tener al lado al supuesto amigo a quien serviste como clínico. Aquí, sin ser capaz de cambiar de posición para evitar los escalofríos. Una impresión metálica me ocupa la boca. Quiero dormirme. Y mañana ver cómo vuelvo a Maiquetía. Y entregar el coche. Estar cerca del aeropuerto. Partir lo antes posible. Retornar a donde conoces a alguien. Si pienso que regreso me siento mejor. Los ojos se me cierran. Pretendo abrazar una de las almohadas, pero las sacudidas no me lo permiten. Me rindo con la esperanza de restablecerme. Y salir del hotel cuanto antes. Salir de Maracay cuanto antes. Llegar a Maiquetía cuanto antes.

Me levanté sediento. Sin fiebre. Adolorido. Preparo las maletas y me baño. Coloco un frasco de *eau de cologne* en el bolsillo. Y bajo. El empleado no es el de anoche y me alegra, aunque es casi seguro que por lo aparatoso del incidente lo

comentara. ¿Cómo llegar a la Maestranza? Le pregunto. En mi deseo de hallar a alguien que me ayude, decido buscar a Carla, la italiana, antigua compañera de Crisanto que a menudo me llamaba por teléfono, quien me escribía a Little Farm y me invitó a Maracay; a la que un día echó a medianoche de casa de su tía en Apure. Tome por Miranda, me dice el recepcionista, que es la avenida del hotel, hasta la Plaza Bolívar. De allí por la avenida Bolívar hasta el Santuario de María. Entonces, coja por López Aveledo y suba dos cuadras más.

Carla me dijo que vivía frente a la Maestranza, en el tercer piso del edificio que lleva el nombre de la plaza. Me siento débil. En eso, diviso el toro y a César Girón. Y el edificio. Voy hasta el piso tercero. Es muy temprano, no obstante, llamo. Detengo la respiración. Sale una mujer medio dormida. Me informa que Carla vive en el piso inferior; que está con su padre, a quien operaron, fuera de la ciudad. Perdone. Y bajo. La italiana era mi última esperanza. Siento un escalofrío y el deseo de estar en cama. La cefalea me ocupa el cráneo. Necesito ingerir cafeína. Entro en un establecimiento donde compro café, dos arepas y una gran botella de agua. Es mi primera comida después de la cena pútrida en la madriguera de la suegra de Crisanto. ¿Tendría algo aquella que me trajeron ya servida? ¿O el refresco de tan extraño sabor? ¿O ambos? ¿Estaría allí la etiología de mi malestar? Calculo mi dinero para ahorrarlo hasta que salga de Maiquetía. En la cafetería, la cefalea arrecia. Me siento febril. Concluyo y ando hasta la Plaza Bolívar. Un malestar me serpentea por el abdomen hasta casi hacerme defecar. No me marcharé sin andar esta plaza, digo, la segunda en tamaño de Simonia del Sur. Descanso en un banco cerca de una fuente envuelta en una neblina que refracta un arcoíris. Advierto que los árboles tienen rótulos con sus nombres. Una bandada de guacamayos me sobrevuela. Graznan. Me incorporo. Y avanzo. Reparo en el suelo adoquinado, las glorietas, el dibujo de las columnas con sus farolas, la gente que anda. Tengo que despedirme de Bolívar. Me siento mal, mas así he de celebrar al hombrecillo hiperactivo de voz desagradable, que no prestaba atención al interlocutor, que se movía de un lado a otro, pero que hizo lo que otros con características físicas de atleta y voz arrobadora no se atrevieron.

A ese Bolívar agigantado en su estatura ecuestre lo visitaré hoy. Y de pronto, el árbol de mi infancia, de mis campos. No ha de ocurrirme a mí como a José María Heredia. Aquí, ahí delante de mí, se yergue con el nombre científico de *Roystonea Regia*, llamada, sí lo dice también el letrero, *Palma Real*. Me siento. La sed vuelve. Regresan las articulaciones. La cabeza, con una franja que me atraviesa desde la frente hasta el occipucio, clama por su puesto en mi cuerpo. Sin embargo, a unos metros de mí resplandece la imagen a caballo. Está demasiado alta. Creo haber visto una escalera recostada a una farola. La llevo hasta la efigie. La pongo contra la base y me apoyo sobre ella. No hay más mundo para mí. No siento mi cuerpo. Cuando consigo el punto ansiado soy solo palabras. Porque ahí, tan cerca de mi mano que puedo besarle el rostro como a un padre, está el héroe, el pequeño enorme Simón Bolívar.

—No te traje flores, padre. Si no algo de lo que no careciste aun en los días de batalla.

Y saco mi frasco francés del bolsillo.

—*Eau de cologne*, querido Bolívar, que tanto te gustaba. Y de *Guerlain*.

Se lo asperjo todo. Pasan algunos transeúntes que siguen su camino sin inmutarse. Solo una anciana curioseosa. Y se marcha complacida con la respuesta. Son las ocho y veinte de la mañana del diez de agosto. Aniversario de la Batalla de San Quintín. Festividad de San Lorenzo. Perdido, pero esperanzado, me derrumbo sobre un banco en la Plaza Bolívar de Maracay. Si los malestares continúan, llamaré a la agencia donde alquilé el coche en Maiquetía. Me sobrepongo a mi cuerpo. Con él regreso a cuestras, como el *Gadus morhua* que carga en sus espaldas el hombre de la Emulsión de Scott; mi frente llena de latidos; fotófobo; atestado de náuseas. Sujeto el vómito. Mis intestinos están a punto de estallar. Los escalofríos lentifican mi marcha. Busco una farmacia que un transeúnte me ha descrito. Compró antipiréticos y desando hasta el hotel. Tomo el ascensor. Corro al cuarto. Me siento en la taza del inodoro. Presiento que voy a desmayarme. En ese estado, a secas, masco el amargor de las tabletas. Me incorporo y me echo en la cama. Cama. Ama. Ma. A. Aaaaaaaa...

Me despierto empapado en sudor. Llamo a la agencia, porque tengo afectada la visión. Prometen mandarme a un chofer. A continuación, telefono al judío. Me sermonea por no haberle avisado antes. Le explico que Corobero lo llamó a los números que le di y que me había dicho que no funcionaban.

—Pura ficción.

Le cuento que tenía mis sospechas. Le cuento todo.

—Qué hijo de puta —dice—. ¿Cómo es posible que te haya hecho eso? ¿No te invitó durante años? Ven para acá. Permanece en casa cuanto quieras. Te presentaré a algunos intelectuales. ¿Por qué no te quedas por más días?

—Porque estoy enfermo, Gavlovski. Y me voy mañana. A primera hora.

—Ven. Al menos esta noche te enseño algo de Caracas. No necesitas dinero.

—Me hubiera gustado ver los lugares donde actuó Gladys Cáceres.

—De todas formas, te voy a explicar la dirección: si vienes por la Autopista del Este, sube por el Parque del Este, pasas el Museo del Transporte. Llegas a la esquina sobre la avenida Francisco de Miranda. Doblas a mano derecha, donde hay dos torres grises. Abajo está el banco...

—No insistas, Gavlovski. Que me invites es ya un alivio. Me hospedaré en un hotel cerca del aeropuerto. Muchas gracias.

—Cuídate. Hay muchos malandros por esos alrededores.

Tres. Marinero. Uno. Caballo. Y el siete, cabalístico. Mierda. Caracol. Culo. Habitación 317. La una de la tarde del diez de agosto. En el hotel de Maracay, con una sensación de irrealidad, espero al chofer que me envió la agencia de autos. No sé a qué hora llegaré a Maiquetía. He perdido lunes y martes en vano. En teoría, no me alcanzarían los días. Y sobraron. Y enfermé. No me pasará más. Lo juro. Y perjuro. Lo vuelvo a jurar. Y a conjurar. Gasté más que si me hubiera ido a la Tierra de Gosén. Si sigo enfermo gastaré aún más. Pero quería conocer Venezuela. Deseaba estar por mis gandumbas, sin mi sombra. ¿Cuánto aún pasaré? Enciendo la televisión. Hugo Chávez ocupa la pantalla. Quiere hablar con la guerrilla colombiana. Llamo a la

agencia, pues no llega el conductor. Me informan que salió, que en Maiquetía llueve, que es peligroso avanzar por la carretera. No se desanime. El esófago arde. Y la fiebre ha vuelto. No me queda otro remedio que aguardar por quien me sacará de este lugar. Cerca del aeropuerto me sentiré mejor. Mañana parto.

A eso de las cuatro aparece el chofer. Es alto, desgarrado. Pago mi estancia. Y nos dirigimos a mi auto que, por fortuna, está intacto. Pienso que hubiera podido regresar solo a Caracas cuando me viene un mareo. Y vomito. Deseo estar en silencio, pero ya frente al timón y antes de partir el hombre habla. Quiere dinero por este viaje. Le digo que se lo daré al llegar a mi destino. Ahora. Exige. Mientras conduce, balbucea sobre la situación del país. Menciona a su mujer que está al parir y a un hijo que tiene que operar. Y de nuevo cae en el reintegro. Le digo que la compañía lo envió porque me enfermé, que no me hablaron de abono alguno. Se calla. Aprovecho y le pregunto el nombre.

—Asdrúbal.

—¡Ah, igual que el personaje de *Doña Bárbara*! —trato de ser amistoso.

—¿De quién?

Suponía que el nombre era común en Venezuela y que por eso Gallegos lo usó. Juzgué también que se popularizara a raíz del éxito de la novela. Y los pueblos ponen los nombres de los buenos a sus hijos.

Asdrúbal habla de sus necesidades. Me sumerjo en el paisaje del que intento despedirme. No se imagina, usted, cómo estamos. Nos morimos por falta de alimentos. Soy muy pobre y tengo que inventar para vivir. ¿Y por qué has encargado otro hijo? Lo sorprende. Y él: ¿y cómo va uno a evitarlo?

Creo que me dormí. Volví en mí cuando estaba en una carretera muy alta. Atravesábamos nubes. El panorama me pareció el de una película de Akira Kurosawa. O el de mi estancia en África. Entonces, para llegar al hospital, traspasaba las nubes del amanecer.

El hombre retornó a la conversación del dinero. Me lo puede dar en dólares. No tengo. Mentí. Los cambié por bolívars. Y me hago el dormido, aunque quisiera disfrutar la bruma que cubre la distancia.

Por fortuna, no he vuelto a vomitar ni a tener diarreas. Lo peor es esta ruptura, para mí que odio las separaciones. Cuántos distanciamientos he sufrido: de familiares, de amigos, de mis libros, de mi cuarto, de mi ciudad, de mi Isla. El desprendimiento desolador de María Salomónica. El palabreo de Asdrúbal obstruye el fluir de mis ideas. Aprieto los párpados.

Despierto en la Guaira. Y llegamos a San Sebastián de Maiquetía. Entrego el auto. Firmo papeles. La oficinista le dice a Asdrúbal que siga con el coche, que me deje en un hotel. Y anda por caminos estrechos, sucios, de terraplenes inclinados. Está concentrado. Asciende entre ranchos. Dice amenazante que le pague o no encontraremos un hotel. Me comuniqué con la embajada, otra vez le miento, antes de salir de Maracay. Esperan que los llame. Por si me pasaba algo les di los datos del Volkswagen: modelo, color, año y chapa, compañía que me lo alquiló, teléfono.

Descendemos con rapidez. Y me veo frente a un hotel de mala muerte. Entro al *lobby*, pequeño, desaseado. Valoro la posibilidad de que Asdrúbal y quien me atiende estén de acuerdo. Aún me queda una noche en Venezuela. Digo que tengo que llamar a la embajada. Pago a Asdrúbal la cantidad que me pide que equivale a ciento cincuenta dólares. Y subo hasta mi habitación en el segundo piso.

Experimento una cefalea barroca. Tomo antipiréticos. Tengo cólicos. Y otra diarrea. No deseo bañarme ni quitarme ropa alguna. Me envuelvo muy cansado entre las sábanas. Sudada la fiebre, me baño caída la noche. Luego de cerciorarme de que cerré la puerta, bajo, busco un restaurante. Me señalan un pasillo. Conduce hasta un comedor que recuerda los de las escuelas al campo de la Isla: pringoso, lleno de moscas. Alguna que otra mesa con hules rotos, mugrientos, con restos de alimentos. Un gato negro, sarnoso, con el pelo embadurnado de grasa, maúlla su hambre entre mis piernas. Siento compasión y determino comprar comida para los dos. Las sillas están vacías. Me siento. Espero unos minutos. Nadie aparece. Me dirijo al recepcionista. No habrá nada de comer hasta mañana al mediodía, me informa. Solo hay cervezas. Le digo que quiero una. Es delgado, con un acento que no parece romance. Me fijo en sus manos: son

perfectas, de uñas largas, delineadas, aunque sucias. Le pago y me deja una Polar en una mesa del comedor. Por echarme algo en el estómago, bebo. Comparto con el felino. ¿Cómo salir del hotel a esta hora en un barrio marginal? Me dirijo al cuarto. Intento leer, pero la luz es pobre. Llamo a la recepción para telefonar a Miami. El empleado me indica que necesito comprarle una tarjeta. Lo hago. Y me lleva a un rincón donde hay un teléfono. Dice que lo use con brevedad. Me espía. Llamo a tía Vicaria. Le digo que estoy encantado. Para qué romperle la ilusión del yo nací en esta ribera del Arauca. Está feliz de que me haya ido bien. No tiene idea del cuchitril donde pernoctaré, donde todavía puede ocurrirme algo. Ni se imagina que llegaré enfermo sin saber de qué son estas fiebres y el malestar que me acompañan. Hasta mañana, le digo. Y me prometo que no contaré a nadie lo que me ha sucedido. Estos días permanecerán ignorados, ocultos, junto al Crisanto de los ronquidos. Se disiparán en estos cerros de Caracas. Serán tierra. Serán humo. Serán polvo. Serán sombra. Serán nada.

Doy las gracias al recepcionista, cuyo rostro muestra una lejana bondad. No obstante, me he equivocado tantas veces que prefiero irme a la habitación. Coloco la cama contra la puerta. Me asomo a la ventana posterior: es un precipicio. Estoy encerrado. Y empiezan los temblores. Deseo reconciliar el sueño, pero los aviones parecen volar por encima de mi cama. Al menos estoy a unos minutos del aeropuerto internacional de Maiquetía. Mañana partiré. Eso creo.

Toques en la puerta. Juzgo por la hora que será en otra habitación. Vuelven a tocar. Alguien equivocado. Me digo, soñoliento. Los toques se repiten.

—Soy Asdrúbal. Vine con un amigo para llevarlo a conocer Caracas.

—Es muy tarde, Asdrúbal. Las dos de la madrugada —digo desconcertado.

—Aún es temprano —dice una voz distinta, de bajo.

Y Asdrúbal de nuevo:

—Verá qué linda es Caracas de noche.

—Les agradezco la invitación, pero estoy enfermo.

—Usted va a venir.

—Tenemos la certeza de que va a venir. ¿No es lo que me dijiste, Asdrúbal?

—Estoy con vómitos y diarreas.

—Traiga dinero —insiste Asdrúbal.

—Sí, tráigalo.

—No voy a salir.

Tratan de abrir la puerta.

—Además, usted me debe dinero —afirma Asdrúbal.

—Si siguen voy a llamar a la policía —digo consciente de que estoy en un hotel de mala muerte, rodeado de malandros, en un suburbio. Que, si abren, a lo mejor nunca llegue a Miami. Intento hablar con el carpetero. El teléfono da timbre. Nadie responde. Como último recurso vocifero con la esperanza de que otros huéspedes, si los hay, escuchen.

—¡Qué cojones quieres, Asdrúbal! ¡Si salgo de este cuarto les voy a romper el culo a los dos! ¡Cojones!

Sentí puertas que se abrían y un tropel que bajaba. Y voces. Llamo al recepcionista que responde. Buscaba agua, alega. Me desvelo. Tiemblo de fiebre. Y de miedo. Y espero por mi último amanecer en la República de Venezuela.

Hoy partiré. Me pongo el termómetro. No hay fiebre. Siento el sueño en los músculos. Por fortuna no seré quien conduzca. Anoche temblé mucho. Descarto la malaria. Las sacudidas hubieran demolido el antro donde pernocté. A las siete me había tomado dos antipiréticos. Y puesto a descartar síndromes febriles tropicales. Anduve por montes sin protegerme; me bauticé con las aguas del Arauca crecido —esa imprudencia—. Estuve en los pantanos de los Llanos; comí de lo que encontré en los caminos. Por no usar delante de los otros el agua embotellada, la bebí sin hervir desde la costa caribeña hasta las cercanías de Colombia. Miríadas de mosquitos me acibillaron en San Fernando de Apure, en Maracay. Recuerdo las plumas blancas arrancadas a la garza en la carretera a Cunaviche. Y la Cuaima que preparó las arepas con sus dedos de uñas sucias. Vuelvo a la cena y al brebaje ofrecidos por la suegra de Crisanto.



Por el temor de toparme con Asdrúbal no voy a la recepción hasta las diez. Allí me informan que no ofrecen desayuno, que, si lo deseo, salga del hotel. Descubro, entonces, que estoy en medio de un cerro. Bajo por una calle pestilente por donde fluyen aguas albañales. Hay perros y gatos que no están más limpios que los niños que juegan con ellos. Y hombres de caras adustas, vestidos con andrajos, sin rasurarse. Gentes que parecen estar en ese linde entre la necesidad y la delincuencia acechan mi paso. Por fortuna, tampoco me he afeitado. Necesito un café con urgencia. Preferiría andar como hace veinte años por las selvas africanas antes que por este mundo del hampa. Atravieso un puente sobre un río de aguas inmundas en cuyas riberas crecen árboles llenos de polvo. A medida que desciendo observo autos cochambrosos cuyos modelos no veía en décadas. Algunos tienen letreros que anuncian «A Caracas». Esa Caracas que ya no recorreré. Y de golpe, las montañas que salvan mis ojos. Cruzo la locura de una vía ancha, sin semáforo. En un puesto lúgubre de mala gana me dicen que no tienen café. Al fin, me doy de bruces con otro tendajo. Me conformo con dos emparedados de pollo que como con temor a intoxicarme. Pido también una Coca-Cola, lo único embotellado. Sé que me dará más sed. Beberé otros líquidos en el aeropuerto. Si llego. No cuento con que me voy hasta que no esté dentro del avión. Vuelvo sobre mis pasos. Distingo el mar en el que me pierdo. El mar que dentro de un rato avistaré desde lo alto. Regreso por las mismas vías malolientes repletas de basura por donde andan ratas, cucarachas, pájaros y seres sin rumbo en busca de sustento. ¿Cómo percibiría este cerro Camille Pissarro? Llamaré al judío para despedirme. ¿Volveré a Venezuela?

Crisanto se marchó de Miami de manera paulatina. Recuerdo sus ojos desorbitados por el miedo a la policía de inmigración. Su cabello crecido llenaba de rizos su cabeza de dios trágico. Dos veces lo llevé al aeropuerto con tal cantidad de paquetes que tuvimos que regresar al tráiler, pues por su carga no lo aceptaron. Por ello deshizo su equipaje y me dejó diecisiete cajas de macundos. Arcas de corotos que cargué en mi coche por los lugares donde viví. Baúles que llenaron mis suelos. Diecisiete cajas que me hacían proferir obscenidades si herían mis tobillos

o golpeaban mi tibia. Y tenía que agacharme para sobarme la piel. Hasta que los golpes me hicieran inventarle un nombre a su madre. Guillermina. Dije un día. Me cago en Guillermina. Ay, Guillermina, hasta que te vi en aquel cuchitril de Apure. Crisanto me prometió que volvería para recoger sus macundales, lo que nunca hizo. Se personarían unos amigos que viajaban con frecuencia a los Estados Unidos, que no aparecieron. Irían a buscarlos en un avión expreso del ejército unos soldados, que no llegaron. Acudiría alguien por vía marítima que jamás se presentó. Y se los envié en la medida de mis imposibilidades: paquetes con libros y discos en los que iba mi cariño en inciensos indios, cuarzos de Madagascar, su té inglés predilecto. Ay, Guillermina, santa y mártir.

La tercera vez que llevé a Crisanto al aeropuerto, lo aceptaron. El desconsuelo me embargó hasta que llegué a mi coche, donde, por estar mal estacionado, encontré una multa, ¿o presagio?, que no pagó ni Corobero ni la madre que lo parió.

Perdón, Guillermina. Ay, cómo me duelen, Guillermina, las arcas que me quedan por deshacer. Esos macundos que tengo que agarrar, Guillermina, porque vuelan por mi casa. Y por mis sueños.

Después que tu hijo se fue de Miami, Guillermina, empezaron las llamadas. Cientos de dólares gastados en comunicarme con él que andaba de mujer en mujer hasta que se cansaban y lo echaban a la calle, donde, en definitiva, le encanta estar para regresar a su infancia, cercano a ti. Qué mal le hiciste al dejarlo solo, Guillermina, porque él no se ha curado del espanto por tu partida.

Ay, Guillermina, Santa de Apure, lo que deseo es que me oigas, me veas y me ampaes, así en la tierra como en el cielo, y aquí todavía en este hotelucho hasta que salga el avión, pues temo que se presente Asdrúbal, y que yo no aparezca ni en los centros espirituales. Amén.

—Florentino, Florentino.

—¿Qué, tía?

—Roncaste. Y temí, porque me pareció que con tus resuellos el suelo temblaba.

—Es que te dormiste.

Creo que la fiebre me ha subido, pues me arden la frente, los ojos. Se intensifica la cefalea. Necesito bañarme, vestirme. Irme cuanto antes al aeropuerto. Compraré los regalos dentro de la aduana. Si no, los tendré que adquirir en Miami.

Esperé en el cuarto para evitar coincidencias indeseadas en el vestíbulo. Pagué mi estadía al recepcionista y monté en un fotingo que en minutos me llevó al Aeropuerto Internacional de Maiquetía. Son diez mil bolívares, afirma el chofer. Como no tengo bolívares suficientes le pago en dólares. Dame veinte, dice. Lo cual, según el cambio actual, son unos dos mil bolívares más. Anda con otro que sentó a su lado. Ni chisto, porque estoy a unos pasos de salir. En la terminal me envolvieron las maletas en plástico. No reciben dólares. Y me cobran el doble. Al pasar la aduana tuve que pagar otra cantidad, también en dólares, que no esperaba. Me puse paranoide. Pero el deseo de no toparme con Asdrúbal, en el último minuto, y mi malestar, me hacen entrar lo antes posible. En el área internacional busco los regalos. Los objetos, que no compré en Maracay porque eran muy caros según Crisanto y la Cuaima, los pago a precios exorbitantes. No localizo los afiches que deseaba, que también Corobero se negó a que comprara en Aragua, pues me los regalaría. Menos aún traigo los sellos venezolanos ni la Venus de Tacarigua ni los bulbos de orquídeas ni los cuarzos recogidos en el río. De repente, la sed. Una sed que me hace beber tres botellas de agua. Y me siento cercano de la puerta de embarque, la 23. Son las tres de la tarde. El aire acondicionado es fuerte. La fiebre me viene como desde el pecho.

A las tres y cuarenta minutos ya estoy en un Boeing 757. No me gusta mi asiento. Lo imaginaba al lado de la ventanilla. Deseaba observar la costa desde mis gemelos. Hurgo en mi lóbulo frontal. Aún debo llegar a Miami. Curarme. Recapacitar sobre esta, mi realidad irreal. O sobre mi irrealidad real. Espero que se me haya desprendido la abulia. En Florida hay 91 grados Fahrenheit. Llueve allá a 32 centígrados. El vuelo tomará dos

horas y cuarenta minutos. El jaguar metálico ruge en la selva de la pista.

El paisaje se mueve. Los hilos que me unen al espacio y a mis personajes se desatan. Han de andar por sus mundos propios. Como yo. En la distancia el Caribe se esconde bajo inmensas tortugas.

Acabo de comer. Bebo un vino tinto que de tan malo es peor. Dentro de poco aterrizaremos en Estados Unidos. Será mi segundo arribo. En el primero, proveniente de España, buscaba reunirme con María Salomónica. Lo hice como refugiado el 29 de septiembre de 1989, aniversario del nacimiento de Miguel de Cervantes. El amor, o el azar, me llevó allí. Y pese a que nutro la inquietud constante de marcharme, no sé si habrá otro sitio donde se me deje vivir y crear en paz. Comprendo que no es posible hacerlo en mi patria. Entre reflexiones el tiempo se deshace. Y al fin llegamos al aeropuerto internacional de Miami. Es el once de agosto.

A las nueve de la noche del día doce de agosto veo mi temperatura en el termómetro. El malestar me mantiene encamado. Tengo dolores lumbares, en las piernas. Astenia. Siento que estoy a punto de tirar. Toso. Me duele un pulmón. Hay algo de mucus nasal. Tomo un antipirético. Ojalá sea algo pasajero. Si no, tendré que irme a un hospital. Una enfermedad grave trastornaría mi existencia. Lo más importante es que he vuelto para concluir esta novela. Al menos eso. Llueve en Miami. Y afuera, truenos. Una descarga eléctrica se lleva la luz. Y enciendo una vela en la palmatoria. Es mi sombra la que tiembla cuando escucho el timbre del teléfono. Corremos para contestarlo antes de que deje de sonar. Si es que alguna vez sonó. Aunque podría.

## ÍNDICE

|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| Primer Fragmento                            | 11  |
| <i>Bozzetto</i>                             | 133 |
| Otros fragmentos ( <i>Gesamtkunstwerk</i> ) | 153 |
| I                                           | 155 |
| II. Primeras lamentaciones                  | 156 |
| III                                         | 157 |
| IV                                          | 158 |
| V. Coloquio de los médicos                  | 160 |
| VI. Lamentaciones II                        | 208 |
| VII                                         | 210 |
| VIII. Él come mariposas blancas             | 212 |
| IX                                          | 213 |
| X                                           | 214 |
| XI. Lamentaciones (final)                   | 215 |
| XII                                         | 219 |
| XIII. <i>Mille regretz</i>                  | 220 |
| XIV                                         | 234 |
| XV. Mística                                 | 235 |
| XVI                                         | 236 |
| XVII                                        | 237 |



Este libro se terminó de imprimir  
el día 14 de diciembre de 2024.





editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España

*E—mail: [editorialbetania@gmail.com](mailto:editorialbetania@gmail.com)*

*Blog: <http://ebetania.wordpress.com>*

*Facebook: Editorial Betania*

## RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987—2024)

### **Colección Narrativa**

*Al otro lado de la zarza ardiendo*, de Graciela García Marruz.

*Hace tiempo... Mañana*, de Rodrigo Díaz—Pérez.

*El arrabal de las delicias*, de Ramón Díaz Solís.

*Ruyam*, de Pancho Vives.

*Pequeñas pasiones de mujer*, de Guillermo Alonso del Real.

*Memoria de siglos*, de Jacobo Machover.

*El Cecilio y la Petite Bouline*, de Emeterio Cerro,

*Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca)*, de Raúl Thomas.

*Cartas al Tiempo*, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.

*Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo)*, de Maite García Romero.

*Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme)*, de Alberto Díaz Díaz.

*Nuevos encuentros*, de Martín—Armando Díez Ureña.

*Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista)*, de Severino Puente.

*La hija del cazador*, de Daniel Iglesias Kennedy.

*Las caras de la Luna*, de Raúl Thomas.

*Viento de Lebeche*, de Carmen Hernández García.

*Chivitas*, de Adriana Restrepo.

*Carta para Beatriz*, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.

*Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos)*, de Roberto Cazorla.

*Pagadero al portador*, de Carlos Pérez Ariza.

*Cincuenta años de amor*, de Raúl Thomas.

*Balseros cubanos*, de Carmen Fernández.

*Las Vacaciones de Hegel*, de Armando Valdés.

*Tarde de Perros*, de Michel Serrano Ruiz.

*El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe)*, de Paulina Fátima.  
*Juego de intenciones (Cuentos)*, de Jorge Luis Llópiz.  
*Casi todo pasó en abril*, de Martine Dreyfus Bendaña.  
*Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca)*, de Raúl Thomas.  
*Astillas, fugas, eclipses (Cuentos)*, y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.  
*Esta tarde se pone el sol*, de Daniel Iglesias Kennedy.  
*Diez cuentos cubanos, más o menos*, de Andrés Alburquerque.  
*Meditaciones perrunas*, de Raúl Thomas.  
*Parto en el cosmos*, de Matías Montes Huidobro.  
*Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme)*, de Nidia Fajardo Ledea.  
*Vivir lo soñado (Cuentos breves)*, de Ismael Sambra.  
*Nunca podré olvidarte*, de Gisela García Martín.  
*Espacio vacío (Novela testimonial)*, de Daniel Iglesias Kennedy.  
*Adiós a las amazonas*, de Ángela Reyes.  
*Posdata de un amor desesperado*, de Raúl Thomas.  
*Sandra Salamandra*, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.  
*La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana)*, de Mari Lauret.  
*Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945—2005)*, de Carlos Rodríguez Duarte.  
*Hacia un mundo nuevo*, de Mayda Silva.  
*Jornada de amor y lágrimas*, de Silvia Burunat.  
*Palabras de Mujer/Parables of Women*, de Olga Connor.  
*Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo*, de Victoria Calzadilla.  
*La semana más larga*, de León de la Hoz.  
*La memoria olvidada*, de Luis G. Ruisánchez.  
*Josefa y Josefina*, de Silvia Burunat.  
*La alianza de oro*, de Nery Rivero.  
*Lo prometido es deuda*, de Raúl Thomas.  
*Monólogos dialogados*, de Silvia Burunat.  
*En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político)*, de Rafael E. Saumell.  
*Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492*, de Ruber Iglesias.  
*Autobiografía póstuma*, de Silvia Burunat.  
*Fantasías reales*, de Silvia Burunat.  
*17 memorias y un prólogo*, de VV. AA.  
*Inscrita bajo sospecha*, de Mabel Cuesta.

*De ceca en meca*, de Gabriel Cartaya.  
*Enterrado mi corazón*, de Leah Bonnín  
*Mi hijo escucha canciones cubanas*, de Ricardo Nanjari Román  
*Escribas*, de Aimée G. Bolaños.  
*From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados)*, de Silvia Burunat.  
*Oración para el tiempo de las amigas*, de Julio Pino Miyar.  
*El regalo*, de Nelson Rodríguez Leyva  
*Siempre será lo mismo*, de Ricardo Nanjari Román.  
*Mi vida en "La Piedad"*, de David Carlos Gall  
*Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos)*, de Francis Sánchez.  
*Danny y Danielle y otras historietas*, de Silvia Burunat.  
*Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos)*, de Amir Valle.  
*Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria*, de Felipe Lázaro.  
*Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba*, de Uriel Mendieta Gutiérrez.  
*No quiero llanto*, Dolores Labarcena.  
*La punzada del guajiro y otros cuentos*, de Belkys Rodríguez Blanco.  
*Breves y ligeras crónicas de un gusano de La Habana en Santiago de Chile*, de Luis García de la Torre.  
*Recuerdos de un niño cubano*, de Fernando Torre Balmaseda.  
*Hoy como ayer*, de Tony Guedes.  
*Fuera de tono*, de Manuel Cortés Castañeda.  
*Mujeres de la vida y de la muerte: de vida real y muerte imposible (Cuentos leves)*, de Eugenio A. Angulo.  
*Allá todavía es ayer. Diario de una argonauta*, de María Eugenia Sánchez.  
*Raíces sin derechos*, de Carlos R. Castillo. R.  
*Solo con el fuego*, de Luis Marcelino Gómez.





## Luis Marcelino Gómez

Ciudad de Holguín, 1950, cubano-estadounidense. Escritor, psiquiatra y doctor en letras hispánicas. En 1985 se le confirió el Premio Nacional de Cuento en La Habana, Cuba. En 2007 fue Finalista del Premio de Cuento Juan Rulfo en París, Francia. Entre los años 1980-1982 fue médico civil en Angola, donde reunió la primera colección de relatos escrita en África por un latinoamericano. Se desempeñó como profesor de Español, Portugués y Escritura Creativa en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. Ha publicado varios libros de poesía y tres colecciones de relatos: *Donde el sol es más rojo* (USA, 1994), *Oneiros* (USA, 2002) y *Cuando llegaron los helechos*, Monte Ávila Editores Latinoamericana (Venezuela, 2009). Una narración suya aparece en la antología *Isla tan dulce y otras historias. Cuentos cubanos de la diáspora* (Letras Cubanas, La Habana, 2002).

*Solo con el fuego* es una obra que rompe con el canon clásico de la novela. Es onírica, metafictiva, polifónica, iconoclasta, carnavalesca. Tiene dos temas que confluyen, uno contemporáneo (viaje desde Estados Unidos a los Llanos venezolanos), y otro histórico (reinado de Felipe II de España). El punto de vista narrativo no es convencional. Como trasfondo presenta el desprendimiento amoroso del protagonista que llena su retiro con personajes, escenarios y aventuras.

Hay en la novela disquisiciones sobre la obra de arte, la escritura, la literatura y su hermenéutica, la música, la pintura, el comportamiento humano y la situación política cubano venezolana.

La novela se divide en tres secciones: Primer Fragmento, *Bozzetto* y Otros fragmentos (*Gesamtkunstwerk*) que representan un periplo hipnagógico y lúdico.



editorial **BETANIA**  
Colección NARRATIVA